

**PATRICIA  
CORNWELL**

**Cama de huesos**

UN NUEVO CASO DE LA DOCTORA KAY SCARPETTA



Lectulandia

Una eminente paleontóloga desaparece sin dejar rastro en una remota región de Canadá, mientras excavaba en busca de huesos de dinosaurio. Las pistas del caso viajan miles de kilómetros y llegan a manos de Kay Scarpetta en Boston. Y los acontecimientos se precipitan cuando en el puerto de la ciudad se recuperan los restos momificados de una mujer sin identificar. La forense no tardará en sospechar que la desaparición de la paleontóloga podría estar conectada con varios crímenes sin resolver mucho más cercanos, asesinatos con torturas y mutilaciones. Y mientras la investigación avanza, Scarpetta se siente cada vez más aislada de los suyos y empieza a pensar que esta vez tendrá que afrontar la investigación sola.

**Lectulandia**

Patricia Cornwell

# **Cama de huesos**

**Kay Scarpetta 20**

ePub r1.0

Enhiure 21.11.13

Título original: *Bone bed*  
Patricia Cornwell, 2012  
Traducción: Íñigo García Ureta

Editor digital: Enhiure  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Linda Fairstein,  
abogada, novelista, mentora,  
mejor amiga.  
(Esta novela es para ti).*

# Prólogo

Miro la hora en mi reloj de titanio de gran tamaño con correa de caucho, y alargo la mano para coger la taza de café solo y sin edulcorante. Mientras tanto, a lo lejos resuenan pisadas en el pasillo del edificio; tiene forma de bala y está situado en el extremo éste del campus del MIT, el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Es el tercer lunes de octubre. Aún no ha amanecido.

Algunas plantas más abajo —mi oficina queda en el último piso—, el tráfico fluye constante por Memorial Drive. En esta parte de Cambridge siempre es hora punta justo antes del amanecer, da igual la estación del año que sea o el tiempo que haga. Los faros merodean por la vía como vividos ojos de insectos. Oscuro, el río Charles se ensortija en su lecho, y al otro lado del puente de Harvard la ciudad de Boston es una barrera que separa los brillantes imperios terrenales de los negocios y la educación de los puertos y bahías que se abren al mar.

Es demasiado pronto para que haya personal, a menos que se trate de uno de los investigadores médicos, pero no se me ocurre una buena razón para que Toby o Sherry o quienquiera que esté de guardia se pasee por esta planta a estas horas.

En realidad, no tengo ni idea de quién vino a medianoche, y trato de recordar qué vehículos había en el aparcamiento cuando he llegado aquí hace una hora. Recuerdo vagamente las camionetas y las furgonetas blancas habituales y uno de nuestros camiones móviles que se desplazan a las escenas de los crímenes. La verdad es que no me he dado cuenta de nada, estaba demasiado ocupada con el iPhone, con tonos de alerta y recordatorios de conferencias telefónicas y citas y esa comparecencia de hoy en el tribunal. No he tenido la menor conciencia situacional por culpa de verme sumergida en la multitarea, pienso con impaciencia.

Sí, tendría que prestar más atención a lo que sucede a mi alrededor, es cierto, pero, por el amor de Dios, no debería tener que preguntarme quién está de guardia. Esto es ridículo. Frustrada, pienso en Pete Marino, mi investigador jefe, que parece que no puede perder un segundo en molestarse en actualizar su agenda electrónica. ¿Es que acaso es tan difícil arrastrar y soltar unos nombres de una fecha a otra para ver quién está trabajando hoy? No la ha actualizado desde hace bastante tiempo y lleva días sin dejarse ver. Debería invitarlo a cenar, cocinar algo que le guste y hablar de lo que le ocurre. Pero para eso debería armarme de paciencia, y por el momento me parece que no tengo mucha.

«Algunas personas con trastornos mentales, o tal vez la palabra sea el mal».

Aguzo el oído para ver si oigo a alguien rondando por aquí, pero ahora no se oye

a nadie, y busco en Internet, reviso documentos, reflexiono sobre los mismos datos una y otra vez, y caigo en la cuenta de que me siento derrotada y enojada.

«Ya tienes lo que querías».

Realmente no muestra nada grotesco, nada espantoso, nada que no haya visto antes o no pueda digerir, pero me tomó por sorpresa ayer por la noche, un domingo tranquilo, mientras sonaba música en casa, con mi marido Benton y con el MacBook abierto sobre la encimera de la cocina por si sucedía algo que debiera saber de inmediato. Estaba tranquila, de buen humor, ocupada en hacer uno de sus platos favoritos, *risotto con spinaci come lo fanno a Sondrio*. Estaba esperando a que hirviera el agua en una olla y bebía una copa de Geheimrat J Riesling que me hizo pensar en nuestro reciente viaje a Viena y la razón por la que visitamos aquella ciudad.

El caso es que estaba perdida en mis pensamientos, recordaba a gente querida, preparaba una buena comida y tomaba un vino suave, cuando el correo electrónico con el archivo de vídeo adjunto aterrizó exactamente a las seis y treinta minutos, hora estándar de la costa este.

No reconocí al remitente: BLiDedwood@stealthmail.com.

No había ningún mensaje, solo el encabezamiento: MÉDICA FORENSE KAY SCARPETTA, escrito en una audaz tipografía Eurostile en mayúsculas.

Al principio, esos dieciocho segundos de vídeo sin audio me desconcertaron: era el «corta y pega» de un paseo en motora en una parte del mundo que yo desconocía. El clip de película parecía bastante inocente, y al verlo por primera vez no significó nada para mí. Estaba segura de que alguien lo había enviado por error a mi correo electrónico hasta que la grabación se detuvo de repente, disolviéndose en un jpg, una imagen destinada a conmocionar al espectador.

Pruebo con otro motor de búsqueda en el ciberespacio, parece que soy incapaz de encontrar algo útil sobre el Pachyrhinosaurus, un dinosaurio herbívoro de nariz gruesa con grandes cuernos óseos y una testuz plana que probablemente utilizaba para someter a otros animales. Cuando encuentro una representación artística de uno veo una bestia de aspecto singularmente extraño, algo así como un rinoceronte de dos toneladas y patas cortas con una grotesca máscara ósea. Un reptil con una cara que uno no vería con buenos ojos, aunque Emma Shubert sí que lo hizo, y ahora a esta paleontóloga de cuarenta y ocho años de edad le falta una oreja o está muerta, o ambas cosas.

Alguien envió el correo electrónico anónimo directamente al CFC, el Centro Forense de Cambridge, que yo presido, y debo entender que se me envió con el propósito de burlarse de mí o intimidarme, e imagino una motora surcando un río a miles de kilómetros al noroeste de aquí, en lo que parece ser una parte recóndita del mundo. Estudio la silueta fantasmal sobreexpuesta sentada en la parte trasera,



posiblemente en un asiento corrido, apostada justo enfrente de quien la estaba filmando.

«¿Quién eres?».

Entonces la pendiente rocosa, lo que ahora sé que es un yacimiento de excavación de dinosaurios llamado lecho óseo de Wapiti, y la silueta se disuelven en un jpg violento y cruel.

La oreja humana seccionada está bien definida y es delicada, el cartílago curvo, desprovisto de pelo.

Una oreja derecha. Posiblemente blanca. De tez pálida, no puedo aventurar mucho más. Seguramente de mujer, sin duda no es un adulto macho ni la oreja de un niño pequeño, aunque no se puede descartar a una niña de más edad o a un muchacho.

El lóbulo está perforado justo en el centro, la sección manchada de sangre del periódico donde se fotografió la oreja es fácilmente identificable como el *Grande Prairie Daily Herald-Tribune*, que seguramente era el periódico local de Emma Shubert, mientras ella estaba trabajando en la región de la Paz al noroeste de Canadá, el pasado verano. No puedo ver una fecha, solo una parte de un artículo sobre escarabajos de pino de montaña que destruyen los árboles.

«¿Qué es lo que quieres de mí?».

Trabajo en el Departamento de Defensa, específicamente en el cuerpo de Examinadores Médicos de las Fuerzas Armadas (AFME), y si bien esto expande mi jurisdicción a escala federal, lo cierto es que no incluye Canadá. Si alguien ha asesinado a Emma Shubert, ella no va a convertirse en mi caso, no a menos que su cadáver termine a miles de kilómetros al sureste de donde desapareció y se presente en esta área.

¿Quién me ha enviado esto, y qué se supone que debo hacer al respecto? Tal vez lo que llevo haciendo desde las seis y media de la tarde de ayer.

«Avisa a las fuerzas del orden, preocúpate, enfádate, siéntete una inútil».

Una cerradura biométrica se abre en el laboratorio de computación forense de al lado. Me doy cuenta de que no se trata de Toby ni de ningún otro investigador, sino de mi sobrina, Lucy, y me sorprende y me complace a la vez. Pensé que no iba a venir hoy. Lo último que sabía de ella era que salía en su helicóptero, tal vez a Nueva York, aunque no estoy segura. En los últimos tiempos ha estado muy ocupada con su *casita en el campo*, que es como llama a la gran parcela que compró al noroeste de aquí, en Lincoln. Ha ido y ha vuelto de Texas para obtener la certificación del nuevo helicóptero bimotor que ha comprado recientemente. Tiene preocupaciones con las que no la puedo ayudar, me dice, pues mi sobrina tiene secretos. Ella siempre los tiene, y yo siempre lo sé.

«¿Eres tú? —le pongo por SMS—. ¿Café?».

Entonces ella aparece ante mi puerta abierta, delgada y en buena forma, vestida

con una cómoda camiseta negra, pantalones negros de seda y unas zapatillas deportivas de cuero negro. Las venas se le insinúan en los fuertes antebrazos y en las muñecas y tiene el pelo rubio ceniza todavía húmedo de la ducha. Parece que ya ha pasado por el gimnasio y se dirige a un encuentro con alguien de quien nada sé y no son ni siquiera las siete de la mañana.

—Buenos días. —Me acuerdo de lo maravilloso que es tenerla cerca—. Creía que hoy volabas.

—Has venido muy pronto.

—Tengo tarea atrasada en histología y necesito ponerme al día, aunque tal vez no lo consiga —le respondo—. Y debo asistir a un juicio esta tarde, el caso de Mildred Lott, o tal vez debería llamarlo el espectáculo de Mildred Lott. Me obligan a testificar, pero no es más que un truco.

—Podría ser más que eso.

A juzgar por su precioso rostro, Lucy está muy preocupada por algo.

—Sí, podría ser vergonzoso. De hecho, espero que lo sea.

La miro con curiosidad.

—Asegúrate de que Marino o alguien vaya contigo.

Se ha quedado apostada a mitad de camino, en la alfombra de color gris metálico, y está mirando hacia arriba, a la cúpula geodésica de vidrio.

—Supongo que eras tú a quien he oído yendo de un lado a otro durante la última hora —digo, por si suelta prenda—. Estaba un poco preocupada por si se trataba de un intruso. —Es mi manera de preguntarle qué sucede.

—No era yo —dice ella—. Acabo de llegar, he venido a comprobar una cosa.

—Pues no sé quién más está por aquí, ni quién está de guardia —me pregunto—. Así que si no eras tú, ¿quién era? No sé por qué alguien de guardia iba a andar dando vueltas por esta planta...

—Marino, quién si no. Al menos esta vez. Me sorprende que no hayas visto el tanque chupagasolina que hay en el aparcamiento.

No digo nada, pero mira quién fue a hablar. Mi sobrina no conduce nada con menos de quinientos caballos de potencia, por lo general un V12, a poder ser italiano, aunque su adquisición más reciente es británica, creo, aunque podría estar equivocada. Los supercoches no son mi área de especialización y no tengo su dinero. E incluso si lo tuviera, jamás me lo gastaría en Ferraris ni en máquinas voladoras.

—¿Y qué hace aquí tan temprano? —le pregunto.

—Decidió quedarse de guardia anoche y envió a Toby a casa.

—¿Qué quieres decir con eso de que decidió quedarse de guardia? Anoche acababa de regresar de Florida. ¿Por qué iba a decidir quedarse de guardia? Nunca está de guardia.

Lo que me dice no tiene sentido.

—Hemos tenido suerte de que no haya pasado gran cosa ni haya habido necesidad de ir a ninguna escena de crimen, porque me imagino que Marino se quedó dormido. O tal vez estaba tuiteando —dice ella—. Lo que no es una buena idea. Al menos no a última hora, cuando tiende a mostrarse más desinhibido.

—Estoy confundida.

—¿Te ha dicho que se ha traído una cama inflable AeroBed al cuarto de investigaciones?

—Aquí no se permiten camas. No permitimos que el personal de guardia duerma. ¿Desde cuándo está de guardia? —repito.

—Desde que anda a la greña con cómo-se-llame.

—¿Con quién?

—O tal vez esté adornando y no quiera conducir el coche.

No tengo ni idea de lo que me está diciendo Lucy.

—Lo que sucede bastante a menudo estos días. —Ella me mira a los ojos—. Esa cómo-se-llame que conoció en Twitter y a la que tuvo que dejar de seguir en más de un sentido. Ella lo ha dejado en ridículo.

—¿Y qué es eso de que está «adornando»?

—Son botellitas que convierte en adornos. Después de beberse su contenido. Yo no te he dicho nada.

Vuelvo a pensar en el 11 de julio, el cumpleaños de Marino, que nunca ha sido una ocasión feliz para él, y a medida que envejece es aún peor.

—Tienes que preguntárselo tú, tía Kay —añade Lucy, mientras recuerdo haber ido a visitarlo a su nueva casa de West Cambridge.

Le gusta presumir de que su casa tiene chimeneas en perfecto estado y suelos originales de madera, y un sótano donde ha instalado una sauna, un gimnasio y un saco de boxeo con el que hacerse el chulo. Cuando llegué, con una cesta de cumpleaños con una quiche de espárragos hecha en casa y un salami de chocolate blanco dulce, él estaba en la escalera, tendiendo líneas iluminadas de pequeñas calaveras de cristal a lo largo del techo, minibotellitas de vodka marca Crystal Head que pedía directamente a la destilería y convertía en adornos, tal como me dijo antes de que pudiera preguntarle nada, como para dar a entender que las había estado comprando vacías, cientos de ellas. Preparándose para Halloween, agregó entre carcajadas, y yo debería haber sabido entonces que había vuelto a beber.

—No sé qué tienes que hacer hoy, excepto tal vez sobrevolar otra granja de cerdos que quieres cerrar —le digo a Lucy para apartar de mi mente todas las cosas horribles que Marino ha hecho borracho.

—El sureste de Pennsylvania. —Sigue revisando mi oficina como si algo hubiera cambiado y ella debiera estar al tanto de todo.

Nada ha cambiado. Al menos nada que yo pueda imaginar. El bonsai de enebro

sobre mi mesa de conferencias de acero pulido es la única incorporación reciente, eso es todo. Las fotografías, los certificados y los títulos que revisa ahora son los mismos de siempre, al igual que las orquídeas, las gardenias y la palma de sagú. Mi escritorio de superficie negra laminada en forma de arco tampoco ha cambiado. Ni el gabinete a juego ni la encimera de granito negro que hay detrás de mi silla, por donde ahora husmea.

No hace mucho tiempo me deshice del sistema de microdissección, sustituyéndolo por un ScanScope que me permite ver diapositivas microscópicas, y veo que Lucy comprueba el monitor, encendiéndolo y apagándolo. Coge el teclado y le da la vuelta, y a continuación pasa a revisar mi fiel microscopio Leica, al que nunca voy a renunciar porque no hay otra cosa en que confíe más que en mis propios ojos.

—Cerdos y pollos del condado de Washington, más de lo mismo —dice, mientras continúa caminando, mirando, tocando cosas—. Los agricultores pagan las multas y vuelven a la carga —añade—. Deberías volar conmigo alguna vez y ver esos establos y pocilgas donde embuten a los pobres animales como sardinas en lata. Esa gente es horrible con los animales, perros incluidos. —Suenan un pitido: tiene un nuevo mensaje de texto en el iPhone, y lo lee—. Columnas de desechos que ensucian arroyos y ríos. —Escribe la respuesta con los pulgares, sonriendo como si quien le ha enviado el mensaje fuera alguien con quien está encariñada o a quien encuentra divertido—. Esperamos poder atrapar a esos cabritos en flagrante delito, y cerrarles el cotarro.

—Espero que tengas cuidado. —No estoy nada contenta con su recién descubierto activismo medioambiental—. Se empieza por jugar con el medio de vida de la gente y la cosa se pone fea enseguida.

—¿Al igual que le sucedió a ella? —E indica mi ordenador y lo que he estado viendo en él.

—No tengo ni idea —confieso.

—¿De quién era el sustento con el que jugó Emma Shubert?

—Todo lo que sé es que encontró un diente dos días antes de su desaparición —le respondo—. Es un descubrimiento reciente, el primero en un lecho óseo en la actualidad. Ella y otros científicos comenzaron la excavación hace un par de veranos.

—Un lecho óseo que puede terminar siendo el más productivo del mundo —dice Lucy—. El cementerio de una manada de dinosaurios que murieron a la vez, algo inusual, tal vez sin precedentes. Es una oportunidad increíble para armar esqueletos completos y llenar un museo, atraer a los turistas y devotos de los dinosaurios y amantes del aire libre de todo el mundo. A menos que la zona esté tan contaminada que nadie vaya.

No se puede leer algo acerca de la zona que se conoce como la Grande Prairie y no ser consciente de la relevancia económica de su gas natural y la producción de

petróleo.

—Mil setecientos kilómetros de gasoducto que transporta crudo sintético de las arenas de alquitrán de Alberta a las refinerías del Medio Oeste hasta el golfo de México —dice Lucy, desapareciendo dentro de mi cuarto de baño, donde hay un Keurig y una *macchinetta* junto al lavamanos—. La contaminación, el calentamiento global, la ruina total.

—Prueba el café monodosis de Illy. En la caja plateada —digo en voz alta para que me oiga—. Y ponme a mí uno doble.

—Creo que es una buena mañana para un café cubano.

—El azúcar Demerara está en el gabinete —le hago saber, al tiempo que termino mi último sorbo de café frío y vuelvo a pasar el vídeo.

«¿Qué es lo que estoy pasando por alto? Algo se me escapa».

No puedo evitar tener una sensación extraña y me concentro de nuevo en la figura sobreexpuesta, cuyas características quedan veladas por el sol deslumbrante. La persona no parece muy corpulenta, podría ser una mujer o un hombre bajito o posiblemente un niño mayor con una gorra para el sol y un velo por los lados y un borde ancho que él o ella parece estar sosteniendo con dos dedos de la mano derecha, tal vez para evitar que se le vuele. Pero la verdad es que no estoy segura.

No puedo distinguir un solo rasgo de ese rostro oscurecido por las sombras, ni siquiera la ropa que lleva esa persona, a excepción de una chaqueta de manga larga o una camisa holgada y la gorra para el sol, y hay un destello apenas perceptible cerca de la zona temporal derecha que sugiere que tal vez lleve gafas, posiblemente gafas de sol. Pero no puedo estar segura de nada. No sé más ahora de lo que sabía cuando me enviaron este archivo adjunto hace doce horas.

—No he oído nada más del FBI, pero Benton ha montado una reunión para hoy. Eso, si logro salir del juicio a tiempo —le digo, alzando la voz por encima de las explosiones tórridas de la *macchinetta*—. Aunque no será más que una charla informal, ya que no ha sucedido nada todavía, solo me han enviado este clip.

—Algo sí que ha pasado —resuena la voz de Lucy desde el cuarto de baño—. A alguien le han cortado la oreja. A menos que sea falsa.

La parte externa de la oreja cortada, el pabellón auricular, parece haber sido limpiamente seccionada de la fascia del músculo temporal.

He ampliado la imagen al máximo sin desfigurarla por falta de definición, y los bordes visibles de la herida incisa aparecen nítidos y regulares. No se advierte ninguna palidez ni indicios de que el tejido cortado esté evertido o colapsado, que es lo que se puede esperar de un desmembramiento producido mucho tiempo después de la muerte, como cuando la oreja ha sido seccionada de un cadáver embalsamado, o de un cadáver de la Facultad de Medicina, por ejemplo. Lo que estoy viendo no me parece que sea algo así. La oreja y la sangre en el periódico no parecen viejas.

Pero no puedo determinar si la sangre es humana, y las orejas son difíciles de analizar. No son vasculares y no es inconcebible que alguien pudiera cortar una oreja ante o post mortem y refrigerarla durante semanas, y en principio puede parecer lo bastante fresca en una fotografía para que me sea imposible determinar si la lesión ocurrió cuando la víctima estaba viva o muerta.

En otras palabras, el archivo jpg está lejos de ser útil para mis propósitos, como le estoy explicando a Lucy. Necesito examinar la oreja real, comprobar la incisión de los bordes para buscar una respuesta vital, comprobar el ADN en el índice Nacional de ADN (NDIS), y también en el Sistema de índice Combinado de ADN (CODIS), por si su perfil pertenece a alguien con antecedentes penales.

—Ya he localizado algunas fotos recientes de ella, hay un montón en varios sitios web, incluyendo algunas tomadas mientras ella estaba trabajando en Alberta este verano —dice Lucy desde el baño de la oficina, ya que seguimos hablando en voz alta para escucharnos sin problemas—. Pero obviamente no podemos hacer un cotejo. Tengo que ajustar el tamaño y el ángulo, aunque la buena noticia es que la superposición nos es útil, ya que definitivamente no podemos descartarla.

Lucy me explica que ha estado comparando el jpg con fotografías de Emma Shubert, tratando de superponer imágenes de sus orejas con la seccionada. No podemos descartar un cotejo positivo, pero desafortunadamente tampoco una comparación visual es concluyente.

—Te voy a enviar el archivo —añade—. Puedes mostrar las comparaciones a quien acuda a esa reunión.

—¿Estarás de vuelta sobre las cinco?

—No sabía que me hubierais invitado. —Su voz resuena por encima del ruido de la cafetera exprés.

—Por supuesto que estás invitada.

—¿Y quién más vendrá?

—Un par de agentes de la oficina de campo de Boston. Douglas, creo. —Me refiero a Douglas Burke, una agente del FBI con un nombre que tal vez crea un poco de confusión—. No estoy segura de quién más. Y Benton.

—No estoy disponible —responde Lucy—. No, si viene ella.

—Sería realmente útil que vinieras. ¿Qué tiene de malo Douglas?

—Mucho. Y no, gracias.

Desterrada del FBI y la ATF en su antigua vida como agente del orden, mi sobrina no alberga sentimientos caritativos para con los federales, algo que puede ser incómodo para mí, ya que mi marido es analista de inteligencia criminal del FBI, o creador de perfiles, y yo misma tengo el estatus de reservista especial del Departamento de Defensa. Ambos somos parte de lo que ella aborrece y no respeta, federales como los que la rechazaron y la pusieron de patitas en la calle.

En pocas palabras, Lucy Farinelli, mi única sobrina, a quien he criado como a una hija, cree que las reglas son para los simples mortales. Era una agente federal que iba por libre y es una genio de la tecnología que va por libre, y mi vida se sentiría destrozada y vacía si no la tuviera cerca.

—Estamos tratando con alguien muy inteligente —añade, y sale del baño con dos tacitas y una pequeña jarra de acero.

—Eso no es una buena señal —le respondo—. Rara vez opinas que alguien sea inteligente.

—Alguien astuto, inteligente en algunos aspectos, aunque demasiado satisfecho de sí mismo para darse cuenta de lo mucho que desconoce.

Vierte el café, fuerte y dulce, con una capa de espuma marrón claro en la parte superior, para hacer dos *coladas* a las que se aficionó cuando estaba con la ATF en la Oficina de Campo de Miami, antes de verse envuelta en un mal tiroteo.

—La dirección BLiDedwood resulta bastante obvia —deja la taza y la jarra al lado de mi teclado.

—No resulta obvia para mí.

—Billy Deadwood —afirma.

—Está bien. —Pienso un segundo y le pregunto—: ¿Me lo explicas?

Lucy vuelve a mi lado de la mesa y golpea ligeramente la encimera de granito detrás de mí, despertando dos pantallas de vídeo. Aparecen ahora los salvapantallas en rojo vivo, oro y azul, con los escudos del CFC y la AFME a un lado y a otro, un caduceo y la balanza de la Justicia y un juego de naipes, dobles parejas de ases y ochos, la mano que Wild Bill Hickok supuestamente tenía durante una partida de póquer cuando lo mataron a tiros en 1876.

—El escudo de la AFME. —Me indica la mano del hombre muerto en las pantallas



de ordenador—. Y Wild Bill Hickok, o Billy a secas, fue asesinado en Deadwood, Dakota del Sur. ¿Que si te lo explico? Sí, tía Kay. Solo espero que no sea alguien de nuestro propio patio trasero.

—¿Y por qué deberías tener la mínima sospecha de que podría ser así?

—¿Tal vez porque ha usado un correo electrónico temporal gratuito que se autodestruye en treinta minutos? —me responde Lucy—. Vale, eso tampoco es tan raro, podría ser cualquiera. Pero esta persona te ha enviado un correo electrónico a través de un servidor proxy gratuito con un tipo de anonimato muy elevado con un nombre de host no disponible. Y situado en Italia.

—Para que nadie pueda responder al correo electrónico, pues al cabo de treinta minutos la cuenta temporal se borra y desaparece.

—Eso mismo.

—Y así nadie puede rastrear la IP ni desde dónde fue enviado el correo electrónico.

—Eso es exactamente lo que el remitente desea.

Y se supone que debemos suponer que alguien ha enviado el correo electrónico desde Italia.

—En concreto, desde Roma —dice.

—Pero eso es un engaño, ¿no?

—Absolutamente —responde ella—. Definitivamente. Quien lo envió no estaba en Roma a las seis y media de anoche, hora local.

—¿Qué pasa con el tipo de letra?

Vuelvo al correo electrónico y miro la línea del asunto.

## A LA ATENCIÓN DE LA JEFA MÉDICA FORENSE KAY SCARPETTA

—¿Hay algún significado oculto? —pregunto.

—Muy retro. Con reminiscencias de los años cincuenta y sesenta, las grandes formas cuadradas con esquinas redondeadas, supuestamente evocadoras de los televisores de la época. *Tu época* —se burla.

—Por favor, no me atosigues a estas horas de la mañana.

—La Eurostile la creó Aldo Novarese, un diseñador gráfico italiano —me explica—. Diseñó esta tipografía originalmente para una fundición en Turín llamada Nebiolo Printech.

—¿Y tú crees que todo esto tiene algún significado oculto?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Básicamente se dedican a la fabricación de papel y de prensas tecnológicamente avanzadas.

—¿Una posible conexión italiana?

—Lo dudo. Creo que quien te envió el correo electrónico creyó que no podríamos rastrear la IP real —añade, y sé lo que quiere decir en realidad.

Sé lo que ha hecho.

—En otras palabras —continúa—, que no nos daríamos cuenta de que en realidad se envió desde...

—Lucy —le interrumpo—, no quiero que tomes medidas extremas.

«Pero ella ya las ha tomado».

—Hay un montón de servidores anónimos gratis disponibles —prosigue, como si no hubiese acabado.

—No quiero que te cueles en ningún servidor proxy de Italia o de cualquier otro lugar —le digo rotundamente.

—El correo electrónico lo ha enviado alguien que tenía acceso a la tecnología inalámbrica de Logan —dice ella, para mi asombro.

—¿Lo enviaron desde el aeropuerto Logan, aquí, en Boston?

—Alguien te envió ese clip de vídeo por correo electrónico desde la red inalámbrica del aeropuerto Logan, a menos de siete millas de mierda de aquí —me confirma, y no es de extrañar que esté considerando la posibilidad de que podría tratarse de alguien de nuestro propio patio trasero.

Pienso en mi jefe de personal, Bryce Clark, en Pete Marino, en varios científicos forenses que hay en mi edificio. La semana pasada varios miembros del personal fueron al CFC de Tampa, en Florida, para asistir a la reunión anual de la Asociación Internacional de Identificación, y todos ellos volaron de regreso a Boston ayer a la misma hora en que alguien me envió este correo electrónico de forma anónima al CFC.

—Ayer, en algún momento justo antes de las seis de la tarde —me explica Lucy — esta persona inició una sesión en Internet con el wifi gratuito de Logan. Lo mismo que hacen miles de pasajeros miles de veces al día. Pero esto no significa que la persona que te envió el correo electrónico estuviera físicamente en la terminal o en un avión.

Dice que quienquiera que fuese podría haber estado en un garaje, o en una acera, o tal vez en un taxi acuático o en un ferry, en el puerto o en cualquier lugar donde llegue la señal inalámbrica. Una vez esta persona estuvo conectada, creó una cuenta de correo electrónico temporal llamada BLiDedwood@Stealthmail, posiblemente utilizando un procesador de textos para escribir el asunto en Eurostile, y cortarlo y pegarlo en el correo electrónico.

—Esperó veintinueve minutos antes de enviarlo —dice—. Qué pena que haya tenido la satisfacción de saber que lo abriste.

—¿Y cómo pudo saber esa persona que abrí el correo electrónico?

—Porque no recibió la notificación de rebote de falta de entrega —me responde ella—. Que le habría llegado apenas unos segundos antes de que la cuenta se autodestruyera. Él no tiene ninguna razón para no creer que el correo electrónico fue recibido sin problemas y abierto.

Su tono es diferente. Lo que dice ahora suena a reprimenda.

—El rebote es inmediato y automático para que los correos de acoso o aquellos infectados por virus sean enviados inmediatamente a la dirección principal del CFC —me recuerda—. El propósito es dar la impresión al remitente de que el correo electrónico no se pudo entregar. Pero, de hecho, salvo algunas excepciones muy raras y desafortunadas, los correos electrónicos sospechosos van directamente a lo que yo llamo la zona de cuarentena para que yo misma pueda verlos y evaluar el nivel de amenaza —enfatisa, y me doy cuenta de lo que está consiguiendo—. Y no he visto este correo electrónico en particular, ya que no fue puesto en cuarentena.

La excepción rara y desafortunada de la que habla soy yo misma.

—Los cortafuegos que establecí pensaron que el correo electrónico era legítimo al reconocer el asunto a la atención de la jefa médica forense Kay Scarpetta —añade, como si fuera mi culpa, y lo es—. Y todo lo que va dirigido a tu atención personal no recibe el tratamiento de correo basura ni queda temporalmente en cuarentena, porque así me lo has ordenado. Contra mi voluntad, ¿recuerdas?

Me mira fijamente. Sé que tiene razón, pero no hay nada que pueda hacer al respecto.

—¿Ves ahora las consecuencias de hacer trampas, cuando ya lo teníamos todo atado y bien atado? —me pregunta.

—Entiendo tu frustración, Lucy. Pero es la única manera de que un montón de personas, y en particular la policía y muchas familias, puedan ponerse en contacto conmigo incluso cuando desconocen cuál es mi dirección de contacto directo en el CFC —le digo lo mismo que le he dicho siempre—. Si me envían algo a mi atención no quiero que acabe tratándose como si fuera correo basura.

—Es una lástima que hayas sido tú la primera en abrirlo —dice Lucy—. Aunque probablemente Bryce suela hacerlo antes.

—Me alegro de que no lo hiciera.

Mi jefe de personal es muy sensible y más bien aprensivo.

—Así es. No lo hizo porque estaba de viaje. Él y varios otros han estado fuera durante toda una semana —dice Lucy, como si esa coincidencia en el tiempo no fuera casual.

—¿Te preocupa que quien envió el correo electrónico sepa lo que sucede en el CFC? —le pregunto.

—Me preocupa, sí.

Acerca una silla y vuelve a llenar nuestras tacitas, y al hacerlo aspiró el aroma de

pomelo fresco de su colonia, y siempre sé cuándo mi sobrina ha estado en el ascensor o ha pasado por una habitación. Puedo cerrar los ojos y reconocer su fragancia en cualquier lugar.

—Sería absurdo no tener presente que alguien puede haber estado investigándonos y metiendo la nariz en lo que estamos haciendo —dice—. Alguien a quien le gustan los juegos y que se cree más listo que Dios. Alguien que se excita traumatizando a los demás y mareándolos.

Ahora no tengo ninguna duda de por qué ha estado husmeando por mi oficina esta mañana. Ha venido a comprobar algo, está claro, porque se muestra demasiado protectora conmigo, vigilante hasta la exageración. Desde que Lucy tuvo edad suficiente para caminar ha reclamado mi atención y me mira como un halcón.

—¿Te preocupa que Marino esté involucrado? ¿Que me esté espiando o tratando de hacerme daño de alguna manera? —pregunto, y me meto en mi correo electrónico.

—A menudo hace estupideces, de eso no cabe duda —admite ella, como si estuviera pensando en algo en concreto—. Pero no es tan inteligente, y además, ¿qué motivos podría tener para hacer algo así? La respuesta es que no.

Echo un vistazo a mi bandeja de entrada, busco un correo electrónico de Bryce o del asistente del fiscal de Estados Unidos, Dan Steward, con la esperanza de que me informen de que mi presencia en el tribunal no será necesaria.

—¿Has probado a aclarar la imagen? Tal vez podamos averiguar quién está en la motora.

Mientras pienso en el caso de Mildred Lott hablo del videoclip.

—Olvídalo —dice Lucy.

—Es tan ridículo... —murmuro, al no encontrar ningún mensaje que me conceda el indulto y me libre de aparecer en ese juicio.

Mi informe de una autopsia solía bastar para la defensa, tanto que no era necesario, ni siquiera deseable, que yo tuviera que hacer acto de presencia en un juicio, pero la vida cambió para todos los expertos forenses en Estados Unidos desde que la Corte Suprema adoptó la decisión Meléndez Díaz. Channing Lott quiere carearse con su acusador. El multimillonario industrial se enfrenta a una acusación de homicidio por haber pagado presuntamente a alguien para que asesinara a su esposa, que ya ha sido dada por muerta, y ha exigido contar con el placer de mi compañía, hoy, a las dos de la tarde.

—Lo que se observa ahora en el archivo de vídeo es todo lo que verás —Lucy vacía su tacita—. No vamos a poder mejorar esta imagen.

—¿Estamos seguras de que no hay ningún software por ahí más sofisticado que lo que estamos usando aquí en el CFC? —replico, porque no quiero aceptar lo que me dice.

—¿Más sofisticado que lo que he diseñado? —Se levanta y se acerca a la pantalla de mi ordenador—. Nada mejorará lo que tenemos. El problema es que esa filmación se hizo así a propósito.

Hace clic en el ratón para mostrarme un anillo de oro macizo que recientemente ha empezado a usar en el dedo índice y un cronógrafo de acero en su muñeca. Detiene la grabación de la imagen en el rostro oculto que hay en la parte posterior de la motora, y explica que ha hecho varias capas del mismo vídeo quitando brillo y usando filtros para darle mayor nitidez, sin esperanza alguna.

—Quiquiera que haya filmado esto sabía lo que se hacía: enfocó directamente hacia el sol —me dice—, y nada va a restaurar las partes sobreexpuestas. Lo mejor que podemos hacer es adivinar quién es esa persona en la motora en función del contexto y las circunstancias.

Pero con «adivinar» no basta. Vuelvo a reproducir el clip, observo de nuevo ese tramo de río junto a una ladera escarpada donde la paleontóloga estadounidense Emma Shubert estaba excavando con sus colegas de la Universidad de Alberta cuando desapareció casi nueve semanas atrás. Según declaraciones hechas a la policía fue vista por última vez el 23 de agosto a las diez de la noche, cuando caminaba sola por una zona boscosa de acampada de Pipestone Creek, para regresar a su tráiler después de la cena en el comedor. A la mañana siguiente su puerta estaba entreabierta y ella había desaparecido.

Anoche hablé con un investigador de la Policía Montada del Canadá que me dijo que no había señales de lucha, ni nada que indicase que Emma Shubert pudiera haber sido atacada dentro de su tráiler.

—Tenemos que averiguar quién me ha enviado esto —le digo a Lucy—. Y por qué. Si es posible que esa silueta en la motora sea ella, quiero saber qué está pasando. ¿Cuál es la expresión de su rostro? ¿Está alegre? ¿Triste? ¿Asustada? ¿Había subido a esa motora de buena gana?

—No puedo decirte eso.

—Quiero verla.

—No, al menos en este clip de vídeo. No hay nada más que ver.

—¿Iba de camino hacia el lecho óseo para excavar o regresaba de él? —pregunto.

—Si tenemos en cuenta la posición del sol y las imágenes del satélite de esa parte del río —dice Lucy—, es probable que la motora fuera hacia el este, lo que sugiere que la foto se tomó por la mañana. Obviamente, el día era soleado, y en esa parte del mundo el pasado mes de agosto no hubo muchos días de sol. Y tal vez no sea una coincidencia que también luciera el sol dos días antes de desaparecer, el día en que encontró el diente del Pachyrhinos.

—Así que teniendo en cuenta la meteorología estás pensando que el vídeo se grabó el 21 de agosto.

—Al parecer, ella acudió allí ese día, la llevaron en motora al lecho óseo del río Wapiti. —Lucy repite la información que ha salido en las noticias—. Así que el vídeo podría haber sido grabado en un iPhone esa misma mañana, durante el viaje en barca. Ella tiene un iPhone. O tenía, porque, como sabes, faltaba del tráiler. Puede que sea la única cosa que faltaba, ya que los demás efectos personales estaban allí.

—¿Este vídeo se filmó en un iPhone?

Esto es nuevo.

—Y la foto de la oreja cortada también se hizo con uno —dice Lucy—. Un iPhone de primera generación, que es el que tenía ella.

Yo no voy a pedirle a Lucy que me explique cómo se las ha arreglado para conocer estos detalles. No lo quiero saber.

—Todavía usaba el primer móvil que le habían dado, y que no se molestó en

actualizar probablemente a causa del contrato que tenía con la compañía telefónica AT&T.

Lucy se levanta y vuelve al cuarto de baño para enjuagar las tacitas, y oigo voces distantes en el pasillo.

Entonces escucho el sonido grabado de una sirena de policía, uno de los tonos de llamada de Pete Marino. Está con alguien. Con Bryce, creo, y ambos vienen en esta dirección. Los dos están hablando por el móvil, resuenan los sonidos de sus palabras y a juzgar por la energía en su voz puedo adivinar que ha pasado algo.

—Te llamaré más tarde, estaré de regreso antes de que llegue el mal tiempo —me dice Lucy al irse—. Va a ponerse realmente malo a última hora de la tarde.

Y entonces Marino se planta en mi puerta. Viste ropa de color caqui muy arrugada, como si hubiera dormido vestido, y tiene la cara enrojecida y camina como si viviera aquí, hablando en voz alta por teléfono. Bryce, el jefe de personal, un hombre delicado y guapo, está detrás de él. Lleva gafas de sol en la parte superior de la cabeza, unos jeans pitillo descoloridos y camiseta, como si acabara de salir del set de *Glee*. Me doy cuenta de que no se ha afeitado desde que lo vi hace una semana, antes de irse a Florida, y el vello facial —o su ausencia— siempre significa lo mismo: Bryce Clark entra y sale de diferentes personajes, mientras continúa presentándose a una audición para el papel de estrella de su propia vida.

—Bueno, normalmente eso sería un no —dice Marino hablando por el teléfono móvil—. Pero necesitas que la señora del acuario le diga todo esto directamente a mi jefa y nos aseguremos todos de estar hablando de lo mismo...

—Se lo agradecemos. Sí, y lo entiendo. —Bryce está hablando con otra persona—. Nos damos perfectamente cuenta de que nadie va a pelearse por algo así. Tal vez los bomberos y tú podríais tirar una moneda al aire... No, es broma. Yo también estoy seguro de que la lancha tiene una canasta Stokes... Ni una bolsa de aspirar ni un collar cervical o sea lo que sea que resulte necesario, obviamente... Por supuesto, los bomberos están mejor equipados para regar lo que sea necesario con esos terribles cañones de agua que llevan en cubierta. ¿Y qué significa eso? Eso no nos importa en lo más mínimo, pero alguien tiene que llevarlo a la orilla, y nosotros nos encargaremos desde allí. —Mira su reloj—. ¿En unos cuarenta y cinco minutos? ¿Poco después de las nueve? Sí, sería fabuloso.

—¿Qué pasa? —le pregunto a Bryce cuando cuelga.

Se pone las manos en las caderas y me mira.

—Vale, la verdad es que no vas muy bien vestida para salir en barco esta mañana, ¿no te parece? —Examina el traje gris de raya diplomática y la falda que me he puesto para ir al tribunal—. Solo será un minuto, voy a pasarte un par de cosas, porque no vas a salir con la Guardia Costera con esa pinta. ¿A agarrar algo que flota a la deriva? Gracias a Dios que no estamos en julio, ni el agua está siempre caliente por

aquí, y te aseguro que espero que no lleve allí mucho tiempo, qué asco. Lo siento, vamos a ser sinceros. ¿Quién puede soportar algo así? Me doy cuenta de que nadie quiere hallarse en una situación tan desagradable, ¿te imaginas? Si me muero y me pongo así, por favor, que no me encuentren... —Está en mi armario, sacando ropa de campo—. Ésa es la parte que no les gusta a los chicos de la Guardia Costera, ¿verdad? —sigue hablando—. Tener algo así en su barco, pero no te preocupes, lo van a hacer porque se lo pedí por favor y les recordé que si tú, y me refería específicamente a ti, la jefa, no sabes cómo encargarte de algo así, ¿quién lo va a saber? —Saca unos pantalones de cargo de una percha—. Usa doble bolsa o lo que sea necesario para que su barco no apeste, ¿vale? Se lo prometí. ¿Quieres manga corta o larga? —Me mira desde el armario—. Creo que mejor larga, porque va a hacer frío con el viento que sopla —dice, antes de pensar siquiera en escuchar mi respuesta—. Así que vamos a ver, la chaqueta de rescate naranja es una buena idea, así se te verá a una milla de distancia, lo que siempre es aconsejable sobre el agua. Veo que Marino no tiene chaqueta, pero tampoco estoy a cargo de su armario.

Bryce me trae la ropa mientras Marino continúa hablando con alguien que obviamente está en un barco.

—No queremos que nadie corte nudos ni nada, y todas las cuerdas tendrán que estar bien aseguradas —afirma, mientras Bryce deja mi uniforme del CFC sobre el escritorio y luego vuelve al armario a recoger las botas—. Voy a colgar el teléfono y te llamaremos desde un teléfono fijo; tal vez tengamos más cobertura y puedas hablar con la doctora —añade Marino.

Se acerca a mi lado de la mesa mientras oigo el ruido del ascensor en el pasillo y más voces. Lucy va camino de su helicóptero y están llegando otros miembros del personal. Son un poco más de las ocho de la mañana.

—Hay una tortuga prehistórica enorme enredada en el canal sur —me dice Marino, y alarga el brazo para tomar el teléfono de mi escritorio.

—¿Prehistórica? —exclama Bryce—. Ay, no lo creo.

—Una tortuga laúd. De una especie ya casi extinta, aunque han existido desde el Parque Jurásico.

Marino no le hace caso.

—Dudo que entonces hubiera un *parque* —interviene Bryce con retintín.

—Podría llegar a pesar una tonelada. —Marino sigue hablándome mientras marca un número en mi teléfono, con un par de gafas de lectura posadas sobre el puente de su fuerte nariz—. Un barquero que revisaba sus nasas de langostas la descubrió al amanecer y ha llamado al equipo de rescate del acuario, que tiene un acuerdo con la unidad marina del cuerpo de bomberos. Cuando llegó el bote de los bomberos y empezaron a tirar de la tortuga resulta que descubrieron un desafortunado añadido atado a la misma cuerda. ¿Hola? ¿Pamela? —dice al auricular—. Te voy a pasar a la



doctora Scarpetta. —Me da el receptor, dobla las gafas con sus gruesos dedos y las mete en el bolsillo de la camisa mientras me explica—: Pamela Quick. Está en la bahía, en una lancha, por lo que puede que la conexión no sea muy buena.

La mujer del teléfono me explica que es una bióloga marina del Acuario de Nueva Inglaterra, lo dice en un tono de voz que parece urgente y ligeramente hostil. Dice que en este mismo instante me acaba de enviar una fotografía por correo electrónico.

—Así podrá ver por sí misma que no tenemos tiempo que perder —insiste—. Tenemos que subirla a bordo ya.

—¿Subirla?

—Se trata de un ejemplar de una especie de tortuga marina en peligro de extinción. Lleva arrastrando toda suerte de desechos y lo que es obviamente una persona muerta, desde quién sabe cuánto tiempo. Las tortugas tienen que respirar, y con semejante carga este ejemplar apenas puede mantener las fosas nasales por encima del agua. Tenemos que sacarla ahora mismo para que no se ahogue.

Marino sostiene su teléfono móvil delante de mis ojos para que yo pueda ver la fotografía enviada por correo electrónico que acaba de abrir: una mujer joven, rubia y bronceada, con pantalones caqui y una chaqueta verde, aparece inclinada sobre un lado de la lancha y usa un bichero de mango largo para tirar de una cuerda que se enreda con una criatura marina asombrosamente enorme, oscura y coriácea, de una envergadura tan amplia como el barco. A varios metros de distancia de su cabeza, y apenas visible en la superficie del agua, se ven un par de pálidas manos con las uñas pintadas y un mechón de pelo largo y blanco.

Bryce me acerca un par de botas tácticas, altas, negras y con la puntera de cuero pulido y la parte superior de nailon. Se queja de que no puede encontrar calcetines.

—Prueba en el cajón de abajo —le digo, y mientras me inclino para quitarme los zapatos, hablo con Pamela Quick—: Lo que no quiero es perder el cadáver o causarle daños. Así que normalmente yo no permitiría que...

—Podemos salvar a este animal —me interrumpe ella, y está claro que no está interesada en que yo le dé permiso—. Pero tenemos que hacerlo ahora.

A juzgar por la forma en que lo dice, no tengo ninguna duda de que no va a esperarme, ni a mí ni a nadie, y realmente no puedo culparla.

—Haga lo que tenga que hacer, por supuesto. Pero si alguien puede documentar ese proceso con vídeo o fotografías nos sería de gran ayuda —le digo, mientras me levanto de la silla, sintiendo la alfombra bajo las medias y recordando que nunca se sabe lo que puede suceder en la vida, ni siquiera de un minuto al siguiente—. Procuren tocar las cuerdas y todo el aparejo tan poco como les sea posible y cerciórense de que todo queda asegurado para que no se pierda nada —añado.

Vestida ahora con ropa de campo de algodón color azul oscuro, con el escudo del CFC bordado en la camisa y la chaqueta de color naranja brillante bajo el brazo, monto en el ascensor más allá de la sala de descanso, y por un momento estamos solos. Marino deja en el suelo dos maletines de plástico negros Pelican y aprieta el botón de la planta baja.

—Tengo entendido que has pasado aquí toda la noche —le comento, mientras él golpea el botón de nuevo con impaciencia, una costumbre suya que no sirve para ningún propósito útil.

—Con papeleo pendiente y esas cosas. Era más fácil quedarme.

Mete sus grandes manos en los bolsillos de sus pantalones de carga, la curva del vientre sobresaliéndole notablemente por encima del cinturón de lona. Ha ganado peso, pero sus hombros son enormes y a juzgar por el grosor de su cuello, sus bíceps y sus piernas todavía sigue levantando pesas en ese gimnasio al que va en Central Square, un club de lucha libre o como quiera que se llame, un local frecuentado por policías, la mayoría SWAT.

—¿Era más fácil que qué? —Detecto el olor rancio del sudor bajo la pátina de loción para después del afeitado Brut, y tal vez ha pasado toda la noche bebiendo, tal vez se tomó una caja de botellitas de vodka Crystal Head u otra cosa. No lo sé—. Ayer era domingo —prosigo, con voz suave—. Dado que no estaba previsto que trabajaras este fin de semana y que acababas de volver de un viaje, ¿qué era más fácil? Y ya que tocamos el tema, llevo bastante tiempo sin recibir las actualizaciones de los horarios de guardia, así que no estaba al tanto de que estuvieras de guardia al teléfono, y al parecer ha habido...

—El calendario electrónico es una mierda —me interrumpe—. Todo ese proceso automatizado es una mierda. Ojalá Lucy lo dejara estar. Ya sabes lo que tienes que saber, que alguien está haciendo lo que se supone que hay que hacer. Y que ese alguien soy yo.

—No estoy al tanto de que el jefe de investigaciones esté de guardia. Eso nunca ha sido nuestra política, a menos que haya habido una emergencia. Como tampoco es nuestra política ser un parque de bomberos y dormir en una cama inflable mientras esperamos a que suene la alarma, por así decirlo.

—Veo que alguien se ha ido de la lengua. Es culpa de ella, de todos modos. —Se pone las gafas de sol con montura de alambre, las mismas Ray-Ban que lleva desde que le conozco y que Bryce llama las gafas de bandolero salteador de caminos.

—Se supone que el investigador de guardia debe estar despierto en la estación de trabajo, dispuesto a contestar al teléfono. —Lo digo sin traslucir la menor emoción, para no discutir, que es lo que parece que quiere hacer—. ¿Y quién tiene entonces la culpa?

—La muy gilipollas de Lucy me puso en Twitter, así empezó todo.

Sé que cuando llama «gilipollas» a Lucy no habla en serio. Los dos se adoran.

—Pues no creo que sea justo echarle la culpa por Twitter, si es que ahora te pasas el día tuiteando, y tengo entendido que así ha sido últimamente —le respondo en el mismo tono suave—. Y no se ha ido de la lengua exactamente, o desde hace tiempo sabría algunas cosas de las que me acabo de enterar. Solo me lo ha contado porque se preocupa por ti, Marino.

—Ella es agua pasada, así ha sido durante semanas, y no quiero hablar de esto —dice, mientras descendemos lentamente por el centro del edificio.

—¿Y quién es ella? —le pregunto, desconcertada.

—La mema con la que estaba tuiteando, y eso es todo lo que tengo que decir al respecto. Además, ¿realmente crees que la gente no se duerme cuando está de guardia? No me perdí nada anoche. Cada vez que sonó el teléfono contesté y me ocupé del asunto. La única escena real a la que había que dar respuesta fue un tipo que se cayó por las escaleras, y Toby se encargó de ello, un accidente que no era nada del otro jueves. Luego lo mandé a casa. No tenía sentido que estuviéramos los dos. Y, además, me pone de los nervios. Una de dos: o no le veo el pelo cuando le necesito o lo tengo pegado a mis talones todo el rato.

—Solo estoy tratando de entender qué está pasando. Eso es todo. Me estoy asegurando de que estés bien.

—¿Y por qué no iba a estarlo? —Se queda mirando al frente con la vista fija en el acero liso y brillante, en la «LL» iluminada en el panel digital—. No es la primera vez que algo se me tuerce.

No tengo ni idea de qué o de quién está hablando, y ahora no es el momento para insistir sobre una mujer que conoció en Internet, o por lo menos eso es a lo que sospecho que está aludiendo. Pero debo mencionar sin duda lo que entiendo que podría ser una violación del secreto profesional y la confidencialidad.

—Y ya que tratamos el tema, para empezar me pregunto por qué te metiste en Twitter, o por qué Lucy podría supuestamente alentar una cosa así —le digo—. Marino, no estoy tratando de meterme en tu vida personal, pero no estoy a favor de las redes sociales a menos que sea sobre todo para recibir noticias, que es lo único que sigo en Twitter. Ciertamente no estamos aquí para airear lo que hacemos ni para compartir detalles acerca de nuestro trabajo, o hacer amigos con gente de fuera.

—No estoy en Twitter bajo mi propio nombre, no aireo nada que pueda identificarse conmigo. En otras palabras, nadie me conoce por mi nombre sino como

El Nota, El Fino, *The Dude*.

—¿El Nota?

—Como en *El Gran Lebowski*, el personaje interpretado por Jeff Bridges, cuyo avatar utilizo. Lo cierto es que de ninguna manera sabrías lo que hago para ganarme la vida, literalmente, a menos que hagas una búsqueda con el nombre Peter Rocco Marino, y ¿quién se iba a molestar en hacer algo así? Y por lo menos no uso un avatar genérico como haces tú, que es algo infantil.

—¿Así que te presentas en Twitter con la foto de una estrella de cine que actuaba en una película sobre bolos...?

—Solo que es la mejor película jamás realizada sobre el mundo de los bolos — dice a la defensiva, justo cuando se detiene el ascensor y se abren las puertas.

Marino no me espera ni dice nada más, solo agarra de cerca los maletines necesarios para estudiar la escena del crimen, uno en cada mano, y avanza con la gorra de béisbol calada sobre la calva morena, sus ojos enmascarados por las Ray-Ban. Todos estos años que le conozco, y ya va para más de dos décadas, y siempre he sabido cuándo se siente menospreciado o está enfadado, aunque esta vez no puedo imaginar qué podría haberle hecho, más allá de lo que acabo de intentar discutir con él. Pero ya estaba de mal humor cuando apareció en mi oficina antes. De modo que está sucediendo algo. Me pregunto qué demonios le he hecho. ¿Qué es exactamente, esta vez?

Toda la semana pasada estuvo fuera, en la reunión de Florida, así que no hay nada que pudiera haberle hecho mientras estuvo fuera. Antes de eso Benton y yo estuvimos en Austria, y se me ocurre que esa sea probablemente la raíz de su resentimiento. Bueno, claro que lo es, maldita sea. Benton y yo fuimos con mi ayudante el médico examinador jefe, Luke Zenner, a Viena, al funeral de su tía, y solo de pensarlo me siento frustrada y a la vez molesta. Otra vez más de lo mismo. Marino y sus celos, maldita sea, y Benton también. Los hombres de mi vida van a ser mi ruina.

Soy cuidadosa con lo que le digo a Marino, porque hay más gente alrededor. Los científicos forenses, administrativos y personal de investigación están entrando en el edificio desde el aparcamiento de la parte trasera y caminan a lo largo del pasillo sin ventanas. Marino y yo apenas hablamos mientras dejamos atrás el armario de telecomunicaciones y la puerta de metal cerrada que conduce a la vasta sala de máquinas, y luego al laboratorio odontológico. Todo el edificio del CFC fluye en un círculo perfecto, y en ocasiones me sigue resultando difícil situarme, sobre todo si trato de dar una dirección. Al ser circular no hay primera ni última oficina a la derecha o a la izquierda, ni tampoco nada en medio de nada.

Las suelas de goma de nuestras botas emiten sonidos apagados mientras vamos hacia las salas de autopsias y de rayos X, y luego nos encontramos en la zona de

recepción, donde están las paredes de acero inoxidable de los refrigeradores y congeladores para admisión y descarga, con pantallas digitales en las pesadas puertas. Saludo al personal que nos encontramos por el camino, pero no me detengo a charlar con nadie, y notifico al guardia de seguridad, un antiguo policía militar, que nos enfrentamos a un caso potencialmente sensible.

—Esto parece estar rodeado por circunstancias inusuales —le digo a Ron, que es fuerte y de piel oscura, y no se muestra particularmente animado detrás de su ventana de cristal—. Solo tenlo en cuenta por si aparecen los medios de comunicación o quién sabe quién. No puedo saber si se va a convertir en un circo.

—Sí, señora jefa —contesta.

—Cuando nos hagamos una idea de cómo se desarrolla todo te lo haremos saber —agrego.

—Sí, señora jefa. Eso será perfecto —responde, y para él siempre soy señora y jefa, y aunque no lo demuestra creo que le caigo muy bien.

Reviso el registro de entradas, un gran libro negro, y uno de los pocos documentos que no permitiré jamás que sea electrónico. De un vistazo reconozco los apuntes manuscritos con letra pequeña de Marino de los cadáveres que han llegado desde que comprobé el registro a mi llegada a las cinco de la mañana, lo que me recuerda que lo que Lucy me ha contado es solo parcialmente cierto. Si bien no ha habido necesidad de que un investigador respondiera a las escenas de madrugada, hay casos, cuatro en total, que requieren autopsias. La persona a cargo de tomar la decisión de si se tenían que enviar los cuerpos a un examen post mortem era el investigador de turno, que ahora sé que fue Toby, en el caso de un supuesto traumatismo por caída mortal, y Marino en los demás.

De los que se ocupó Marino ocurrieron en hospitales locales e ingresaron ya difuntos: dos accidentes automovilísticos y un posible suicidio por sobredosis de drogas, y no suele ser necesario responder a las escenas de dichos sucesos fatales o muertes reales a menos que la policía lo solicite. Supongo que Marino debe de haber obtenido la información por teléfono, y me doy la vuelta para preguntarle algo acerca de los casos que tenemos hasta ahora, pero tengo la sensación de que la persona que está a mi lado no es él. Y me sorprende darme de bruces con Luke Zenner, que está a escasos centímetros de mí, como si hubiera cambiado de lugar con Marino o se hubiese materializado de la nada en un abrir y cerrar de ojos.

—No ha sido mi intención asustarte. —Lleva su maletín y viste una camisa blanca con las mangas dobladas hasta los delgados codos, una corbata estrecha a rayas rojas y negras, zapatillas de deporte y pantalones vaqueros.

—Lo siento. Pensé que eras Marino.

—Me lo acabo de encontrar en el aparcamiento revisando un todoterreno y luego otro, hasta dar con el que tiene el motor más grande. Pero gracias por pensar que era

él —dice, y me dedica una sonrisa irónica, con la mirada cálida y un acento británico que parece esconder sus raíces austríacas—. Voy a aceptar lo que me has dicho como un cumplido —añade con ironía, y no estoy segura de si Marino le desagrada tanto como a Marino le disgusta él, aunque sospecho que entre ambos el sentimiento es mutuo.

El doctor Luke Zenner es nuevo en más de un sentido, ni siquiera hace tres años que recibió el certificado de la junta. Le contraté en junio pasado y en contra de los deseos de Marino, debo añadir. Luke no solo es un patólogo forense con talento, también es sobrino de una compañera mía a cuyo funeral acabo de asistir: la doctora Anna Zenner, psiquiatra y amiga cercana durante más de una década, desde mis días de Richmond. Esa conexión es la razón de que Marino se opusiera, o al menos eso es lo que dice, aunque el resentimiento probablemente sea la causa de que se muestre descaradamente cruel y mal encarado con este joven médico guapo y rubio, de ojos azules, que es un ciudadano del mundo, y con el que me une un lazo personal.

—¿Te vas? ¿A la escena de un crimen? ¿A una situación con SWAT? ¿Al campo de tiro? ¿A un *reality show*? —Luke se ha fijado en la ropa que llevo, me mira de arriba abajo—. ¿Al final te has librado de testificar en el juicio, después de todo?

—Tenemos un caso en Boston, un cadáver en el puerto. Puede ser una recuperación difícil a causa de que está atado a cuerdas y artes de pesca —le respondo—. Aún no sé lo del juicio, pero probablemente voy a tener que ir. No hay muchas opciones en estos días.

—Dímelo a mí. —Observa a un grupo de científicas forenses que se dirigen al ascensor, chicas jóvenes que nos saludan tímidamente y que apenas pueden quitarle los ojos de encima—. Basta con que pongas tus iniciales y ya te han obligado a testificar. —Se fija en las mujeres y pienso en cómo Marino le acusa de usar a las mujeres, sin importarle quiénes son ni su estado civil—. Yo a esto lo llamo acoso.

—En parte sí que lo es —coincido con él.

—Puedo ir contigo, si necesitas ayuda. ¿Qué ha sido? ¿Un ahogamiento? —Sus ojos azules me miran intensos—. Te recuerdo que soy buceador, tengo el título. Podemos ser compañeros de inmersión. La visibilidad en el puerto va a ser muy mala, el agua estará fría como un demonio. No debes estar sola y Marino no bucea. Si quieres, voy.

—En este momento no estoy segura de lo que tenemos, pero creo que podremos manejarlo solos —le respondo—. Voy a confiar en ti para que hagas las rondas de la mañana y supervises la asignación de casos a los otros doctores. Te lo agradeceré de veras.

—Por supuesto. Y, cuando tengas un momento, ¿podríamos hablar sobre el horario de guardia o la ausencia de horario?

Me ve abrir la puerta que da al aparcamiento, con el rostro de rasgos tan afilados

como los de su tía, algo que me resulta inquietante. O tal vez sea la forma en que me mira, la forma en que parece fijarse en mí y cómo me hace sentir y las dificultades que eso me ha causado.

—Es un problema. —Creo que está hablando de Marino, pero tal vez de algo más.

Lo que temo es otra cosa, y me acuerdo de Viena después del funeral, cuando Luke nos llevó a Benton y a mí por los arbolados senderos del Zentralfriedhof para mostrarnos las tumbas de Brahms, Beethoven y Strauss. Benton estaba claramente incómodo, podía sentir su malestar como el escozor del aguanieve en mi cara.

—Lo sé y lo voy a hablar con él. —Le digo a Luke que voy a solucionar el problema de la agenda electrónica, y si es necesario voy a tener que asignarle esa tarea a Bryce, y mientras le estoy diciendo todo esto recuerdo lo que ocurrió.

Fue horrible. El claro desagrado de Benton estaba provocado lo por la capacidad de Luke de hablar perfectamente el inglés y el alemán y de ser un guía reflexivo y cariñoso en una ocasión muy triste, el entierro de su tía, a quien yo quería mucho. Pero a pesar de todo, Luke, su único sobrino, se mostró amable y valiente, encantador e imperturbable, y cuando nos paramos a mirar el monumento a Mozart, donde la gente había colocado velas y flores en los escalones de mármol, Luke me pasó el brazo por la cintura para darme las gracias por haber ido a Viena para asistir al funeral de Anna, su única tía y alguien a quien nunca podría olvidar.

Eso fue todo, un abrazo: me atrajo en un instante de ternura.

Pero fue suficiente. Cuando Benton y yo regresamos al hotel, cerca de la Ringstrasse, bebimos y no probamos bocado, y discutimos.

—¿Dónde está tu respeto? —me preguntó mi marido del FBI, y yo sabía lo que quería decir, pero me negaba a seguirle la corriente—. Realmente no lo ves, ¿verdad, Kay? —Se paseó por la habitación y abrió con furia otra botella de champán—. Las cosas empiezan de esta manera, lo sabes. —No me miraba—. El sobrino de una amiga, y lo tratas como si fuera de la familia y le das trabajo y... ¿qué viene luego? —Ahí bebió media copa de champán de un trago—. No es Lucy. Te crees su tía igual que Anna era su única tía, y de alguna manera eso te convierte en su madre adoptiva de la misma manera que eres la madre adoptiva de Lucy, y lo siguiente será...

—¿Qué será lo siguiente, Benton? ¿Irme a la cama con él? ¿Es ésa la conclusión lógica que sacas si me convierto en mentora de alguien y soy su madre adoptiva? —No añadí que jamás me he acostado con mi sobrina.

—Le deseas. Deseas a alguien más joven. Esto sucede a medida que envejecemos, siempre sucede, porque nos aferramos a la vitalidad, luchamos por ella y queremos conservarla. Ése es el problema, y no solo eso, sino que siempre va a ser un problema, solo que irá a peor. Y los jóvenes te desean, porque eres un trofeo.

—Nunca he pensado en mí misma como en un trofeo.

—Y tal vez estés aburrida.

—Nunca me he aburrido contigo, Benton.

—No he dicho conmigo —replicó él.

Camino por el pequeño aparcamiento, del tamaño de un hangar, pintado de marrón, y vuelvo a pensar lo mismo que un buen número de veces durante la semana pasada, que no estoy aburrida de mi trabajo ni de mi vida, y menos aún de Benton, nunca me he aburrido con él. No es posible aburrirse con un hombre tan elegante y complejo, a quien siempre he encontrado sorprendentemente convincente e imposible de poseer, pues por mucho que intimemos una parte de él siempre me será inaccesible.

Pero lo cierto es que sí que advierto la presencia de otros seres humanos atractivos, y sin duda me doy cuenta de que ellos también advierten mi presencia, y, dado que ya no soy tan joven como antes, tal vez darme cuenta de todo ello se ha vuelto más importante. Pero no es verdad que no sea consciente de ello, ciertamente lo soy y sé lo suficiente para tener clarísimo que es mucho más difícil para las mujeres. Para nosotras es difícil de un modo que los hombres jamás entenderán, y no me gusta recordar nuestra discusión y cómo terminó, con la afirmación de Benton de que no soy sincera conmigo misma.

Se me ocurre que la única persona con la que podría ser completamente sincera es la que sin querer causó el problema: Anna Zenner, mi confidente de años, quien solía contarme historias de su sobrino, Luka, o Luke, como se le conoce aquí. Salió de Austria para recibir su educación en un colegio privado en Inglaterra, luego estudió en Oxford y después cursó medicina en el Kings College de Londres, y, finalmente, vino a Estados Unidos, donde completó su residencia en patología forense en la oficina del médico examinador jefe en Baltimore, una de las mejores instalaciones que existen en el mundo. Me fue sumamente recomendado y tenía muchas ofertas de trabajo de prestigio, y no he tenido ningún problema con él, y no veo por qué alguien podría poner en duda sus credenciales o por qué alguien podría pensar que lo contraté como un favor.

La puerta enrollable del aparcamiento se abre, y por la abertura cuadrada accedo al asfalto y al límpido cielo azul. Los vehículos del CFC, todos ellos blancos, brillan bajo la luz de la mañana de otoño; rodeando el aparcamiento hay una valla antiescalada recubierta de PVC. Y, por encima de ella, y por encima de mi edificio de piel de titanio, quedan los laboratorios de ladrillo y cristal del MIT con sus torres de radar y sus antenas en los tejados. Al oeste se encuentra la Universidad de Harvard y su escuela de teología, que queda cerca de mi casa, y que por supuesto no alcanzo a ver por culpa de las vallas que mantienen el mundo a distancia de aquéllos a los que atiendo, mis pacientes, todos ellos muertos.

Salgo a la calle mientras un Tahoe blanco retumba ante mí. El aire es fresco y



claro, y me pongo la chaqueta, agradecida de que Bryce haya elegido mi atuendo. Me acuerdo de lo raro que es haberme acostumbrado a un jefe de personal que se preocupe de mi armario. Me ha llegado a gustar aquello a lo que al principio me resistí, así puedo tener un desinterés completo por detalles relativamente banales que él puede manejar o solucionar fácilmente. Pero Bryce llevaba razón: voy a necesitar la chaqueta porque en el barco va a hacer frío y hay una gran probabilidad de que me moje. Si alguien tiene que echarse al agua, esa voy a ser yo. Estoy convencida de ello.

Voy a ver por mí misma exactamente de qué estamos tratando, y a asegurarme de que la muerte se gestiona como debe ser, con precisión y respeto, más allá de todo reproche y siempre en previsión de cualquier acusación legal, porque siempre hay alguna acusación. Marino me podrá ayudar o no, pero el caso es que no es buzo y no hace nada poniéndose un traje de neopreno ni un traje seco, pues dice que le hacen sentir como si se estuviera ahogando, y como nadador tampoco vale gran cosa. Puede quedarse en el barco, y yo me haré cargo de las cosas por mi cuenta. No voy a reñir con él ni con nadie. Ya he tenido mi ración de peleas por minucias que podían ser mal interpretadas. Como si fuera yo a tener una aventura con el sobrino de Anna Zenner, que, incluso siendo yo soltera, sería mucho más compatible con Lucy, en el caso de que ella tuviera esas inclinaciones.

No soy la madre adoptiva de Luke, y lo que me sigue doliendo en el alma de la observación de Benton es la sugerencia de que estoy vieja.

Vieja como la tipografía Eurostile, evocadora de una época ya pasada, las décadas de los cincuenta y sesenta, que apenas puedo recordar y a las que no quiero creer que pertenezco.

Siento esa afirmación de Benton como una lesión interna que crece de forma crónica, un síntoma depresivo de estar dañada y no saberlo hasta que él pronunció aquellas palabras airadas en Viena. Desde que lo dijo no he vuelto a sentirme la misma, y no estoy segura de poder superar la profunda herida que se ha abierto en mí.

Levanto la tapa de la caja del lector biométrico montado en el lateral del edificio y presiono ligeramente el pulgar izquierdo contra el cristal del escáner. El motor echa a andar y las cadenas de rodillos de acero empiezan a bajar ruidosamente la puerta de media tonelada del aparcamiento.

—La Guardia Costera debe de tener trajes de neopreno —le digo a Marino, mientras me acomodo en el asiento del copiloto del Tahoe, y sé que es así.

Ha elegido un vehículo recién lavado y con el depósito lleno, lo que probablemente fue lo que Luke Zenner vio cuando divisó a Marino examinando los coches del aparcamiento. Huelo el aroma agradable de Armor All y veo que el salpicadero reluce y la alfombrilla está impecable. A Marino le gustan los vehículos con motor V8, cuanto más grandes y más potentes mejor, y me acuerdo de lo mucho que odia la nueva flota que he elegido de Toyota Sequoias, vehículos de bajo consumo, muy prácticos, como el que conduzco a diario, porque no tengo necesidad de demostrarle nada a nadie.

—Siempre guardamos un par de trajes de neopreno en los armarios de almacenamiento. Me aseguro de que haya un par en cada camión de escena de crimen. —Marino me recuerda cuán diligente es, y tengo la sensación de que vamos a tener una conversación desagradable—. Hay dos en la parte trasera. Lo he comprobado.

—Bien. —Me pongo el cinturón de seguridad y las gafas de sol mientras él maniobra el vehículo—. Pero me imagino que los que tiene a bordo deben de ser mejores que los nuestros, lo que no es decir mucho. Los trajes que tenemos son bastante malos, sirven para una búsqueda básica y rescate, pero no para la recuperación de pruebas.

—A nosotros nos dan lo que la administración desecha —se queja Marino, y sé que tiene algo en mente.

Siempre lo sé.

—Esa mierda es lo que le sobra a Seguridad Nacional o al Departamento de Defensa, y como no los quieren ni ellos se lo pasan a otros —dice—. Al igual que las cajas de cartón para las secciones de órganos en las que se leía «¿Cebo de pesca?». Eso nos pasó en Richmond. ¿Te acuerdas?

—No es exactamente algo fácil de olvidar.

Marino ha empezado a usar Twitter y tal vez haya vuelto a beber no mucho después de que yo contratase a Luke, y me pregunto si Luke le ha dicho algo en el

aparcamiento hace unos minutos. Me pregunto si Luke le ha preguntado dónde íbamos y ha aprovechado para recordarle que tiene el certificado PADI a nivel profesional, que es instructor de buceo apto para tareas de rescate.

—¿... porque tú necesitabas un montón de cajas de cartón plastificado y había una oferta en algún sitio? —me recuerda Marino con cariño.

—Y las usamos, no tuvimos otra opción.

—Sí, pero si eso sucediera ahora, sería coser y cantar para el abogado de la defensa.

Pienso en Mildred Lott y lo que voy a encontrarme allí si me toca acudir. Porque me sigue tocando ir a juicio, por lo que sé. Ojalá hubiera tenido más cuidado. Ojalá no hubiera hecho un maldito comentario estúpido que con un poco de mala suerte pronto estará en las noticias.

—Tal vez no tengas que meterte en el agua, salvo que el cuerpo se haya alejado de la superficie —Marino detiene el Tahoe en la puerta metálica de seguridad—. En la foto que Pam nos ha enviado se ve como si estuviera al alcance de la mano. Probablemente podamos simplemente tirar de las cuerdas y ni siquiera necesites un traje seco, aunque quién cono lo sabe.

—No debemos suponer que se trata de una mujer.

—Tenía las uñas pintadas. —Y ensancha las manos como si las llevara él también, luego estira el dedo hasta el visor y pulsa un botón en el control remoto—. Se podía ver en la foto que nos ha enviado Pam. —«Pam», ahora se refiere a la joven bióloga marina que nos ha llamado como si fueran amigos de toda la vida—. Y eso era definitivamente esmalte de uñas. No sabría decir de qué color, tal vez rosa.

—Es mejor no suponer nada en absoluto.

—Bueno, necesitamos nuestro propio equipo de buceo. He estado pensando en ello, pensando en sacarme la certificación —dice, y eso nunca va a suceder.

A Marino le gusta comentar que si Dios nos hubiera querido capaces de respirar bajo el agua nos habría dado branquias. Lo dijo en alto para que Luke lo oyera, y me pregunto si Marino sabe que Luke se ha ofrecido a ser mi pareja de buceo, qué se han dicho el uno al otro en el aparcamiento.

—Todos esos cadáveres que nos toca sacar del agua... —continúa Marino—. Bahías, lagos, ríos... el océano. Y los bomberos y hasta los chicos de la Guardia Nacional cuentan con equipos de buceo de rescate y no quieren tener nada que ver con cadáveres flotantes.

—Y no siempre pueden hacerlo —comento, y sé que cada vez que habla sin parar me dispongo a escuchar algo que no me va a hacer más feliz.

—Necesitamos un bote. Tengo la licencia de capitán, y no nos costaría nada ponernos al día. Bastaría con una Zodiac Hurricane inflable de casco rígido, una de seis metros de eslora y doscientos cuarenta caballos. Tal vez podríamos tratar de

obtener dinero de alguna subvención para comprar trajes secos nuevos y también un bote... Podríamos guardarlo todo aquí en un remolque y así no nos costaría nada manejar estas cosas —dice, seguro de sí mismo—. Yo podría estar a cargo. Lo conozco como la palma de mi mano.

El tráfico es denso cuando salimos hacia Memorial Drive. La puerta abierta se cierra a nuestra espalda y otros empleados del CFC acceden a las instalaciones.

—Me aseguraría de que todo se almacenase perfectamente —prosigue—. Volvería a hacer todo según las reglas para que no tuvieras nada de lo que preocuparte si algún abogado defensor va por ahí diciendo que las pruebas están contaminadas. Por cierto, si todavía vas a asistir a ese juicio esta tarde, yo debería ir contigo. No te quiero sola cerca de ese tal Channing Lott.

—No creo que esté en condiciones de planear nada contra mí en el interior del palacio de justicia federal, con agentes por todas partes.

—El problema es lo que un cabroncete como él podría haber dispuesto en el exterior —dice Marino—. Alguien con su dinero podría pagar a cualquiera para hacer lo que quisiera.

—Al parecer, no se molestó en pagar lo que debía cuando decidió que asesinaran a su esposa.

—No me digas. Probablemente le haya venido bien estar encerrado todo este tiempo. No me gustaría haberle prometido cien mil pavos a un sicario y luego no cumplir el trato.

—¿Tenemos transporte?

—Sí. Toby nos está esperando en la base de la Guardia Costera con una de las camionetas. Le dije que no tenía que salir hasta dentro de una hora.

Al otro lado de la concurrida calle que hay junto a nuestro edificio el río fluye de color azul profundo. Brilla el sol, y a lo largo del terraplén las hojas de los árboles están empezando a ponerse amarillas, y rojas allá donde las aguas enfrían el ambiente. El otoño llega tarde este año, aún no hemos tenido una helada, y la mayoría de los árboles tienen aún las hojas verdes tirando a marrón. Me temo que pasaremos directamente al invierno, algo que al estar tan al norte puede ocurrir casi de inmediato.

—Sé lo del correo electrónico —dice por fin Marino. Sabía que al final iría al grano.

Ya me imaginaba yo que Lucy no se lo callaría, y se lo digo.

—¿Cómo es que no me llamaste de inmediato? —pregunta.

Al otro lado del río se encuentran los rascacielos del centro de Boston, y cerca de la orilla, los puertos interiores y exteriores y la bahía de Massachusetts, donde una lancha nos espera. Espero que la tortuga laúd haya sobrevivido. Me va a doler en el alma si al final resulta que se ha ahogado.

—No sabía si estabas en el avión o por qué debería preocuparte con eso —le respondo—. Debe de tratarse de algún perturbado que quiere divertirse a mi costa y para colmo le ha salido bien. Espero que no sea nada más que una broma de mal gusto.

—Tendrías que habérmelo dicho, podría interpretarse como una amenaza. Una amenaza a un funcionario del gobierno. Me sorprende que Benton no lo viera de este modo. —El comentario de Marino es excesivo, como si estuviera cuestionando una vez más si Benton se preocupa por mi seguridad o se comporta como un marido decente.

—¿También te ha contado Lucy desde dónde se ha enviado? ¿Lo de la IP?

—Sí, me lo ha dicho. Tal vez para hacer que parezca que ha sido uno de nosotros. Bryce, yo, cualquiera de los que ayer volamos a Logan y estábamos justo en el aeropuerto cuando te llegó el correo electrónico. Debes preguntarte quién puede querer que creas algo así, quién podría beneficiarse de que receles de todos los que están más cerca de ti.

Cambia al carril derecho para girar hacia el puente de Longfellow, con sus torres centrales en forma de salero y pimentero, y pienso en Lucy rebuscando en mi oficina hace apenas un rato. Nos metemos en una larga fila de coches que cruzan el río hacia Beacon Hill. Es hora punta y el tráfico apenas se mueve, se extiende hasta la calle Cambridge por lo que puedo ver. Recuerdo que Lucy ha dicho algo acerca de alguien en nuestro propio patio trasero, alguien a quien conocemos, y me los imagino a los dos, Marino y ella, hablando de todo esto, especulando y acusando. Les cuesta muy poco ponerse a la defensiva y empezar a buscar culpables.

—Mira, no es ningún secreto que no tengo una buena opinión de él. Quiero decir, ¿qué diablos sabemos realmente de él, excepto que es el sobrino de Anna? —dice entonces Marino, y la verdad es que no me sorprende que haya estado esperando a soltarme todo esto—. Lucy y yo estamos preocupados por motivos que tal vez estés pasando por alto. Estamos tratando de encontrar una conexión, y hay una, con su padre.

—¿Una conexión con qué?

—Tal vez una conexión con un montón de cosas. Incluyendo ese correo electrónico enviado desde Logan. Incluyendo que tal vez los dos os traéis más cosas entre... Quiero decir que es obvio que te ha sorbido el seso.

—Me gustaría que no le metieras en la cabeza ideas como esta ni a Lucy ni a cualquier otra persona. —Le interrumpo, no le dejo terminar su denuncia acerca de mi relación con Luke.

—Su padre es un gran magnate financiero en Austria, ¿no?

—Realmente debes tener cuidado con lo que le dices a la gente.

—Y tú acabas de ver a Guenter en el funeral de Anna, ¿no es cierto?

No va a cesar en el empeño.

Guenter Zenner es el único hermano vivo de Anna. Lo vi un momento en el entierro en el Zentralfriedhof: un anciano enjuto, envuelto en una capa larga y oscura, apoyado en un bastón e inconmensurablemente triste.

—Y da la casualidad de que una de las cosas con las que comercia este tipo es el petróleo —continúa diciendo Marino, mientras avanzamos por el puente y el sol nos da directamente en la cara, tan brillante como la luz a través de una lente de aumento.

—¿Lucy ha descubierto eso?

—Lo que importa es que es cierto —dice—. Y ese oleoducto desde Alberta hasta Texas es un gran negocio para los comerciantes de petróleo. Ellos lo necesitan, tienen enormes inversiones. Les dará la posibilidad de ganar millones, tal vez miles de millones.

—¿Tienes alguna idea de cuántos comerciantes de petróleo hay en el mundo? —le recuerdo.

Esto tiene que venir de Lucy, y me imagino que anoche ella se enteró de que Marino se había alojado en el CFC porque en algún momento fue en su busca. Tal vez fue allí a hablar con él y lo encontró bebiendo y durmiendo en la cama hinchable, no lo sé, e intento reconstruir lo que sucedió después de recibir el correo electrónico anónimo a las seis y media de la tarde.

Benton y yo pasamos mucho tiempo discutiendo antes de que yo llamara a la policía de la Grande Prairie, donde me pasaron con un investigador llamado Glenn de la Real Policía Montada del Canadá, que ha estado trabajando en el caso de Emma Shubert desde que ésta desapareció en agosto. Lo que más me impresionó fue la vacilación que sentí en su voz y lo que ésta parecía implicar, y eso se lo conté a Lucy cuando le hablé por teléfono del correo electrónico.

«La doctora Shubert era experta en la reconstrucción de esqueletos de dinosaurios», me dijo el investigador Glenn, dándome a entender que cualquiera que sepa cómo hacer moldes anatómicamente exactos de huesos en un laboratorio podría haber sido capaz de otro tipo de fabricaciones, incluyendo una oreja cortada.

—El gasoducto es muy importante para los precios mundiales del petróleo —sigue insistiendo Marino, tejiendo su tela de araña, una red en la que pretende atrapar a Luke Zenner.

—Estoy segura de que así es —le respondo.

—Un negocio de riesgo de miles de millones de dólares.

—Eso no me sorprendería.

—Así que, ¿cómo saber a ciencia cierta que no hay ningún vínculo entre una cosa y otra? Me mira mientras conduce.

—Por favor, explícame cómo los asuntos petrolíferos de Guenter Zenner, que me imagino que debe de ser un negocio entre muchos otros, tendrían algo que ver con la

desaparición de Emma Shubert y el correo electrónico que me llegó anoche —le digo sin rodeos.

—Tal vez ella desapareció porque quería hacerlo. Tal vez está en connivencia con personas que tienen mucho dinero. Suponemos que está muerta por la foto de la oreja y el vídeo que te enviaron.

—No tienes pruebas de nada de esto.

—Sea lo que sea, siempre das la cara por él —dice Marino—. Eso es lo que nos preocupa a Lucy a mí.

—¿Os habéis quedado despiertos toda la noche tratando de forzar las piezas para que encajen en un rompecabezas que habéis ideado? ¿De verdad deseas tanto que me deshaga de él?

—Lo único que pido es que trates de ser objetiva, Doc —dice Marino—. Por difícil que sea esta situación.

—Yo siempre trato de ser objetiva —le contesto con tranquilidad—. Y os recomiendo lo mismo, a ti y a todo el mundo.

—Sé el apego que le tenías a Anna, a mí me gustaba mucho, también. En nuestros días de Richmond era una de las pocas personas de las que me alegraba de verdad de que fuera tu amiga, que confiaras en ella y pasaras tiempo con ella.

Como si Marino tuviera que escoger a mis amigos por mí.

—Pero su familia tiene un pasado turbio, odio tener que recordártelo —añade.

—La casa de la familia Zenner estuvo ocupada por los nazis durante la guerra. — Sé exactamente qué se propone—. Eso no convierte a Anna ni a su familia, incluyendo a Luke, en gente turbia.

—Bueno, ese pelo rubio y esos ojos azules. Al menos da el pego.

—No digas esas cosas, por favor.

—Cuando miras hacia otro lado eres tan culpable como los hijos de puta que hicieron aquello —dice—. Los nazis vivieron en el castillo de los Zenner mientras miles de personas eran torturadas y asesinadas justo al otro lado de la calle, y la familia de Anna no movió un dedo.

—¿Qué deberían haber hecho?

—No lo sé —dice Marino.

—¿Una madre, un padre, tres hijas y un hijo?

—No lo sé. Pero deberían haber hecho algo.

—Deberían haber hecho... ¿qué? Es un milagro que no los asesinaran también.

—Tal vez yo preferiría morir asesinado antes que ser cómplice de todo eso.

—Los tuvieron como rehenes en su propia casa. Los soldados violaron a las hijas, y solo Dios sabe qué le hicieron al niño. Eso no es exactamente ser cómplice de nada.

Recuerdo que Anna me contó la terrible verdad, recuerdo cómo al hacerlo el viento soplaba feroz y arrojaba ramas secas y frágiles enredaderas en el patio trasero,

y yo, sentada en una mecedora, sentía un miedo que parecía presionarme por todos lados.

Apenas pude respirar cuando me habló del *schloss* que había pertenecido a la familia durante siglos, cerca de Linz, a orillas del río Danubio. Un día sí y otro también, las nubes de la muerte del crematorio ensuciaban el horizonte sobre la ciudad de Mauthausen, donde había un profundo cráter en la tierra, una cantera de granito en la que trabajaban miles de prisioneros. Judíos, republicanos españoles, rusos, homosexuales.

—No sabes de dónde sacó su dinero Guenter Zenner —le oigo decir a Marino, mientras observo la mañana soleada y por dentro me siento sombría, y recuerdo aquellas noches en Richmond en la casa de Anna, en uno de los períodos más terribles de mi vida—. Lo cierto es que Guenter ya era rico antes de dedicarse a la banca. Él y Anna heredaron mucho dinero de su padre, que tenía nazis viviendo en el castillo de la familia. Los Zenner se hicieron ricos gracias al dinero judío y a las canteras de granito, una de las cuales estaba en un campo de concentración tan cercano que podía verse el humo que salía de los hornos.

—Ésas son unas acusaciones horribles —le digo, mientras miro por la ventana.

—Lo que es terrible es lo que Luke te recuerda —dice Marino—. Una época de tu vida en la que no tienes por qué pensar ahora que las cosas te van bien. ¿Por qué demonios quieres un recordatorio de los viejos tiempos, cuando todo estaba jodido y te sentías culpable de que Benton estuviera muerto, o al menos por pensar que lo estaba, y te echabas la culpa de todo, y eso incluye a Lucy? Ella no quiere que te culpes por nada. No quiere que te culpes por ella, como si fuera tu responsabilidad.

—No estaba pensando en nada de eso —le respondo, aunque ahora lo haré, ya que se las ha arreglado para recordármelo.

Llevaba mucho tiempo sin recordar los primeros días de Lucy en las instalaciones de Investigación de Ingeniería del FBI en Quantico, pero él ha conjurado a la Lucy de aquel entonces y el recuerdo no es feliz. Una adolescente con problemas cuyos conocimientos de informática eran brutales, que casi sin ayuda creó la Red de Inteligencia Artificial Criminal del FBI, conocida vulgarmente como Caín, mientras se enamoraba de una psicópata que casi nos destruyó a todos.

«Yo conseguí que entrara en el FBI —como recuerdo haberle dicho a Anna amargamente cuando nos sentamos en su sala de estar cerca del fuego con la luz apagada, porque siempre me ha parecido más fácil hablar en la oscuridad—. Yo lo hice. Yo, su tía influyente y poderosa».

«Eso no tuvo el efecto que buscabas, ¿verdad?».

«Carrie la usó...».

«¿Convirtió a Lucy en lesbiana?».

«Nadie hace lesbiana a nadie», le dije, y Anna, la psiquiatra, se levantó



bruscamente, la luz del fuego se dibujó en su rostro fino y orgulloso, y se alejó, como si tuviera otra cita.

—Sé que no lo quieres oír. —Marino sigue hablando—. Pero voy a señalar que contrataste a Luke a principios de julio y apenas seis semanas después la señora del dinosaurio desapareció de la misma zona donde están extrayendo el petróleo en el que su padre ha invertido mucha pasta.

Toda la región del noroeste de Canadá depende del gas natural y la producción de petróleo, dice, y si el oleoducto sufriera algún bloqueo, el padre de Luke probablemente podría llegar a perder una fortuna, una fortuna que un día por herencia pertenecerá a Luke.

—Todo —dice Marino—. Él es el único que queda vivo. Y sabemos que el correo electrónico con la oreja cortada y ese vídeo de alguien que tal vez sea Emma Shubert en una motora te los enviaron desde Boston, desde el aeropuerto Logan. ¿Dónde diablos estaba Luke ayer a las seis y media de la tarde?

—¿Qué relación guarda la desaparición de Emma Shubert con una posible demora o un bloqueo en la construcción de un oleoducto? —le pregunto—. Explícame qué sentido tiene lo que estás sugiriendo, si es que es algo más que una teoría sin orden ni concierto. Porque tal y como yo lo veo, si resulta que ella ha sido asesinada y que dicho crimen tiene algo que ver con el oleoducto, eso solo alimentará la indignación de los detractores del proyecto, los ecologistas. Ciertamente, si la muerte brutal de una paleontóloga está implicada en el asunto, eso no hará nada por mejorar el sentimiento público en relación con el oleoducto.

—Tal vez sea eso lo que pretenden —dice—. Al igual que los inversores que apostaron contra el mercado inmobiliario e hicieron su agosto cuando se derrumbó.

—¡Dios mío, Marino!

Permanece callado un momento.

—Mira. Admito que no he tomado siempre las mejores decisiones a la hora de contratar personal. —Voy a concederle eso, porque es algo fuera de toda duda, y me resisto a añadir que hay quien diría que mi decisión de tenerlo en nómina es un buen ejemplo de esto—. No siempre tengo el mejor juicio acerca de las personas más cercanas a mí. —Y eso incluye a Pete Marino, pero nunca se lo diré.

Cuando nos conocimos hace más de dos décadas, él era detective de homicidios en Richmond, a donde había sido recientemente transferido desde el NYPD: de la policía de Nueva York a la antigua capital de la confederación. Allí yo era la nueva jefa examinadora médica de Virginia, la primera mujer en alcanzar dicho puesto. Marino hizo de las suyas al comienzo de nuestra vida trabajando juntos, y ha habido algunas traiciones desde entonces. Pero lo mantengo a mi lado y no elegiría a nadie por encima de él, porque soy leal y me preocupo por él y porque tiene tanto de bueno como de malo. Somos una extraña pareja y probablemente siempre lo seremos.

—Soy plenamente consciente de que toda decisión mía a la hora de contratar a alguien tiene sus consecuencias —añado, con la misma voz tranquila, haciéndolo lo mejor que sé para ser paciente con sus inseguridades y temores, mientras me recuerdo a mí misma que estoy lejos de ser perfecta—. Pero, por favor, no presupongas que solo por el hecho de que yo conozca a alguien personalmente, eso de alguna manera elimina cualquier posibilidad de que sea un buen empleado o incluso un ser humano civilizado.

—Qué fantástico cuando los Bruins ganaron la Copa Stanley. —Es la forma que tiene Marino de poner fin a una conversación que ya no le interesa—. Me pregunto si volveré a ver algo así en lo que me queda de vida.

El TD Garden, o el Garden a secas, que es como los lugareños denominan a este estadio, se eleva ante nosotros a la izquierda, y la base de la Guardia Costera está a solo unos minutos de distancia, en Commercial Street.

—He visto a un par de jugadores por aquí, con sus esposas o paseando al perro. Parecen tipos majos, nada estirados —dice Marino, y en la intersección hay un policía de Boston dirigiendo el tráfico.

—Creo que hay un funeral.

Veo varios coches fúnebres y conos anaranjados de tráfico a través de la pista de patinaje sobre hielo.

—Está bien. Vamos a torcer a la derecha y a cortar por Hanover. —Y lo hace—. Intenté tuitear con un par de ellos, pero, claro, quién te va a responder cuando eres anónimo y ni siquiera puedes usar tu propia foto para tu avatar.

—Y de todos modos, tal vez no te contestarían, me imagino.

—Claro, supongo que cuando tienes cincuenta mil personas detrás de ti no les haces caso. Yo solo tengo ciento veintidós —dice.

—Eso es un buen montón de amigos.

—La verdad es que no tengo ni idea de quiénes son —dice—. Creen que soy Jeff Bridges o algo así. Ya sabes, el de la película. A un montón de jugadores de bolos les encanta esa película. Una especie de largometraje de culto.

—Así que sigues a extraños que siguen a extraños.

—Sí, sé cómo suena, y tienes razón. No hay duda de que si pudiera ser yo mismo en lugar de usar una identidad ficticia tendría muchos más seguidores y más gente se pondría en contacto conmigo.

—¿Por qué es tan importante para ti?

Lo miro mientras conduce lentamente entre los restaurantes italianos y los bares del North End, donde hay gente en las aceras, pero muy pocos locales abiertos, excepto los cafés y las pastelerías.

—¿Sabes, doctora? Llegas a un punto en el que uno desea ver dónde encaja, eso es todo —dice—. Como el árbol que cae en el bosque.

Su gran rostro parece pensativo, y bajo el sol que brilla a través del parabrisas, puedo ver las manchas marrones en la parte superior de sus musculosas manos, las líneas finas en las mejillas y los pliegues alrededor de la boca, y su barba finamente afeitada está cana como la arena. Recuerdo cuando aún tenía pelo, cuando él era un detective estrella y siempre venía a cenar en su camioneta. Hemos estado juntos desde que empezó todo.

—Explícame eso del árbol y el bosque —le digo.

—Si el árbol cae, ¿habrá alguien que lo oiga? —reflexiona, mientras las ruedas golpean los adoquines de una calle tan estrecha como un callejón.

Al final se distinguen Battery Wharf y el puerto interior, y al otro lado, los edificios de ladrillo de East Boston.

—Creo que la pregunta es ésta: si no hubiera nadie para oírlo, ¿haría algún ruido? —le digo—. Tú siempre te las arreglas para hacer un montón de ruido, Marino, que todos oyen. No creo que tengas de qué preocuparte.

Las fuertes ráfagas de viento soplan del noreste formando olas, y allí donde el puerto tiene poca profundidad sus aguas lucen verdes, y más lejos de color azul oscuro. Desde mi asiento, a la izquierda del piloto —un joven esculpido a cincel con el pelo azabache—, veo alzarse en vuelo a las gaviotas que giran alrededor del muelle, mientras Marino sigue comportándose de forma ridícula.

Habla alto y de forma marrullera, como si tuviera sentido declararle la guerra a un arnés de cinco puntas, ya que una de sus hebillas debe cerrarse cómodamente entre las piernas. El chaleco salvavidas que lleva puesto lo hace parecer aún más grande que su más de metro noventa, y él solo parece llenar la mitad de la cabina, mientras se resiste a que le ayude el contraamaestre, a quien solo conozco como Kletty.

—Puedo hacerlo yo solo —dice Marino groseramente, y no es cierto que pueda.

Ha estado inquieto con las correas, trata de vencer la hebilla como si fuera un rompecabezas chino, hace un montón de ruido y mueve las hebillas del cinturón e intenta forzar los eslabones de metal en las ranuras equivocadas, y no puedo dejar de preguntarme qué dijo exactamente Bryce cuando llamó a la Guardia Costera hace un rato.

¿Qué persuasión ha podido ejercer para que nos hayan conseguido semejante barco?

Normalmente para lo que hacemos no es necesario contar con un Defender de novecientos caballos y treinta y tres pies, con asientos de mitigación de choque, como en el que ahora vamos, embutidos como pilotos de combate. Uno no necesita maniobrabilidad o altas tasas de velocidad cuando no hay arrestos ni rescates, pero entonces creo recordar fragmentos de lo que mi jefe de gabinete ha estado describiendo por teléfono, pintando un morboso escenario con pútridos restos humanos, una manguera en cubierta y una doble bolsa. Así que supongo que es mejor estar en un barco más grande con una cabina cerrada para que podamos volver como un cohete hacia la orilla con nuestra carga antisocial.

—Es difícil —dice a mi espalda el contraamaestre llamado Kletty, mientras termina de atar a Marino al asiento.

—No lo necesito.

—Sí que lo necesita, señor.

—Tan seguro como el infierno que no.

—Lo siento, pero si todo el mundo no está atado no podemos ir a ninguna parte.

A continuación, el contraamaestre comprueba mi arnés, que está correctamente

sujeto, la correa y la hebilla subrotatoria encajadas donde deben.

—Parece que hayas hecho esto antes —me dice, y tengo la sensación de que podría estar coqueteando, o tal vez simplemente le alivie saber que no voy a soltarle un sermón sobre protocolos de seguridad.

—Estoy lista —le respondo, y se sienta al lado de su compañero, un maquinista pelirrojo cuyo nombre creo que es Sullivan, los tres miembros de la tripulación amables y atractivos en sus trajes de faena azul marino y con chalecos salvavidas de color naranja.

Cuando me encuentro con tantos jóvenes de buen ver recuerdo que me estoy haciendo vieja, y actúo y me siento como si me estuviera haciendo vieja o me sintiera como una madre adoptiva, y trato de evitar fijarme en el piloto, tan guapo que parece un modelo de Armani. Él me mira y esboza una sonrisa como si estuviéramos en un tranquilo crucero y no ocupándonos de algo terrible y muerto.

—Sector uno-uno-nueve-cero-siete en marcha. Puntuación GAR uno-dos. — Informa por radio al centro de mando estándar que la evaluación del riesgo verde-amarillo-rojo para esta misión de momento es baja.

La visibilidad es buena, el agua está relativamente tranquila, el equipo de tres miembros a bordo está bien calificado para transportar a una patóloga y radióloga forense y a su principal investigador gruñón a un lugar en medio de islas y peligrosos bancos de arena en el canal sur, donde hace varias horas se descubrió un cadáver y una tortuga marina de una especie en extinción, ambos entrelazados en una maraña de cuerdas lastradas posiblemente por una nasa.

—¡Allá vamos!

Un toque de acelerador, y en unos minutos vamos a treinta y seis nudos y subiendo. El barco de alto rendimiento se abre paso a través de las aguas, y observo las luces estroboscópicas azules, la espuma blanca y rizada a cada lado, y la proa donde hay un poste para armas sin su M240. Las armas largas y las ametralladoras no formaban parte de la lista de verificación, pues no se esperan enfrentamientos violentos. Que yo sepa no hay armas de fuego a bordo, aparte de las Sigs de calibre cuarenta en los cinturones de los miembros de la tripulación, eso a menos que Marino lleve una pistola en la tobillera.

Echo un vistazo a los bajos de sus pantalones de color caqui y sus pies calzados con grandes botas, y no veo ningún indicio de que lleve un arma. Mientras tanto él se sigue quejando y mira hacia abajo, a la hebilla encajada perfectamente en su entrepierna.

—Déjalo en paz. —Levanto la voz por encima del ruido de los motores de fueraborda, y me giro en el asiento para hablar con él.

—Pero ¿por qué tiene que estar ahí esta cosa? —Pone una mano protectora entre la hebilla y sus «partes», que es como las llama.

—Las correas deben colocarse de tal modo que protejan los puntos duros del cuerpo.

Sueno como una científica resabida que hace un inmaduro juego de palabras. Y soy consciente de la presencia del guapo piloto, que me han presentado como Giorgio Labella. No puedo olvidar un apellido así cuando pertenece a alguien tan atractivo. Siento sus ojos grandes y oscuros mirándome mientras hablo. Los siento en la nuca, como si me tocara allí con una lengua cálida.

Técnicamente nunca he engañado a mi marido, Benton Wesley, a quien he estado dedicada durante casi veinte años. No cuenta que cometiéramos adulterio cuando él estaba casado con otra persona, porque no equivale a serle infiel. No cuenta que yo mantuviera una breve relación con un agente de la ATF asignado a la Interpol en Francia cuando Benton estaba en un programa federal de protección de testigos y considerado muerto a todos los efectos.

Cualquier cosa antes de Benton o después de que yo creyera que ya no estaba con vida son irrelevantes, y rara vez pienso en esas personas, incluyendo algunos sobre los que nunca diré nada, ya que las consecuencias serían innecesariamente perjudiciales para todos los involucrados. Me comporto como es debido, pero eso no quiere decir que no esté interesada. Ser fiel a mis compromisos no significa que no tenga pensamientos o que sea tan tonta como para creer que no soy capaz de tenerlos. Siendo una profesional en un mundo mayoritariamente masculino, nunca me han faltado oportunidades de ponerle los cuernos, incluso ahora que ya no tengo precisamente treinta años y podría ser la madre de más de uno.

Supongo que soy como una formidable fruta madura servida en una bandeja con queso para esos jóvenes que me encuentro en el cumplimiento del deber. Un racimo de uvas negras e higos maduros con un suave queso Taleggio en una bandeja con un distinguido escudo de armas, tal vez, o un trofeo, como ha sugerido Benton. Yo soy la jefa. Yo soy la directora. Tengo el rango de coronel reservista especial en las Fuerzas Aéreas y soy importante para el Pentágono. Si soy sincera conmigo misma, y Benton dice que no lo soy, debo suponer que el poder es el aperitivo prohibido que anhelan los Labella de este mundo. Un trofeo, creo. Un trofeo ya no tan joven, pero atractivo para la gente atractiva, debido a quién y a qué soy.

Ése no es realmente el modo en que veo o entiendo mi personalidad, aunque soy diplomática, incluso encantadora cuando resulta necesario, y no estoy tan ajada como probablemente merecería estar: soy rubia y de facciones fuertes, mis huesos italianos conforman un andamiaje sólido que continúa firme a través de décadas de tiempos difíciles y accidentes casi mortales. No merezco estar delgada y tonificada, y muchas veces digo en broma que si me conservo bien es por toda una vida expuesta a la formalina en estancias sin ventanas y cámaras frigoríficas.

—Me lo voy a quitar ahora mismo —dice Marino, que continúa mirando ese

pedazo pesado de plástico del cinturón de seguridad como si fuera una bomba o una sanguijuela gigante.

—El hueso de la pelvis, las clavículas, el esternón. Son puntos de anclaje del cuerpo que pueden soportar varios miles de kilos de fuerza. —Mis palabras suenan como si estuviera ofreciendo una conferencia de anatomía, y tengo la sensación de que los tripulantes me escuchan—. ¿Cuántas lesiones por cinturón de seguridad has visto en tu vida? Miles —respondo por encima de los atronadores motores fueraborda, mientras vuelvo a comprobar mi correo electrónico—. Especialmente cuando la cinta que cubre la cintura y el regazo termina alrededor del abdomen en lugar de más abajo, alrededor de las caderas, y ¿qué pasa entonces en caso de una colisión? Toda esa fuerza va dirigida a los tejidos blandos y a los órganos internos. Es por eso por lo que se usan los arneses como éste.

—¿Y contra qué vamos a chocar aquí? ¿Una puta ballena? —exclama Marino.

—Ciertamente, espero que no.

Vamos a toda velocidad, dejamos atrás largos muelles y embarcaderos que se remontan a la época de Paul Revere mientras un 777 de British Air ruge bajo, aproximándose desde el este al aeropuerto Logan, sus pistas de aterrizaje rodeadas por las aguas y apenas por encima del nivel del mar. A estribor, el distrito financiero de Boston reluce contra el cielo azul brillante, y detrás de nosotros, por encima de la base marina de guerra de Charlestown, el monumento de Bunker Hill parece una versión de piedra del monumento a Washington de la capital.

—Vamos a ver —le digo a Marino—. ¿A qué distancia estaremos ahora de la terminal del aeropuerto? ¿A unos cuatrocientos metros?

—Ni siquiera. —Él se sienta bien atado en la silla, mirando a través del plexiglás salpicado de agua.

El aeropuerto se extiende a través de cientos de hectáreas que sobresalen del agua, la torre de control, con grandes ventanales, posada sobre dos columnas de cemento que me recuerdan a unos zancos. Hay dos pistas que se cruzan y se extienden hacia el puerto y sus taludes pedregosos quedan muy cerca de aquí, a ni siquiera un centenar de metros a nuestra izquierda, según calculo.

—Depende de dónde se encuentre la LAN, por supuesto —agrego, mientras entro en la configuración de mi iPhone y activo la función wifi—. Pero recuerdo haber estado en un avión en la pista y poder acceder a la red inalámbrica de Logan. Aquí no llega la señal, sin embargo —observo, alzando la voz por encima del ruido de los motores y mientras nuestro barco golpetea contra las aguas—. No se recibe la señal de Logan. Así que si la persona envió el correo electrónico desde un barco, por ejemplo, debería haber estado prácticamente en las rocas, justo al lado de la pista.

—Tal vez alguien lo envió desde un barco con *router* —sugiere Marino.

—Lucy está absolutamente segura de que se envió desde un iPhone. Pero

supongo que alguien podría haber sincronizado el teléfono con el *router*, para así acceder con mayor facilidad a una red no segura —elucubro, mientras ante mis ojos aparece el edificio de cristal curvado del Palacio de Justicia y el parque público del Fan Pier.

Reviso mi correo electrónico de nuevo. Nada. Le escribo otra nota a Dan Steward, haciéndole saber que voy camino de una escena de crimen de la que tendré que hacerme cargo y que además sospecho que me esperará una autopsia complicada cuando vuelva a la oficina. Le pido que por favor me confirme si tengo que aparecer a las dos, como estaba previsto, y sigo confiando en que mi presencia en el juicio no sea necesaria después de todo. Lo deseo con todo mi corazón.

Es absolutamente absurdo que la abogada de Channing Lott me haya citado nada más que para acosarme e intentar intimidarme y humillarme, aunque, por supuesto, esto no se lo digo a Steward. Nunca más voy a extenderme en mensajes de correo electrónico ni en cualquier otra comunicación escrita, y me da miedo lo que me imagino que será el titular de los periódicos mañana:

---

MÉDICA EXAMINADORA AFIRMA QUE LA ESPOSA  
DE LOTT  
SE HA CONVERTIDO EN JABÓN

---

En marzo pasado, un domingo por la noche, Mildred Lott desapareció de su mansión frente al mar en Gloucester, a unos cincuenta kilómetros al norte de aquí. La grabación de las cámaras de seguridad infrarrojas la muestra abriendo una puerta y saliendo de la casa al patio trasero sobre las diez de la noche. Estaba muy oscuro, y ella llevaba una bata y pantuflas. Caminó hacia el malecón mientras al parecer hablaba con alguien, o eso me han dicho. El registro de seguridad muestra que no regresó a casa, y a la mañana siguiente, cuando su conductor se presentó para llevarla a una cita, no respondió a la puerta ni al teléfono. El conductor dio la vuelta a la casa y descubrió que las puertas habían quedado abiertas y que el sistema de alarma no estaba conectado.

La policía recuperó varios correos electrónicos eliminados que revelaban pistas cibernéticas y que les condujeron directamente a Channing Lott, cuya mujer, por cierto, no es uno de mis casos. Su cuerpo no se ha encontrado, y la única razón de que me llamen a declarar hoy es por culpa de una comunicación electrónica, la primavera pasada; una comunicación que envié sin pensármelo dos veces cuando Dan Steward quería saber qué ocurriría si un cuerpo fuera arrojado en la costa de Gloucester en esa época del año, cuánto tiempo tardaría en descomponerse por completo y qué les sucedería a los huesos.



Le contesté que durante un tiempo el frío del agua preservaría el cuerpo, aunque los peces y otras especies marinas le causarían ciertos estragos. Y añadí que podría tardar hasta un año en saponificarse: el tiempo en que el cuerpo forma adipocira, un proceso causado por la hidrólisis bacteriana anaeróbica de la grasa en los tejidos. En otras palabras, cometí el error de decir en mi correo electrónico que un cuerpo sumergido bajo el agua durante un largo período *no tarda en convertirse en jabón*, y ése es el comentario por el que la abogada de Channing Lott me quiere interrogar hoy en el tribunal.

—Si al final tengo que aparecer allí a las dos, probablemente sea una buena idea que vengas conmigo. Tienes razón —le digo a Marino, porque ya sé lo que va a suceder, que no me voy a librar—. Tal vez Bryce debería venir también con nosotros. Me preocupa que esté abarrotado de periodistas.

—Qué idiota —dice Marino—. Con todo ese dinero y le deja a deber al asesino.

—No es por eso por lo que me han citado —le respondo, con cierta impaciencia.

—Contrata a un matón por Internet, en Craigslist o donde sea, y ahora se pregunta por qué le ha salido el tiro por la culata —afirma Marino.

—Lo que importa es el abuso del sistema judicial —le respondo—. Esto es una perversión de la justicia.

Estamos dejando atrás el puerto y la fortificación de piedra del Fort Independence, que protegió Boston de los británicos en la guerra de 1812, y Deer Island, donde hay una planta de tratamiento de residuos con colectores de lodos que parecen huevos. La playa de arena gris de Hull se extiende junto a un puerto lleno de pequeños barcos, y en una colina se levanta un elegante molino de viento. Advierto a Marino de que deberá tener cuidado para que no le ocurra lo que me ha sucedido a mí.

—Es un aviso de lo que puede llegar a suceder —le digo.

La defensa me quiere en el banquillo porque Channing Lott me quiere allí, sin ninguna otra razón que el hecho de que Lott tiene legalmente derecho a exigirlo. Ahora cualquier informe generado por cualquier experto forense carece de sentido, a menos que ambas partes estén de acuerdo en que el científico forense, el médico forense, el investigador de la escena, no tiene por qué personarse para defenderlo. Si bien entiendo la lógica de la decisión de la Corte Suprema de que un documento no puede interrogarse, pues solo un ser humano puede explicarlo, a raíz de esta sentencia se está produciendo un abuso que obliga a expertos mal pagados a someterse a prácticas injustas.

Cada vez que se genera un documento que podría acabar en los tribunales, una y otra parte pueden pedir que quien lo redactó suba al estrado de los testigos, aun cuando las palabras escritas sean nada más que un mensaje de texto de reconocimiento de voz o una nota escrita a mano en un Post-it. Como resultado,

algunos miembros clave de mi equipo han comenzado a esquivar casos. Si esquivan una escena de crimen o una autopsia y no ofrecen su opinión como expertos o incluso evitan una mera observación simplista al respecto, evitarán también la posibilidad de ser citados, lo cual es otra razón por la que no me gusta la idea de que Marino permita que el investigador de guardia se vaya a su casa para que él pueda quedarse a dormir en el CFC.

—Si uno no anda con cuidado —le digo— puede suceder que ya no tenga tiempo para hacer su trabajo. Me veo arrastrada hoy a un juicio por un correo electrónico que envié a Steward cuando me pidió una opinión y nada más. Basta con una opinión y un comentario ciertamente descuidado en un correo electrónico y todo queda a la vista, cada golpe en un teclado. Y tú te preguntas por qué no me involucre personalmente en Twitter y cosas así. Cualquier cosa puede ser usada en tu contra, y lo será.

Eso es todo lo que tengo intención de exponer mientras estemos en un barco de la Guardia Costera, con un equipo que puede oír cada palabra que digamos. Cuando sea el momento, Marino y yo tendremos una conversación sobre sus *adornos* y todo lo que está pasando en su vida, que va camino de convertir la división de investigación del CFC en un Motel 6 solo porque él no puede o no quiere regresar a casa.

—¡A punto de llegar! —dice nuestro piloto, Labella, mientras revisa la sonda de profundidad, y saluda a otras embarcaciones por radio.

El agua se abre en una extensión en forma de abanico que limita con los canales del norte y del sur y sus muchas islas, y vemos boyas verdes a nuestra derecha. El barco sube y baja, y su vaivén me empuja de nuevo contra el asiento.

—Va a ser una puta mierda —dice Marino, al ver la lancha con las luces de emergencia parpadeando en rojo y un helicóptero de la prensa sobrevolándonos—. ¿Quién diablos ha alertado a los periodistas?

—Usan escáner —dice Labella, sin darse la vuelta—. Aquí en el agua los reporteros controlan nuestras frecuencias al igual que lo hacen en tierra.

Anuncia que va a reducir la velocidad a medida que nos acercamos al *James S. Damrell*, un FireStorm de veinte metros de eslora con casco rojo y negro y parabrisas delantero, y armas de fuego montadas en cubierta. A su alrededor hay una Zodiac gris de la policía, varias embarcaciones de pesca y de recreo, y un velero con las velas rojas arrolladas: policías y curiosos, o tal vez sean los mismos, y al pensar en lo que debo hacer se me quitan las ganas, especialmente ahora que hay público. Pienso en la indignidad de ser arrojado como basura al mar para que ahora unos curiosos me observen con la boca abierta.

Un barco cisterna de gas natural licuado, pintado de verde, se mueve a ritmo de glaciar, dando un gran rodeo ante la parpadeante embarcación de los bomberos, y Labella nos conduce más cerca y deja los motores al ralentí. Ahora reconozco a

Pamela Quick, la bióloga marina de la fotografía que me mostró Marino. Veo que media docena de efectivos de rescate de animales marinos se amontonan en la cubierta inferior y la plataforma de buceo, y atienden a lo que se me antoja como un cruce entre un reptil primitivo y un pájaro, un ser que parece una manifestación evolutiva de la era de los dinosaurios, cuando la vida tal como la conocemos empezó a existir en la tierra.

La tortuga laúd mide casi tres metros de largo. Su imagen es triste. Tiene la garganta hinchada y las grandes aletas delanteras fijadas a los costados con un arnés amarillo que recorre su caparazón como si de una camisa de fuerza se tratara. Atada a la parte trasera de la plataforma y balanceándose en el agua hay una bolsa de flotación inflada, con una rampa de madera en la parte superior, que supongo que quieren utilizar para izar a bordo a la monstruosa criatura.

—Esto es una locura. —Marino la mira con incredulidad—. ¡Me cago en la leche!  
—exclama, mientras me levanto de mi asiento.

Los motores permanecen encendidos y salgo de la cabina para enfrentarme al ruido ensordecedor de un helicóptero que vuela tan bajo que no me cuesta distinguir el número de la estación de televisión en la cola, ni al piloto sentado en el asiento derecho. La luz del sol brilla sobre las aguas y el cielo está limpio, pero hacia el noreste los cúmulos se anuncian como una manada de ovejas y siento cómo cae la presión barométrica y cómo el viento sopla más fuerte. El día de hoy se anuncia mucho más fresco y con lluvia.

—¡Cuatro metros! ¡Tres metros! —Sullivan y Kletty quitan los cabos de la baranda y gritan las distancias a Labella, que se ayuda del viento para aligerar a babor. Hemos llegado.

—Yo pasaré primero, y luego me vais pasando las cosas —dice Marino, y sube a bordo de la lancha, estirando los brazos para tomar los maletines de escena del crimen.

Protector, Labella me coloca la palma de la mano en la espalda y me dice que tenga cuidado con los dedos para que no queden aprisionados entre el guardabarros y los carriles, y que vaya con cuidado al pisar. El espacio entre los dos barcos se hace más ancho o se estrecha a medida que me ayuda a equilibrarme sobre un riel, luego sobre el siguiente, y camino inclinada para evitar el balanceo del bote de bomberos. Y la cadena de ancla de acero pesado atraviesa la cubierta gris antideslizante entre las dos armas de fuego de la parte delantera del barco y cae hacia abajo en las onduladas aguas azules.

Marino deja los maletines cerca de una escalera de aluminio que conduce a la cabina de mando y, desde la cubierta, el teniente Bud Klemens parece feliz de verme. Me hace un gesto para que suba mientras el círculo de espectadores rodea el barco como una bandada de aves playeras, y Marino frunce el ceño al ver el helicóptero dando vueltas justo sobre nuestras cabezas, tan bajo que ni siquiera está a ciento cincuenta metros.

—¡Cabrones! —grita, y agita los brazos como si tuviera el poder de dirigir el tráfico aéreo—. ¡Hey! —vocifera al barco de la Guardia Costera, a Kletty, que está apilando trajes secos y otros equipos dentro de una canasta Stokes—. ¿No puedes usar la radio o algo así? ¿Puedes hacer que salgan cagando leches?

—¿Qué? —grita Kletty.

—¡Tienen que estar asustando de veras a la tortuga y llenando todo de mierda con su maldito rotor! —vocifera Marino—. ¡Vuelan bajo de cojones!

Marino abre los maletines de escena del crimen, y yo subo a hablar con Klemens, el comandante de la Marina estacionado en Burroughs Wharf, cerca de la base de la Guardia Costera y el Acuario de Nueva Inglaterra. En la parte superior de la escalera un bombero cuyo segundo nombre no puedo recordar me ofrece la mano y procuro no perder el equilibrio en la cubierta superior, mientras el barco oscila y se alza en las agitadas aguas de la bahía.

—Me temo que esto se va a poner aún peor —dice el bombero, un hombre de constitución fuerte, con el pelo cano rapado casi al cero y un tatuaje de oso en la abultada pantorrilla izquierda—. Cuanto antes podamos hacerlo, mejor.

Ambos hombres visten el uniforme de verano —pantalones cortos de color azul marino y camiseta— y llevan las radios portátiles al hombro. Colgando de una correa alrededor del cuello, Klemens lleva un puesto de mando a distancia, lo que parece una consola de PlayStation de alta tecnología, que se puede utilizar desde cualquier zona de la embarcación para dirigir sus cuatro motores a reacción cuando están en funcionamiento.

—Soy Jack. —El bombero con el tatuaje del oso me recuerda que nos hemos visto antes—. En el *Sweet Marita*, la lancha que se quemó cerca de Devils Back el año pasado, ¿recuerdas? Fue un mal trago.

—Sí, lo fue. —Una pérdida de gas licuado provocó una explosión y murieron tres personas—. ¿Cómo te va? —saludo a Klemens.

—Demasiado carnaval para mi gusto —responde, y hago todo lo posible para ignorar esa extraña sensación de familiaridad que siempre me hace sentir.

Alto y huesudo, de facciones afiladas, vividos ojos azules y una mata de pelo rubio, tiene exactamente el aspecto con que me imagino a mi padre si éste hubiera vivido para cumplir los cuarenta. Cuando Klemens y yo trabajamos juntos en un caso tengo que evitar mirarlo, porque me siento como si la figura dominante de mi niñez hubiera regresado de entre los muertos.

—Me temo que estamos atrayendo a mucha gente, doctora, y sé que esto no te gusta nada. —Klemens mira hacia el cielo, protegiéndose los ojos con la mano—. No puedo hacer nada al respecto, pero por lo menos ese idiota podría largarse de una vez y así quizá podríamos oír algo de nuevo.

Vemos que el helicóptero asciende en vertical y se estabiliza a unos trescientos metros, y me pregunto si la Guardia Costera ha ordenado por radio al piloto de la televisión que gane altura de inmediato. ¿O tenemos que agradecerse a los bomberos?

—Mucho mejor así —coincido con él—. Pero me gustaría que se largara con viento fresco.

—No caerá esa breva —replica el bombero llamado Jack, que ahora explora las aguas con unos prismáticos—. Es una historia fantástica. Como echarle el guante al

monstruo del lago Ness, y eso que todavía los medios no saben ni la mitad de lo que sucede.

—¿Qué sabe la prensa exactamente? —le pregunto.

—Bueno, saben que estamos aquí, por supuesto, y cuanto antes devolvamos a esta niña grande al agua, mejor.

—Deberíamos devolverla en pocos minutos, por un montón de razones —me dice Klemens—. Mira lo bajos que estamos.

La plataforma de buceo está a ras del agua debido al peso de la tortuga y los equipos de rescate que asisten al animal, y el agua los moja mientras el barco se mece con las olas.

—Se supone que por lo general pesan alrededor de ciento ochenta kilos, pero jamás había visto ningún ejemplar de este tamaño —afirma Klemens—. Con frecuencia nos topamos con animales enredados o varados, casi siempre demasiado tarde, pero este tiene una buena posibilidad de salir bien parado. ¡Qué monstruo!

Klemens se apoya en la lancha neumática, una semirrígida inflable de rescate con casco de tubo gris y un motor de sesenta caballos. Observo que al otro lado, y aún metido bajo una lona roja, hay un cabrestante en forma de «A» y el hidráulico que puede ser utilizado para recuperar a personas o pesos muertos del agua, incluyendo a una tortuga enorme.

Obviamente, no han izado a la tortuga a bordo con el cabrestante, le comento a Klemens, y la verdad es que no me sorprende. Tanto si se trata de una foca gris de cuatrocientos kilos de peso como de una enorme tortuga laúd o de un delfín, los cuerpos de rescate marinos no corren el riesgo de causarles una lesión mayor y por lo general desechan utilizar un cabrestante para izarlos a bordo.

—Dime si has usado cualquier cosa que pueda haber contaminado las pruebas de seguimiento o los artefactos —digo, para recordarle a Klemens que necesito saber todo lo que se ha hecho en mi ausencia.

—Vale, pero no creo que la tortuga haya matado a nadie —replica con fingida seriedad.

—Probablemente no, pero de todos modos...

—No se ha empleado maquinaria —me confirma—. Por supuesto, sabes lo que opino al respecto: si se puede izar a seres humanos a bordo sin hacerles daño, lo mismo se puede hacer con una tortuga. De modo que se ha hecho de la manera habitual, han agarrado a esa tortuga macho, le han puesto un arnés, le han colocado una rampa debajo del cuerpo y han inflado la bolsa de flotación. Luego todos hemos tirado de ella para subirla a la plataforma. Eso después de que consiguieran sujetarle las aletas, obviamente. Si le dejamos usar esas cosas, podría haber roto el maldito barco y hacernos añicos a unos cuantos de nosotros.

Entonces dirijo su atención hacia una pequeña defensa amarilla. No muy lejos hay

una cuerda atada con boyas, y me pregunto si eso es con lo que la tortuga se ha enredado. Me doy cuenta de que todavía no le han quitado nada.

—No —dice—. Algún tipo de arte de pesca, posiblemente las brazoladas de un palangre o una línea de arrastre que quedó envuelta alrededor de su aleta delantera izquierda.

—¿Y no estaba enredada en la misma cuerda que ata al cuerpo?

Hay algo aquí que no entiendo.

—No directamente. Quedó envuelta en unos quince metros de cables de monofilamento, tres de ellos, y en guías de alambre con anzuelos oxidados. Supongo que hubo un momento en que la plataforma se liberó de su defensa flotante y se la llevó la corriente y quedó enganchada a esa línea de boyas.

Él señala otra vez la defensa amarilla.

—Y entonces esta tortuga macho quedó enganchada en el aparejo de pesca. Pero como he dicho, eso es solo una conjetura —dice Klemens—. No lo sabremos hasta que se haya recuperado todo, y supongo que de eso te encargarás tú, ¿no?

—Sí. Cuando terminemos aquí y ella esté a salvo en el agua y fuera de su alcance.

—Parece que tiene lesiones muy leves, por lo que no van a intentar transportarla —dice Klemens—. Se necesitaría un camión de plataforma, y de todos modos probablemente no habría sobrevivido a la rehabilitación. Nunca ha habido un laúd que lo haya conseguido. Solo saben vivir en mar abierto, se desplazan de continente a continente. Y si las meten en una piscina simplemente siguen nadando de un lado a otro hasta morir. Son criaturas pelágicas, que no entienden lo que es una pared. Igual que mi hijo de dieciséis años.

Miro a los miembros del equipo de rescate con sus chaquetas verdes y sus guantes de látex. La tortuga laúd hincha el cuello y hace unos ruidos horribles, silba y chasquea, y miro las aguas. Pienso en lo que tengo que hacer. Ahora a nuestro alrededor debe de haber por lo menos una docena de barcos, son gente que ha venido atraída por las luces rojas estroboscópicas y la criatura impresionante que tenemos a bordo, por no hablar de lo que habrán colgado ya en Internet.

No quiero tener a nadie cerca cuando recupere el cadáver, no quiero que nadie filme nada con teléfonos móviles ni con cámaras de televisión. Qué momento más terrible para recuperar un cadáver del agua, y me siento incómoda al recordar mi tonto comentario sobre si Mildred Lott se había convertido en jabón.

—Aquella chica rubia —Klemens señala a Pamela Quick— afirma que es el mayor ejemplar que ha visto en su vida, tal vez incluso el mayor de la historia. Mide casi tres metros de largo y pesa más de una tonelada, y podría tener un centenar de años. Fíjate bien, doctora, porque no es probable que veamos algo así nunca más. No sobreviven el tiempo suficiente para crecer tanto a causa de los golpes contra los barcos, los enredos con cables y cuerdas, la ingestión de basura, de bolsas de plástico

y globos que confunden con medusas. Es solo un ejemplo más de cómo estamos destrozando el planeta.

Hay solo dos pasos desde la plataforma de buceo hasta la cubierta de rescate más abajo, donde se encuentran cuatro biólogos marinos y hay montones de toallas y sábanas, cajas de plástico duro, bolsas de esquí y kits que contienen medicamentos de emergencia y de rescate y equipos médicos. Desde donde estoy, a sotavento de la tortuga laúd, percibo su olor salado y la oigo raspar en el suelo mientras lucha por liberarse de su arnés amarillo, y sus movimientos, lentos y pesados, parecen sugerir una inmensa fuerza física. Los estertores de su respiración me recuerdan el paso del aire en un regulador de buceo y su garganta se expande de nuevo y emite un rugido gutural profundo que me hace pensar en leones, en dragones, en King Kong.

—Si uno oyera eso a su espalda en una playa oscura, diría que a alguien le está dando un infarto —dice Klemens.

—¿Qué más han hecho? —pregunto.

—Cortar las cuerdas que la aprisionaban.

—Espero que las hayan guardado.

—No sé qué piensas averiguar examinando un montón de cuerdas.

—Nunca se sabe —le respondo.

—Los del PIT le han puesto una identificación antes de que tú llegaras. Y te puedo decir que no le gustan las agujas —añade.

Pamela Quick le inserta una aguja en el cuello para extraerle sangre, mientras un segundo socorrista, un joven con el pelo castaño, lee un termómetro digital y anuncia:

—La temperatura le ha subido dos grados. Está empezando a recalentarse.

—Vamos a mojarla entera de nuevo —decide la doctora Quick, y entonces alza la vista y al fin nos vemos cara a cara.

Los socorristas cubren el caparazón estriado con una sábana blanca mojada, y yo recuerdo su tono de voz por teléfono, su manera inflexible de decirme lo que tenía que hacer. Tuve la impresión de que ella no creía que necesitara mi permiso y tampoco quería mi participación, y ahora parece mirarme con resentimiento, como si tuviera algo personal contra mí, algo de lo que no sé nada.

La doctora frota el cuello de la tortuga con gel de ultrasonidos y le aplica una sonda Doppler portátil con un altavoz incorporado para controlar la frecuencia cardíaca. El sonido de la sangre que fluye en este enorme reptil es como el estruendo de un río o de un viento recio.

—Vamos a darle Normosol para reponer los electrolitos —dice, y abre el paquete de solución salina y le aplica una aguja de calibre veinte conectada a una sonda intravenosa—. Diez gotas por mil. Está muy nerviosa.

—Bueno, yo también lo estaría. Probablemente nunca había estado cerca de seres humanos —señala Klemens, y siento una extraña familiaridad que no se debe a él.



Una triste curiosidad corre a través de mi cuerpo como una corriente de baja tensión y luego se va: me imagino a mi padre presenciando esta maravilla. A veces me pregunto qué pensaría de la persona en la que me he convertido.

—Dicen que una tortuga como ésta solo ha estado en tierra una vez en su vida. Justo después de salir del huevo en una playa al otro lado del mundo y arrastrándose hasta el agua por la arena. Y desde entonces ha estado nadando. —Klemens habla de forma elocuente, usa las manos igual que mi padre hasta que estuvo postrado en la cama, demasiado débil por culpa del cáncer para levantarlas del lecho—. Así que no le gusta nada quedarse aquí plantada, en la plataforma. No es por ser grosero, pero la única vez que tiene algo debajo es cuando se aparea. ¿Qué quieres hacer con eso?

Mira las agitadas aguas donde las olas mueven la defensa amarilla, y ahora se me ocurre algo que me parece bastante extraño, y así se lo digo.

—¿Crees que está atada a un bloque de cemento? —le pregunto—. ¿Por qué?

—Cuando tiraron de la cuerda de la boya cercana para cortar el hilo de pescar y subir a la tortuga a bordo —dice—, el cuerpo subió a la superficie durante un par de minutos. La cabeza.

—Dios mío. Espero que no salga en televisión. —Miro a un segundo helicóptero que se ha acercado y está suspendido directamente sobre nosotros, un aparato blanco de dos motores, con lo que parece ser un sistema de cámaras giroestabilizadas montadas en el morro.

—Creo que solo les interesa la tortuga y no tienen ni idea de lo que hay ahí atrapado —añade, mirando también hacia arriba—. El helicóptero llegó aquí justo cuando estábamos subiendo la tortuga laúd a bordo, así que no creo que filmara el cadáver ni viera nada. Al menos, todavía no.

—¿Y qué han dicho por radio? —pregunto.

—No fue una llamada de socorro, por razones obvias. —Se refiere a que el aviso del cadáver no se dio por los canales habituales, que pueden controlar otros marineros y los medios de comunicación.

—¿Alguien lo ha tocado con el bichero o lo ha alterado de alguna manera?

—Nadie se le ha acercado, y todo está registrado con nuestras cámaras a bordo, doctora. Así que tienes todas las pruebas que necesitas para los tribunales.

—Perfecto —respondo.

—Cuando el cuerpo subió a la superficie apenas se podía distinguir la forma de una malla de alambre cuadrada de un metro más o menos —sigue mirando la boya, como si todavía pudiera verse lo que me está describiendo—. Está atada con unos ocho o diez metros de cuerda y, obviamente, tiene algo debajo que pesa como un demonio. Una roca, bloques de cemento, no lo sé.

—¿Y el cuerpo está atado a esa cuerda? ¿Estamos seguros de que sigue ahí? ¿Estamos seguros de que no hay forma de que se soltara cuando alzaron la tortuga y

la liberaron de sus ataduras?

—No creo que sea posible que esa pobre señora vaya a ninguna parte. Está trabada por la parte inferior, posiblemente por las piernas o los tobillos. —Mira la defensa amarilla brillante en movimiento en el agua y la línea amarilla que se extiende tensa y recta debajo de la boya, hasta desaparecer en la bahía de color azul oscuro—. Me pareció ver a una mujer mayor con el pelo blanco, y luego, cuando liberaron a la tortuga, volvió a hundirse bajo la superficie, porque parece que tiene un bloque que está tirando de ella hacia abajo.

—¿Está atada a la cuerda de la boya, que le rodea las piernas? ¿Y aun así está estirada? —Me cuesta imaginar lo que me está describiendo.

—No lo sé.

—Si la cabeza apareció en primer lugar, ella está recta y estirada.

—Bueno, sí, definitivamente vi su cabeza —dice.

—Si el bloque de cemento, el cuerpo y la boya están atados por la misma cuerda, entonces aquí hay algo muy curioso —insisto—. Es contradictorio. Algo tira hacia abajo mientras otra cosa tira de ella hacia arriba.

—Tengo todo en el vídeo. Si quieres, sube al puente de mando y echa un vistazo.

—Si me puedes conseguir una copia te lo agradeceré —le respondo—. Lo que necesitamos hacer ahora es echar un vistazo a la tortuga.

No es mera curiosidad por mi parte. Desde donde estamos en la cubierta superior puedo ver una herida casi negra en el cuello moteado de la tortuga laúd, en un canto en el borde superior de su caparazón, una superficie de abrasión de color rosa brillante que ahora Pamela Quick está limpiando con Betadine.

—Voy a dejar el cuerpo en el agua hasta que estemos listos para recuperarlo y transportarlo a la costa —le digo a Klemens, mientras Marino sube por la escalera cargando con monos blancos de Tyvek, cubrebotas y guantes—. Cuanto más tiempo se mantenga frío, mejor —agrego—. Ciertamente no soy muy aficionada a la pesca —afirmo, mientras me quito la chaqueta—, pero ¿por qué iba alguien a preferir utilizar llantas o defensas de barco en lugar de flotadores para una nasa de langostas?

—Estos marineros son como las urracas y recogen todo tipo de cosas —dice Klemens.

—No sabemos si un marinero ha tenido nada que ver con esto —le recuerdo.

—Botellas de detergente, de gaseosa —continúa—, botellas de lejía, espuma de polietileno, llantas que se desprenden de los muelles... cualquier cosa que se te ocurra que pueda flotar y que se encuentre fácilmente, eso por no mencionar que sea barata o, mejor aún, gratis. Pero tienes razón. Eso suponiendo que esto tenga algo que ver con la pesca.

—No tiene absolutamente nada que ver con la pesca —dice Marino, a las claras.

—Tal vez solo querían atarla a una cuerda con una gran cantidad de peso y

echarla por la borda —afirma Klemens.

—Si quieres hacer que un cuerpo se hunda no usas nada que pueda hacer de flotador. —Marino no tiene ninguna duda de lo que afirma, mientras nos ponemos la ropa protectora—. Lo que está claro es que nadie le pondría una defensa amarilla a menos que quisiera que la encontrasen rápidamente.

—Y espero que así haya sido —comento, pues cuanto mejor esté el cuerpo más posibilidades tendré de saber lo que necesito.

—¿Uno no le pone ni una defensa ni un flotador? Estoy de acuerdo. Creo que alguien quería que la encontráramos —afirma el bombero llamado Jack—. Y por cierto, he jugado a los bolos contra ti —le dice a Marino—. No eres malo del todo.

—Pues yo no me acuerdo, y me acordaría si fueras medio bueno.

—Tu equipo se llama Los Percutores, ¿verdad?

—Sí. Oh, sí, ahora me acuerdo. Os llamáis Balas de Fogueo —responde Marino en broma, para meterse con él.

—No.

—Podría haberlo jurado.

—¿Te importa si te pregunto por qué? —Klemens me observa ponerme unos pesados guantes de nitrilo negro—. ¿Por qué estás tratando mi embarcación como si se tratara de una escena de crimen?

—Porque ahora forma parte de una.

Quiero decir que la tortuga lo es, y que mi intención es tratar a ese animal como una prueba.

Con las fundas protectoras sobre las botas, bajo por la escalera, mientras Marino y Jack continúan con sus bromas.

Sorteo lentamente la cubierta abarrotada donde se agolpan los miembros del equipo de rescate, y las olas rompen sobre el borde de la plataforma de buceo y me mojan los pies. Los golpes de las hélices del helicóptero suenan distantes aunque implacables, y a medida que me acerco a Pamela Quick, que parece totalmente enfrascada en lo suyo y que no está de humor para recibirme, siento la frialdad del agua a través de mis botas cubiertas de Tyvek.

Tiene treinta y tantos años, calculo. Es guapa de una manera un tanto peculiar: tiene grandes ojos grises, el mentón cuadrado, la boca dura y una melena rubia pálida recogida bajo una gorra. Es sorprendentemente menuda, delicada para las grandes criaturas con las que habitualmente trata, y está plantada con tanta firmeza en la plataforma oscilante como un surfista profesional sobre su tabla. Vacía una jeringuilla en un tubo de Vacutainer verde con heparina para evitar que la sangre se coagule.

—Soy la doctora Scarpetta. —Le recuerdo que antes hemos hablado brevemente por teléfono—. Tengo que conseguir un poco de información y echar un vistazo, y luego la dejaré tranquila.

—No puedo permitir que la examines —dice, y se muestra tan enérgica y fría como el agua y el viento—. Se nos está estresando, y ése es el peligro número uno en estos momentos. El estrés. —Lo dice con énfasis, como si yo fuera la fuente de semejante estrés—. Estos animales no están acostumbrados a estar fuera del agua ni a ser tocados por seres humanos. El estrés la va a matar. Mira, te enviaré mi informe, y ahí te responderé a cualquier pregunta que tengas.

—Lo entiendo, y más tarde sin duda te agradeceré que me envíes una copia de tu informe —le respondo, tuteándola yo también—. Pero es importante que sepa todo lo que puedas decirme ahora.

Retira la aguja del tapón de goma y dice:

—La temperatura del agua es de diez grados Celsius; la temperatura ambiente es de catorce grados.

—¿Y qué puedes decirme sobre ella?

No tengo más remedio que ser insistente.

—¿Sobre ella? —me mira como si la hubiera ofendido—. No parece muy relevante para tu propósito.

—Por el momento, creo que todo es relevante. La tortuga puede ser parte de la

escena de un crimen.

—Es una tortuga en peligro de extinción que casi muere a causa del descuido de unos seres humanos irresponsables.

—Yo no soy uno de esos seres humanos irresponsables. —Entiendo su hostilidad—. Quiero que salga adelante tanto como tú.

Levanta la vista hacia mí con condescendencia y enojo.

—Mira, vamos a hacerlo así —digo entonces—. Dime lo que sabes.

Ella no responde.

—Yo no soy la que pierde el tiempo —agrego intencionadamente.

—Ritmo cardíaco de treinta y seis, el RR es de dos. Ambos según el Doppler —dice ella—. La temperatura rectal es de veintitrés grados Celsius.

Echa una gota de sangre en un cartucho blanco de i-STAT.

—No es habitual que su temperatura corporal sea unos grados más alta que la del agua, ¿verdad?

—Las tortugas laúd son gigantotérmicas.

—Lo que significa que puede mantener una temperatura interna, independientemente de la temperatura ambiental —le respondo—. Eso es bastante notable y poco frecuente.

—Al igual que los dinosaurios, pueden sobrevivir en aguas tan calientes como las zonas tropicales, o tan frías que matarían a un ser humano en cuestión de minutos.

—Ciertamente, eso desafía lo que sabía hasta ahora sobre reptiles.

Me pongo en cuclillas junto a la tortuga, sobreponiéndome a los vaivenes del barco y las olas que vienen y van.

—La fisiología reptil es incapaz de explicar la biología de los dinosaurios.

—¿Estás diciendo realmente que es un dinosaurio? —Ahora estoy desconcertada e inquieta, sobre todo teniendo en cuenta cómo ha empezado mi día.

—Un reptil gigante que lleva aquí más de sesenta y cinco millones de años, los dinosaurios de la tierra que vivían en el pasado —me instruye, mientras sigue actuando como si yo fuera la culpable—. Y al igual que los dinosaurios éste también está a punto de extinguirse.

Inserta el cartucho en un analizador de sangre portátil mientras las gélidas aguas salpican la plataforma y me empapan el mono y las perneras de los pantalones que llevo debajo.

—Artes de pesca, gente ignorante que roba los huevos, la caza furtiva ilegal, las lanchas fueraborda, los derrames de petróleo y la contaminación de plástico —continúa, con disgusto no disimulado—. Al menos un tercio de todas las tortugas laúd del mundo tienen plástico en sus estómagos. Y no nos hacen nada de nada. Todo lo que quieren es nadar, comer medusas y reproducirse.

La tortuga laúd lentamente levanta la cabeza, del tamaño de una sandía, y me

mira directamente a los ojos, como para enfatizar lo que acaba de decirme su cuidadora. Sus aletas nasales se hinchan cuando exhala con fuerza, y sus oscuros ojos saltones a ambos lados de una boca en forma de pico me hacen pensar en la torcida sonrisa de una marioneta.

—Entiendo cómo te sientes mejor de lo que puedes imaginar, y estoy ansiosa por dejarte trabajar —le digo a Pamela Quick—. Pero tengo que saber algo acerca de sus lesiones antes de terminar aquí.

—Abrusiones circunferencialmente moderadas alrededor de la línea de la piel del caparazón del hombro izquierdo distal, que se extienden alrededor de tres centímetros en el margen distal posterior de la aleta delantera izquierda —me describe de corrido—. Asociadas con una superficie erosionada de la vanguardia distal.

Ahora lee los resultados de las pruebas de sangre en la pantalla digital.

—¿Y sus valores? —pregunto.

—Los típicos de una tortuga laúd enredada. Hipernatremia leve, pero se pondrá bien. Hasta que se encuentre con más detritus humanos o un barco que la mate.

—Puedo entender cómo te sientes...

—No, no tienes ni idea —dice.

—Tengo que preguntarte si se han guardado las artes de pesca.

—Quédatelas, todas tuyas. —Me señala una bolsa de esquí.

—De acuerdo con tu experiencia, ¿puedes reconstruir lo que ha sucedido?

—Es lo mismo que sucede siempre con estos animales —responde ella—. Se encuentran con una cuerda de pesca vertical, enloquecen, empiezan a dar vueltas y se enredan con ella. Y cuanto más luchan peor se pone la cosa. Y en su caso además arrastraba lastre y un cadáver desde vete a saber dónde.

—Y arrastraba también una boya.

—Sí. Esto también. —Me entrega una bolsa de plástico transparente que contiene cables enmarañados, varios plomos y unos cuantos anzuelos oxidados.

—¿Qué te hace suponer que fue arrastrando el cuerpo y ese lastre? Parece que estás suponiendo que no estaban originalmente en el lugar donde están ahora. ¿Tienes algún motivo para sospechar que podría haber conseguido enredarse aquí, donde la encontraron?

Etiqueto la bolsa con un rotulador permanente.

—Las tortugas laúd están siempre en movimiento —responde ella—. Los cables probablemente se enredaron con la línea de boyas. Lo que sí que sabemos con certeza es que llegó hasta las cuerdas de pesca, y que su aleta izquierda se quedó trabada. Pero este animal está programado para seguir nadando. Cuanto más nadaba más se enredaba en las cuerdas, eso parece. Cuando llegamos, apenas podía mover la aleta izquierda. Se hundía.

—¿Me das una estimación de la distancia, en función de cuán rápido pueden

nadar las tortugas laúd? —pregunto.

—¿No crees que podríamos tener esta conversación más tarde? —replica, y apenas me mira.

—Cualquier información que pueda conseguir ahora es realmente importante —le digo con firmeza—. Podría ayudarnos a determinar dónde podrían haber arrojado el cadáver al agua.

—Esa persona está muerta. Pero ella todavía no.

—Esto podría ser una investigación de homicidio. No creo que nadie quiera interferir.

—Todo lo que puedo decir es que la velocidad máxima de una tortuga laúd es de unos veinte kilómetros por hora —responde rotundamente—, pero de ninguna manera iba a dicha velocidad: no, teniendo que arrastrar todo eso. No es posible decir dónde podría haberse topado con esa línea de boyas, excepto que estoy pensando que después no llegó muy lejos. Tal vez unos pocos kilómetros como máximo, hasta que fue perdiendo fuerza y la carga la fue arrastrando, hasta apenas ser capaz de sacar la cabeza fuera del agua.

—No es probable que se enredara en mar abierto, entonces. —Oteo el horizonte, veo el puerto exterior separado de las aguas abiertas del océano Atlántico por casi noventa kilómetros de bahías, penínsulas e islas—. Está muy lejos de aquí.

—No, de ninguna manera —ella se muestra de acuerdo—. A juzgar por sus heridas y lo bien que se encuentra creo que han pasado horas, ni siquiera un día. No hay en ella nada que no se cure con agua salada. Solo muestra abrasiones moderadas en una aleta y una abrasión suave en el dorso de la cabeza, como se puede ver. No hay que confundir la mancha rosa.

Su mano enguantada en látex acaricia una mancha rosada en la parte superior de su oscura cabeza moteada, y parece que se ha relajado un poco, que ya no me encuentra tan desagradable.

—Todas las tortugas laúd tienen una señal única —me explica—. De hecho, se puede identificar cada ejemplar por la mancha en su cabeza, aunque no estoy segura de para qué sirve, tal vez sea un sensor que detecta la luz o que ayuda al animal a determinar su ubicación en el océano.

—Deja que le mire las heridas. Y te prometo que luego te dejaré en paz.

Ella retira la sábana mojada de su cuello, y puedo oler el hedor a pescado al acercarme, a escasos centímetros de su aleta izquierda, que mide por lo menos dos metros de largo. Olfateo el olor a amoníaco de su orina.

—Eso es bueno —comenta, pues obviamente lo ha olido también—. Cuanto más alerta y activa esté, mejor. Queremos que todos los sistemas estén activos. Como he dicho, no es nada grave. El peor delincuente es esto: un percebe que está incrustado en este canto de aquí. Estaba a punto de sacarlo.

Me muestra un fragmento de lo que parece una concha blanca o un cristal blanco que según ella chocó con el pliegue del caparazón cerca del cuello, allá donde la piel correosa está inflamada y quemada.

—Estás pensando que chocó contra algo que tenía percebes incrustados — deduzco.

—Estoy pensando que hubo algo cubierto de lapas que la golpeó — responde, y ya no estoy segura de estar de acuerdo con ella, al ver unos cuantos percebes asidos fuertemente en el caparazón de la tortuga—. Mientras estaba enredada en la cuerda y arrastrando todo ese peso, tal vez un barco la rozó o se dio contra una boya del canal, o un pilote, una roca, vete a saber qué. Algo, en cualquier caso, que tenía percebes adheridos. Normalmente recogería esto y lo conservaría en formol.

—Es mejor si lo hago yo.

Ella parece reacia y empieza a protestar.

—Es necesario — insisto.

Se queda en silencio, y le indico a Marino que me acerque un maletín de escena, el Pelican 1620, y le aseguro a Pamela Quick que voy a reunir las pruebas necesarias con la mayor rapidez posible y de tal manera que no haré el menor daño a la tortuga. Abro un paquete de pinzas desechables y me sorprende la superficie lisa y fría de su caparazón, que se parece al tacto de una piedra pulida o al del cuero duro y curado.

La densa textura de la aleta no se parece a nada que yo haya tocado antes, tal vez a la gelatina balística, y me inclino sobre el animal con una lupa binocular, dos lentes aerificas de tres aumentos y medio, sobre una montura de gafas muy ligera, para así tener las manos libres. Siento la tensión de la vida y su lucha. Escucho las explosiones de su respiración y soy consciente de su poder: si rompe sus ataduras, sus aletas serán tan peligrosas como las de una ballena. Y sus afiladas mandíbulas parecen capaces de aplastar o amputar un miembro.

En la ampliación de la lente veo que sobresale una concha nacarada blanca y con forma de almeja, con un tallo oscuro y recio, que atrapo con la punta de las pinzas, mientras coloco suavemente la mano derecha en la parte superior de la enorme cabeza de la tortuga. Al tacto parece tan fresca y suave como el hueso petrificado, y siento que se revuelve lenta y pesadamente. Soy consciente en todo momento de dónde tiene su mandíbula en relación a mí, y oigo su respiración, siento el frote suave de su cuello rosado contra mi pierna mientras emite un gemido seguido de un gruñido.

—Vamos, no seas un viejo gruñón —le digo—. Nadie te está haciendo daño y vas a ponerte bien.

Tengo cuidado de no romper o dañar el percebe al sacarlo de la piel, y me aparto para que Pamela Quick pueda curarle la herida, que no es la que yo esperaría encontrarme si la tortuga se hubiera golpeado contra algo cubierto de percebes, que



en tal caso la habrían acribillado y perforado como proyectiles parecidos al vidrio. Cura la herida poco profunda con Betadine, y yo deposito el percebe en mi mano enguantada. Veo una pequeña cantidad de una sustancia en él, lo que parece un indicio de pintura brillante de color verde amarillento en la zona más alejada del cuerpo, solo un destello leve en un borde roto del caparazón.

Conjeturo que algo cubierto de percebes chocó contra la tortuga laúd. Que la fuerza del impacto fue suficientemente potente para hincar la punta del proyectil en la cresta dura y correosa del animal y arrancar al percebe de aquello a lo que estuviera adherido hasta ese momento. Pero la transferencia de pintura o lo que podría ser pintura no parece casar bien con esta conjetura, y recuerdo el barco cisterna de gas natural que nos adelantó hace poco menos de una hora. Todos los barcos que he visto están pintados de colores chillones: verde amarillento, verde azulado, azul neón o naranja.

—Algo pintado de color verde amarillento —reflexiono en voz alta, mientras meto el percebe en un recipiente pequeño de plástico para guardar pruebas—. No parece una roca ni un pilote. Lo más probable es que estuviera pegado a un barco, a una moto de agua o a algo por el estilo.

—Si ése es el caso, el golpe fue bastante insignificante —aventura ella—. Sin duda no es lo que solemos ver cuando un animal choca con un barco. Cuando estos animales suben a la superficie en busca de aire y son atropellados por un fueraborda o un barco cisterna, por lo general el daño es profundo. Debió de golpearlo de refilón, apenas le tocó.

—¿Con pintura verde brillante?

—No tengo ni idea —dice ella.

Etiqueto el recipiente de pruebas y noto que el barco da bandazos de lado a lado. El estado del mar empeora por momentos. La temperatura está bajando y yo estoy tiritando de frío. El agua fría del mar me moja los pies y debajo del Tyvek blanco tengo los pantalones empapados hasta las rodillas.

—Bueno, si se topó con un barco, o un barco chocó con ella, lo cierto es que todo esto es muy curioso —sigo diciendo—, porque la mayoría de los barcos están protegidos con un recubrimiento de pintura que evita que se les adhieran al casco percebes u otros organismos.

—Los que están en buenas condiciones, sí.

Se muestra escueta de nuevo y quiere que me vaya.

—Sospecho que el percebe estaba adherido a la tortuga y no a lo que chocó con ella —concluyo—. Y entonces esa pintura de olor amarillo verdoso manchó una parte de su caparazón.

—Tal vez —dice ella, distraída, y da la impresión de que nada de eso le importa un carajo y que quiere que la deje en paz de una vez.

—Vamos a analizarlo en el laboratorio, a ver qué es —agrego.

Marino toma fotografías mientras miro la tortuga por última vez. Coloco una mano enguantada sobre su cabeza para mantener sus mandíbulas cerradas mientras estoy cerca. Retiro la sábana empapada de su enorme cuerpo, que a diferencia de otras tortugas no tiene caparazón óseo inferior: la especie laúd tiene forma de barril y parece desproporcionadamente ancha en la parte superior y menos por la zona de las aletas traseras y la cola. No veo nada más que pueda ser de interés forense, y aviso a Pamela Quick de que no voy a molestarla más con su paciente.

—Solo dime cómo quieres que lo hagamos, porque tengo que entrar en el agua —le digo—. Lo que no quiero es saltar al mismo tiempo que ella, y por supuesto no quiero que choque de nuevo con la misma cuerda y vuelva a enredarse otra vez.

—¿Vas a recuperar el cuerpo desde aquí? ¿O desde ahí? —Indica el barco de la Guardia Costera.

Me pongo de pie y procuro no perder el equilibrio con los vaivenes de la lancha. El viento sopla con fuerza, y el agua del mar se me ha metido por dentro de las calzas protectoras y se está filtrando dentro de las botas. Por supuesto, no tengo ninguna intención de recuperar un cadáver desde un barco lleno de equipos de rescate de animales marinos.

—Mira —decido—, Marino y yo vamos a volver a bordo del barco de la Guardia Costera y me tiraré cerca de la línea de la boya para que podamos hacer nuestro trabajo sin problemas. Y en el momento en que estemos a bordo te sugiero que avises al teniente Klemens para que se aleje de aquí y así podáis devolver a nuestra amiga laúd a las aguas profundas donde esté fuera de peligro.

Subo los escalones del travesaño y recupero la chaqueta de la cubierta superior, mientras Marino recoge los maletines de escena del crimen. Entonces volvemos a proa.

—Está buena, pero me juego el cuello a que no ganará nunca un premio a la simpatía —dice.

—Intenta hacer su trabajo y no quiere interferencias —le respondo—. No se la puede culpar por eso.

—Sí, excepto que a ella no le importa una mierda que alguien haya muerto. Ni siquiera le interesa.

Marino mira hacia atrás en dirección a Pamela Quick mientras nos quitamos los guantes, las calzas cubrebotas y los monos de Tyvek, y lo metemos todo en una bolsa roja de riesgo biológico.

—Algunos de estos amantes de los animales son así —dice—. Fanáticos. Auténticos chiflados que te arrojan pintura roja o te golpean por llevar un cuello de piel o unas botas de piel de serpiente. Me compré un par de botas de piel de serpiente de cascabel, ¿y crees que no me gano un montón de problemas cada vez que me las

pongo?

Le pasa los maletines por la borda a Labella mientras los dos barcos se juntan y separan como un acordeón.

—De piel de cascabel curtida, compradas por eBay y hechas a medida —continúa quejándose Marino.

—Suenas asqueroso. —Paso una pierna por encima de la borda, y Labella me tiende la mano.

—Bueno, déjame que te dé un consejo: no te pongas algo así en el puto Concord, ni en Lincoln, ni en Thoreauville —dice Marino, que viene justo detrás de mí—, donde vas a la cárcel por talar un maldito árbol —añade a pleno pulmón.

Una bocina resuena tres veces y la lancha se aleja de donde estaba anclada, girando sobre su popa, en dirección al faro blanquecino que sobresale en el horizonte. Los motores a reacción baten chorros de agua espumosa, que se disipa en una estela, mientras los bomberos cargan la tortuga laúd y sus equipos de rescate hacia mar abierto, lo que nos permite dedicarnos a lo que queda por hacer.

Espero y deseo que ni los medios de comunicación ni los curiosos sepan a qué tarea nos enfrentamos, y contemplo las aguas agitadas bajo el sol en busca de cualquier señal que me indique que los curiosos y los equipos de televisión se largan a presenciar la liberación de la tortuga. Quiero que todo el mundo se haya ido cuanto antes. Quiero recuperar ese cadáver de una forma discreta y respetuosa, y al mismo tiempo me siento muy protectora de esa vieja tortuga macho, y furiosa por el egoísmo y la ignorancia humanos.

«Dejadlo en paz, por el amor de Dios», pienso, y solo de pensarlo me pongo mala, me basta con imaginar cualquiera de los destinos terribles que le pueden acontecer a una criatura casi extinta que vive simplemente para comer y nadar y reproducirse. Conozco historias de gente que acercó su motora demasiado a grandes ballenas y a otros magníficos animales para tomar fotos o tratar de tocarlos o de darles de comer, y sin querer los mutilaron o los mataron. Estoy consternada, y me indigna ver cómo esos curiosos levantan el ancla y encienden motores, mientras el helicóptero de la prensa da vueltas por encima de nuestras cabezas.

—Por lo menos no van a quedarse por aquí —dice Labella. Está agachado junto a la canasta Stokes, revisando correas y arneses, asegurándose de que todo funciona correctamente. No queremos que el cadáver vuelva a caer al agua mientras intentamos izarlo a bordo—. Lo que da a entender que desconocen la razón por la que hemos venido —añade.

—Tal vez no, pero ¿qué piensas de esto? —digo, y miro el blanco helicóptero bimotor que vuela a unos trescientos metros por encima de nosotros—. Parece que está dando vueltas.

—No es un helicóptero de la prensa —responde, mirando también hacia arriba, protegiéndose los ojos—. Ni de sanidad, ni es un MedFlight. Ni de la policía de Boston, ni de la estatal, ni de Seguridad Nacional. Tal vez sea un Sikorsky. En todo caso lo que es seguro es que no es uno de los nuestros, así que supongo que es privado. Alguien que estaba volando y tal vez se pregunte qué está pasando aquí.

—Tiene una cámara montada. —Me atrapa un sentimiento de inquietud cuando

veo esa máquina reluciente y blanca sobrevolar firme como una roca, con el morro apuntando hacia nosotros, el sol brillando en su parabrisas.

—Tal vez sea una cámara de televisión. Pero también podría tratarse de una cámara Flir —dice Labella—. Desde aquí no lo distingo bien.

El único piloto privado que conozco que podría tener un sistema con una cámara termográfica de radar de infrarrojos Flir montada en su helicóptero es mi sobrina Lucy. Pero no menciono esta posibilidad, y me incomoda no haber visto aún su nueva nave: un helicóptero Bell de dos motores que le entregaron hace apenas un mes. Lucy no tendría jamás un helicóptero de color blanco, eso me tranquiliza. De color negro sí, o gris oscuro, pero jamás blanco con rayas rojas y azules en el tubo de cola, aunque en este caso no reconozco el número que lleva impreso. Me pregunto si Marino ha visto su nuevo helicóptero, pero parece ausente, está ocupado con Sullivan y no presta ninguna atención a lo que se eleva por encima de nuestras cabezas.

—Bueno, es asqueroso y no debe permitirse —afirmo. Al divisar unos cuantos mirones que persiguen al barco que acarrea el laúd me vuelve a molestar el asunto de la tortuga, la maldad de la naturaleza humana—. La gente no tiene respeto ni sentido común. Si algún maldito idiota arrolla a ese laúd después de todo lo que ha pasado...

—Es ilegal cazar, acosar o herir a las tortugas marinas —dice Labella, que trae un traje seco doblado bajo el brazo—. ¿Qué te parecen cien mil dólares de multa?

—¿Qué te parece la cárcel?

—Vaya, no quisiera estar en tu contra.

—No, hoy no.

—Mira, vamos a poner en marcha los motores y nos acercaremos a esa línea de boyas —me dice, mientras Kletty coloca una escalera de buceo de aluminio en popa y Marino vuelve a abrir los maletines de escena del crimen, hablando en voz alta con Sullivan sobre motocicletas y lo mal que están las carreteras aquí en el noreste—. Aunque, obviamente, no puedo tener los motores en marcha mientras estás en el agua.

—Gracias. No soy aficionada a toparme de cerca con esas cosas —le respondo.

—Sí, señora. Entendido. —Labella sonrío, y yo trato de olvidar el aspecto que tiene y cómo me hace sentir.

El nailon naranja y negro cruje mientras desenrolla el traje seco y me lo pasa, y pregunta si necesito ayuda para ponérmelo. Yo le digo que no, gracias, y me siento en un banco para quitarme las botas y los calcetines húmedos, y sopeso si debería quitarme también los pantalones mojados y la camisa de manga larga. Tendría mucho más sentido quedarme en ropa interior y ponerme encima un forro de cuerpo entero, pero no voy a hacer eso en una embarcación sin baño y llena de hombres, y de repente caigo en la cuenta de cuán consciente soy de mi propio cuerpo. El pudor es un lujo en una profesión en la que se trabaja en las peores condiciones imaginables,

incluidas las escenas al aire libre sin inodoro y los encuentros con fluidos corporales y gusanos putrefactos. Me he limpiado muchas veces en baños de gasolineras y me he vestido en la parte trasera de un coche o de una furgoneta, sin importarme quién estuviera cerca.

Estoy obligada a ser estoica. Yo sé cómo ser indiferente e insensible. Estoy puñeteramente acostumbrada a tener a mi lado a colegas masculinos que me miran pensando en tetas y culos, y antes no me molestaba porque podía mantenerme ajena a todo y pensar únicamente en mi misión.

No es mi estilo estar tan condenadamente centrada en mí misma, no me gusta nada, y pienso en cosas que no tienen nada que ver con mi responsabilidad, ni mi jurisdicción legal, ni todas las cosas desagradables que me pueden estar aguardando ahí, bajo el agua. Soy consciente de los recientes comentarios realizados por Benton, consciente de la chulería de Marino que ahora habla de barcos en voz alta con Kletty y Sullivan, y lo bueno que sería que el CFC tuviera uno, y de lo buen capitán que es.

La inseguridad, tal vez la desazón y la ira, me han vuelto débil, y tomo nota mental de lo que hay que hacer y cómo debe hacerse. Debo trazar estrategias que precisamente anticipen lo que podría ser útil y perjudicial ante un tribunal, porque siempre debe asumirse que todo terminará allí.

—¿Qué tal si me pongo un forro? —decido.

—Te lo iba a sugerir. —Labella no añade lo que de seguro está pensando, que a bordo no hay ningún lugar donde pueda cambiarme en privado.

—Pues vamos a ello —digo, y me levanto de la banca.

Dentro de la cabina abre un baúl de acero brillante y empieza a sacar forros polares Polartec de cuerpo entero y de color gris. Comprueba los tamaños hasta dar con el más pequeño.

—¿Seguro que no quieres que uno de nosotros baje contigo? —me dice desde la puerta, con sus ojos oscuros posados en mí—. Yo estaré encantado de echarte una mano ahí abajo. Cualquiera de nosotros lo estará. Las personas vivas pueden oler tan mal como los muertos.

—Probablemente, no.

—Confía en mí. Podemos manejarlo.

Cierro la tapa del baúl y me siento encima y le digo que no. Legalmente no es buena idea. Le explico que esta muerte despierta obviamente muchas sospechas y que estoy trabajando como si se tratara de un homicidio, y la presencia de otra persona puede alterar las pruebas, complicar el caso y comprometerlo y arruinarlo. A día de hoy no se necesita mucho para que un jurado ponga en libertad a los culpables, y ahí él dice que no podría estar más de acuerdo. Ha seguido un montón de historias así en las noticias, y de continuo se escuchan quejas porque una escena del crimen ha sido contaminada por ciudadanos adictos a los dramas televisivos que recogen pruebas e

investigan por su cuenta, para evitarles el trabajo a los policías. El efecto CSI, dice. Ahora resulta que todo el mundo es experto en todo.

Todo el mundo lo es, admito con ironía, y por eso voy a bajar ahí yo sola. Será algo que he hecho muchas veces antes, hundiéndome en un lugar frío y oscuro donde apenas puedo ver nada, salvando corrientes y correas de sujeción para traer a los muertos a casa. Le digo a Labella que se asegure de que todos los tripulantes llevan monos de Tyvek y guantes, y también de que cubren una zona en la cubierta de popa con láminas plastificadas y dejan abiertas dos bolsas de cadáveres dentro de la canasta Stokes. Marino tiene fundas nuevas y sin contaminar, por supuesto. No quiero que nada entre en contacto con el cuerpo, no quiero que haya nada que pueda transferir cualquier tipo de prueba al cadáver.

—Y, ahora, si me das unos minutos... —le digo a Labella—. Luego puedes volver aquí y encender motores.

Una vez ha salido fuera de la cabina y está de nuevo en popa con Kletty, Sullivan y Marino, me quito los pantalones y la camisa, desnudándome a toda prisa, de espaldas a la puerta, y me pongo el forro, que es suave y absorbente. El traje seco tiene cremallera delantera, paso los pies descalzos a través del neopreno y tiro hacia arriba. Deslizo los brazos por las mangas, paso las manos y luego cierro las juntas en las muñecas y hago lo mismo en el cuello tras sacar la cabeza. Y por último tiro de la cremallera de metal que me corre por el pecho.

Salgo de la cabina. Labella vuelve a arrancar los motores y veo otra vez el gran helicóptero blanco. Su ruido sordo sigue directamente sobre nuestras cabezas.

—No me gusta —comento en voz alta sin dirigirme a nadie en particular—. Confío y deseo que no estén filmando. —Pienso en Lucy de nuevo, pero no puede ser ella.

Ella está en Pennsylvania, deteniendo a criadores de cerdos, y les pido a Kletty y a Sullivan unos calcetines secos de Gore-Tex y botines, guantes para aguas frías, un cuchillo de buceo, una capucha y una máscara de buceo. Me pongo un chaleco salvavidas de perfil bajo con un arnés pectoral de liberación rápida, y uso la junta de goma fina del cuello para purgar el aire del traje seco y evitar que haya burbujas de aire acumuladas en las piernas, cuando tiren de mí hacia arriba dentro del agua. Labella acerca el barco a la defensa amarilla, apaga los motores de nuevo y mientras tanto Marino alcanza un bichero de aluminio con mango largo y le ata un cable de nailon antes de que pueda detenerlo.

—No, no, no. —Niego con la cabeza—. Así no. Ésa no es la forma en que lo vamos a recuperar. No vamos a hacerlo desde el barco.

—¿No lo quieres así? Probablemente es mucho más fácil y más seguro que saltar. Tal vez no tengas que hacerlo.

—No —reitero—. Tengo que ver a qué nos enfrentamos. Ese cadáver no se

mueve hasta que yo no vea lo que tenemos ahí abajo.

—Vale, lo que tú digas.

—Queremos asegurarnos de que nada entra en contacto con el cuerpo. —Escupo en las gafas para evitar que se me empañen y él guarda el bichero en su soporte—. Sea lo que sea, no vamos a causarle ningún daño.

Kletty me ata una cuerda a la hebilla de rescate de la parte posterior de mi traje, entre los omóplatos, para mantenerme atada, y yo me pongo la máscara de buceo sobre los ojos y la nariz, y cuando bajo por la escalera los botines de neopreno frotan contra el metal de los peldaños. Cuando el agua me llega a la cadera, me echo al mar y el traje seco me succiona como si fuera un envoltorio, y nado hacia la defensa amarilla.

Agarro la línea de boyas con la mano enguantada. El chaleco salvavidas me mantiene a flote y equilibrada, y sumerjo el rostro en el agua fría y me sorprende ver el cadáver justo debajo de mis pies. La mujer muerta está totalmente vestida y en posición vertical, con los brazos y el pelo largo y blanco flotando, abanicándose y moviéndose como si fuera algo vivo, mientras se inclina lentamente y gira en la corriente. Saco la cabeza a la superficie para tomar aire y sumergirme de nuevo, y veo que la forma en que la han atado es grotesca y siniestra.

La cuerda que lleva alrededor del cuello está atada a la defensa amarilla de la superficie, mientras que una segunda cuerda muy tensa alrededor de los tobillos cae y desaparece en la oscuridad, atada a un lastre. ¿Un instrumento de tortura que crea tensión extrema para estirar y dislocar el cuello y las articulaciones hasta que la persona se parte en dos, tal vez? ¿O es otro su propósito? Sospecho que así es. Estaba atada de esta manera para nuestro beneficio, y vuelvo a mirar al helicóptero todavía en el aire, contengo la respiración y buceo.

La luz solar se filtra a través de la superficie del mar, aquí el agua tiene un color verde claro y justo debajo muestra tonos de azul más oscuro que se decoloran hasta ponerse negra como el carbón. No sé la profundidad de la bahía aquí. Me imagino que probablemente la soga alrededor de los tobillos no llega hasta el fondo, que puede estar a unos diez metros de profundidad o más. La cuerda se estira directamente hacia abajo como si soportara mucha tensión. Saco la cara fuera del agua. Respiro hondo y le hago una seña a Marino para que prepare el bichero.

—No puedo hacer nada con ella desde aquí —le grito—. Vamos a tener que conseguir llevar de alguna manera todo el aparejo al barco sin causarle mucho daño.

—¿Por qué el aparejo entero? —pregunta Marino—. Basta con mover la defensa y la cuerda al mismo tiempo. ¿No crees que puedes hacerlo?

—No —le respondo—. Lo que tenemos que hacer es tirar de ella en dirección al barco, hasta dejarla junto a un costado, para poder cortar todas sus ataduras sin perder nada y dejarla sobre la canasta.



Floto en el agua revuelta, el traje seco me aprisiona con fuerza y puedo sentir el frío del agua a través de él.

—El problema va a ser cortar la soga que lleva alrededor de los tobillos —le explico—. No quiero dejar escapar lo que tiene fijado como lastre.

Lo quiero. No voy a dejar que caiga al fondo de la bahía. Voy a recuperar cada maldito detalle de este caso, ya sea un percebe o una jaula, una caja, un contenedor o un bloque de cemento. Pregunto cuál es la profundidad del agua, y me dice Labella que doce metros, y me doy cuenta de que el helicóptero está justo encima de nosotros. Alguien está vigilando todos nuestros movimientos y probablemente también grabándolo en vídeo, maldita sea.

—Así que puede que la cuerda atada a la jaula no sea tan larga. —Escupo un chorro de agua, las olas me salpican el cuello y la barbilla—. Esa cuerda está tirando de ella hacia abajo, mientras que otra tira de ella hacia arriba.

—¿Qué otra cuerda? —grita Marino—. Hay solo una cuerda, ¿no?

—Lo que tenemos son dos cuerdas que tiran de ella en dos direcciones opuestas —subrayo—. La que está atada a la defensa es otra.

—¿Quieres decir que está enredada a otra cosa más? —pregunta Kletty.

—No. Quiero decir que está atada a dos cuerdas —repito despacio, en voz alta—. Una en el cuello que se une a la defensa, y la otra alrededor de los tobillos que está atada a un lastre que puede ser una jaula o una nasa de langostas o quién sabe qué —le explico, y al hablar arrojé agua por la boca.

El chaleco salvavidas me mantiene en la superficie como un corcho, pero la corriente es cada vez más fuerte y el viento sopla racheado con ímpetu. Lucho contra la corriente para que no me aleje de la embarcación.

—Así que si tiras demasiado fuerte, la cabeza se va a desgajar del tronco —comenta Marino con su habitual diplomacia.

—Si no somos muy, muy cuidadosos, la mujer se hundirá —le respondo, y ahora estoy segura de que quien orquestó cómo arrojar el cuerpo quería tendernos una trampa.

No tengo la menor duda de que fue algo deliberado. La persona responsable quería que la difunta fuera descubierta, y que alguien como yo se diera un buen susto cuando el cuerpo se partiera por la mitad. No puedo imaginar ninguna otra razón para atarla de esta manera, y me imagino tirando con fuerza de la línea de boyas del modo en que Marino estaba a punto de hacer hace un momento, para presenciar su decapitación inmediata. Con suerte solo hubiéramos recuperado la cabeza o, más probablemente, nada de ella en absoluto.

Nos veríamos obligados a llamar a un equipo de buceo o ponernos nosotros mismos el equipo de buceo y buscar en el fondo de la bahía, y tal vez dicha búsqueda no aportaría nada, hasta que los restos subieran a la superficie y llegaran a la orilla. El

hecho es que nunca la hubiéramos encontrado. No quiero ni imaginar lo espeluznante que se vería todo eso en un juicio, especialmente si nos había filmado el equipo de televisión que se cierne sobre nosotros en un helicóptero. Tal escenario es impensable.

El jurado estaría horrorizado, como si lo ocurrido se debiera a la negligencia o a un caso de incompetencia completa y cruel por nuestra parte. No estoy segura de que nadie llegara a entender que un individuo diabólico se había cerciorado de que la muerta no se recuperase intacta nunca. Un maligno asesino quería que nosotros echáramos un vistazo de cerca a su obra, antes de hacerla desaparecer ante nuestros ojos. Tal vez quería asegurarse de que nunca se supiera de quién se trataba, y puede que así suceda si no somos capaces de sacar con seguridad su cuerpo fuera del agua.

¿Qué hacer? Sopeso distintas posibilidades, pero en realidad solo una parece viable, aunque nada de lo que intentamos sea siempre infalible. Tenemos que ser pacientes y cuidadosos, y tenemos que tener suerte.

—¿Y si cortamos la cuerda que lleva alrededor del cuello? —sugiere Kletty, y me doy cuenta de que todos están vestidos con monos blancos de Tyvek, y que desde el aire deben de tener un aspecto muy extraño—. Así ya no estará unida a la defensa y nada tirará de su cuello, ¿no? —añade.

—No puedo —le respondo—. No estoy segura de poder soportar su peso. Temo que aquello que la lastra y que lleva atado a los tobillos tire de ella hacia abajo hasta dejarla fuera de mi alcance. Tenemos que asegurar de alguna manera la cuerda que lleva atada alrededor del cuello sin dañar el cadáver —le digo a Marino mientras lucho contra la corriente.

—Tú y yo vamos a tener que subirla a la embarcación de forma perfectamente sincronizada, y confiar en que no se nos rompa en mil pedazos —continúo—. Voy a acercártela lo bastante para que puedas pasarle el bichero y apoderarte de la cuerda del cuello, pero sin tirar demasiado. Se trata de tirar de mí, no de ella: voy a cargar con ella, manteniendo la cuerda alrededor de su cuello tan floja como pueda. Poned la canasta tan baja como podáis y tirad suavemente de mí, no de ella —repito, y siento cómo se me tensan los músculos entre los omóplatos.

Bajan la canasta Stokes, cuyo fondo está cubierto con dos bolsas de cadáveres abiertas, y ayudo a guiar el bichero hasta que Marino tiene la línea de boyas asegurada. Tira de ella con suavidad hasta acercarla al barco, hasta agarrarla, y de pronto se divisan sus pálidos dedos con las uñas pintadas justo debajo de la superficie. Sus cabellos canos flotan, y por un instante su rostro se dibuja en el seno de una ola.

—Tranquilo —le digo a Marino—. ¡Cuidado! ¡Cuidado! No tires. —Me saco la máscara de la cara—. Solo sostén la cuerda y deja que yo haga el resto.

Huele a moho y suciedad, y consigo agarrarla por los brazos, dándole la espalda al barco. La mantengo sujeta firmemente por detrás.

—Mantén la cuerda tan floja como puedas —digo en voz alta, y sumerjo el hombro derecho bajo la línea de boyas de color amarillo, aflojando su tensión para que no tire con fuerza de su cuello—. Y tira de mí muy, muy lentamente, mientras nado con ella. Tira de mí, no de ella.

Siento el tirón en la espalda y el peso de todo el lastre al que la cuerda alrededor de los tobillos está atada. Ella está fría, por lo menos tan fría como el mar, su piel arrugada y rígida. Sus brazos son relativamente flexibles, pero el resto está agarrotado por el frío, tieso. El rigor mortis la atacó hace ya semanas, posiblemente meses, pues hace tiempo que languideció en algún lugar de almacenamiento, un lugar muy seco y muy frío.

Cuando comience a calentarse no tendré ningún indicador post mortem que me provea con los indicadores habituales sobre cuándo y dónde murió y cuál era exactamente la posición en que se encontraba, ya que será demasiado tarde para eso. Lo que está presente en este momento es todo con lo que puedo contar, y ella pasará de estar fría y bien conservada a pudrirse rápidamente.

El cuero cabelludo reseco como el pergamino se muestra a través de su pelo mojado blanco, las orejas y la punta de la nariz lucen descoloridas, de color marrón, y tiene pequeñas trazas de moho blanco en la cara y el cuello. Lleva muerta el tiempo suficiente para comenzar a momificarse, la tuvieron guardada en algún lugar mucho antes de tirarla al agua. Me muevo muy lentamente, la parte de la coronilla de su cabeza bajo mi barbilla, y me preocupo de que no se rompa mientras mantengo la línea de boyas asida con el hombro y siento la cuerda dura y áspera junto a la mandíbula.

Hago todo lo posible para evitar que la defensa tire de ella, y se menea delante de nosotros como un pez gordo de color amarillo, y poco a poco llegamos hasta la canasta Stokes que se balancea y choca contra el costado de la embarcación, frente a los hombres. Le digo a Marino que agarre la cuerda para mantener el cuerpo cerca de la superficie, y pido a Sullivan y Kletty que aflojen las cuerdas atadas al arnés de la canasta y a la parte posterior de mi traje seco.

—Tengo que conseguir colocar la canasta debajo del cuerpo. Tiene que estar lo

más cerca posible de la superficie —digo y escupo agua y las olas me abofetean la cara y la boca y la nariz—. Pero primero tenemos que conseguir liberarla de las cuerdas para evitar cualquier daño adicional, y para que pueda manipularla.

Inspiro profundamente y de nuevo me sumerjo bajo la superficie, empujando el cuerpo y la cuerda que lo ata con el pesado lastre que cuelga en la parte inferior de la bahía. Lleva una chaqueta oscura y una blusa suelta, y una falda gris alrededor de sus caderas oscila en el agua, revelando unas bragas y unas piernas desnudas, pálidas y delgadas, abanicándose y balanceándose. La cuerda amarilla alrededor de sus tobillos se enrolla varias veces y cae hacia abajo, desapareciendo en las aguas oscuras e impenetrables.

Tiro de la cuerda y siento que lo que está unido empieza a moverse libremente, lo que no es una indicación precisa de lo pesado que es, porque la masa no cambia bajo el agua, pero sí el peso, debido a la flotabilidad. Me echo la cuerda por encima del hombro y nado con ella hasta la superficie, donde puedo tomar aire. Nado hacia la canasta Stokes, donde Marino se agacha para ayudarme, su gran mano extendida sobre la barandilla del barco. Kletty mantiene atada la línea de boyas, mientras Marino se asegura de sujetarme cuando sea preciso, y doy media vuelta sobre el agua y muevo la canasta para que el cadáver quede justo al lado.

Luchando con las olas, contra la corriente, lo hago rodar dentro de la canasta para que quede boca arriba. Su cara arrugada se me queda mirando a ciegas a través de unos ojos nublados que están secos y encogidos por la deshidratación.

—¡Mantenedlo todo bien atado! —grito, y saco el cuchillo de buceo fuera de la funda de goma atada alrededor de mi pierna izquierda—. Voy a cortar la cuerda. La de la defensa primero, luego la otra. ¡Agárrala fuerte!

Corto las dos cuerdas a unos buenos treinta centímetros por encima de los nudos en el cuello y los tobillos, dejándola sobre la doble bolsa, cuya cremallera cierro.

—Tomad nota de que la cuerda de la defensa estaba alrededor del cuello y la de la jaula alrededor de los tobillos —digo en voz alta, mientras alzan la carga morbosa—. También tenemos que etiquetar los cabos cortados. —Nado hacia la parte trasera del barco—. Tal vez alguien podría hacer todo eso ahora mismo, por favor. Ah, y tenemos que apuntar las coordenadas del GPS.

Subo la escalera y paso cerca de la defensa de color amarillo y la cuerda cortada también de color amarillo que alguien ya ha enrollado. Me quito la máscara, la capucha y los guantes, y Marino tira de la segunda cuerda amarilla, y entonces ante nuestros ojos aparece una forma cuadrada de color plateado. Sube a la superficie, el agua fluyendo por los lados de la malla de alambre. Parece algún tipo de jaula. Además lleva enganchada una maraña de cuerdas de color tabaco y cables de monofilamento, atravesados por un palo de bambú roto.

—¡Me vendría muy bien que alguien me echara una mano! —grita Marino, y

Kletty y Sullivan le ayudan a izar la jaula de alambre de calibre pesado que parece bastante nueva y tiene una bandeja en la parte inferior con bolsas apiladas de color verde y negro, llenas de algo.

—¿Qué diablos? —exclama Marino, al ver lo que parece ser un cajón para transportar perros rodeado de aparejos de pesca—. ¿Son sacos de arena para gatos? —se pregunta Marino, incrédulo.

—«La mejor arena para gatos del mundo» —lee lo que está impreso en las bolsas negras y verdes—. ¿Cinco sacos de arena para gatos de veinte kilos cada uno? ¿Se supone que esto es la broma de un psicópata?

—No sé lo que se supone que es... —Recuerdo lo que ha dicho Lucy en mi oficina esta mañana. El tiempo que ha pasado se me antoja ahora una eternidad.

*Alguien astuto, inteligente en algunos aspectos, aunque demasiado satisfecho de sí mismo para darse cuenta de lo mucho que desconoce.*

—Tal vez usó lo que tenía a mano como lastre —sugiere Labella—. Tal vez es alguien que tiene mascotas. Si no te dedicas a la pesca comercial esa arena para gatos es mucho más fácil de conseguir que una nasa para langostas.

—Eso por no hablar de que la encuentras en todas partes —digo, mientras le echo un vistazo de cerca—. Se necesita mucha suerte para rastrear dónde compraron unos sacos de arena para gatos, a no ser que quien lo hizo tuviera la amabilidad de dejar allí la pegatina con el precio para nosotros. Pero quizá quien hizo esto no pensaba que llegaríamos tan lejos. Yo misma no estaba segura de que fuéramos a recuperar todo esto.

—No parecíamos capaces de hacerlo. —Marino se muestra de acuerdo—. Es un maldito milagro que no se nos haya desmembrado, y si no hubieras ido tras ella, así habría sucedido. Si no hubieras hecho exactamente lo que has hecho.

Levanto la vista hacia el helicóptero que todavía se cierne sobre nosotros, y luego ese gran pájaro gira hacia el oeste y se va volando hacia Boston. Veo cómo se hace cada vez más pequeño en la distancia, y su ruido disminuye, y espero a ver si se dirige hacia el aeropuerto Logan, pero no es así. Continúa volando hacia la ciudad, luego gira hacia el río Charles, y más allá ya no lo puedo seguirlo.

—¿Qué pasa con el resto? —digo, señalando el lío de aparejos de pesca, cables y ganchos, todo ello lleno de óxido marrón—. ¿Creéis que forma parte de las artes con las que se enredó la tortuga laúd?

—Eso parece. Es palangre comercial —dice Marino.

Dice que el palangre es en realidad una larga línea horizontal unida a varias líneas verticales, y que esta posiblemente estaba puesta para la caballa, de acuerdo con la forma en que están orientadas las brazoladas y los anzuelos. El bambú es un marcador de posición.

—¿Ves el pedazo de chatarra de hierro atada a un extremo? —me explica—. Eso

es lo que la mantenía en posición vertical en el agua, y probablemente en algún momento llevaba un montón de corchos y una bandera.

Todo parece muy viejo y podría haber recorrido un largo camino hasta llegar aquí. Intuyo que la tortuga tropezó con eso, se enredó en un par de cuerdas y las arrastró, tal vez por un tiempo, antes de quedar enganchada en la línea de boyas.

—Podría ser que cuando alguien arrojó la caja y el cuerpo y se enredó con ello, la tortuga laúd estuviera en ese mismo instante subiendo a la superficie a por aire —supone.

Le pido que me pase la lupa de la caja Pelican y un par de guantes, y me tomo un momento para inspeccionar cada centímetro de la caja y los sacos de arena para gatos empapados en su interior. La caña de bambú es de aproximadamente metro y medio de largo, la parte superior se desprendió más recientemente, a juzgar por el aspecto de la parte rota, que no está tan deslucida como el resto. El bambú empala la caja, la perfora en un ángulo de treinta grados en la parte superior y sale por la puerta deslizante cerrada, y trato de imaginar cómo podrían haberlo dispuesto todo.

Me imagino a alguien empujando por la borda la caja llena de sacos de arena para gatos y al cadáver atado a una defensa de barco. Al instante, el cajón se hubiera hundido y el guardabarros hubiera flotado, sumergiendo el cuerpo verticalmente en una postura como lo encontramos. ¿Cómo chocó con el aparejo de palangre y la caña de bambú, y cuándo?

Tal vez Marino tenga razón. La tortuga laúd estaría arrastrando las artes de pesca y podría haber subido a tomar aire justo en el momento exacto en que fueron arrojados la caja y el cuerpo. Examino los extremos expuestos de la caña con las lentes binoculares acrílicas que amplían lo que estoy mirando, y veo rastros de pintura del mismo color amarillo verdoso. Es una mancha débil sobre el borde roto del bambú que sobresale de la parte superior de la caja.

Dispongo que fotografiemos la caja, la defensa y todos los nudos *in situ*. Después lo protegemos todo con grandes bolsas de plástico que transportaremos a mi oficina.

—Vamos a asegurarnos de que Toby nos esté esperando con la camioneta —le digo a Marino mientras abro el traje seco y aflojo las juntas de cuello y muñecas—. Tenemos que llevarla a la oficina lo más rápido posible, porque ahora que está fuera del agua va a empezar a descomponerse muy deprisa. No sé si la han congelado, pero podría haber sido así.

—¿Congelado? —Labella frunce el ceño.

—No lo sé —le respondo—. Congelada, o casi. Esta mujer lleva muerta desde hace bastante tiempo, y sospecho que se suponía que la recuperaríamos justo para perderla. Sospecho que la meta era frustrar nuestro intento. Disponerla así y tirarla por la borda, y que luego acabara decapitada y desmembrada, por así decirlo, cuando tratáramos de meterla en la canasta. Un cuerpo desmembrado que se escapa y se va.

Bueno, mala suerte, sea quien sea —le digo, y no me refiero a la mujer muerta, sino a la persona que hizo esto—. Nosotros la tenemos, y es de esperar que hayamos recuperado también mucho más de lo que alguien esperaba que fuéramos a lograr.

Abro las cremalleras de las bolsas de cadáveres y las dejo abiertas el tiempo suficiente para poner etiquetas marcadas en los cabos cortados de las cuerdas que ataban el cuerpo. Vuelvo a la cabina, agradecida de estar ahora a resguardo del viento y las bajas temperaturas, y no me molesto en ponerme la ropa mojada de nuevo, sino que me quedo vestida con el forro. Se me pega al cuerpo como una ropa interior de cuerpo entero.

Me pongo la chaqueta encima y me ato el cinturón de seguridad, y le digo a Labella que le tomo prestado el forro y le prometo que se lo devolveré limpio. Kletty iza el ancla, Labella arranca los motores y Marino se encuentra justo enfrente de mí, tratando de colocarse el arnés, mientras yo procuro poner un poco de orden en mis ideas.

Me imagino a alguien en un barco, atando una defensa de plástico amarillo, grande como una boya, al cuello de la mujer muerta, y luego atando una segunda cuerda en torno a sus tobillos, y colocando en el otro extremo un cajón para transportar perros lleno de sacos de arena para gatos. Me imagino todo esto siendo arrojado al agua justo cuando aparece un reptil de una tonelada arrastrando unas artes de pesca, una caña de bambú y unos cables de monofilamento que hasta ese instante podrían haber sido poco más que una molestia, hasta que se da de bruces contra la caja. Ahora tiene que arrastrar cientos de kilos que la lastran y que le clavan las cuerdas de pesca en la aleta izquierda.

—¡Qué mundo tan extraño! —pienso en voz alta—. Lo único que nadie podría haber previsto con toda seguridad.

Estoy hablando del asesino. Creo que quien arrojó el cadáver de esta mujer es también responsable de su muerte. Voy a trabajar este caso como si fuera un homicidio hasta que los hechos demuestren que estoy equivocada.

—¿Quieres mi opinión? —Marino alza la voz por encima del estruendo de los motores—. Creo que la arrojaron por la borda muy cerca de donde la encontramos.

—Puede que tengas razón —le respondo, ya de vuelta hacia el puerto interior de Boston—. A juzgar por el modo en que estaba atada, no podría haber sido arrastrada muy lejos sin desmembrarse.

—Cinco sacos de arena de veinte kilos cada uno empapados de agua, y cuando esa mierda se moja pesa aún más y se pega como el cemento —dice Marino—. No es algo que fuera a disolverse y filtrarse poco a poco. Además, la caja también pesa lo suyo. Estamos hablando de por lo menos unos ciento sesenta o doscientos kilos tirando del cadáver. Un montón de tensión en el cuello.

—¿Alguna idea de cuánto tiempo ha estado en el agua? —pregunta Labella

mientras se da la vuelta en su silla, y la lancha golpea el agua a toda velocidad atravesando la bahía.

—Probablemente no mucho tiempo. —Pienso en el juicio de Channing Lott—. La gran pregunta va a ser dónde murió y dónde ha estado desde entonces.

—No se parece a ella —me dice Marino, y no hay necesidad de dar más detalles.

Sé lo que quiere decir, y al principio la idea también se me pasó por la cabeza, aunque solo brevemente, solo un instante, al estar cara a cara con ella. No se parece en nada. He estudiado las fotografías de Mildred Lott, una mujer de unos cincuenta años bien conservada, bien proporcionada y en forma, con el pelo largo y rubio y todas las perfecciones que su estatus financiero podía ofrecerle. Sé de cada cirugía, cada liposucción y cada inyección. Me familiaricé con los informes de la policía realizados después de que ella desapareciera en marzo del año pasado, en su casa de Gloucester.

—No tengo ni idea de quién es, pero no es ella —le informo a Marino, con Boston al frente—. No es necesario esperar a que el ADN nos diga eso.

—Alguien va a montar un escándalo para hacerla pasar por ella hasta que todo el mundo se entere de lo contrario —predice.

—No vamos a dejar que nadie sepa nada hasta que sea identificada y estemos seguros de que divulgar esa información no va a ayudar a quien lo hizo.

—¿Y si se hubiera desmembrado y no hubiéramos logrado recuperarla? Todo el mundo creería que es Mildred Lott. —Marino está pensando en que hoy me toca testificar en un juicio—. La gente estaría segura de ello. —Quiere decir que el jurado lo estaría—. Ellos creen que ella habría aparecido después de todos estos meses, y tal vez esa sea la razón por la que ha aparecido ahora. Para manipular el juicio y tender una trampa, por si se les tuerce el caso en el último minuto.

Se refiere a los trapicheos de la abogada de la defensa, Jill Donoghue, y a que soy la última testigo que la defensa ha llamado a testificar antes de apuntalar un caso que está teniendo una enorme repercusión mediática.

—Tienes que admitirlo, todo esto es muy raro. De hecho, casi da miedo —dice—. Y no estoy seguro de que tanta coincidencia en el tiempo no sea deliberada.

—Channing Lott está en la cárcel —le recuerdo—. Así ha sido desde abril. Y no se trata de su esposa desaparecida. —Hago hincapié en esto—. Es otra persona.



Es la una y tres minutos cuando llegamos al puente Longfellow que conecta Boston y Cambridge.

Al otro lado, los campos y los edificios del MIT han perdido su encanto: ahora son formas cuadradas de hierba mate, ladrillo oscuro y descolorida piedra caliza, bajo un grueso manto de nubes grises. A la espera del otoño, los árboles parecen esqueléticos, como si hubieran perdido sus hojas secas presas de la desesperación, y el río Charles se ve agitado por un viento tempestuoso que en cierto modo coincide con mi propia agitación interior.

He leído el mensaje de texto de nuevo y me pregunto por qué he pensado que esta vez iba a decir algo diferente:

«Acabamos de reanudar la sesión después de un receso para el almuerzo. Lo de las dos sigue en pie. Lo siento. DS».

Me abstengo de contestar a Dan Steward, el fiscal en parte responsable de lo sucedido, por cuya culpa me veo arrastrada a un juicio en el peor momento posible y por el motivo más ridículo que quepa imaginar.

A partir de ahora solo voy a comunicarme con él por teléfono o en persona. No voy a volver a escribirle, me lo prometo a mí misma, y no puedo evitarlo. Qué horror. Estoy pensando en los titulares, y sobre todo me preocupa la mujer muerta que va en la parte trasera de la furgoneta. En este momento se merece toda mi atención y no la conseguirá. Esto está mal.

—Siempre he vivido atada al microscopio —le digo a Marino—. Pero ahora vivo bajo uno, cada acto y cada minucia escrutados para su examen y opinión. No sé cómo vamos a hacer esto. —Meto el teléfono en el bolsillo de la chaqueta.

—Tú y yo. No tengo idea de a quién llamar en primer lugar, y estoy seguro de que no quiero hacer lo que me sugirió la Guardia Costera y llamar directamente al FBI, para brindárselo en bandeja de plata, solo porque lo dice Seguridad Nacional. —Está perorando sin parar, y de otro asunto—. Un lío jurisdiccional de cojones. Dios mío, podría suceder que lo reclamen una docena de departamentos diferentes.

—O no. Ésa es la historia más probable.

—Un lío de cojones como nunca he visto uno igual.

«Lío de cojones» parece ser su nueva expresión favorita, y sospecho que se la ha oído decir a Lucy. Aunque quién sabe de dónde la ha sacado.

—El FBI quiere el caso, porque va a ser una noticia importante. Esto va a hacer

ruido de veras, tal vez a nivel nacional. Una anciana rica es atada a un cajón portaperros y arrojada en el puerto. Se supone que se trata de Mildred Lott. Y entonces, cuando se descubra que no lo es, se convertirá en una historia aún mayor.

—¿Una anciana rica?

—¿Te importa sostenerme esto? —Me pasa sus Ray-Ban—. Hablando del mal tiempo, tengo que ir al oculista. No veo una mierda. Necesito una perscripción de verdad, en lugar de usar las gafas ésas que venden en las tiendas.

Ya no me molesto en recordarle que se dice «prescripción» y no *perscripción*.

—Ahora tampoco veo nada de lejos. —Entrecierra los ojos mientras conduce—. Lo veo todo borroso, lo que me cabrea de lo lindo, y no puedo recordar cómo lo llaman. ¿Presbifobia?

—Presbicia. Vista cansada.

—Lo veo todo desenfocado, como Mister Magoo.

—¿Por qué dices que es vieja? ¿Qué te hace pensar eso? —Dejo las gafas de sol en el regazo y ajusto la ventilación, subo la calefacción mientras avanzamos por el puente en medio del tráfico—. ¿Cómo sabes que es vieja?

—Tiene el pelo blanco.

—O rubio platino. Podría ser teñido. Tengo que verla.

—Lleva ropa buena. Y joyas. No lo vi de cerca, pero parece que también lleva un reloj de oro, un reloj de lujo. Es vieja —insiste—. Por lo menos tendrá setenta años. Tal vez salió a almorzar o se iba de compras o algo así, y la raptaron.

—Lo que está es muy deshidratada, y muerta. No es seguro que fuera vieja o rica, y el robo no parece ser el motivo.

—No he dicho que lo fuera.

—Estoy diciendo que probablemente no lo fuera. Las suposiciones son siempre peligrosas —le recuerdo—. Especialmente en un caso como éste, donde todo lo que tenemos son descripciones físicas que colgaremos con la esperanza de que su perfil esté en una base de datos. Si decimos que es mayor y con el pelo largo y canoso, cuando en realidad tenía unos cuarenta años y era rubia teñida, acabaremos teniendo un problema.

—Alguien así probablemente habría sido dada por desaparecida —dice Marino.

—Se podría pensar que sí, pero no sabemos las circunstancias.

—Seguro que alguien habría denunciado su desaparición —insiste—. En estos días la gente se fija cuando se amontonan los periódicos en la puerta o las cartas se salen del buzón. Las facturas no se pagan y les cortan la luz o el agua. La gente no acude a sus citas, y por fin alguien llama a la policía para comprobar qué ha sucedido.

—Normalmente es así.

—Por no hablar de que la familia se queja de que mamá o la abuela lleva días o semanas sin contestar al teléfono.

—Sí, si hay familiares que los cuidan —le respondo—. Lo que puedo afirmar con cierto grado de certeza es que ella no es una persona mayor con Alzheimer que se alejó de su casa y se perdió y no volvió... hasta que de alguna manera terminó en la bahía atada a una defensa de barco y un cajón para perro.

—Ni de broma.

—Es un homicidio, y su cuerpo se ocultó durante un tiempo, después fue transportado y arrojado por la borda —agrego—. Y obviamente eso se hizo así para causar algún efecto que aún no está claro.

—Un puto chiflado de mierda.

—Ciertamente parece obra de alguien malévolo.

—¿Cuánto tiempo crees que la tuvieron encerrada?

—Depende de las condiciones. Semanas, por lo menos. Posiblemente, meses —le respondo—. Al parecer, ella estaba completamente vestida cuando murió, y sí, me preocupa que fuera secuestrada. Pero, si ése es el caso, me sorprende que no haya salido nada en las noticias. Al menos nada que yo sepa. La policía suele tenernos al tanto de todo.

—Eso es exactamente lo que yo digo. A menos que la muerta no fuera de Massachusetts.

—Es una posibilidad, por supuesto.

—Suenan un poco como la chica ésa del dinosaurio perdida en el Canadá —dice, y tuerce a la izquierda en Memorial Drive.

—No, no hay una similitud clara —le digo—. Además, no sabemos casi nada sobre la descripción física de Emma Shubert. Solo que tenía el pelo castaño, corto y con algunas canas, y que cuando desapareció tenía cuarenta y ocho años.

—Además, esta mujer aún conserva las dos orejas —añade.

—Eso suponiendo que la oreja de la foto que me enviaron sea verdadera y pertenezca a Emma Shubert. Hay muchas incógnitas.

Marino mira por el espejo retrovisor, asegurándose de que nos sigue la camioneta que transporta el cadáver.

—Bueno, tal vez esta haya sido dada por desaparecida y tengamos suerte.

No creo que vayamos a tener suerte. No puedo evitar la sensación de que no se ha hecho nada desde que esta mujer se desvaneció y murió, porque nadie cercano a ella lo sabe, ni sus vecinos, ni su familia, ni sus amigos, y eso es raro. También me resulta extraño y contradictorio que, si bien no esté claro de quién se trata, la persona responsable de deshacerse del cuerpo no se molestara en ocultar sus efectos personales. Las pertenencias de la víctima pueden ser de mucha ayuda para la policía.

«¿Por qué no deshacerse de la ropa y las joyas?».

«¿Por qué encontramos su cuerpo?».

Por supuesto, tal vez no podríamos haber recuperado sus restos, me recuerdo a mí

misma. Pienso en mi sorpresa cuando la vi por primera vez bajo el agua, con una cuerda de nailon alrededor del cuello y otra alrededor de los tobillos. Si sus ataduras hubieran desmembrado el cadáver, y no puedo dejar de sospechar que ésa era la intención de quien lo hizo, no hubiésemos encontrado ni rastro de ella.

En este mismo momento estaríamos regresando al CFC sin nada que mostrar de nuestros esfuerzos, excepto una defensa de barco de color amarillo, trozos de cuerda, artes de pesca oxidadas y un fragmento del percebe y una caña rota de bambú con rastros de algo verdoso. Sopeso preguntas y coyunturas pero sin sacar nada en claro, y hacerlo solo aumenta mi confusión y me asalta una creciente sensación de temor.

Creo que se trata de una manipulación siniestra. Alguien está jugando con nosotros a un juego maligno con premeditación, y sospecho que en el expediente no habrá ADN, ni informe de la policía ni nada en los archivos, porque aquéllos que cuentan desconocen que esta mujer haya desaparecido de donde se supone que debía estar. Estoy helada hasta los huesos, subo la calefacción y me dirijo directamente el chorro de aire a la cara y al cuello.

—Hay algo realmente extraño en la forma en que estaba atada. —Marino no deja de hablar un segundo—. No parecen los nudos habituales. Y luego la arrojan al mar y ella se enreda con una tortuga dinosaurio. Vaya, me vas a matar de un golpe de calor.

Cierra su entrada de la calefacción y abre su ventanilla.

—Vamos a abstenernos de utilizar la palabra dinosaurio, por favor.

Repito lo que ya le he dicho en varias ocasiones.

—¿Cómo es que estás de un humor de perros?

—Lo siento, si parezco estar de un humor de perros.

—Lo pareces porque lo estás.

—Estoy preocupada y frustrada porque voy contrarreloj —le respondo—. Tengo que empezar con ella ahora mismo. Lo que menos necesitamos ahora es perder un tiempo precioso por culpa de un proceso judicial que reclama mi asistencia por el motivo más frívolo del mundo. Y, por Dios, ¿por qué está el tráfico tan lento?

—Siempre es malo en esta zona. Por la mañana, a la hora del almuerzo, a última hora de la tarde... Aquí siempre es hora punta. Solo es óptimo entre las dos y las cuatro de la madrugada —dice—. Y recuerda, cuanto más te enfades más les darás lo que quieren.

Qué irónico que de entre todas las personas sea él quien me instruye acerca de la futilidad de que mis detractores me saquen de mis casillas.

—Ella nunca va a estar en mejores condiciones que ahora —le recuerdo.

—Hay algunas cosas que sí que podemos hacer. No te preocupes, doctora —dice.

Mi oficina queda justo delante, en forma de silo, con la cúpula de cristal en la parte superior, como un misil, una bala expansiva o, como lo llaman algunos blogueros, una erección forense. Siete pisos de construcción ultramoderna en un

edificio de titanio y acero reforzado. Son infinitas las descripciones y ocurrencias sobre el tema, en su mayoría irreverentes y vulgares, y las noticias de mañana probablemente vendrán bien surtidas de este tipo de comentarios.

«La doctora Scarpetta regresó a su erección forense en Cambridge después de declarar que la esposa de Lott se convirtió en jabón».

Miro el reloj y siento otra oleada de rabia. Es exactamente la una y ocho minutos, y se supone que debo estar en el banquillo de los testigos en menos de una hora. No puedo comenzar la autopsia, y no voy a permitir que nadie más la haga. Toda esta situación es indignante.

—Es una tortuga laúd, así es como tenemos que llamarla —digo, volviendo al punto anterior y tratando de sonar menos molesta—. No es útil ni para la tortuga ni para cualquiera de nosotros que sigamos refiriéndonos a ella como un dinosaurio.

—Pues Pam dijo que las tortugas laúd son el último dinosaurio vivo de la tierra.

Marino gira a la izquierda para ir directamente al aparcamiento trasero.

—El problema es que si dices cosas como esa algún imbécil va a pensar en el pobre animal como si fuera el monstruo del lago Ness o Bigfoot.

—Prefiero trabajar con Jefferson, de la policía de Boston —dice Marino a continuación, como si le tocara a él elegir al detective de homicidios en un caso que tengo la sensación que va a terminar siendo del FBI—. Técnicamente, el puerto exterior pertenece a Boston.

—No estoy segura de eso en absoluto —le respondo—. Todo depende de la latitud y la longitud, y a partir de las coordenadas que nos dieron no sé lo suficiente sobre navegación para aseverar si las aguas en las que se recuperó el cadáver quedan dentro de los límites marinos de Hull, de Cohasset, o incluso de Quincy. A esto se añade la pregunta de dónde fue arrojada a las aguas y también dónde murió, e incluso dónde fue secuestrada, eso en el caso de que fuera secuestrada. Probablemente va a terminar siendo un caso del FBI, según las apariencias.

—Van a hincarle el diente como un maldito pitbull y van a hacerse cargo de la investigación en *prime time* —dice, mientras estira la mano hasta el visor y presiona el control remoto que abre el portón—. Estoy seguro de que a Benton le encantará —añade, como si mi marido, analista de inteligencia criminal del FBI, llevara una vida protegida.

—Nadie quiere algo así —le respondo, mientras se abre la puerta—. Ésa es mi mayor preocupación. Que todo el mundo lo trate como una patata caliente. Pero aún más importante que todo esto es qué podemos hacer para establecer su identidad tan pronto como nos sea posible. Tenemos que introducir de inmediato una descripción física de ella y de sus efectos personales en NamUs.

NamUs, o Sistema Nacional de Personas Desaparecidas y no Identificadas, es una base de datos central relativamente nueva para personas desaparecidas. Permite

asociar a desaparecidos con muertos no identificados o no reclamados, aunque de nuevo tengo la corazonada de que nadie ha denunciado la desaparición de esta mujer.

—No importa, vamos a hacerlo antes de que acabe el día. Vamos a enviar por correo electrónico radiografías, gráficas dentales y características del cuerpo —digo, pues sigo repasando la lista de tareas mientras avanzamos hasta el aparcamiento trasero—. Y hay que llamar a Ned o a quien quiera que esté disponible, para que se pase esta misma tarde.

Ned Adams es uno de los dentistas de la zona con un título en odontología, con el que trabajamos.

—Tenemos que tomar algunas fotos antes de asistir a ese juicio —dice Marino mientras aparca el Tahoe.

—Por supuesto —digo, y agarro la bolsa de basura con la ropa de trabajo mojada.

—Y su temperatura, ya que no lo hicimos en el barco —dice—. Probablemente la misma que la de las aguas, once grados. Tal vez uno o dos grados más alta, ya que el barco de la Guardia Costera y la parte trasera de la camioneta deben de estar más calientes que el agua.

—Sí, vamos a hacerlo ahora, y luego necesitaré unos minutos para cambiarme de ropa. No puedo ir así al juicio. —Llevo un forro polar gris, una chaqueta naranja y unas botas mojadas sin calcetines.

—No, a menos que desees que todos piensen que eres una chiflada —dice Marino, mientras la puerta del aparcamiento empieza a traquetear en su ascenso y la furgoneta blanca sin ventanas se detiene justo enfrente.

—Necesitamos fotos y sobre todo muestras, porque cuanto más rápido podamos colgar su perfil de ADN en NamUs, y sobre todo en NDIS, mejor. —Sigo repasando todo lo que hay que hacer inmediatamente—. Le pasamos el PERK, extraemos muestras, lo limpiamos todo y de ahí vamos a los tribunales. —Me aferré a la esperanza de que en algún lugar las fuerzas de la ley hayan anotado los datos de una mujer desaparecida en el Sistema de índice Nacional de ADN—. Dile a Bryce que se ponga en contacto con Dan y le haga saber que acabamos de regresar de una escena difícil y que me estoy dando toda la prisa que puedo. Menuda pérdida de tiempo —murmuro entonces—. Esto es ridículo. Acoso puro y duro. Un esfuerzo desvergonzado por interferir y montar un espectáculo.

—Sí, solo lo has repetido unas cincuenta veces. —Marino coge los maletines de escena del crimen de la parte trasera de la camioneta, y recoge las bolsas de pruebas con las artes de pesca que me ha dado Pamela Quick y el percebe extraído de la tortuga laúd.

Entramos en el aparcamiento, la furgoneta va detrás de nosotros y aparca a nuestro lado. La puerta del conductor se abre y Toby sale con su uniforme de instrucción y una gorra de béisbol encima de su cabeza rapada, una moda que estoy

segura que inició Marino. Nunca deja de sorprenderme la influencia que al parecer tiene en los demás, sin ser consciente de ello. Ahora al menos la mitad de mis investigadores masculinos se afeitan la cabeza hasta dejársela tan lisa y brillante como una bola de billar, y llevan tatuajes, entre ellos Toby, cuyo brazo izquierdo está cubierto enteramente, por lo que me recuerda los grafitis del metro.

Nadie es inmune al efecto Marino, como he dado en llamar a la necesidad de sus investigadores de emularlo para bien o para mal. Me han dicho que Sherry se ha tatuado en la espalda «Mortui vivos docent» y va a clases de boxeo, y que ahora Barbara monta una Harley.

—¿Cuál es el plan? —Toby se pone los guantes y abre el portón trasero—. ¿La quieres en Descomposición? Supongo que es un homicidio, probablemente primero la mataron y luego la tiraron al mar para que se hundiera, ¿no? Qué mierda más rara. ¿Alguna idea de quién es?

—Necesitamos unos minutos con ella antes de que entre en la nevera, y mejor que no supongamos nada, ¿vale? —responde Marino con brusquedad.

—¿La vas a hacer por la mañana?

—Definitivamente no pienso esperar hasta mañana —le respondo—. Estaré aquí de vuelta tan pronto como regrese del juicio. Va a estropearse muy rápidamente. Vamos a llevarla directamente a Descomposición, y vamos a tomarle la temperatura y sacarle algunas fotos. Podemos pesarla y medirla más tarde.

Toby desbloquea las ruedas de la camilla donde reposa la bolsa de plástico negro, que se ve lastimosamente grande y plana, como si lo que está comprimido en su interior hubiera quedado reducido durante el transporte.

—¿Qué pasa con las otras cosas? —pregunta.

En la parte trasera del área de carga está todo lo que se recuperó de la bahía cubierto con plásticos negros.

—Lo enviaremos a rastrear, pero no ahora —le digo—. Vamos a meterlo todo dentro para identificarlo.

Le instruyo para que cubra una mesa con sábanas desechables y coloque todos los elementos encima, y que lo documente todo con fotografías y luego cierre la puerta. Cuando vuelva del juicio yo misma me encargaré de quitar los envoltorios, echar un vistazo y averiguar qué interés o qué preguntas podrían tener la policía y el FBI en las artes de pesca, la defensa del barco y todo lo demás. Le digo a Toby que mañana a primera hora llevaremos todo esto para buscar pruebas, y le pido que informe a Ernie Koppel, el jefe de sección, de qué tenemos aquí.

—Deja todo cerrado a cal y canto y seguro —repito—. No quiero que nadie toque nada sin yo saberlo en primer lugar.

Levantamos la camilla, cierra de golpe la puerta trasera, y mientras la puerta del aparcamiento empieza a descender conducen el cadáver dentro, a la sala de

Descomposición. Me detengo en la cabina del guardia y compruebo de nuevo el registro de actividad. Me alivia ver que no ha habido más casos desde la última vez que lo miré. Ya se les ha hecho la autopsia a los dos accidentes mortales de carretera, y las funerarias ya han recogido los cadáveres. Eso solo nos deja las muertes por trauma por objeto contundente y posible suicidio por sobredosis de drogas. Me doy cuenta de que Luke Zenner ha hecho esas autopsias, tal como imaginaba que sucedería. Es su naturaleza solicitar los casos más complicados o asignárselos, porque quiere adquirir experiencia y le encantan los desafíos.

—¿Hay algo que deba saber? —le pregunto a Ron a través de la ventana abierta.

—No, señora jefa —responde desde el interior de su oficina, donde hay monitores de seguridad montados en tres paredes y divididos en cuadrantes, y cada uno muestra las áreas exteriores e interiores de especial interés para la vigilancia—. Ha estado todo muy tranquilo. Solo dos camionetas y otra en camino.

—Vamos a estar en Descomposición unos minutos, luego tengo que ir a un juicio —le hago saber—. Espero que no nos entretengan por mucho tiempo. Marino y yo volveremos directamente aquí para ocuparnos de este caso.

—¿Vas a encargarte de ella hoy mismo? —dice, para mi sorpresa.

En ningún momento le he mencionado ni indicado ni a él ni a nadie que la víctima sea mujer. Solo lo saben Marino y Toby.

—Sí, y no importa lo tarde que sea —le respondo, mientras relleno el registro—. Ya que no sabemos quién es, vamos a inscribirla como una mujer blanca sin identificar, encontrada en la bahía de Massachusetts.

Empieza a rellenar los campos de un programa de identificación por radiofrecuencia, o RFID, con un chip incrustado en una etiqueta inteligente. Compruebo las notas de la escena del crimen para darle las coordenadas del GPS, y Toby vuelve a aparecer, empujando una camilla vacía a toda prisa, y cierra ruidosamente la puerta que conduce de la pista de la autopsia al aparcamiento. Suena una impresora láser, y Ron obtiene una pulsera de silicona de color amarillo con una etiqueta inteligente integrada, con la información que le acabo de dar de nuestro último caso procesado.

—¿Qué se comenta por aquí? —le pregunto como quien no quiere la cosa, mientras las cámaras de seguridad muestran a Toby empujando la camilla hacia una camioneta blanca de transporte.

—Bueno, Toby me ha contado que llegaba un cadáver de mujer sin identificar, que tal vez podría ser el de la señora que desapareció, la del caso del juicio al que tienes que ir —responde Ron—. Y supongo que también algunos equipos de televisión os han filmado mientras estabais allí.

—¿Qué te hace pensar que había equipos de televisión, o sea, que había más de uno? —le pregunto, mientras veo a Toby desde diferentes ángulos en pantallas



divididas.

Aparca la camilla en la parte trasera de la furgoneta, gira la llave para abrir la puerta y al hacerlo noto que mueve los labios. Se me ocurre que probablemente esté escuchando su iPod como siempre, y cantando. Pero no así, no. En realidad, parece estar hablando enfáticamente. De hecho, parece agitado, como si estuviera discutiendo con alguien.

—A juzgar por lo que vi estabas en diferentes lugares, en diferentes barcos y en momentos distintos —comenta Ron—. La Guardia Costera, una lancha con un montón de gente del acuario. Una parte se había filmado desde el aire. Lo sé porque se podía oír el helicóptero. Pero tampoco estoy seguro de mucho más.

Toby está al teléfono. Tiene puestos unos auriculares que se conectan a su iPhone, que lleva en el bolsillo trasero de los pantalones. Tal vez esté discutiendo otra vez con su novia, aunque no debería estar discutiendo con nadie ni manteniendo ningún tipo de conversación personal, punto. Debería prestar atención al trabajo, a disponer de las pruebas. Una de mis quejas más frecuentes es que la plantilla dedica al menos tanto tiempo a su vida privada como a su trabajo, como si estuviera bien que te pagasen por discutir con tu novio o hacer compras en Internet o chatear en Facebook o en Twitter.

—Estabas haciendo algo con lo que no hay duda que era la tortuga más grande que he visto jamás —continúa Ron, y yo apenas le escucho—. Y luego te tiraste al agua para sacarla. Era una anciana, o eso parecía, atada con una cuerda amarilla.

—¿De modo que has visto imágenes de mí saliendo del agua? —miro a Toby mientras cubre la camilla con una sábana y abre el portón trasero, ahora con el ceño fruncido, claramente infeliz por lo que alguien le está diciendo por teléfono—. Por casualidad, ¿recuerdas en qué canal de televisión las han dado?

—No, señora jefa. De eso no estoy seguro —responde Ron—. Porque no lo han dado solo en las estaciones locales. En la CNN sí, eso es seguro, y también había un titular de Yahoo en Internet sobre una tortuga que es un monstruo prehistórico, éstas eran las palabras exactas, y un cadáver atado a una jaula con la que la tortuga se enredó. Creo que corre por Internet y está prácticamente en todas partes.

Los siete pasillos del CFC están pintados de blanco, sus azulejos de cristal reciclado teñidos de un tono marrón grisáceo llamado trufa. Reflectantes LED de luz tenue crean una nube suave luminosa y los techos acústicos ocultan kilómetros de cable, mientras que las cámaras y los seguidores RFID controlan el paso de todos los que vienen aquí, ya estén vivos o muertos.

Nuestra sede circular fue construida por una compañía de investigación biológica que se declaró en quiebra al finalizar la construcción, y con raras excepciones el diseño original es ideal para lo que hacemos. De hecho, es el sueño de todo médico forense. Podemos mirar por ventanas eficientes que capturan energía solar, pero nadie puede ver lo que hacemos dentro, y una climatización de altas prestaciones controla el entorno con tanta precisión que tenemos nuestro propio clima personalizado. Las calderas eliminan la humedad del aire, que luego unos aparatos enfrían, evitando la condensación y un fenómeno muy inconveniente conocido como lluvia de interiores, mientras que los robots y los filtros HEPA aspiran y eliminan los elementos patógenos, los vapores químicos y los olores.

El CFC es más limpio que la mayoría de las clínicas; su sala de recuperación de tejidos es cien veces más estéril que el quirófano de un hospital. Los pacientes con muerte cerebral pueden transportarse aquí mientras aún permanecen con vida, lo que garantiza que los ojos, los órganos, la piel y los huesos se aprovecharán sin demoras inútiles, ayudando los muertos a los vivos y los vivos a los muertos. El progreso que he visto en mi profesión no es la trayectoria recta que una vez imaginé, sino más bien un círculo, como el pasillo por el que avanzo ahora, pasando Identificación, hasta entrar en Radiografía para ver si mi técnica, Anne, está ahí.

Su silla está desplazada hacia atrás y girada como si ella se acabara de levantar, y en las pantallas planas se ven brillantes imágenes en 3-D de una cabeza y un tórax con áreas blancas brillantes de hemorragia fresca en el tejido del cerebro y los pulmones, y el blanco más brillante de los huesos apunta a una fractura en la base del cráneo que se extiende en los senos paranasales, y escápulas y costillas están tan rotas que aparecen separadas de las paredes torácicas. Es el caso de Howard Roth, el trauma por objeto contundente de esta mañana que he leído en su informe. Un varón negro de cuarenta y dos años de edad, de Cambridge, que supuestamente se cayó por las escaleras del sótano. Su cuerpo se descubrió ayer por la tarde.

*No tengo tiempo para esto.*

Pero no puedo irme sin más, y reviso más imágenes, veo el cuerpo desde diferentes planos que van de dentro hacia fuera, veo los tonos grises de los órganos y cómo los músculos muestran un blanco vivo donde hay sangrado y oscuro donde el aire ha quedado atrapado. Encuentro un alto valor unitario Hounsfield de casi 4000. Metal denso, posiblemente plomo. Probablemente antiguos fragmentos de bala en los tejidos blandos de la cadera izquierda, y otros en el muslo posterior derecho: una posible hoja de ruta de la vida de este hombre, pero no lo que lo mató. Y el daño interno masivo resulta sumamente inconsistente con una caída por las escaleras.

Este tórax batiente es más común en lesiones por aplastamiento, que asocio generalmente con gente atrapada debajo de máquinas o atropellada por tractores o vehículos. La mayoría de las personas que caen sobre la nuca no presentan una fractura basilar. No tienen rotos los huesos del cráneo en el foramen magnum, el agujero en la base del cráneo. Reviso aún más imágenes de exploración de todo el cuerpo, y no encuentro lesiones frescas en brazos, manos, pelvis ni en extremidades inferiores.

Más allá de una ventana de vidrio con plomo, la silueta del gran escáner CT se dibuja en la oscuridad. Aquí no hay nadie y decido que probablemente Anne ha salido a tomar un café o ha ido al baño. Le escribo una nota y la coloco en su teclado, haciéndole saber que planeo estudiar el cuerpo que hemos recuperado de la bahía de Massachusetts al final del día y que tendrá que escanearlo primero.

«Deberíamos hablar del caso de Howard Roth —añado como posdata—. Lesiones poco claras y falta de lesiones. Necesito historial completo y detalles de la escena. Quiero estudiarlo un poco más. Gracias. KS».

Luego reviso la sala de autopsias y la encuentro tranquila y limpia, el suelo está todavía húmedo de fregar, largas filas de mesas de acero vacías, brillando bajo la luz natural que se filtra a través del cristal de las ventanas laterales y las que dan al aparcamiento. Las hileras de lámparas de alta intensidad del techo, a diez metros de altura, están apagadas; las ventanas de observación de las paredes superiores que dan a los laboratorios de enseñanza se ven sombrías y vacías.

A menudo Luke Zenner está por aquí, disfrutando de la tranquilidad que hay para hacer el papeleo, revisar proyectos pendientes, o poner orden en su estación de trabajo, la número 2, justo al lado de la mía. Pero no lo veo ni veo a nadie más, mis cinco patólogos y los otros equipos de investigadores probablemente están en sus oficinas o en alguna reunión o de ronda.

Introduzco la contraseña en mi iPhone para enviarle un mensaje a Luke y veo el aviso de que tengo un mensaje nuevo de Benton.

«¿Sigue en pie lo de las cinco? ¿Todo ok? He visto las noticias».

Respondo que después del juicio voy a volver directamente a la CFC, y que probablemente trabajaré toda la tarde. Puedo reunirme con él y el resto de los agentes

tan pronto como haya terminado.

«Llamaré cuando tenga un respiro —le pongo por SMS—. ¿Cena? Si se hace tarde, ¿pedimos algo cuando nos veamos?».

Inmediatamente suena el teléfono. Ha respondido: «Pido algo en Armando's».

Le digo: «Combos con extra de queso, tomate, pimiento, cebolla. En un corazoncitos de espinaca y alcachofa. Dile que son para mí».

Añado que tengo ganas de verlo.

Me sentiré tranquila cuando vea a Benton y haya pasado lo peor del día, y le echo un vistazo a mi reloj. Es la una y veintiocho minutos, y le envío un SMS a Luke sobre el caso de Howard Roth, haciéndole saber que tenemos que hablar de ello y no permitir que se lleven el cadáver todavía. *Debería estar de vuelta en un par de horas*, le escribo, mientras dejo atrás la antesala, los vestuarios y vestidores, sin ver señales de Luke ni de nadie, lo cual es típico a esta hora, a menos que tengamos una inusual carga de trabajo.

Más allá de Antropología y doblando el pasillo se llega al laboratorio de contención BÍ04, al que informalmente nos referimos como Descomposición, un laboratorio reservado a los presuntos organismos infecciosos o contaminados o descompuestos. Pulso un botón de manos libres que automáticamente abre una puerta de metal, entro en el vestíbulo de Descompresión y cuelgo la chaqueta. Tomo ropa de protección de los estantes, pulso un segundo botón que abre una segunda puerta y me encuentro a Marino, que va cubierto de los pies a la cabeza de Tyvek blanco y comprueba su equipo fotográfico.

La camilla que porta la bolsa negra está aparcada junto a una de las tres mesas de acero inoxidable conectadas a sumideros de pared, y por encima de ellos quedan las ventanas de observación, ahora a oscuras. Un reloj al lado de la cámara de frío me recuerda desagradablemente que es la una y media. Se supone que debo estar en el juzgado exactamente en media hora, y sigo confiando en que vayan a cancelármelo en el último minuto, algo que ahora parece bastante ridículo. O tal vez en que el juicio vaya con retraso y que el juez entienda que a mí me pasa lo mismo.

—Tenía miedo de que te hubieras perdido por el camino —dice Marino mientras cubre su cabeza calva con una gorra quirúrgica de diseño (esta vez el motivo es un «cráneo medicinal»), que se ata en la nuca como si fuera una badana de motero.

—Me temo que tenemos un caso problemático —le digo.

—¿Otro más? No.

—El tipo que supuestamente cayó por las escaleras —le explico—. A mí no me parece una caída, a menos que cayera de un edificio de diez pisos y se golpeará con un par de cosas por el camino. Toby respondió a esta llamada, ¿verdad?

—Él fue a la escena y dijo que eso era todo.

Me apoyo en un mostrador y cubro las botas mojadas.

—¿Sabes los detalles?

—Es el caso de Machado.

—¿Estuvo presente en la autopsia esta mañana? —le pregunto.

—Nuestro guerrero portugués siempre está dispuesto a todo, por grotesco que sea. Dijo que iba a asistir. Hablaré con él cuando tenga un minuto o pasará por su casa más tarde.

Marino y el detective Sil Machado viven en la misma manzana del vecindario de West Cambridge y salen a circular en moto juntos. A los dos les gusta el boxeo y van al mismo gimnasio. Al parecer, se han hecho buenos amigos.

—Lo que Toby me dijo ayer por la noche era bastante cutre, no me dio datos —añade Marino—. La víctima era un alcohólico crónico. Al parecer abrió la puerta equivocada de camino al baño y se cayó por las escaleras del sótano.

—Esperemos que Luke le haya hecho una prueba de alcoholemia. ¿Has hablado con Bryce o has sabido algo de él? —Me cubro el pelo con un gorro quirúrgico.

—Se fue alrededor de las once. —Marino me está mirando de arriba a abajo—. Deberías haberte vestido correctamente para andar por aquí —me dice, como si yo necesitase que me recordasen los protocolos.

—¿Cómo que se ha ido? ¿Adonde?

—Al parecer tenía que llevar a su gato al veterinario, me ha dicho que era una emergencia. Me ha explicado que ya le había dicho a Steward que volveríamos de la escena de un crimen. Al parecer, ahora están interrogando al testigo que va justo delante de ti y parece que la cosa va lenta, y después van a pedir un descanso. —Marino recoge una regla de plástico de quince centímetros y le pega una etiqueta en blanco—. Pero no es inteligente suponer que no te va a pasar nada por llegar tarde, no con ese gillipollas y su *dream team*.

Se refiere a los abogados de la defensa de Channing Lott.

—No hay forma de evitar que llegue tarde —le respondo—. Dan tiene que informar al juez de que las cosas están fuera de control en este momento.

—Si salimos ahora llegarás a tiempo.

Me imagino a mí misma caminando hacia la sala con botas mojadas y un forro impermeable para que los abogados de Channing Lott puedan reírse de mí.

—¿Le hemos asignado un número a este caso? —Marino abre un cajón y encuentra varios rotuladores permanentes.

Se lo digo y lo escribe, y pone la fecha en la etiqueta de la regla mientras yo saco una bata desechable. Cruje cuando me la pongo sobre el forro gris, que ojalá no tuviera que quitarme en cualquier momento. Todavía estoy helada, como si mi sangre estuviera varios grados más fría de lo habitual.

—¿Qué pasa con el gato de Bryce? —pregunto—. Nada serio, espero.

—Las cebollas con chile que cenaron anoche, ésa es mi teoría y la sostengo, a

pesar de que Bryce diga que son muy cuidadosos al cocinar con cebolla. Asegura que nunca se les cae nada al suelo ni lo echan a un recipiente sucio que el gato pueda lamer. Ethan y él. El señor Reluciente y don Limpio.

—Tengo curiosidad por saber cómo sabes qué cenaron anoche. —Me pongo los guantes de examen.

—Bryce me trajo un poco de chile sobrante esta mañana, y lo comí de desayuno y sabía a cebolla. Tan pronto como me enteré de lo del gato me dije: ¡bingo! Ya sabemos lo que ha pasado aquí —dice Marino—. Por supuesto, él piensa que es algún tipo de virus de la gripe que le han pegado en la peluquería de gatos, porque el bicho tiene vómitos y diarrea.

—¿Ethan está con él?

—No me hagas hablar. —Se inclina hacia abajo para abrir un armario y arrastra una caja de plástico grande—. No me preguntes por qué han tardado tanto en llevar ese saco de pulgas... ¿Cómo se llama? ¿Indy Anna? ¿Y tienen que ir los dos juntitos corriendo al veterinario? ¿Es que no puede ir uno solo?

Marino abre la caja y empieza a quitar un arco de xenón de luz forense.

—Ésa no es una manera muy agradable de hablar de la mascota de alguien lo bastante considerado como para traerte chile hecho en casa al despuntar el alba. No voy a usar el ALC.

No hay tiempo para emplear una fuente de luz alternativa, y yo no usaría una en este caso, o no sobre el cadáver, en todo caso.

—Bueno, Ethan podría haberlo metido en una de esas malditas cestas de viaje y llevarlo él solo. —Marino deja la luz forense sobre la encimera y la conecta de todas formas—. La mitad del tiempo trabaja fuera de casa, ¿no? ¿Cuál es el problema?

—¿Debo inferir que le mencionaste tu teoría del gato comiendo cebolla? —Etiqueto un bastidor de tubos de sangre que tal vez no necesite.

—Sí.

—Bueno, eso explica por qué lo están tratando como un gran problema. —Me pongo una máscara, un respirador de partículas, sobre la nariz y la boca—. La ingestión de cebolla o ajo puede ser tóxica para perros y gatos, y los dueños de mascotas lo saben.

—Mierda, es como hablar con Darth Vader —dice Marino al ver mi máscara—. Tal vez deberías ir ahora al juicio a ver qué pasa.

—Estoy segura de que antes de que metieras la nariz en el asunto Bryce no estaba asustado ni fuera de sí.

—¿Y cuándo no está asustado y fuera de sí por algo? —Marino continúa en su tono gruñón de siempre, aunque Bryce no le cae tan mal como pretende.

Parece que uno de los deportes favoritos en el CFC es que los dos se metan el uno con el otro sin piedad, pero cinco minutos más tarde están tomando café o

almorzando juntos, y por lo menos una vez al mes Marino va a casa de Bryce y Ethan para cenar o comer al aire libre.

—Probablemente no ha visto las noticias que Ron me acaba de mencionar y ni siquiera es consciente de ello. —Abro la cremallera de la primera bolsa—. Y por eso tampoco sabíamos nada.

Y abro la cremallera de la segunda.

Está lastimosamente arrugada, el largo pelo mojado pegado al rostro demacrado dentro de esa bolsa para cadáveres de plástico negro. Su frágil cuerpo parece desaparecer dentro de una larga falda gris, una blusa oscura que era púrpura o burdeos, y una chaqueta azul marino con deslustrados botones de metal. Toda la ropa parece que le va grande, por lo menos cuatro tallas.

—¿De qué noticias me hablas? —dice Marino, y se aparta la máscara quirúrgica de la cara.

—Al parecer, alguien filmó en vídeo mi examen de la tortuga laúd y la recuperación del cuerpo y las imágenes están por todas partes. —Abro las bolsas y huele a moho y carne vieja—. Vamos a sacar fotos in situ de la forma en que está atada. Si quiero examinarla con el PERK voy a tener que quitarle este nudo alrededor de los tobillos.

—Un doble nudo de pescador. Y éste es el nudo de seguridad. Los nudos en cada cuerda son exactamente los mismos —señala Marino.

Y empieza a fotografiar las longitudes cortadas de la cuerda de nailon amarilla anudada en torno a los tobillos y el cuello de la difunta.

—Es exactamente lo que su nombre indica —me explica—. Se ata el nudo principal, éste de aquí, que es básicamente un nudo doble. Luego, por si acaso, se le añade otro nudo así.

Señala con el dedo cubierto con el guante azul lo que quiere mostrarme.

—Una lazada de seguridad, solo para asegurarse de que todo queda reforzado —añade—. Así que lo que alguien hizo fue pasar dos cuerdas alrededor de los tobillos y el cuello, y atarlas haciendo dos nudos en cada una, dejando los extremos más largos para atarlos al cajón para transportar perros y a la defensa del barco, y será interesante ver qué nudos son. Apuesto a que son los mismos.

Levanta la vista hacia el reloj y sacude la cabeza.

—Te la vas a cargar, doctora.

—¿Hay alguna razón especial para elegir este tipo de nudo, en tu opinión? —Meto una hoja nueva en un mango de bisturí.

—No es algo lógico. Por lo general, un nudo doble es lo que se utiliza para unir dos cuerdas de pesca distintas, y aquí no es el caso. Así que no hay ninguna razón, salvo que sea un nudo que alguien haga normalmente, que esté acostumbrado a hacerlo. Vas a llegar tarde de veras, y no es una cita en la peluquería.

—¿Y aquello a lo que alguien está acostumbrado podría revelarnos qué clase de



persona ha hecho esto?

—Creo que hemos adivinado que quien la tiró al agua lo hizo desde un barco —dice—. Quiero decir que no cayó de un avión o un helicóptero.

—No sé desde dónde la empujaron.

Echo la ropa a un lado y practico una pequeña incisión en el abdomen superior derecho.

—Es un pescador, alguien que navega —dice Marino, mientras inserto un termómetro en el hígado para medir la temperatura corporal central—. Alguien que sabe de cuerdas y nudos. Uno no ata nudos como éste por accidente.

Recojo un bisturí de la bandeja y corto la cuerda amarilla fuertemente enrollada con tres vueltas alrededor de los tobillos, y pego los extremos, los etiqueto para saber qué segmento se adjuntó a qué. Mido la longitud y la anchura de la cuerda, con cuidado de no mover los nudos.

—Las marcas alrededor de los tobillos son abrasiones superficiales —señalo—. No hay surcos ni contusiones, apenas nada en absoluto causado por las ataduras. El cuello probablemente estará igual, pero vamos a dejarlo para después.

—Ataron a la mujer mucho tiempo después de que hubiera muerto. —Toma primeros planos de las tenues marcas alrededor de los tobillos.

—No hay duda al respecto —coincido con él—. Las uñas de los pies pintadas de rosa pálido están astilladas. Y muestra algún tipo de coloración rojiza en las plantas de los pies, lo que resulta extraño.

—Tal vez llevaba calcetines rojos y zapatos rojos, algo que destiñera. —Marino se agacha para fotografiar las plantas de los pies, pulsando el obturador de la cámara repetidamente.

—Lo más probable es que estuviera descalza y pisara algo. —Escruto con una luz y una lente la coloración rojiza y oscura en la planta de los encogidos pies, el empeine y los talones—. Algo que, obviamente, no se decolora en el agua, algo que podría haber pisado. Eso es lo que parece. Sea lo que sea, le tiñó la piel o está incorporado en la piel, o ambas cosas.

Con el bisturí, raspo ligeramente algunas de las manchas de la parte inferior del pie izquierdo, recojo las manchas rojizas de la piel en una hoja y las meto en un sobre mientras le cuento a Marino lo que Ron me dijo sobre la retransmisión.

—Lo han dado en las cadenas de televisión locales, pero también es noticia a escala nacional, las imágenes de vídeo parecen tomadas de cerca, algunas desde el aire, pero no es seguro que todas lo estén —le explico—. Sabemos que cuando estábamos en la lancha había un helicóptero de la prensa, pero ¿qué pasó cuando estábamos nosotros dos solos con la Guardia Costera? ¿Por qué no cubrimos una mesa con sábanas?

Pelo la parte posterior de la etiqueta inteligente y la pego en la pulsera de silicona

de color amarillo, que le coloco en la muñeca derecha. Tiene la piel arrugada y dura como el cuero mojado. Lleva las uñas pintadas del mismo color que las de los pies, es un sutil tono rosado, y las tiene rotas, el esmalte descascarillado, desconchado y arañado, como si hubiera estado arañando algo o cavando con las manos.

—Obviamente, si las imágenes te muestran en el agua, fue el helicóptero el que las rodó. —Marino tira de una sábana plastificada para extenderla.

—A menos que alguien estuviera filmando desde un barco. —En el dedo índice derecho lleva un anillo, una moneda de plata de tres centavos de 1862 montada en oro macizo—. Había un montón de barcos alrededor —le recuerdo.

—Fue ese helicóptero blanco grande que estaba sobre nosotros todo el tiempo que estuviste en el agua —sentencia Marino—. Debería haber anotado el número de cola, maldita sea.

Trato de mover el anillo de un lado a otro, estoy dándole vueltas a su tamaño y a por qué se ajusta perfectamente en el dedo índice cuando no debería, y me pregunto si originalmente lo llevaba en el dedo meñique o si le pertenecía. Si ahora le cabe en el dedo índice, no habría sido así cuando murió, porque cuando un cuerpo comienza a momificarse se vuelve extremadamente seco y literalmente se encoge, igual que la fruta, las verduras o las carnes dentro de un deshidratador. Las joyas, los zapatos y las prendas de vestir no se ajustan al cuerpo como hicieron en vida del difunto, y me imagino que alguien movió el cuerpo de donde lo ocultó y reorganizó sus joyas o tal vez lo vistió de cierta manera antes de atarlo y arrojarlo a la bahía.

«¿Por qué?

»¿Para asegurarse de que se encontraría el anillo? ¿Para asegurarse de que encontrarían sus efectos personales?».

—Anoté el número de la cola, lo escribí —le digo a Marino, ya que estoy pensando en estas cosas—. Podemos cotejarlo con la base de datos de la FAA.

—Probablemente pertenecerá a una empresa de financiación bancaria o a alguna empresa sin sentido de responsabilidad limitada, igual que hace Lucy. Así, cuando la policía va detrás de uno de sus Batmóviles no puede cotejar la matrícula y averiguar quién es, y los controladores de tráfico aéreo no pueden asociar esa voz dulce que emplea al hablar por la radio con su nombre real.

Sus pies cubiertos de Tyvek hacen un sonido escurridizo mientras se mueve de un lado a otro.

—Casi ninguno de estos helicópteros, incluso los de la prensa, nos revela nada útil —dice—. Sobre todo si son de propiedad privada. Cuando empecé como policía, el mundo no era tan asquerosamente anónimo. Y vas a llegar tarde de veras. De ninguna manera puedes presentarte allí a las dos de la tarde, a menos que tengas un jet a reacción.

—El helicóptero blanco con rayas rojas y azules en la cola me pareció privado o

de alguna corporación. —Cojo la mano izquierda, la sostengo entre mis dos manos enguantadas, y observo el reloj sujeto cómodamente alrededor de la muñeca con una correa de seda negra—. Todo, salvo la cámara que llevaba montada. Eso suponiendo que se tratara de una cámara de vídeo y no de una FLIR. Pero eso es raro en aeronaves privadas o corporativas.

—Estoy bastante seguro de que nunca he visto ese pájaro por aquí. —Marino tiende una segunda sábana—. Lo que es un poco raro, porque la mayoría terminan volando por encima de nosotros sobre el río, en lo que se llama la ruta de Fenway, para entrar y salir de Logan. No tengo ni puñetera idea de qué canal de televisión era, si es que era una cadena, o cómo diablos sabían que estábamos allí y lo que estábamos haciendo. Sé que le caes bien al juez Conry, pero ahora sí que estás tentando a la suerte.

—Porque tengo que hacerlo —le respondo—. Esta mujer no puede esperar.

—Más te vale que el juez lo vea de esta manera.

El reloj parece ser Art Déco, de oro blanco o platino, el bisel engastado con diamantes y piedras preciosas, de movimiento mecánico. El tiempo en el dial alargado y blanco se congeló exactamente a las seis y cuatro minutos, aunque no puedo saber si era a.m. o p.m. ni puedo saber la fecha en la que el reloj se detuvo.

—Tal vez era algún otro tipo de rodaje —aventura Marino—. Tal vez estaban filmando una película o un anuncio por aquí y quien quiera que fuese pasó volando a ver lo que estábamos haciendo y tomó imágenes.

—Es obvio que no se trata del pájaro nuevo de Lucy.

—No lo he visto todavía —dice—. Está demasiado ocupada persiguiendo a criadores de cerdos para darme un paseo.

—No vamos a quitarle las joyas ahora, pero vamos a tomar fotos, muchas fotos. Cuando volvamos, ya no va a tener este aspecto.

—He sacado un montón, pero puedo sacar más.

—Más es mejor.

—¿Y por qué iba a ser el aparato de Lucy? —Usa la regla como una escala, la coloca al lado de la muñeca donde lleva el reloj—. Estoy totalmente seguro de que Lucy jamás colaboraría con un canal de televisión ni con un equipo de filmación, ni publicaría vídeos tuyos en Internet.

—Por supuesto que no.

—Deberías darle el número de cola y pedirle que lo cotejara —dice—. Te garantizo que va a descubrir de quién se trata y por qué nos estaban espiando.

—No sabemos si quien iba en ese helicóptero blanco nos estaba espiando. Quizás era solo curiosidad. Y también había un velero cerca —recuerdo—. Un velero con las velas rojas enrolladas. Estaba ahí, tal vez a unos noventa metros de nosotros, cuando la estábamos sacando fuera del agua, y no se movió. Voy a enviarle a Lucy el número

de cola por correo electrónico.

Meto las muestras en agua destilada.

—Si podemos averiguar dónde murió esta mujer, podríamos encontrar trozos de uñas —decido—. No hay heridas defensivas hasta donde puedo ver, pero estaba haciendo algo y se rompió todas las uñas. Las de los pies, las de las manos, todas.

Froto con algodón debajo de cada uña, y las muestras aparecen con un tinte rojizo.

—¿Una coloración rojiza igual que la de los pies? —me pregunto—. Sea lo que sea, no puedo conseguirlo del todo. Desaparece rápidamente.

Sostengo las esponjas rojas teñidas bajo la lámpara quirúrgica y las examino con la lupa de aumento.

—Algo fibroso, tal vez —observo—. Me recuerda el aislamiento de fibra de vidrio, pero es más granuloso, como el polvo y la suciedad, y de un color más oscuro.

Le corto las uñas con unas tijeras pequeñas, y las astillas pintadas de rosa hacen un ruido sordo como de chasquidos a medida que caen en el fondo de un sobre de papel que tengo abierto.

—Voy a echarle un vistazo en el microscopio, y luego veré lo que Ernie tiene que decir —agrego, y soy consciente de cómo corren los segundos: el tiempo se nos acaba a la muerta y a mí.

Podría meterme en problemas, sí, podría suceder, pero mientras el minuterero en el reloj de pared más cercano se acerca peligrosamente a las dos, sigo etiquetando recortes de uñas y muestras de rastreo y de ADN, y organizando jeringas con agujas de calibre diferente en un carro. Se me acelera el pulso, pero no puedo parar, y dispongo tubos de EDTA de sangre y las tarjetas FTA dentro de una vitrina, aunque sé que sin lugar a dudas extraerle muestras de sangre a este cadáver va a ser todo un reto. Se ha filtrado fuera de las paredes de los vasos sanguíneos hace ya mucho tiempo, y tendré suerte si consigo suficiente para manchar una tarjeta.

—Tú toma notas y sigue sacando fotos, y así vamos a ir muy rápido. —Compruebo la flexibilidad del cuello y los brazos, y trato de separar las piernas, pero están rígidas—. El rigor es indeterminado —le dicto a Marino, y él lo escribe mientras le quito el termómetro de la incisión en el abdomen—. La temperatura del hígado es de cinco grados y medio, y eso es interesante. ¿Estamos seguros de la temperatura del agua de la bahía? Pamela Quick dijo que era de diez grados.

—La temperatura en el GPS del barco de la Guardia Costera era de diez grados —me confirma Marino—. Por supuesto, podría estar más fría a medida que el agua tenía mayor profundidad.

—¿Unos grados más fría a la profundidad en la que estaba atada con esas cuerdas? Lo dudo mucho. Y no se enfrió en unas aguas que estaban más calientes que ella. Lo que significa que cuando la arrojaron estaba más fría de cinco grados y

medio.

—Tal vez la tenían en un congelador en alguna parte.

—No se ven marcas de peces o de otras criaturas marinas, lo que probablemente sucedería si hubiese estado sumergida durante uno o dos días. Tengo serias dudas de que estuviera en el agua el tiempo suficiente para descongelarse —decido—. O bien ya había comenzado a descongelarse cuando la tiraron o bien estaba en un lugar muy, muy frío en alguna parte, pero sin congelarse.

Empiezo a desnudarla; la ropa está sucia, húmeda y arenosa, y huele más fuerte a descomposición. El hedor acre se me mete por las fosas nasales y llega a los dientes, y pronto será lo bastante fuerte para que me piquen los ojos.

—Mierda —se queja Marino, y cambia su máscara quirúrgica por una con filtro.

Le saco la chaqueta de cachemir azul oscuro forrada de seda sobre los hombros, sacando los brazos con dificultad de las mangas largas y ceñidas, y luego sostengo la chaqueta para verla por delante y por detrás. No tiene agujeros, rasgones ni daños visibles. Pero los tres botones de metal de color marrón no coinciden y se ven muy viejos.

—Posiblemente antiguos. Posiblemente militares —le digo a Marino—. Saca unos primeros planos. Al igual que el anillo con la moneda antigua, podrían ser importantes porque son muy poco frecuentes.

Extiendo la chaqueta empapada sobre la mesa cubierta de chapa, y observo la larga espalda curvada, la cintura estrecha, el bordado a ambos lados y en las mangas.

—La etiqueta dice «Tulle Clothing», de la talla 28. Bueno, ella no es una 28. Más bien es una cero —comento.

—¿Cómo se escribe «Tulle»?

Se lo digo, y lo anota en un diagrama de ropa.

—Es realmente peculiar —agrego—. Como al estilo de Tallulah.

—No tengo ni idea de qué es eso. —Empieza a tomar fotografías de los botones.

—Un corte retro, con los hombros con hombreras y las solapas anchas y muchos bordados cosidos con hilo del mismo color que la tela —le explico—. Piensa en aquella actriz, Tallulah Bankhead.

—Alguien con dinero tratando de parecer glamurosa —dice—. Eso no tiene sentido si nadie sabe que has desaparecido.

—Alguien lo sabe. La persona que la tiró en la bahía lo sabe.

Y empiezo a mirar los botones con lupa.

Son de latón ya borroso, con un toque dorado. Cada botón tiene algún tipo de diseño con un águila y un vástago de hierro en la parte posterior, y se ha cosido a la chaqueta con hilo negro grueso.

—Datan de la guerra civil. Son artículos genuinos. Más o menos de la misma fecha que la moneda del anillo. —Marino se inclina más cerca, mirando a través de las gafas de lectura—. Mierda, aquí hay algo.

Vuelvo a la camilla, y al comenzar a desabrocharle la blusa, el olor pútrido se hace más fuerte. A medida que trabajamos y pasa el tiempo la descomposición se extiende como una plaga de insectos invisibles, acercándose a la putrefacción. Y mientras tanto cada vez estoy más cerca de ser detenida por desacato al tribunal.

—Probablemente no eran de soldado de infantería regular. Son botones de oficial. —Marino coge una lupa, con un tono de reproche en la voz—. La mayoría de la gente que colecciona botones viejos no los cose a la ropa. Ninguna persona normal haría algo así.

—Parece un poco fuera de lo común —comento—. El uso de antigüedades o de joyas viejas es una cosa, pero lo de coserlas en la ropa sería otra bien distinta, supongo.

—En esto tienes razón, y los coleccionistas no cosen botones. —Su voz suena dura por el reproche, como si hubiera tomado una decisión irrevocable sobre el carácter de la muerta—. Los muestran, los enmarcan, los intercambian, los venden o los donan quizás a un museo, en función de lo que sean —dice Marino—. He visto botones como éstos que valen cientos, incluso miles de dólares.

Estudia detenidamente los tres botones bajo la lente, acariciando cada uno de ellos con el dedo enguantado.

—Si nos fijamos bien —me los muestra—, vemos que no están deteriorados por los costados, ni descascarillados, lo que aumenta su valor. Nunca había visto coser algo así en una chaqueta. ¿Quién demonios hace una cosa como ésta?

—Bueno, ella lo hizo, o alguien lo hizo —contesto.

Le quito la blusa mojada, y decido que es de color morado, no burdeos. La etiqueta en la parte posterior del cuello dice «Audrey Marybeth», talla 28.

—Tal vez tenía algo que ver con antigüedades —agrego—. Tal vez las coleccionaba o las vendía, o esos botones habían pertenecido a alguien de su familia.

Debajo, el sujetador está suelto alrededor del pecho, sus copas varias tallas más grandes, y estimo que, debido a la deshidratación, el cuerpo ha perdido ya por lo

menos un veinte por ciento de su peso. El cuerpo se secó mientras estaba oculto en algún lugar, en estado de congelación o cercano a la congelación, con el frío suficiente para evitar que las bacterias lo colonizaran y causaran la descomposición que ahora empieza a hacer de las suyas. Minuto a minuto su olor es más fuerte, y me estoy metiendo en problemas. Me imagino al juez Conry llamando a los abogados al estrado para preguntarles dónde me he metido, discreto al principio y luego exigente.

—Un montón de gente colecciona cosas en esta parte del mundo. —Marino tiene una mirada de rencor en su rostro, está de mal humor—. Uno va a alguna de esas tiendas de segunda mano y puede comprar botones antiguos y casi cualquier cosa que se le ocurra. De la policía, de los bomberos, del ferrocarril, botones militares... Pero nadie los cose en la ropa, ni siquiera esos niquelados que valen cinco dólares cada uno. Ni siquiera los que están hechos unos zorros y se pueden comprar a granel.

—¿Y desde cuándo eres un experto en botones antiguos?

Dejo la blusa abierta junto a la chaqueta.

—Realmente no te importa un carajo —dice mirando el reloj, pues son exactamente las dos en punto.

—Lo que me importa en este instante preciso es recuperar lo que podamos, mientras todavía haya oportunidad de hacerlo.

Sobre todo estoy pensando en el ADN. He tenido casos en los que el semen ha podido recuperarse después de un tiempo extraordinariamente largo en el interior de orificios: el estómago, las vías respiratorias, el interior de la bóveda vaginal, y ahora no voy a suponer que es demasiado tarde para conseguir extraer algo de este cadáver, y no importa el tiempo que lleve muerta. El enemigo del ADN son las bacterias, y están empezando a invadirla invisiblemente y se la van a comer hasta los huesos.

Puedo medir la descomposición de los tejidos de un cadáver por la forma en que huele, con un olor insidiosamente fétido al principio y luego aún más fuerte. Lo que acontece en esta mujer se está convirtiendo rápidamente en un hedor causado por los organismos que se originaron en sus intestinos, y que se mantuvieron inactivos mientras ella estaba en un lugar seco y muy frío o congelado. Luego se ha calentado varios grados en la bahía, en el barco y en la furgoneta, y ahora dentro de este ambiente las bacterias que causan la putrefacción están rindiendo al máximo. Se ha iniciado un proceso que tal vez yo podría retardar ligeramente por refrigeración, pero que sin duda no puedo detener. Se está descomponiendo a toda velocidad ante nuestros ojos.

—¿Recuerdas cuando me aficioné a los detectores de metales? —me pregunta Marino, y yo no me acuerdo.

—Vagamente.

Me acerco para bajarle la cremallera de la falda larga y gris, y descubro que se la han ceñido a la cintura. Tiene tres grandes grapas industriales apresando el tejido.

Son de acero inoxidable, no hay señales de oxidación.

—¿Quién demonios haría esto? —observa Marino.

—Como he dicho, ella ya no tiene una talla 28.

—Eso si alguna vez la tuvo.

—Cuando estaba viva, era mayor que esto que ves aquí —le respondo—. Eso es incuestionable.

—Pero aunque la falda se le deslizara porque era demasiado grande, aun así no se habría perdido gran cosa, por las sogas alrededor de los tobillos y el cajón portaperros —dice—. Entonces, ¿por qué tomarse tantas molestias?

—Depende de cuándo lo hicieron. Todo lo que puedo decir con certeza es que alguien se encargó de que la cintura fuera más pequeña. —Tiro de la falda hacia abajo sobre las piernas desnudas, arrugadas y pálidas, y me sorprende encontrar lo que queda de sus medias.

Las medias están reventadas, arrancadas a mitad del muslo, y en mi mente la veo viva. La veo aterrorizada, bajo llave y tratando de escapar.

*Arañando, golpeando una puerta, rompiéndose las uñas. Mueve frenéticamente los pies descalzos sobre una superficie cubierta con algo de color rojo oscuro.*

Y luego nada. Esa imagen desaparece. No me puedo imaginar lo que pasó con sus medias, excepto que no se cortaron con algo afilado. El nailon ultrapuro muestra múltiples carreras hasta la parte superior, y lo que queda alrededor de los muslos está destrozado, roto de manera desigual, como una gasa transparente irregular y suelta alrededor de la piel, cetrina y exánime. ¿Fue ella quien se desgarró las medias a mitad de muslo? Si es así, ¿por qué?

»¿O lo hizo alguien más?

»*La misma persona que le grapó la falda alrededor de la cintura y dispuso esas joyas para que no se cayeran del cuerpo y se perdieran.*

Al igual que la chaqueta, la falda es muy elegante, distinguida, fabricada con dos capas de lana que desembocan en un dobladillo. La marca es «Peruvian Connection», talla 28. La extiendo sobre la sábana para que se seque, mientras Marino recuerda nuestros primeros días juntos en Richmond, cuando al parecer se convirtió en un aguerrido cazador de tesoros, utilizando un detector de metales que guardaba en el maletero de su Ford sin ningún distintivo policial y que usaba para revisar escenas del crimen, principalmente al aire libre, y hallar pruebas de metal, tales como casquillos de bala.

—Sobre todo cuando estaba trabajando en turno de tarde y tenía la mayor parte del día libre —me está diciendo, pero el recuerdo no lo pone alegre como solía cuando hablaba de nuestro pasado.

Su voz tiene un tono duro e implacable que me recuerda una pala chocando contra la roca.



—Me gustaba ir a primera hora de la mañana a viejos campos de batalla, en bosques o en riberas de ríos, en busca de monedas, botones, de todo lo que podía encontrar. Hallé una hebilla de cinturón que pude limpiar muy bien. Probablemente lo recuerdes.

No, no recuerdo nada, pero sé que no debo admitirlo.

—La llevé a la oficina y te la enseñe —dice él, siempre le han gustado las hebillas grandes, especialmente las de motocicletas—. De forma ovalada, con las iniciales «U. S.» estampadas en latón fundido en grandes letras mayúsculas.

Dejo las bragas y el panty y el sujetador sobre una sábana, y acerco la luz quirúrgica. Compruebo la lividez mientras Marino examina de nuevo los botones antiguos, inclinándose, acercando una luz sobre ellos.

—No hay señales de lividez —señalo.

—¿Qué pasa cuando alguien ha muerto y tal vez lo han tenido metido en un refrigerador o en un congelador todo este tiempo? Tal vez ya no tenga esas señales.

—A diferencia del rigor mortis, el livor mortis, o lividez post mortem, no desaparece por completo. Deja siempre signos reveladores. —La miro de pies a cabeza, tomándome un tiempo que no tengo, moviendo la lámpara del techo mientras busco el menor indicio de mancha de cuando su circulación sanguínea se detuvo y la sangre se asentó por efecto de la gravedad.

—Finalmente, la vendí por quinientos dólares. Ojalá no lo hubiera hecho, porque es seguro que valía más que eso. —Marino vuelve a hablar de sus tesoros—. También una hebilla de dos piezas del ejército confederado que encontré en Dinwiddie. Podría haberme sacado un par de miles si no hubiera necesitado dinero rápido cuando Doris se largó y me dejó con un montón de deudas. Es probable que aún siga con ese gilipollas, el vendedor de coches, aunque ahora creo que vende Aflac.

—Tal vez deberías enterarte.

—Eso, ni loco. Ahora se nos ha convertido en toda una emprendedora —dice con sarcasmo—. Cubre ladrillos con un trapo y los vende como topes de puerta. No es broma, quiero decir, imagínate. ¿Qué te parecen? Símbolos de algo, ¿eh? ¿De algo que se interpone en tu camino, un obstáculo, una piedra con la que tropiezas? Aunque ella no los ve así, eso por supuesto.

—Quizá deberías intentar hablar con ella y averiguar cómo lo ve.

—Se puede mirar en Internet —dice con enojo—. «Open Me Says», se llama. Es el nombre de su sitio web. «Te lo mantengo abierto para que accedas a un mundo de posibilidades». Parece mentira.

Muy propio de él hablar de su ex esposa cuando no tenemos tiempo para hablar de ella. Coloco el cadáver sobre el costado izquierdo, y pesa tan poco que parece hueco.

—Se puede ganar mucho dinero con objetos históricos como botones, medallas,

monedas antiguas, sí, pero también existe una cosa llamada respeto. —Marino vuelve a la carga—. Lo que no debemos hacer es coser botones militares antiguos en una chaqueta o en un abrigo para que parezca que vamos a la puñetera moda.

—Se puede ver aquí. Un patrón de livor de sangre que se ha hemolizado. —Aprieto con los dedos en las distintas áreas de la espalda—. No tiene un aspecto blanquecino porque la sangre se ha filtrado fuera de las paredes de los capilares. Así que después de su muerte ella estuvo boca arriba durante al menos el tiempo en que se fijó el livor, probablemente doce horas, posiblemente más. Podría ser que estuviera tendida sobre la espalda todo el tiempo desde que murió, almacenada en algún lugar hasta que movieron el cadáver y lo arrojaron a la bahía.

—Nadie en sus cabales lleva a la tintorería una chaqueta con unos botones antiguos que valen mil dólares. —Marino no va a dejar de hablar de lo mismo—. Aunque no es por el dinero.

—Momificación moderada, piel húmeda aunque dura y seca, con restos débiles de moho blanco a clapas en la cara y el cuello —dicto, y Marino lo apunta—. Ojos hundidos y colapsados. —Le abro la boca—. Tiene las mejillas hundidas. —Le froto el interior de la cavidad bucal—. No hay lesiones en labios, lengua ni dientes —le digo, mientras lo compruebo con una linterna—. El cuello está libre de cualquier decoloración discreta.

Miro el reloj.

Las dos y once minutos. Avanzo hacia abajo y encuentro más signos de momificación moderados, aunque no heridas, y le abro las piernas. Pido a Marino que me traiga un kit de prueba de recuperación física, también llamado PERK, aunque muchos policías lo llaman kit de violación, y lo observo con curiosidad mientras camina hacia un armario cabizbajo, con el rostro disgustado y ofendido, como si en esta mujer muerta hubiera algo que él deba tomarse como una afrenta personal.

—Vale, enviemos por correo electrónico al NamUs fotos de los botones y las joyas —le digo—. Esos detalles parecen lo bastante particulares como para ser significativos. Sobre todo si es inusual coser valiosos botones antiguos en la ropa.

—Es una falta de respeto de mil pares de narices.

Me entrega un espéculo de plástico y abre la caja de cartón blanco del PERK.

—Cuando encuentras botones como éstos, por lo general, lo que ocurrió es que la persona murió durante la guerra y su cuerpo quedó tirado en un campo o en el bosque.

Marino pone las bolsas, las escobillas y un peine sobre una sábana limpia.

—Ciento cincuenta años más tarde alguien viene con un detector de metales y desentierra los botones de tu uniforme, la hebilla de tu cinturón... y cuando uno encuentra cosas así debe tratarlas como si hubiera profanado una tumba, porque en efecto así es.

Echo un vistazo al reloj de nuevo. Ya ensayo qué voy a decir a Dan Steward y Jill Donoghue cuando los vea, una explicación en tono de disculpa que confío en que uno de ellos, o ambos, transmitan a su vez al juez.

Mi opción era perder pruebas posiblemente críticas o llegar tarde al tribunal, y voy a estar muy arrepentida.

—Incluso si uno los encuentra en un ático —dice Marino— los trata con respeto, porque pertenecían a alguien que hizo el mayor sacrificio posible.

Empieza a rellenar los formularios con la poca información de que disponemos, mientras sigue despotricando.

—Uno no cose botones ni charreteras en una chaqueta ni le pone la medalla de un soldado muerto a su maldito cinturón ni usa sus malditos calcetines ensangrentados. Uno no corta viejos uniformes que aún llevan las etiquetas con los nombres de los soldados y los convierte en colchas.

Y me da los sobres para las muestras.

—Si no has ido a Parris Island o a la escuela de oficiales, entonces no uses ropa de camuflaje de los Marines, ni mucho menos la conviertas en un bolso, cojones. Dios mío, ¿qué clase de persona hace cosas así?

—No veo ninguna evidencia de asalto sexual. Por supuesto, eso no quiere decir que no lo hubiera. —Tomo el espejuelo usado y lo tiro a la basura—. Pero parece que le afeitaron las piernas poco antes de morir.

Observo pequeñas cerdas de vello, que al ser aumentadas bajo la lupa, indican que se utilizó una cuchilla de afeitar.

—Unos días antes de morir, a juzgar por su crecimiento —agrego—. Obviamente, el pelo ahora parece un poco más largo por culpa de la deshidratación. Si la secuestraron, probablemente no la retuvieron mucho tiempo.

Marino tiene el rostro como la grana y los ojos muy abiertos, como si hubiera recordado algo que realmente le incomoda de veras.

—¿Qué te pasa? —Inserto una aguja de calibre dieciocho en la arteria femoral izquierda.

—Nada —me dice, que es justamente lo que dice cuando le pasa algo.

Pruebo con la subclavia, insertando la aguja por debajo de la clavícula. No hay suerte, pero al perforar la aorta logro obtener unas cuantas gotas. Cuando la abra más tarde voy a encontrar que sus vasos están casi completamente vacíos, sus paredes manchadas de hemoglobina, lo que les dará un aspecto oxidado. Por lo general, el hierro es lo único que queda.

Extraigo un poco de sangre espesa y oscura. La poso en dos zonas de muestreo de una microficha FTA, que coloco debajo de una campana química para que se seque.

—Vas a meterla en la nevera, y esta habitación permanecerá cerrada. Nadie va a entrar aquí —le digo a Marino, mientras me quito la bata de laboratorio—. Llama a

ADN, que Gloria sepa que pueden recoger la tarjeta en una hora. Debería estar seca para entonces, y queremos un perfil de ADN lo más rápido posible, y es necesario que se introduzcan los datos en NamUs y NDIS con la menor demora posible.

Echo la bata de laboratorio, las fundas del calzado y los guantes en un cubo de basura biológica de color rojo brillante y abro la puerta que conduce al vestíbulo de descompresión, y luego abro la segunda puerta que conduce al pasillo. Son las dos y veinte del mediodía y no puedo recordar la última vez que llegué tan tarde a un juicio o, mejor dicho, tan tarde como voy a llegar hoy. No antes de las tres menos cuarto, aunque posiblemente serán más bien las tres y cuarto, que es lo que le va a costar a Marino llevarme hasta el Fan Pier del paseo marítimo de Boston, calculo, y eso si el tráfico es razonable.

Las puertas del ascensor se abren y corro por el pasillo, sin importarme qué pinta tan ridícula debo de tener vestida con un forro gris y unas botas tácticas, más una chaqueta naranja y una bolsa de basura. Coloco el pulgar en el lector para abrir la oficina, entro y entonces Bryce surge de mi cuarto de baño, sorprendiéndome. Lleva la chaqueta puesta y unas gafas de sol sobre la cabeza, y en la mano, la jarra de acero inoxidable y las tacitas donde Lucy y yo bebimos café cubano hace aparentemente una eternidad.

—Pensé que estabas en el veterinario. —Dejo caer la bolsa de ropa húmeda y la chaqueta en el suelo y me quito las botas—. Voy muy, muy tarde. ¿Tienes noticias de Dan Steward? ¿Cómo está tu gato?

—Ave María purísima, ¿pero qué llevas puesto? —Bryce mira con desaprobación la forma en que voy vestida—. ¿Te acabas de escapar de los Ozarks? ¿De un campo de prisioneros? ¿Te has convertido en un peligro biológico ambulante? Aunque tiene algo sexy, en realidad, ese forro, pero ¿por qué es gris? Por cierto, todo esto va al lavavajillas. Ha sido Lucy la que ha limpiado, ¿me equivoco? ¿No? Restos de leche pegajosos y lo bastante abundantes como para atraer a una bandada de colibríes.

—Llego tarde al juicio y debes dejarme tranquila para que pueda prepararme. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Le has dicho a Dan lo que pasa?

—Casi sin café, ni agua embotellada *avec gaz et snis*, sin el menor rastro de mezcla de frutos secos, muesli sin azúcar, bebidas de proteína y esas galletas horribles que supuestamente son integrales o de arroz o de partículas. Dan ha estado interrogando al testigo que iba justo delante de ti...

—Gracias a Dios.

Voy descalza hasta el escritorio y busco entre los archivos.

—Pero al parecer el juez le preguntó dónde estabas y Dan se lo dijo, pero entonces comentó que a los jueces no les importa una mierda ninguna de vuestras excusas y que te des prisa y vayas de inmediato.

—¿Has visto el archivo de Mildred Lott?

—Así que he parado en el supermercado Whole Foods y acabo de llegar hace un minuto. —Abre la puerta de mi armario—. Y por supuesto he notado que tu pequeña cocina es un desastre, como sucede siempre que Lucy se mete a revolverlo todo. Debería encontrar una buena esposa, porque sus habilidades domésticas son inexistentes. Está justo al lado del microscopio, donde lo dejaste. Bajo unos informes histológicos. —Saca el traje y la camisa—. No sé lo que has hecho con tus medias. Seguro que las has tirado. No parecen tener mucha vida útil.

No tengo ni idea de lo que hice con ellas. Probablemente las habré escondido en un cajón del escritorio. No importa.

Deja mi ropa sobre la mesa de conferencias.

—Tengo la absoluta certeza de que Indy no estuvo jamás expuesto a las cebollas. Ethan estaba tan feliz de que yo volviera de Florida que me cocinó mi plato favorito. Su chile es realmente increíble, y ahora Marino y todo el mundo nos está culpando como si fuéramos unos irresponsables y no nos importase si nuestro gato se muere. —Él me mira y se ve agotado, el miedo agazapado en el fondo de sus ojos—. Ese bicho tan solo tiene diez semanas, doctora Scarpetta. He tenido gatos antes y sé cuándo algo no va bien.

—Lo siento, Bryce. —Dejo el archivo en la mesa y cierro la puerta que da al pasillo—. Lo hablaremos cuando esté de vuelta.

—Yo sé que todo pasó en la clínica veterinaria —continúa diciendo, desde el interior de mi armario, donde está ahora buscando algo en el suelo—. Bueno, los zapatos están aquí, pero todavía no hay medias. Hace apenas una semana, el sábado, durante su primera visita para que le cortaran las uñas, y allí había una veintena de animales, incluyendo un loro que estaba haciendo unos ruidos raros como si tuviera tos perruna. Tal vez solo estaba imitando un sonido, pero ¿y si no era así...?

—Bryce, no quiero sonar insensible, pero necesito adecentarme un poco.

Me entrega los zapatos.

—¿Te haces idea de lo cuidadosos que somos con él?

Está al borde de las lágrimas.

—Te prometo que hablaremos de esto más tarde...

—Estamos tan paranoicos con lo de las cebollas y otras cosas venenosas, como las flores de Pascua, que nos negamos a tener nada de eso en casa, y de todos modos tampoco comemos cebollas crudas...

—Tengo que vestirme y no puedo hacerlo si no sales de en medio.

—... así que siempre usamos cebolla en polvo, que además es mejor, porque no hay ninguna posibilidad de que el pedacito más pequeño se caiga de la encimera y termine en el suelo.

—¿Ponéis cebolla en polvo en el chile? —pregunto, mientras llevo el traje y la camisa al baño y los cuelgo en la puerta de la ducha.

—Ahora no es el momento para criticar nuestra cocina —responde, y le tiembla la voz.

—Yo tenía un gato cuando estaba estudiando Derecho, y a veces se negaba a comer...

—Pueden ser muy sensibles. Probablemente estaba molesto contigo.

—Un veterinario me sugirió que le diera de comer purés infantiles, y al parecer tenían cebolla en polvo, lo que puede causar toxicidad, al igual que las cebollas crudas, por oxidación de la hemoglobina...

—¡Oh, Dios mío! ¿Murió?

—No. Es algo en lo que debes pensar y hablar con el veterinario. Y tienes que salir para que yo me pueda cambiar. Por favor.

—Es terriblemente molesto.

—Bueno, creo que me voy a cambiar aquí —digo, y dejo los zapatos sobre la tapa del inodoro.

—Debes saber que los medios de comunicación no han parado de llamar.

Su voz suena fuerte, trágicamente desde la puerta que conecta mi oficina con la suya, y yo me quito el forro gris y lo dejo en una pila en el suelo del cuarto de baño.

—Y también me han llamado al móvil, al menos los periodistas que tienen mi número. Hay una especulación enorme acerca de si la mujer que acabas de sacar de la bahía es Mildred Lott...

—No hay pruebas.

Tengo un paño con agua caliente y me limpio lo mejor que puedo, porque por supuesto ahora me es imposible darme una ducha.

—¿Sabes? Se dice que alguien la tuvo como rehén durante todo este tiempo, o que tal vez ella misma fingió su desaparición en primavera, y ha estado escondida y finalmente se ha ahogado. Deberías oír todas esas historias.

—No hay nada que me haga pensar que sea ella.

Me pongo un par de medias que encuentro en el armario.

—Y eso significaría que su marido, Channing Lott, no podría haber tenido nada que ver con su muerte, ya que se le considera en riesgo de fuga y se le denegó la fianza y ha estado en la cárcel desde abril. —Bryce tiene la notable capacidad de hablar sin parar sin que le falte el aliento—. Así que, ¿cómo podría haberla matado o pagar supuestamente a alguien para que lo hiciera seis meses después de su desaparición?

Me pongo la falda de raya diplomática y subo la cremallera en la parte trasera.

—No quiero que se difunda ninguna información en absoluto, ni una sola palabra sobre este caso, por favor. —Me apresuro a ponerme la blusa, busco a tientas los botones y meto los faldones por dentro de la falda, disgustada por lo rápido que se desatan los rumores y lo difícil que resulta desarmarlos—. Ni siquiera un indicio de

opinión sobre si la muerta podría ser Mildred Lott o Emma Shubert o alguien más. ¿Entendido?

—Claro que no, por supuesto que no. ¿Acaso te crees que me chupo el dedo? Ya sé lo que hace la prensa con el más mínimo comentario.

Enciendo la luz del tocador, consternada al ver mi reflejo en el espejo sobre el lavabo. Estoy pálida. Completamente cansada. El pelo liso de llevar una capucha de neopreno de buceo y meter la cabeza en agua salada fría. Me echo colirio en los ojos.

—Solo te estoy advirtiéndote. No tengo ni idea de lo que te van a preguntar cuando subas a ese estrado, ya que harán lo que les venga en gana —me dice Bryce.

Me froto un poco de gel en el pelo y me lo echo hacia arriba para darle un poco de volumen, y aun así se sigue viendo horrible.

El tráfico es malo en Boston y no hay aparcamiento disponible a la vista en el palacio de Justicia de Estados Unidos John Joseph Moakley, una maravilla arquitectónica de ladrillo rojo y vidrio, que se extiende ante el puerto como si lo envolviera con gráciles brazos. Le digo a Marino que me deje bajar.

—Aparca donde puedas o da una vuelta y espérame. Te llamaré cuando haya acabado.

Tengo la mano en la manilla de la puerta.

—Eso ni pensarlo.

—Aquí está bien.

—De ninguna manera. No sabemos si ese tipo tiene unos cuantos amigos indeseables dando vueltas por aquí. —Marino quiere decir que no sabemos si Channing Lott puede haber puesto dando vueltas por aquí a unos cuantos indeseables.

—Estoy completamente segura.

Marino explora el aparcamiento, donde no hay espacio para una bicicleta, y mucho menos para un todoterreno de gran tamaño, luego se acerca a un Prius y echa pestes cuando el conductor se baja en lugar de alejarse conduciendo.

—Pedazo de mierda de máquina ecológica —dice, moviendo el coche—. Deberían haber reservado una plaza de estacionamiento para los testigos.

—Por favor, para el coche. Justo aquí, aquí es perfecto.

Mira el restaurante Barking Crab, con su toldo amarillo y rojo que se extiende por Fort Point Channel al otro lado del puente de hierro.

—Es probable que pueda encontrar algo allí, la hora del almuerzo ha pasado y es demasiado temprano para la cena.

Se dirige en esa dirección.

—Para —lo digo en serio—. Voy a bajar. —Abro la puerta—. Aparca donde quieras. Llego tan tarde que no me importa.

—Si no estoy allí antes de que hayas terminado quédate donde estés. No salgas afuera, suponiendo que esto vaya a ir rápido.

Corro por el paseo de ladrillo, dejo atrás el restaurante The Daily Catch, y llego al muelle donde hay un parque con bancos de madera y grandes setos de una planta llamada *Justicia*, un arbusto de hoja perenne que no puede haber sido seleccionado por casualidad ante el palacio de Justicia. Me quito la chaqueta y empujo la puerta de cristal que conduce al control de seguridad, donde me saludan dos agentes de seguridad del tribunal a quienes conozco por su nombre, policías jubilados que ahora



trabajan en el servicio de alguaciles de Estados Unidos.

—Así que aquí estás.

—Nos hemos estado preguntando cuándo ibas a aparecer como una moneda falsa.

—En todos los canales de televisión. La CNN, la Fox, MSNBC, YouTube...

—Tengo un primo en Inglaterra que lo ha visto en la BBC, me ha contado que la tortuga con la que estabas era del tamaño de una ballena.

—Señores, ¿cómo están ustedes? —Les entrego mi licencia de conducir a pesar de que me conocen de sobras.

—No podría estar mejor sin mentir.

—La última vez que estuve tan bien se me ha olvidado.

Hombres típicos de uniforme azul oscuro, cuyas bromas resultan más y más ininteligibles cuanto más las piensa uno, y aun así sonrío a pesar de todo. Les entrego mi iPhone, porque dentro del tribunal no están permitidos los dispositivos electrónicos, no importa quién seas. Y mi chaqueta de traje es radiografiada mientras camino por el escáner, siempre siguiendo las normas a rajatabla, no importa cuántas veces haya estado aquí.

—Vi pasar antes el barco de los bomberos, doctora. A continuación, el de la Guardia Costera y helicópteros —dice el alguacil llamado Nate, que tiene la nariz aplastada como la de un boxeador—. Esa mujer a la que has sacado del agua esta mañana..., la madre de alguien.

—O la esposa de alguien. ¿Crees que es ella, doctora?

—Es demasiado pronto para decir quién es —respondo.

—Una cosa terrible.

—Sí, lo es.

Me pongo la chaqueta.

—Te prometo que tu teléfono seguirá aquí cuando salgas. Ahora están haciendo un receso —dice el otro, rubicundo, el que se llama Brian.

Hace un gesto con la cabeza hacia el cristal, para llamar mi atención sobre un hombre y una mujer muy bien vestidos que toman café en la pasarela de ladrillo.

—¿Ves a esos dos de ahí? —me dice—. Tienen algo que ver con él, con el señor Lott. Tal vez sean amigos, parientes, peces gordos de su empresa... Quién sabe. Él, Lott, es dueño de la mitad del mundo. ¿Cómo es que Marino no viene contigo?

—Está investigando el delito de no encontrar una plaza de aparcamiento.

—Pues va a necesitar mucha suerte para resolverlo. Bueno, no te quedes vagando por aquí sola demasiado tiempo, ¿me oyes?

Al otro lado del cristal el hombre y la mujer están muy juntos y dirigen su mirada hacia el mar. Nos dan la espalda como si supieran que estamos interesados en ellos, y me apresuro a subir por una escalera de piedra y luego tomo un ascensor con paneles de mármol hasta el tercer piso. Mis tacones resuenan sobre el granito pulido mientras

camino frente a ventanas de cuerpo entero que se abren hacia el puerto y los límites exteriores de la bahía. Las salas de los tribunales quedan a mi derecha, detrás de pesadas puertas dobles de madera numeradas en latón. Me abro paso entre gente que está esperando para testificar o que simplemente mata el tiempo, algunos son abogados a los que conozco de vista, y justo cuando me planto en la puerta del juzgado 17 sale Dan Steward.

—Lo siento mucho —empiezo a decirle mientras me indica que le siga a una zona aislada donde termina el corredor, debajo de enormes paneles de colores artísticos.

—Me las he arreglado para estirar la comparecencia del último testigo —dice en un tono de voz exagerado, inmensamente orgulloso de sí mismo—. Eres la última, y probablemente no necesitaré nada de ti.

—¿Ambas partes han acabado, estás seguro? —La cabeza me da vueltas. No puedo dejar de pensar.

Realmente soy la última testigo a la que el jurado va a escuchar, me dice, y sucede justo ahora. No parece una coincidencia, no importa lo mucho que intente tranquilizarme pensando que debe de tratarse de algo casual.

—Y después daremos los últimos argumentos para el cierre —dice Steward—. Esperamos poder acabar hoy y que el jurado empiece las deliberaciones antes de que anochezca. La buena noticia es que no has retrasado nada. —Se queda mirándome los pechos—. Le dije al juez lo que pasa y estoy seguro de que te va a dar la oportunidad de explicarte. Eso no quiere decir que no te vaya a poner contra las cuerdas. Pero ¿si no fuera por mí? Bueno, no creo que Jill se moleste en dar la cara por ti, aunque seas su testigo. —Se quita las gafas de montura metálica, las limpia con un pañuelo, mientras sigue con los ojos clavados en mis pechos, adonde tiene la costumbre de mirar constantemente. Nunca he pensado que quiera nada más con eso. Dan Steward no es un hombre lascivo ni vulgar, es alguien correcto, aunque con un carácter difícil, de pequeña estatura y unos treinta años, con una gran cabeza, el pelo rubio y sucio, y los dientes grandes. Posee un gusto terrible para los trajes. Hoy lleva uno de pana mal cortado, con una corbata verde de cachemira barata, que es demasiado larga, muy ancha y completamente pasada de moda. Siempre parece agotado y nervioso, y según me han dicho se comporta de forma áspera con los jurados, y yo lo creo.

—Pero ella lo sabe —le respondo—. Sabe por qué llego tarde.

—Diablos, sí. Tu oficina ha sido lo bastante cortés como para llamarla.

—¿Mi oficina?

No se me ocurre qué puede significar eso.

—Antes del descanso, nos indicó que sabía que venías de camino.

Bryce le ha contado a Dan Steward que yo llegaba tarde, pero no puedo imaginar qué miembro de mi personal podría haber dejado un mensaje a Jill Donoghue, cuya

citación es la razón por la que estoy aquí. Yo no he hablado con ella directamente. Yo nunca haría algo así en una situación como ésta, donde no hay nada sustantivo que pueda aportar al caso, solo mi presencia física, para que puedan acosarme, manipularme y crear un drama a mi costa.

—Le dije que no montara un numerito —responde Steward, y Donoghue probablemente se ha ganado la distinción de ser la persona más odiada del planeta.

—¿Y qué numerito podría montar si al final no ha habido un retraso?

—Estoy seguro de que eres consciente de que está en las noticias, Kay.

—El cadáver que acaba de recuperarse no tiene nada que ver con esto, y ciertamente no puedo extenderme sobre ello, y no lo haré.

No quiero parecer impaciente ni repipi, pero estoy cansada de las payasadas de la sala del tribunal y lo que he venido a llamar sus truquitos de magia.

Quizás hablar de total desilusión describa mejor lo que siento, porque en la actualidad es sencillamente impresionante lo que los abogados defensores logran sacarse de la chistera. Cuanto más increíbles e ilógicas sean sus tácticas más parecen salirse con la suya, y yo no estoy lejos de mostrarme totalmente cínica acerca de un proceso en el que solía creer, y a veces desconfío de que funcione el sistema de jurados.

—Bueno, ella solo le hizo un agujero del tamaño del Gran Cañón a los argumentos del investigador Gloucester, no a Kefe, gracias a Dios, porque Kefe es tonto hasta decir basta, sino a Lorey, que se fue muy triste. Me siento un poco mal de haberlo tenido allí tanto tiempo, pero gracias a eso técnicamente no nos hemos retrasado —comenta Steward mirándome la delantera—. Ahora bien, lo que ocurra a continuación ya queda fuera de mi control. Y parece que al juez ella se la pone dura.

—Lo siento mucho, Dan. Pero hace apenas dos horas llevaba una máscara de buceo y un traje impermeable, y estaba recuperando un cadáver al que debo volver cuanto antes. —Miro el puerto, hay un avión que despegaba de Logan y un petrolero rojo deslizándose hacia el mar, y apenas se divisa el faro de Boston que sobresale en un cielo oscuro y volátil que amenaza lluvia—. O bien llegaba tarde a lo que en realidad parece ser un testimonio frívolo o bien perdía pruebas en un caso que estoy bastante segura de que es un homicidio.

—Y eso es lo que creo que Jill, alias la cobra, tiene toda la intención de escupirte en los ojos. —Steward busca en una carpeta llena de notas apuntadas en hojas de papel amarillo rayado, y parece dolido por mi referencia a la frivolidad de mi testimonio—. Ella ha machacado a Lorey por el problema evidente de la ausencia de cadáver en este caso y la falta de evidencias científicas, lo que ha sembrado las dudas habituales en las mentes de los miembros del jurado, porque a día de hoy nadie parece creer ya en las pruebas circunstanciales.

—Como he dicho, este tipo de casos son extremadamente complicados.

—Anda ya. Su esposa está grabada en la cámara de seguridad cuando sale de su casa por la noche, porque ha oído algo y obviamente está hablando con alguien que ella conoce, al aire libre, en plena oscuridad. Y se desvanece. Nunca más se la vuelve a ver —me dice con su voz de pito—. Hay pruebas en el portátil de su marido que demuestran que el hombre había estado de compras, buscando a alguien que se ofreciera a matarla por cien mil dólares... ¿Y eso no es suficiente para encerrarlo de por vida?

—No es mi caso, por las mismas razones que estás citando —le recuerdo—. El cuerpo no se ha encontrado, y yo no he tenido nada que ver con la investigación, más allá de revisar su historial médico y darte mi opinión. —Me abstengo de añadir que ahora mismo estoy aquí en contra de mi voluntad y por su culpa, y que él más que nadie debería saber que si me preguntaba algo por escrito, y yo le contestaba por escrito, nuestra correspondencia sería detectable.

Sobre todo si la abogada de la parte contraria es nada más y nada menos que Jill Donoghue, quien en este preciso momento se dirige hacia nosotros con un café en un vaso de papel. Está impresionante, vestida con un traje ajustado de color verde oliva con solapas anchas y una falda estrecha, con la oscura melena suavemente rizada con flequillo. Es una de las abogadas de la defensa más temidas en Massachusetts, y para colmo es guapísima; se graduó en la Escuela de Derecho de Harvard y el año pasado fue presidenta del Colegio Americano de Abogados Litigantes.

Participa en talleres y seminarios en el Centro Judicial Federal, donde me he encontrado con ella en varias ocasiones. Su especialidad es la informática, lo que por supuesto incluye los correos electrónicos. No puedo dejar de sospechar que Steward ha preparado deliberada y exactamente mi presencia aquí, porque quiere enfrentarme a su enemiga, como si yo fuera su mascota pitbull, cuando, en realidad, lo más probable es que al haberlo manipulado así le haya dado una ventaja a Donoghue.

—Ven y habla claro. Sin chorradas. ¿Hay alguna posibilidad de que acabes de sacar del agua a Mildred Lott? —me pregunta sombríamente, con el rostro tenso, los ojos grises inexpresivos detrás de las lentes.

—En este momento no podemos saber nada con certeza.

Miro a Donoghue en la sala y tal vez sea mi imaginación, pero parece estar sonriendo.

—¿No se puede saber si es ella? —me pide Steward—. Sería genial, si pudiéramos afirmar que no lo es.

—Apenas he mirado el cadáver. Aún no le he hecho la autopsia. En este momento no tengo ni idea de quién es, pero preliminarmente y de un vistazo no vi cicatrices de cirugía estética, como implantes de senos, liposucción o un lifting facial, que sabemos que ella se había hecho. No he encontrado similitudes físicas hasta ahora, dadas las circunstancias —contesto, y me extiendo en explicarle en qué condiciones

está el cadáver.

—¿De qué circunstancias hablas, exactamente? —pregunta.

—Las circunstancias de contar solo con un examen superficial antes de apresurarme a venir aquí.

—¿Qué pasa con la edad y el color del pelo?

—Su cabello no es rubio platino teñido. Esas canas son naturales —le respondo.

—¿Estamos seguros de que el pelo de Mildred Lott estaba teñido?

—No estoy segura de nada.

—La forma en que viste, los efectos personales, tales como anillos de boda y de compromiso, un antiguo medallón que Mildred Lott usaba siempre y que se cree que llevaba encima cuando desapareció, ese tipo de cosas...

—No encontré nada coherente con nada de eso.

—¿Alguna idea de cuándo pudo haber muerto, y cómo? Me refiero a esta señora.

—No voy a declarar nada sobre un cadáver al que aún no he hecho ni la autopsia, Dan —respondo empleando un tono de resistencia que no logro evitar.

—Oye, todo es cuestión de lo que desee el amigo de Jill, el juez Conry.

—¿Su «amigo»?

—Ya sabes, los rumores. No soy yo quien los vaya a repetir. —Steward mira el reloj—. Será mejor que vuelva.

Espero a que todo el mundo haya entrado y me quedo sola entre las puertas de madera interiores y exteriores, escuchando la voz fuerte del empleado que conmina a todos los presentes a ponerse en pie ante el juez. Luego se oye a la gente que vuelve a sentarse, así como los golpes del mazo, y el tribunal reanuda la sesión. Entonces resuena una voz de mujer, lo que yo llamo una voz radiofónica, la voz de Jill Donoghue, que anuncia ante un micrófono que me llama como su próximo testigo.

Ante mí la puerta se abre y veo un techo abovedado adornado con candelabros de alabastro, mesas ocupadas por abogados y filas de asientos para el público que llevan hasta el juez Joseph Conry, que va vestido con su toga negra, encaramado en lo alto, como en un trono, ante estanterías llenas de publicaciones jurídicas encuadernadas en cuero. Mientras avanzo por la alfombra gris hacia el estrado de los testigos, justo enfrente de la tribuna del jurado, siento su gravedad desde el otro extremo de la sala.

—Doctora Scarpetta. —El juez me detiene a lo que me parecen millas de distancia de la tribuna—. Se suponía que iba a presentarse aquí hace una hora y quince minutos.

—Sí, su señoría —le respondo con la humildad apropiada, mirándole directamente a los ojos y evitando a Jill Donoghue, que está de pie ante un atril a mi izquierda—. Y me disculpo profundamente.

—¿Por qué llega tarde?

Yo sé que él sabe el porqué, pero en todo caso le respondo:

—He tenido que acudir a una escena a varias millas al sur de la ciudad, en la bahía de Massachusetts, su señoría. Allí se encontró el cuerpo de una mujer.

—¿Así que estaba trabajando?

—Sí, su señoría.

Siento los ojos de todos fijos en mí como dardos. La sala de justicia está en silencio, como una catedral vacía.

—Bueno, doctora Scarpetta, yo estaba aquí a las nueve de la mañana, algo que se requiere de mí para que pueda hacer mi trabajo en este caso.

Se muestra duro e implacable, no es ni mucho menos el hombre que conozco de actos como tomas de posesión o jubilaciones, de presentaciones de retratos judiciales e innumerables recepciones de la Asociación Federal de Juristas a las que he asistido.

Joseph Conry, cuyo nombre se confunde frecuentemente con el del novelista inglés de origen polaco Joseph Conrad, es increíblemente guapo, alto, con el pelo negro como el azabache y penetrantes ojos azules, *un juez irlandés negro con un corazón de las tinieblas*, así ha sido descrito, y yo siempre lo he considerado como un jurista brillante y con los pies en el suelo, que siempre me ha tratado con amabilidad y respeto. Yo no diría que seamos amigos personales, pero sí conocidos que se tratan con mucha cordialidad: Conry siempre se preocupa por traerme una copa y charlar conmigo sobre lo último en medicina forense o me pide consejo sobre su hija que estudia en la facultad de medicina.

—Todos los abogados y los miembros del jurado estaban aquí a las nueve de la mañana, ya que es lo que se requiere de ellos para que puedan hacer su trabajo en este caso —prosigue con una voz grave que escucho con creciente consternación—. Y debido a que usted ha decidido anteponer su trabajo a personarse aquí, nos hemos visto obligados a esperarla, lo que obviamente parece dar a entender que se siente la persona más importante de este juicio.

—Lo siento, su señoría. Nunca quise dar a entender eso.

—Usted ha desperdiciado el precioso tiempo de este tribunal. Sí, me ha oído bien: he dicho *desperdiciado* —dice, para mi asombro—. El tiempo perdido no solo por nosotros sino también por el señor Steward, que no me ha engañado cuando se ha extendido con un testigo para ganar tiempo hasta que usted llegara, porque al parecer está demasiado ocupada o es demasiado importante para obedecer una orden de este tribunal.

—Lo siento, su señoría. Jamás quise desafiar nada de forma intencionada. He estado ocupada con...

—Doctora Scarpetta, la defensa la citó para declarar en esta sala a las dos de la tarde de hoy, ¿es o no es eso cierto?

—Sí, su señoría.

No puedo creer que esté haciendo esto con el jurado ahí sentado.

—Usted es médica y abogada, ¿no es así?

—Sí, su señoría.

Debería haber pedido al jurado que saliera antes de empezar a ponerme verde.

—Por tanto es lógico suponer que sabe lo que significa el término «citación».

—Sí, su señoría.

—Por favor, dígame al tribunal qué entiende por «citación».

—Es un escrito de una agencia del gobierno, su señoría, que tiene la autoridad de obligar a alguien a declarar y a establecer una sanción en caso de que dicho individuo se niegue a ello.

—Una orden del tribunal.

—Sí, su señoría —le respondo con una incredulidad que no demuestro.

Va a usarme para dar ejemplo, y puedo sentir la mirada de Jill Donoghue, aunque solo puedo imaginar su inmensa satisfacción mientras observa cómo uno de los jueces más eminentes de Boston me deja a la altura del barro delante del jurado y frente a su cliente, Channing Lott.

—Por lo tanto, usted ha violado una orden judicial porque antepone su trabajo al del tribunal de Justicia, ¿no es cierto? —me pregunta el juez con el mismo tono exigente.

—Creo que eso es correcto, su señoría. Le pido perdón.

Veo su fría mirada azul a una distancia imposible.

—Bueno, va a tener que hacer algo más que pedir disculpas, doctora Scarpetta. Voy a multarla por una cantidad que cubrirá los costos de todo el mundo que ha perdido el tiempo durante una hora y quince minutos. En realidad una hora y media, si tenemos en cuenta el tiempo que me está tomando manejar esta cuestión innecesaria y desafortunada. Y aún más tiempo, porque ahora vamos a demorarnos más allá de las cinco de la tarde y hasta la noche. Voy a conjeturar que usted le ha costado al tribunal unos dos mil quinientos dólares. Y ahora, por favor, suba al estrado para que podamos seguir adelante.

No se oye un solo ruido en la sala del tribunal. Todo está en un silencio mortal mientras subo los escalones de madera y me siento en una silla de cuero negro, y el empleado me pide que levante la mano derecha. Juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, mientras Jill Donoghue espera pacientemente en su atril, con un ordenador portátil y un micrófono, en medio de un gran espacio lleno de mesas y bancos de madera Windsor, y tantas pantallas planas de vídeo que todo eso me recuerda a los paneles solares plateados de un satélite.

Echo un vistazo a la fiscalía. Los tres miembros están sentados juntos y leen sus notas o toman otras nuevas, y a juzgar por la expresión aturdida en la cara de Dan Steward puedo decir que no se esperaba esta amonestación que acabo de recibir. Y ahora calcula rápidamente los daños causados.

Rara vez me convoca la defensa. Casi nunca es necesario ni útil para los «chicos malos», como injustamente llama Marino a los abogados que representan a las personas acusadas de asesinato.

Si yo soy testigo de la acusación, y por lo general lo soy, el abogado defensor suele interrogarme de todos modos, mientras disfruta de la ventaja de cuestionar mi estatus de experta antes de que el jurado escuche la larga lista de títulos que pueden ratificarlo. De hecho, en todos los encuentros que he tenido con ella el *modus operandi* de Jill Donoghue ha consistido en hacerme callar antes de que pudiera siquiera decir dónde estudié medicina, o si lo hice, mientras se dirige a mí como «señora Scarpetta» —o «señora» a secas—, para alentar a quienes decidirán el destino de su cliente a no tomarme en serio.

No sé qué esperar en este momento, pero sospecho que Dan Steward no me será de ninguna utilidad. Después de la reprimenda que acabamos de presenciar no es probable que Dan sea capaz de aplacar al juez Conry, cuya presencia siento como una imponente tormenta eléctrica, como algo oscuro y listo para explotar en cualquier momento, estando ahora la sala cargada con electricidad estática, igual que el aire justo después de la descarga de un rayo.

No entiendo por qué se muestra tan enojado conmigo, como si mi acción hubiese sido algo personal e intencionado, con unas repercusiones que no acierto a comprender. He llegado tarde a un juicio antes, no es algo que suceda a menudo pero sí a veces, y los jueces no se muestran contentos por ello. Pero nunca me han amenazado, ni amonestado, ni mucho menos multado. Nunca se me ha recriminado nada delante de un jurado. Algo anda terriblemente mal, y no puedo pensar en una manera de abordarlo, ya que no es posible enviar un correo electrónico a un juez federal o llamarle y preguntarle qué hay de malo en nuestra relación.

Sobre todo si el motivo real es lo que Steward me ha dado a entender. «El amigo de Jill», ha dicho, y su referencia a los rumores era muy clara.

—Buenas tardes.

Jill Donoghue me sonrío como si este fuera un momento agradable y nosotras fuésemos viejas amigas, y solo ahora, al comenzar, la miraré a ella. A su izquierda, entre el atril y el jurado, en la mesa de la defensa, Channing Lott se sienta muy erguido, con las manos asiendo un bloc de notas con las páginas dobladas.

Ha cambiado el mono carcelario por un traje negro cruzado, de raya diplomática, que parece de Versace, y una camisa blanca con gemelos de oro, y una corbata de



seda de un rojo oxidado que me trae a la mente la marca Hermès. No he tratado nunca antes a este multimillonario industrial ni lo había visto en persona, pero es reconocible al instante. Guapo, aunque de un modo bohemio, con el pelo largo y blanco como la nieve, que lleva atado en una trenza, los ojos azul pálido como el color de los tejanos descoloridos, la nariz y los pómulos fuertes y orgullosos, como los de un jefe indio. Por un segundo nos miramos el uno al otro, su mirada impávida, como si él me pidiera algo y no tuviera miedo de mí, y en ese momento me giro.

—Para el beneficio del jurado —prosigue Donoghue en el mismo tono cordial, como si trabajáramos juntas, como si yo estuviera en su equipo—, ¿podría, por favor, decirnos su nombre, su ocupación y su lugar de trabajo?

—Mi nombre es Kay Scarpetta.

—¿Tiene un segundo nombre?

—No.

—De modo que se llama Kay Scarpetta, sin segundo nombre.

—Así es.

—Le pusieron ese nombre por su padre, Kay Marcellus Scarpetta tercero, ¿es correcto?

—Es correcto.

—Un tendero de Miami que murió cuando usted era niña.

—Sí.

—¿Tiene apellido de casada?

—No.

—Pero usted está casada. De hecho, se divorció y se volvió a casar.

—Sí.

—En la actualidad está casada con Benton Wesley —dice, como si yo me fuera a casar con otra persona dentro de un mes.

—Sí, lo estoy —le respondo.

—Pero usted no tomó el apellido de su primer marido. Ni tomó el apellido de Benton Wesley cuando finalmente se casó con él.

—No —respondo, y miro a los hombres y mujeres en el jurado, que, si están casados, compartirán probablemente el mismo apellido.

*Primera casilla marcada. Hazme diferente para que no puedan identificarse conmigo y así no les cueste trabajo rechazar mis palabras.*

—¿Cuál es su ocupación y dónde trabaja? —dice Jill Donoghue en el mismo tono amistoso.

—Soy patóloga forense radiológica, empleada como médico examinador jefe, y dirijo el Centro Forense de Cambridge —le digo al jurado, nueve hombres y tres mujeres, dos de ellos afroamericanos, cinco asiáticos, cuatro posiblemente hispanos, uno blanco.

—Cuando se refiere a sí misma como médico examinador jefe y directora del Centro Forense de Cambridge, al que a partir de ahora me referiré como el CFC, ¿debemos entender también que su cargo incluye otras áreas de Massachusetts?

—Sí, así es. Todos los casos médico-forenses y los análisis científicos correspondientes del estado de Massachusetts son gestionados por el CFC.

—Doctora Scarpetta... —empieza a decir, haciendo una pausa, el revuelo de las páginas amplificado por el micrófono—. Y la llamo «doctora», ya que, de hecho, es usted médico con un número de subespecialidades, ¿no es cierto?

*Me está dando credibilidad profesional antes de arrebatármela.*

—Sí.

—Doctora Scarpetta, ¿estoy en lo correcto al añadir que también sirve en calidad de funcionaría en el Departamento de Defensa?

*O tal vez solo quiera que me vean como una superzorra.*

—Sí, así es.

—Por favor, cuéntenos cómo es eso.

—En mi condición de reservista especial para el Departamento de Defensa ayudo a los médicos examinadores de las Fuerzas Armadas conforme a lo solicitado o cuando es necesario para ellos.

—¿Y qué son exactamente los médicos examinadores de las Fuerzas Armadas, o AFMES, como creo que se les denomina?

—Básicamente, los AFMES son patólogos forenses con jurisdicción federal, similar a la jurisdicción federal que tiene el FBI en cierto tipo de casos.

—Así que usted es el FBI de los médicos examinadores.

—Solo estoy diciendo que en algunos casos tengo jurisdicción federal.

—¿Por ejemplo?

—Un ejemplo sería el caso de un accidente mortal de un avión militar en Massachusetts o cerca de Massachusetts: el caso podría llegarme en vez de ser transferido a la morgue del puerto de la Base de las Fuerzas Aéreas de Dover, en Delaware.

—Y por *caso* deberíamos entender una víctima o varias. En su definición un *caso* implica un cadáver o varios, más que el estudio del accidente en sí. No se dedicaría a examinar el aparato estrellado, ya fuera avión o helicóptero.

Jill Donoghue es uno de los pocos abogados de la defensa que conozco que se atreve a hacer preguntas para las que desconoce la respuesta, porque es así de inteligente y segura de sí misma. Pero eso no está libre de riesgos.

—Mi trabajo no comprendería examinar un avión o un helicóptero estrellados con el fin de determinar un fallo mecánico o de ordenador o un error del piloto —le respondo—. A pesar de que podría ver restos e informes para comprobar si las conclusiones de la Junta Nacional de Seguridad del Transporte, por ejemplo, están en

consonancia con lo que el cuerpo me dice.

—Pero los cadáveres no hablan con usted, ¿verdad, doctora Scarpetta?

—No, no hablan literalmente conmigo.

—No le hablan tal y como usted y yo estamos hablando.

—No es un diálogo audible —le respondo—. No.

*Marcada la casilla dos. Muéstrame como una excéntrica. Muéstrame como una loca.*

—Y de forma inaudible, ¿le hablan a usted?

—Con el lenguaje de las enfermedades y las heridas y muchos otros matices, me cuentan su historia.

Una mujer en el jurado, afroamericana, con un traje de color rojo oscuro, asiente con la cabeza como si estuviéramos en la iglesia.

—Y su área de especialización es el cuerpo humano. En concreto, el cuerpo humano muerto —insiste Jill Donoghue, y a juzgar por su tono sé que no le gusta lo que acabo de responder.

—El examen de cadáveres es una de las áreas en las que me especializo. —Voy a ponérselo peor—. Examino todos los detalles con el fin de reconstruir la forma en que alguien murió, y cómo vivió, y poder ofrecer todo lo que me sea posible a quienes le han sobrevivido y sienten que esa pérdida altera profundamente sus vidas.

La señora del jurado del traje rojo oscuro asiente de nuevo, como si yo estuviera predicando la salvación, y Donoghue cambia de tema.

—Doctora Scarpetta, ¿cuál es su rango como reservista de las Fuerzas Aéreas?

—Soy coronel —respondo, y un joven miembro del jurado con una camisa de polo azul frunce el ceño, como si no lo aprobara o como si estuviera confuso.

—Pero nunca ha servido activamente en el ejército.

—No estoy segura de entender la pregunta.

—No era una pregunta, doctora Scarpetta. —No se siente a gusto conmigo—. Estoy declarando que usted jamás ha servido de forma activa en las Fuerzas Aéreas ni se ha alistado, ni ha sido desplegada en Iraq, por ejemplo.

—Cuando estuve sirviendo de forma activa en el ejército no estábamos en guerra con Iraq —le respondo.

—¿Está insinuando que no hay reservistas de las Fuerzas Aéreas desplegados en Iraq?

—Yo no estoy diciendo eso.

—Bueno, porque eso no sería cierto ahora, ¿verdad? —dice.

*Marcada la casilla tres. Ha sugerido que hay que obligarme a decir la verdad.*

—No sería correcto decir que los reservistas de las Fuerzas Aéreas no fueron desplegados en Iraq —coincido.

—Yo estaba usando el despliegue en Iraq como ejemplo de lo que alguien activo

en las Fuerzas Armadas podría llegar a hacer. —Ahora está preparando su siguiente encerrona—. A diferencia de alguien que accede a relacionarse con el ejército simplemente para obtener que el gobierno sufrague su educación médica universitaria. Que es lo que sucedió en su caso, ¿no es así?

*Marcada la casilla cuatro. Tengo un título universitario. Soy elitista.*

—Al salir de la facultad de medicina formé parte del personal del Instituto de Patología de las Fuerzas Armadas, y entonces me dieron oficialmente la matrícula universitaria.

—Así que en realidad cuando sirvió en las Fuerzas Armadas no la enviaron a ninguna parte y su trabajo como patóloga forense consistió sobre todo en hacer papeleo.

—Los patólogos forenses hacen un montón de papeleo.

Sonríó a los miembros del jurado, y varios de ellos me devuelven la sonrisa.

—La AFME forma parte de la AFIP, ¿es correcto?

—Lo era —le respondo—. La AFIP se suprimió hace varios años.

—Y cuando todavía existía y usted trabajaba allí, ¿estuvo involucrada en la comisión de accidentes de bombas atómicas?

—No, no lo estuve.

Dios bendito. ¿Por qué demonios no protesta Steward? Hago esfuerzos para no mirarlo.

*No mires a nada ni a nadie, solo al jurado.*

—Bueno, algunos de sus colegas estaban en la comisión de accidentes de bombas atómicas, ¿no es así?

—Creo que algunos de ellos habían participado —le respondo—. Algunos de los patólogos forenses de más edad que todavía seguían en la AFIP cuando yo entré.

—¿Por qué no estuvo usted involucrada en la comisión de accidentes de bombas atómicas? —pregunta.

*Maldita sea.*

¿Por qué demonios permite Steward que me salga con esto? No me puedo imaginar qué juez no podría aprobar una objeción que proteste por esta línea de cuestionamiento, que no tiene nada que ver con este caso ni conmigo. Está tratando de enardecer a los asiáticos del jurado, de suscitar prejuicios contra mí.

«Es como dar a entender que yo podría haber tenido algo que ver con el Holocausto delante de un jurado de judíos».

—Eso sucedió mucho antes de que yo entrara en la AFIP —digo, y mantengo la vista puesta en el jurado.

Estoy hablando con ellos, no con Jill Donoghue.

—Durante un tiempo la AFIP estudió muestras de autopsias de los japoneses muertos por la bomba atómica, ¿es correcto? —Sigue emperrada en lo mismo.

—Sí, es correcto.

—Y esta agencia donde usted sirvió durante un tiempo para satisfacer la deuda que contrajo con el ejército por pagar su matrícula en la facultad de medicina, la AFIP, se vio obligada a devolver los ancestrales materiales de autopsia a los japoneses, ya que se consideraba una falta de respeto que los militares estadounidenses conservaran restos humanos japoneses. Sobre todo porque fueron los militares estadounidenses quienes mataron a esos civiles japoneses en los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki.

«No vas a decir esta boca es mía, ¿verdad que no, cobarde?».

Me resisto a mirar a Steward. Estoy sola.

—La Segunda Guerra Mundial tuvo lugar mucho antes de que yo naciera, señorita Donoghue. Y terminó unos cuarenta años antes de que yo formara parte de la AFIP. Jamás estuve involucrada en los estudios relacionados con las muertes causadas por las bombas atómicas.

—Bueno, déjeme preguntarle esto, doctora Scarpetta. ¿Alguna vez fue miembro de la Sociedad Americana de Patología Experimental?

—No.

—¿No? ¿Nunca ha asistido a una de sus reuniones?

—No.

—¿Y qué pasa con la Sociedad Americana de Patología de Investigación? ¿Alguna vez ha asistido a una de sus reuniones?

—Sí.

—Es el mismo grupo, ¿no es así?

—En esencia.

—Ya veo. ¿Así que si le cambiamos el nombre entonces su respuesta también cambia?

—La Sociedad Americana de Patología Experimental ya no existe, y yo jamás asistí a una reunión ni participé en ellas. Hoy tenemos la Sociedad Americana de Patología de Investigación.

—¿Es usted un miembro de la Sociedad Americana de Patología de Investigación, conocida por estas siglas, ASIP, doctora Scarpetta?

—Sí.

—Así que llamemos a este grupo de un modo u otro, el hecho es que está involucrada en medicina experimental, ¿no es cierto?

—La ASIP investiga los mecanismos de las enfermedades.

Silencio. Puedo ver las caras de los miembros del jurado. Ellos están alerta, se muestran escépticos conmigo. Un tipo ya mayor con el pelo cano y muy corto y una gran barriga parece intrigado, pero también desconcertado. Jill Donoghue está echando chorros de tinta para confundir las aguas y teñirlo todo de negatividad y

apuntes insidiosos, como que estoy acostumbrada a que mis actividades me salgan gratis y se financien con el dinero de los contribuyentes, que soy irresponsable e inhumana y una fanática, y que posiblemente no me gustan los hombres.

Pincelada a pincelada, está pintando el retrato de una científica psicópata, de alguien despreciable, y así, cuando tratemos de lo que es realmente importante, ya no tendré credibilidad. No les voy a caer bien. Tal vez me odien.

—¿En qué tipo de casos puede tener jurisdicción un médico examinador de las Fuerzas Armadas, un AFME, doctora Scarpetta? —me pregunta, y nunca me he sentido tan vulnerable.

Es como si no hubiera acusación, como si Dan Steward estuviera viendo cómo me llevan a una colina para ahorcarme y no elevara la menor protesta.

—Cualquier defunción militar que tenga lugar en el teatro —le digo.

—¿«En el teatro»? Tal vez podría explicarnos qué quiere decir con el teatro.

—Un teatro de combate es un área de operación de guerra, como Afganistán — respondo ante el jurado—. Otros tipos de casos que son competencia de los AFMES, o Médicos Examinadores de las Fuerzas Armadas, incluyen las muertes en bases militares, la muerte del presidente de Estados Unidos o del vicepresidente o de los miembros del gabinete, y también las de algunos otros empleados del gobierno, como los miembros de la CIA o nuestros astronautas, en caso de morir en acto de servicio oficial.

—Toda una enorme responsabilidad. —Donoghue parece pensativa.

Incluso se podría pensar que está impresionada, y sigo mirando directamente al jurado y me niego a mirarla.

—Ciertamente, puedo ver por qué es posible suponer que su trabajo es más importante que el mío o que el de los miembros del jurado, o incluso que el del juez —sentencia.

Hace una pausa para que se extingan las carcajadas en el interior de la sala, pero los miembros del jurado no se han reído, ninguno lo ha hecho.

—No he supuesto nada de esto —le respondo.

—Bueno, hoy ha llegado una hora y quince minutos tarde, doctora Scarpetta. Y si se incluye el tiempo de amonestación del juez Conry, debemos pensar en una hora y media. De modo que por su culpa este tribunal no levantará la sesión antes de que oscurezca.

—Por lo que sigo disculpándome, señorita Donoghue. Nunca fue mi intención faltarle al respeto al tribunal. He tenido que ir a un barco a ocuparme de un caso de asesinato que reclamaba toda mi atención.

—¿Sugiere entonces que para usted los muertos son más importantes que los vivos?

—Sería incorrecto suponer eso. La vida siempre tiene prioridad sobre la muerte.

—Pero usted trabaja con difuntos, ¿no es cierto? Sus pacientes están muertos, ¿no es así?

—Como médico forense —le contesto lentamente, con calma, pues preveo hacia dónde quiere ir— es mi trabajo investigar cualquier muerte súbita, inesperada o violenta, y determinar la causa y el contexto de dicha muerte. En otras palabras, lo que en realidad mató a la persona, si fue un accidente, un suicidio o un homicidio, por ejemplo. Así que sí, la mayoría de la gente que examino son muertos.

—Bueno, espero que todos lo sean.

Se oyen más risas, pero los miembros del jurado están sombríos y escuchan atentamente. Una mujer corpulenta con un traje púrpura, sentada en el centro de la primera fila, se inclina hacia delante en su silla. No me ha quitado los ojos de encima, y junto a ella hay un hombre mayor vestido pulcramente con pantalones y un suéter con capucha, que tiene la cabeza inclinada hacia un lado, como si estuviera tratando de averiguar quién soy en realidad.

Jill Donoghue no ha ofrecido todavía ninguna sorpresa de las suyas. Está tratando de mostrarme como una mujer peculiar, de sangre fría, a quien la gente le importa una mierda. Y así pretende sugerir que su cliente, Channing Lott, tampoco me importa una mierda.

—No todo aquél al que examino está muerto —añado, hablando ahora para la señora del jurado que va vestida de color morado y para el hombre que tiene sentado a su lado, y para otro señor que viste un traje azul—. A veces también examino a

víctimas vivas para determinar si sus lesiones son consistentes con la información que me ha proporcionado la policía.

—¿Y dónde obtuvo la capacitación para examinar cadáveres y también la vida ocasional? ¿Dónde estudió? Vamos a empezar con la universidad.

—Fui a la Universidad de Cornell, y después de graduarme asistí a la facultad de medicina de la Johns Hopkins, luego estudié derecho en Georgetown y después regresé a la Johns Hopkins para completar mi residencia en patología. Posteriormente me dieron una beca de un año como patóloga en la oficina del médico forense del condado de Dade en Miami, Florida.

Y así sigue. Es interminable. Durante media hora, Jill Donoghue me interroga acerca de todos los detalles de mi educación y mi formación. Tediosas preguntas sobre el tiempo que pasé en el Instituto de Patología de las Fuerzas Armadas son seguidas por lo que hice a finales de los ochenta durante mi permanencia en el Centro Médico Walter Reed de Washington, DC, antes de ser nombrada jefa médica forense de Virginia y trasladarme a Richmond. Luego se extiende sobre mi participación más activa en el Departamento de Defensa después del 11-S, lo que finalmente me llevó a pasar seis meses en la Base de las Fuerzas Aéreas de Dover, donde aprendí a utilizar la tomografía computarizada, o TC, en las autopsias.

Dan Steward no mueve un solo dedo. No lo hace hasta que ella habla de Benton de manera agresiva, queriendo saber si es verdad que nos conocimos cuando yo era la nueva jefa forense de Virginia y él dirigía lo que entonces se llamaba la Unidad de Ciencias del Comportamiento en la academia del FBI de Quantico. Me pregunta si es cierto que en aquel momento yo estaba divorciada y él casado y con tres hijos.

—Protesto —dice entonces Steward.

No puedo evitarlo. Me vuelvo a mirarlo. Está de pie ante la mesa de la acusación. Ha echado hacia atrás la silla y se alza a la derecha del estrado, donde veo a Donoghue apoyada con bastante comodidad, muy segura de sí misma.

—Los detalles sobre la vida personal de la doctora Scarpetta se encuentran fuera del alcance de aquello que la califica como experta en medicina forense —afirma Dan Steward, tal vez uno de los abogados más patéticos con los que he trabajado, según decido ahora.

—Su señoría —le ruega Donoghue al juez Conry—, dicho sea muy respetuosamente: afirmo que si se puede demostrar ante el tribunal que una testigo ha incurrido en conductas delictivas o inmorales o engañosas, entonces es absolutamente relevante para decidir si su abogado puede dar testimonio de unos hechos denunciados, que a su vez podrían llevar a un acusado a la cárcel.

—Denegada. Señorita Donoghue, puede proceder.

Y es ahora cuando sé a ciencia cierta que este dios que es el juez ha decidido relegarme a su infierno personal.



«Estos dos tienen una aventura, o lo desean».

Me abstengo de mirar en su dirección.

—¿No es cierto, doctora Scarpetta, que inició una relación íntima con Benton Wesley mientras él todavía estaba casado con otra persona? —me pregunta Jill Donoghue, y no tengo más remedio que contestar.

Estoy sola.

Miro los rostros de los hombres y mujeres del jurado.

—Si por íntimo quiere decir que nos enamoramos el uno del otro, sí, lo hicimos. Hace veinte años que estamos juntos, y casados.

La mujer del jurado vestida de rojo oscuro asiente, y Donoghue afirma:

—Así que sería justo decir que la verdad es aquello que usted decide que sea.

—No sería justo decir eso.

—Sería justo decir que por mucho que una persona esté casada, bueno, qué más da.

—Ésa es su opinión, no la mía —le respondo, porque Steward no va a hacer nada de nada.

—Sería justo decir que usted no respeta la ley, sino más bien hace lo que se le antoja.

—No sería justo decir eso, para nada —le respondo.

—Pero Benton Wesley estaba casado.

—Lo estaba.

—Y lo separó de su esposa y sus tres hijas.

—Se divorció de su esposa. Yo no lo separé de ella ni de nadie.

—Doctora Scarpetta, ¿sería correcto decir que la verdad es lo que usted decide que sea? —Lo intenta de nuevo.

—No, no sería correcto —repito.

—Cuando usted le dijo por correo electrónico a Dan Steward que la esposa de Channing Lott se había convertido en una pastilla de jabón, ¿era acertado?

—Eso no es lo que dije.

—Entiendo. Entonces, ¿qué le dijo?

—¿En qué ocasión?

—Bueno, déjeme mejor mostrarle el correo electrónico —responde ella.

De improvviso aparece en las pantallas planas de la sala el correo electrónico, y ella me pregunta si puedo reconocer lo que estoy viendo, y lo hago, y luego lo lee en voz alta:

*Dan,*

*Respondo a tu pregunta sobre Mildred Lott de forma general, y de ninguna manera específica. Si un cuerpo se arrojó al mar cerca de Gloucester*

*en marzo y permaneció sumergido en agua fría durante meses, la hidrólisis y la hidrogenación de las células grasas que componen los tejidos subcutáneos de grasa darían lugar a la formación de bacterias resistentes a la adipocira, un artefacto post mortem que, básicamente, convierte un cuerpo en jabón.*

—¿Recuerda este correo electrónico a Dan Steward, doctora Scarpetta?

—No recuerdo las palabras exactas.

—¿Qué recuerda, entonces?

—Recuerdo haberle dicho al señor Steward que si un cuerpo permanece sumergido en agua fría durante un período de semanas o meses, el resultado sería un proceso de descomposición que se conoce como saponificación.

—Aquí dice algo de jabón —enfatisa.

—Es solo una manera de hablar.

—No es solo una manera de hablar, doctora Scarpetta. Eso es lo que ha escrito en este correo electrónico, ¿me equivoco?

—Creo que dije que básicamente se convierte en jabón.

—Solo para aclararnos, ¿puede un cuerpo humano muerto, literalmente, convertirse en jabón bajo cualquier circunstancia? —pregunta.

—La hidrólisis de grasas y aceites en el cuerpo humano puede producir algo parecido al jabón. También se conoce como «cera mortuoria», por la forma que adquiere.

—Y la formación de este jabón, cera o adipocira, no sucede de la noche a la mañana, ¿verdad? —pregunta.

—Eso es correcto. Puede tardar semanas o meses, dependiendo de la temperatura y otras condiciones.

—Lo que nos lleva a lo que ha salido hoy en las noticias. —Por supuesto que iba a llegar a eso—. Ese cadáver que ha recuperado en el mar muy cerca de donde estamos sentados. De hecho, si usted camina fuera de esta sala y mira a través de los grandes ventanales casi puede ver dónde estaba el barco de la Guardia Costera hace apenas un par de horas, ¿es eso correcto?

—Es correcto.

—¿Conoce usted la identidad de esa mujer muerta cuyo cadáver sacó del agua hace varias horas?

—En este momento, no —contesto, y por supuesto Dan Steward va a dejar que se salga con la suya.

—¿Sabe cuántos años tiene?

—No.

—¿Puede hacer una estimación?

—No la he examinado todavía.

—Pero obviamente ha visto el cuerpo —continúa Donoghue—. Debe de tener una opinión.

—No me he formado ninguna opinión todavía.

—El cadáver es el de una mujer adulta, ¿es correcto? —afirma, y sigue adelante porque Steward no le frena los pies.

—Es correcto.

—¿Mayor tal vez de dieciséis años? ¿Mayor de dieciocho años?

—Es seguro afirmar que el cuerpo es el de una mujer adulta y madura —respondo.

—¿De unos cincuenta años, posiblemente?

—No sé su edad en este momento.

—Reitero la palabra «posible». ¿Es posible que ella tuviera unos cuarenta y tantos años, o unos cincuenta años?

—Es posible.

—¿Con el pelo largo cano o rubio platino?

—Es correcto.

—Doctora Scarpetta, ¿es consciente de que Mildred Lott tiene cincuenta años y el pelo largo, rubio platino?

«Habla de ella en tiempo presente, como si no estuviera muerta. Porque si ella no estuviera muerta, entonces su marido no podría haber tenido nada que ver con su asesinato».

—Soy vagamente consciente de su edad y de que su cabello puede describirse como rubio platino —le respondo.

—Con el permiso del tribunal, en este momento me gustaría enseñarles unas escenas de Fox News que muestran a la doctora Scarpetta en el día de hoy sacando el cadáver de la bahía de Massachusetts.

«Si los miembros del jurado llegan a considerar que el cadáver es el de Mildred Lott, no van a creer jamás que ella podría haber sido asesinada hace más de seis meses».

—Me gustaría tener acceso a este material de Fox News en Internet y poder reproducirlo en las pantallas planas de la sala del tribunal, para que todos puedan saber de qué estamos hablando.

«El caso de Dan Steward está acabado».

—Su señoría, protesto —dice Steward.

Lo miro. De nuevo se ha puesto en pie, aunque ahora parece más desconcertado que furioso.

—¿Cuál es su protesta, señor Steward?

El rostro del juez parece serio, y suena molesto.

—Protesto, porque estimo que reproducir vídeos de noticias es algo irrelevante e

inmaterial.

—Su señoría, en realidad es todo lo contrario —afirma Donoghue—. Este material es absolutamente relevante.

—Y temo además que un segmento de Fox News, o de cualquier noticia de prensa televisada, haya sido previamente editado —le dice Steward al juez—. Y no editado precisamente por la policía, sino por una cadena de noticias o un programa de televisión.

—¿Y sabe usted a ciencia cierta si lo que la señora Donoghue quiere mostrar al tribunal ha sido editado? —le pregunta el juez.

—Mi suposición es que tendrían que haberlo editado, su señoría. Los programas de noticias no tienen la costumbre de mostrar imágenes en bruto, sin cortar. Le estoy pidiendo que prohíba reproducir este metraje grabado en vídeo y cualquier otro material similar durante este juicio.

«¿Podrías mostrarte aún más débil?», pienso, y eso me frustra.

—En general, los programas de televisión no son admisibles. —El juez suena aburrido—. Díganos, ¿adonde quiere llegar, señorita Donoghue?

—Mi razonamiento es muy simple, su señoría. Las imágenes, editadas o no, muestran muy claramente el cadáver de lo que parece ser una mujer mayor que habría sido sumergida en agua fría y que sin duda no se ha convertido, y cito textualmente, en jabón.

—Su señoría, esto es ridículo. Es un truco —protesta Steward con su irritante voz.

—¿Puedo proceder, su señoría? —solicita Donoghue.

—Si tiene que hacerlo...

—Así que o bien la declaración de la doctora Scarpetta acerca de lo que le sucede a un cuerpo muerto después de haber sido sumergido en agua fría es incorrecta, o el cadáver de la mujer mayor que acaba de recuperar de la bahía no lleva muerto y sumergido en las aguas un largo período. Su señoría, vamos a ser sinceros. ¿Cómo podemos estar seguros de que este cadáver que acaba de rescatar no es el de Mildred Lott? Y entonces, si puede ser Mildred Lott, lo cierto es que mi cliente no podría haberla matado, pues él ha estado en la cárcel durante los últimos cinco meses y sin derecho a fianza, porque el señor Steward convenció injustamente al tribunal de que Channing Lott tenía un claro riesgo de fuga, debido a su fortuna.

—Su señoría, ¡está convirtiendo este proceso en un carnaval! —exclama Steward.

—El videoclip dura menos de medio minuto, su señoría. Solo estoy interesada en mostrar un primer plano del cadáver mientras la doctora Scarpetta nada con ella hasta la embarcación de la Guardia Costera.

—Voy a hacer caso omiso de su objeción, señor Steward —dice el juez—. Vamos a ver el vídeo y tratar de seguir adelante, para no estar aquí hasta la medianoche.

Son casi las seis de la tarde cuando, en medio del tráfico y la lluvia, llegamos al puente Longfellow. Volvemos a Cambridge después de una de las peores experiencias que he tenido en un tribunal.

—No me importa lo que digan. Hay algo sospechoso en cómo le ha dejado salirse con la suya —repite Marino una vez más, está volviéndome loca con sus especulaciones y teorías de complots y conspiraciones y demás—. Una cosa es que el juez se comporte como un asno porque está molesto contigo, y mira que te advertí que no llegaras tarde.

No quiero oír ni una palabra más.

—Y, como tú misma has señalado en más de una ocasión, sabemos que desde esa sentencia de la Corte Suprema nos van a marear más que nunca, y que deberemos ir a los tribunales sin cesar, y para nada. Pero no puedes presentarte cuando te apetece solo porque se te pone en la punta de la nariz.

No estoy de humor para recibir lecciones.

—Pero, independientemente de eso —utiliza una expresión característica que me pone de los nervios—, se supone que el fiscal estaba de tu parte. —Pone el limpiaparabrisas a toda velocidad, y lleva las gafas de lectura en la punta de la nariz, como si de alguna manera le fueran a ayudar a ver algo en medio del aguacero.

—Yo era testigo de la defensa, no de la acusación —le recuerdo.

—Y eso es sospechoso, también. ¿Por qué no te citó Steward? A causa del correo electrónico acerca de Mildred Lott convertida en jabón tendría que haber sabido que eras un blanco fácil, por lo que debería haberse adelantando a Donoghue. Tendrías que haber sido su testigo. Él te habría calificado como una experta en lugar de hacerlo ella, y no habrías pasado por el calvario de todas esas preguntas personales que de seguro no te han dejado en buen lugar.

—No importa quién me haya citado, el caso es que iba a terminar allí y que Donoghue siempre habría podido preguntarme lo que se le hubiera antojado.

—¿De modo que tú acudes allí llamada por ella, y aun así ella hace eso? —continúa él, y no lo soporto: no soporto cuando se pone de esta manera, cuando se dedica a defenderme y es ya demasiado tarde, cuando ya nada puede cambiar lo que ha sucedido.

—No se trata de tomar partido.

Se me está agotando la paciencia.

—Oh, sí, claro que se trata de eso. Siempre hay que tomar partido. —Marino toca

el claxon y grita—: ¡Muévete, gilipollas! —Lo hace sonar de nuevo para llamar la atención del taxi que tenemos delante, y el ruido me azota el cerebro—. Y ya puestos, ¿de qué lado está realmente Steward? Eras el último testigo de la defensa, ¿y ni siquiera se molesta en interrogarte? ¿Solo deja ese maldito clip de noticias colgado en el aire?

—En realidad no había nada que preguntarme. No sé la identidad del cuerpo que se recuperó en la bahía, tal como se puso de manifiesto.

—Vaya. Pues bien, a juzgar por la forma en que se ha comportado parece que tal vez está secretamente aliado con Donoghue. Tal vez le pagan bajo mano o tiene la promesa de Channing Lott de recibir una recompensa si sale libre. ¿Cómo sabes que sus miles de millones de dólares no están inclinando la balanza de la justicia en este caso? ¡Jesús bendito! Ese cabrón está jugando con los frenos a propósito. ¡Quiere que le dé por detrás! ¡Muévete, hijoputa! —Marino abre la ventanilla y le brinda una peineta al conductor del taxi—. Sí, adelante, sal y ven aquí, ¡ven a ver lo que hago contigo, cabrón de mierda!

—Por el amor de Dios, ¿podemos dejarnos de tanta rabia al volante? —le pregunto—. Vamos a ver si llegamos enteros, por favor.

Estamos solo a mitad del puente y vamos a quince kilómetros por hora. Más allá, Boston es una mancha de luz difusa. Las luces de la parte superior del edificio de Prudential están completamente borradas por las fuertes lluvias y las nubes bajas y densas.

—¿Por qué demonios no protestó más? —Marino sube la ventanilla y se seca la mano salpicada de lluvia en los pantalones—. La que se ha salido con la suya ha sido Jill Donoghue.

—Tal vez solo sea un pésimo abogado. —El ruido sordo del limpiaparabrisas a toda velocidad es casi insoportable—. ¿Puedes ponerlo a menos velocidad?

—Sí, siempre que no te importe que yo no vea tres en un burro.

—Dejémoslo.

No puedo recordar qué he comido hoy, y entonces me doy cuenta de que la respuesta es nada de nada.

Solo un café cubano. Tengo el estómago vacío. No me extraña que me duela la cabeza y que no pueda pensar apenas.

—Steward no se esforzó lo suficiente para evitar que pusieran ese vídeo de la Fox. Apenas lo intentó.

Y nunca llegué a tocar la granola y el yogur griego que aún están en mi refrigerador.

—Si quieres mi opinión, os ha dejado en la estacada a ti y al caso, y lo ha hecho a propósito.

—Esperemos que no fuera su intención —le digo, y lo que más me molesta no es

que un segmento de noticias de la televisión se haya considerado admisible y se haya mostrado al jurado, sino que ese mismo vídeo se llegara a filmar.

Durante unos segundos el rostro correoso y demacrado de la mujer muerta se veía claramente mientras la intentábamos dejar sobre la canasta Stokes forrada de bolsas, y aunque es posible que ya no pueda ser visualmente identificable debido a su condición severamente deshidratada, no puedo estar segura de eso. Alguien que la conocía bien, tal vez alguien de la familia o un amigo cercano, se habrá dado cuenta de que es ella, y eso es una forma horrible de enterarse de la muerte de alguien. Eso no debería ocurrir nunca.

—Va a salir absuelto —afirma Marino.

Los limpiaparabrisas se deslizan con fuerza y golpean el cristal, y la fría lluvia arrecia y aporrea el techo y anega todo el coche como si estuviéramos en un túnel de lavado, y Channing Lott podría ser absuelto, y tal vez deba serlo. No tengo ni idea. Pero si los miembros del jurado han presenciado lo mismo que yo hace apenas una hora, deben de haberse hecho una idea diferente del formidable industrial que parecía sorprendido por el vídeo mostrado durante el juicio. Se le veía con la guardia baja, genuinamente entristecido. Me pareció alguien trágico y aterrorizado, sinceramente afligido, pues parecía anticipar lo que iba a ver. Luego cerró los ojos, al borde del colapso, y adoptó una expresión que parecía de gran alivio.

Si se dio cuenta de que la muerta no era su esposa desaparecida, entonces no debe de haber sentido que se le conceda un indulto, si no tiene la culpa de lo que le ha sucedido a ella. En estos momentos hallar el cadáver de su esposa sería lo mejor para su caso. Y no importa lo que yo pueda testificar sobre el tiempo que lleva muerta.

Un jurado podría sentirse confundido por estos artefactos post mortem, desconcertado por la idea de que aparezca un cadáver intacto en la bahía de Massachusetts unos seis meses después de que la persona haya sido supuestamente asesinada. También acepto la clara posibilidad de que Channing Lott sea un sociópata consumado, un farsante y un manipulador que sabía que todos los ojos estarían puestos en él durante ese momento crucial cuando mostraran el vídeo. Tal vez tenía la intención de ganarse la simpatía de quien lo estuviera mirando, e hizo lo que hizo para lograrlo.

—Puede estar justificado, y si el jurado tiene duda razonable, entonces ése será el veredicto correcto —le respondo, y lo que me gustaría hacer en este mismo momento es ir a casa.

Quiero tomar un Advil, quiero un largo baño caliente y un whisky con hielo, y quiero hablar con Benton. Quiero escuchar lo que tiene que decir sobre lo que acaba de suceder en el tribunal federal. ¿Cuáles son los rumores sobre el juez Joseph Conry que podrían ayudar a explicar su rabia hacia mí y la negativa a acceder a una sola de las pocas objeciones planteadas por Dan Steward? Por otra parte, tal vez no quiera

saberlo. No va a cambiar nada de lo que ha pasado.

—Bueno, ahora no habrá forma humana de conseguir que el jurado vaya a condenarlo. —Marino se inclina hacia delante, entorna los ojos, trata de ver algo a través de la ondulante cortina de agua, pero está cegado por las luces de tráfico—. Todo lo que Donoghue tenía que hacer era sugerir que ahora el cuerpo de Mildred Lott acaba de aparecer, o que podría aparecer más tarde, o que tal vez ni siquiera esté muerta. Mostrar ese clip de noticias ha sido una buena idea, pues una imagen vale más que mil palabras, por mucho que probablemente no se trate de ella.

—No es ella. A menos que se hayan alterado sus informes médicos y su altura se haya reducido considerablemente.

—Bueno, parece que todo lo demás sí que ha quedado reducido a la mínima expresión.

—No, los huesos, no. Mildred Lott debía de medir un metro sesenta, y esta mujer no se acerca ni por asomo.

—No se le puede quitar mérito, sin embargo.

Marino continúa hablando de Jill Donoghue, porque tras haber encontrado una plaza en la parte trasera de la sala del tribunal ha presenciado cada segundo de todo lo que ha sucedido en el juicio, sin que yo me diera cuenta.

Él estaba allí, ha visto la reprimenda que me ha echado el juez y cómo me ha impuesto una multa unas cinco veces mayor que lo que se estila, y eso que yo jamás había sido multada antes. Esa exhibición judicial de fuegos artificiales ha sido una oportunidad perfecta para lo que Donoghue ha hecho a continuación: mostrarme como una experta cualificada y luego dar a entender que soy una feminista roba maridos, una investigadora médica culpable por asociación del robo de cadáveres japoneses y tal vez indirectamente responsable del uso de bombas atómicas. Marino lo ha visto todo y ahora no habla de otra cosa, mientras conduce sin fin, lenta y tristemente, un vehículo azotado por el fuerte viento y la lluvia, que lo golpea y que se alterna con el granizo en esta tarde anormalmente oscura.

—Ella te reservó para el final, y eso es lo que el jurado recordará: las imágenes de televisión de una muerta rica con el pelo largo de color rubio platino, que han sacado del agua en el día de hoy.

—No creo que el pelo sea rubio platino. Estoy bastante segura de que son canas. Apenas puedo hablar.

—Duda razonable. —Marino limpia el interior del cristal con la manga de la chaqueta y pone el antiniebla a tope—. Si no dudaban antes, lo harán ahora.

—No es de mi incumbencia si le declaran culpable o inocente —le respondo—. No tengo ninguna opinión sobre si tuvo o no tuvo algo que ver con la desaparición de su esposa, y, francamente, tú tampoco deberías tener una opinión al respecto.

—Ya sabes lo que dicen. Todo el mundo tiene una.



Por fin hemos llegado. Ante nosotros aparece el edificio revestido de metal como una torre en la tormenta, como la torre gris de un castillo, envuelta en la niebla, y se apodera de mí una extraña sensación, un malestar frío que me nace en el estómago y se mueve hacia arriba, hasta el pecho. Esa sensación llega a mi cerebro mientras la puerta de metal negro se abre y los faros del Tahoe que conduce Marino cortan la lluvia e iluminan unos vehículos que no deberían estar aquí. El Porsche de Benton, un todoterreno negro, está al lado de tres sedanes sin distintivos: como si él y sus colegas del FBI hubieran decidido venir de todos modos a reunirse conmigo, cuando simplemente no hay tiempo para nada. Esto no tiene sentido.

Justo al salir del juicio le he enviado a Benton un SMS para decirle que esta noche me era imposible, ya que todavía tenía que hacer la autopsia y que probablemente sería complicada. Le comentaba que no esperaba acabar antes de las nueve o las diez.

—¿Quién está aquí y por qué? —me pregunto, mientras Marino apunta con el mando a distancia a la parte trasera del edificio.

—Ése es el Crown Vic de Machado. ¿Qué demonios pasa?

Se encienden las luces en el interior del aparcamiento, la pesada puerta se mueve y ante nosotros aparece el Aston Martin de color verde oscuro de Lucy, aparcado junto a mi coche.

—Mierda. —Marino entra en el aparcamiento—. ¿La esperabas?

—No espero a nadie.

Salimos. El ruido de las puertas del Tahoe al cerrarse hace eco sobre el asfalto, y escaneo el pulgar en la cerradura biométrica. Entramos en la zona de recepción de la planta de autopsias y no hay rastro alguno del guardia de seguridad nocturno, pero se oyen voces en el pasillo.

Gente que habla, no uno sino varios, y al acercarnos a la zona de identificación nos encontramos con las puertas abiertas de par en par. La defensa de barco de color amarillo, el cajón para transportar perros y las otras pruebas se ven claramente en el interior, sobre las mesas, y al acercarnos a la gran sala de radiología puedo escuchar la voz de Anne, mi técnica. También oigo a Luke Zenner, y entonces aparece el guardia de seguridad.

—¿Quién ha desbloqueado las puertas? —le pregunto—. ¿Está todo bien, George?

—Tienes compañía.

Me habla, pero no mira a Marino.

—Eso parece.

—El señor Wesley y algunos de los suyos están aquí, con Anne y el doctor Zenner. No sé de qué va todo esto.

No me creo que no lo sepa, pero en cualquier caso él se aleja mirando al frente, con la mandíbula apretada. Una luz roja ilumina la puerta de la sala de rayos X, lo

que indica que alguien está usando el escáner, y entonces me topo con mi marido vestido de un modo inesperado, con ropa de correr y el pelo plateado, húmedo, peinado hacia atrás. Está con el detective de la policía de Cambridge Sil Machado y la agente especial del FBI Douglas Burke. También hay otra mujer que nunca he visto antes y que tiene el pelo oscuro muy corto, y unos treinta y tantos años de edad. Estoy sorprendida. Me siento traicionada.

—En su mayor parte, con la TC sucede todo lo contrario —dice Anne desde su puesto. Luke está sentado en una silla junto a ella.

Al otro lado del vidrio reforzado con plomo, unos pies descalzos con los dedos arrugados y las uñas recortadas y pintadas de rosa sobresalen desde el hueco blanquecino del escáner Siemens SOMATOM Sensation, y en las pantallas de vídeo se ven imágenes que pertenecen a una «mujer blanca sin identificar encontrada en la bahía de Massachusetts», según leo. No puedo entender por qué Anne y Luke han empezado sin mí. Dejé bien claro que no quería que el cadáver saliera de la nevera. Di órdenes específicas para que nadie lo tocara, para que las puertas de las salas de Identificación y Descomposición se mantuvieran cerradas hasta que yo hubiese regresado del juicio.

—¿Qué está pasando? —pregunto, y me encuentro con los ojos de Benton, y miro lo que hay en ellos—. ¿Qué ha sucedido?

Viste un chándal rojo de la facultad de medicina de Harvard y unas zapatillas de deporte. Lleva una chaqueta de lluvia bajo el brazo y sospecho que estaba en el gimnasio cuando alguien lo interrumpió. Probablemente, Douglas Burke, o sea, me parece, una morena alta demasiado femenina y guapa para los nombres por los que se la conoce, Doug o Dougie, y no es raro que ella y Benton desaparezcan de vez en cuando sin posibilidad de que se los localice. Esto suele suceder a cualquier hora del día o de la noche, o durante el fin de semana o en un día festivo, y muchas veces no se me dice nada, y sé cuándo no debo hacer preguntas, pero hoy no es uno de esos días.

Cuando tengamos un momento a solas le voy a pedir a Benton que me cuente exactamente lo que está sucediendo, porque a juzgar por la tensión en su mandíbula y la rigidez de su rostro de rasgos afilados está pasando algo. Y se me ocurre que él no ha hablado con Marino ni lo ha mirado una sola vez. Benton está evitando a Marino, al igual que hacen la agente especial Burke y Machado, y esa mujer a la que no conozco. Solo Anne y Luke están actuando como si todo fuera normal, ajenos a la verdadera razón por la que están aquí el FBI y la policía, que no es porque deseen presenciar cómo se hace una tomografía computarizada ni asistir a una autopsia.

—¿Qué tal estáis? —pregunta Marino, y solo Anne responde que ella está bien, y sé que él siente que algo raro está pasando.

—Les estaba aclarando que la TC es más o menos lo contrario a la RM en

algunos aspectos, la sangre aparece brillante en la TC, y oscura en la RM —nos explica Anne a Marino y a mí.

Nadie responde, y la tensión se vuelve más patente.

—Pero no así con otros líquidos, específicamente con el agua, porque el agua no es densa —le explica Anne a Machado, a Burke y a la mujer que no conozco, y que sospecho que también es del FBI.

Le sostengo la mirada a Benton, esperando.

—¿Veis estas áreas aquí y aquí? —Anne indica los senos paranasales, los pulmones y el estómago, que se muestran en tres dimensiones en diferentes pantallas—. Si se ven muy oscuras, casi negras, esto podría indicar la presencia de agua, lo que sería normal en un caso de ahogamiento. La TC es realmente útil en casos de ahogamiento. A veces, cuando uno abre el cadáver durante la autopsia, se pierden líquidos antes de que podamos verlos, sobre todo si hay agua en el estómago. Pero así logramos escanear todo primero y no se pierde nada.

—No podemos esperar encontrar agua en los pulmones, el estómago ni en ninguna parte —le digo a Anne, aunque mantengo los ojos puestos en Benton—. El cadáver está moderadamente momificado. Casi no tiene una gota de líquido en el cuerpo, apenas lo suficiente para manchar una tarjeta de ADN, e incluso si se tratara de un ahogamiento, lo cierto es que comprobarás que no se ahogó hace poco.

Le doy vueltas en la cabeza a la forma en que se ha comportado hoy Marino, como si la mujer muerta le resultara ofensiva y tuviera que tomárselo todo a pecho. Su malestar al hallar esos botones antiguos en la chaqueta me ha dado mala espina, y ahora tengo una premonición increíble, una horrible.

—La mujer ya llevaba muerta mucho tiempo cuando la arrojaron a la bahía —añado—, y ahora me pregunto quién es el responsable de esta reunión.

—Creemos que tenemos una identificación —dice Sil Machado.

Se vuelve hacia Benton y la agente especial Burke y la mujer que no conozco, como si esperase que ellos fueran a tomar la palabra, y sé lo que eso significa.

Sil Machado o, como le llama Marino, «nuestro guerrero portugués», es un joven dotado de autoridad, fuerte como un toro, con el pelo y los ojos oscuros y muy buen gusto en el vestir, y ni es devoto del FBI ni les cede un caso sin poner pegajos, si se tercia, oponer resistencia. Si él está dándoles la palabra es que los federales ya se han hecho cargo de la investigación, y tiene que haber una causa justificada para ello.

—¿Cómo es que nadie me ha dicho nada? —dice Marino, y mira a Luke—. ¿Cómo la habéis identificado? —Su tono es acusatorio—. ¿Cómo es posible? No se puede obtener el ADN tan rápido, y eso olvidándonos de contrastar sus huellas dactilares. Lo que no podría suceder sin rehidratar primero las yemas de los dedos, lo que significa que probablemente vamos a tener que quitárselas primero, que era lo que yo pensaba hacer...

—Oye, Pete —le interrumpe Machado—, ¿por qué no vienes conmigo, y dejamos que hablen de sus cosas mientras tú y yo repasamos un par de detalles?

—¿Qué?

En este instante, Marino está paranoico.

—Lo repasaremos todo.

—¿Así que no queréis hablar delante de mí? —grita Marino—. ¡Menuda mierda!

—Vamos, amigo. —Machado le guiña un ojo.

—¡Y una mierda!

—Vamos, Pete. No seas así. —Machado se le acerca y le pone una mano en el hombro, y Marino intenta quitárselo de encima, y entonces Machado aprieta con fuerza—. Vamos, ven conmigo y te lo explico. —Acompaña a Marino al pasillo—. Sé que en este lugar tenéis café, por supuesto, aunque lo que realmente me gustaría ahora es una cerveza, pero olvídate.

—Vamos a retroceder un minuto —digo, y cierro la puerta—. Pensé que había dejado bien claro que no quería que empezara este caso sin mí. —Me dirijo a Anne y a Luke—. Así que si lo que estoy viendo es el resultado de la llegada del FBI y cómo han empezado a dar directrices para acelerar las cosas, debo aclarar que esto no funciona así —añado, y no en un buen tono, precisamente.

—No es así —dice Luke, para mí.

Pero sí es así.

—La sala de identificación está abierta, y habéis comenzado la exploración, cuando éstas no eran mis órdenes —le respondo.

Luke gira la silla para ponerse frente a mí, y no hay ninguna señal de que se halle preocupado por mi enfado o inquieto al ver que Marino ha salido de la habitación como un prisionero. Luke se siente justificado en su proceder, y en parte esto se debe a su inexperiencia, y en parte a que puede que sea mucho más narcisista de lo que parece, y que con sus buenos modales oculte el ego que se esperaría que tuviera alguien tan guapo, tan rubio y con una mente tan bien dotada. Mi jefe adjunto parece estar enamorado de las agencias federales que aplican la ley y el orden, del Servicio Secreto y en especial del FBI, que ha logrado acorralarlo para que acelere este caso, algo que simplemente no voy a permitir.

—No iba a iniciar la autopsia sin ti —me explica Luke, con su grato acento británico, vestido con zuecos quirúrgicos y una bata de laboratorio con su nombre bordado en ella—. Pero pensamos que podría ser conveniente seguir adelante y escanearla mientras venías de camino. Y debido al estado en que se encuentra, la verdad es que dudaba de que fuera a encontrar algo con la TC, de todos modos.

—Y no hay prácticamente nada. —Anne parece extrañada, desconcertada por mi reacción ante lo que han hecho ella y Luke, y probablemente molesta por Marino, que coquetea con ella y le hace bromas y que cuando se rompió el pie la traía a trabajar cada día—. No hay lesiones internas —dice en voz baja, en serio, sin mirar ni a Luke ni a Benton, a nadie más que a mí—. No hay ninguna prueba que pueda indicarnos por qué está muerta. Vamos, sí, presenta algunas calcificaciones cardíacas y otras intracraneales, pero son comunes. Y queratoderma en ganglios basales, además de granulaciones aracnoideas, típicas por otro lado en personas de más de cuarenta años.

—Espera, espera. —Esta noche la agente especial Burke va vestida informal con un jersey marrón y unos pantalones vaqueros negros, además de una bolsa de cuero colgada del hombro donde probablemente oculta su arma—. Mejor no hablemos de cumplir los cuarenta.

Se cree graciosa.

—Evidencias de aterosclerosis, calcificación en algunos vasos sanguíneos...

A Anne no le hace gracia.

—¿Puede uno comprobar el endurecimiento de las arterias en una tomografía computarizada? —Nada de lo que Burke diga va a aligerar el ambiente enrarecido—. Vaya, mejor saberlo antes de comer otro Whopper.

—Come lo que quieras, no parece que tengas de qué preocuparte —le dice Luke, y tal vez esté coqueteando con ella—. Han encontrado muestras de aterosclerosis en momias egipcias de cuatro mil años de antigüedad, por lo que no es un subproducto más de la vida moderna. De hecho, es probable que forme parte de nuestro maquillaje genético —añade, porque no se entera, o tal vez porque el hecho de que Marino esté

en apuros le importa un pimiento.

—Supongo que debemos tener en cuenta que podría haber muerto de un ataque al corazón o de un derrame cerebral, es decir, por causas naturales, y alguien decidió ocultar el cadáver y luego deshacerse de él —dice Burke, y no me quita ojo.

—En esta etapa, es conveniente considerar cualquier cosa, mantener una mente abierta —le respondo.

—Nada más es radio-opaco, solo las restauraciones dentales —me informa Anne—. Y ella tiene un montón. Coronas, implantes... una boca cara.

—Ned viene ahora a comprobar el historial dental —nos hace saber Luke—. De hecho, ese probablemente sea él.

Las luces del coche se ven blancas y deslumbrantes en la pantalla de seguridad de circuito cerrado: es un pequeño vehículo de tres puertas de color azul.

El antiguo Honda de Ned Adams se detiene en el aparcamiento.

—Entonces es que debemos de tener rayos X pre mortem con que compararlos —comento, dirigiéndome a Benton.

—Recibimos el historial de un dentista de Florida —dice.

—¿Y quién creemos que es esta señora? —pregunto.

—Parece que se trata de una residente de Cambridge de cuarenta y nueve años de edad llamada Peggy Lynn Stanton. Por lo general pasaba los veranos en el lago Michigan, Kay —responde mi esposo, como si fuéramos colegas—. Pasaba gran parte de su tiempo fuera de Massachusetts. Al parecer, solamente solía venir durante el otoño y el invierno.

—Parece extraño pasar los inviernos aquí. Normalmente en esta estación la gente suele irse a otro lado —comento.

—A veces se quedaba en Florida —apunta Burke—. Nos queda mucho que descubrir, obviamente.

—¿Y eso significa que sus amigos y posiblemente también su familia no siempre sabían dónde estaba? —aventuro yo—. ¿Qué pasa con las llamadas telefónicas, los correos electrónicos...?

—Hemos enviado a varios agentes a verificarlo todo —responde Burke—. Bueno, ¿por qué no te encargas tú ahora? —se dirige a la mujer que no conozco—. Os presento, ella es Valerie Hahn y trabaja con nuestra división cibernética.

—Y para que conste, todo el mundo me llama Val —dice, y me sonríe, y no debería ni molestarse en hacerlo.

No me siento amable y me muero de inquietud. ¿Qué ha hecho Marino?

—Ciertamente, parece que nunca llegó a su casa de campo en el lago —dice Valerie Hahn—. Está totalmente abandonada. No hay equipaje. Nada en la nevera. Es como si se hubiese desvanecido alrededor del uno de mayo o posiblemente antes, y me ha parecido escuchar que el doctor Zenner mencionaba que esto podría ser

compatible con el estado del cadáver.

—Lo sabré mejor cuando le hayamos practicado la autopsia.

Me duele que Luke se haya ido de la lengua con ellos.

—No sé si es posible que ya haya oído mencionar su nombre —añade Valerie Hahn.

Abro la puerta que da al pasillo y veo que Ned Adams se dirige hacia nosotros con su viejo maletín de médico de cuero negro.

—¿Y por qué debería haber oído mencionar su nombre? —le pregunto sin rodeos.

—Y yo me pregunto si el nombre de *Pretty Please* significa algo para ti, o tal vez para alguien en esta oficina —dice Hahn.

—Hola, Ned —le sostengo la puerta abierta—. El cadáver está allí, en el escáner. Haz lo que tengas que hacer.

—Claro, puedo encargarme allí mismo. No hay problema. —Se echa hacia atrás la capucha del largo impermeable amarillo que gotea agua—. Su historial está al día. Tiene un montón de coronas, implantes, endodoncias, incluyendo una radiografía panorámica que va bien para observar los senos paranasales. ¿Tienes eso?

—Puedo proyectar su historial en las pantallas incluso mientras hablamos —responde Anne, y comienza a escribir—. ¿Quieres también una copia impresa?

—A un tipo como yo, ya pasado de moda, todavía le gusta el papel. Esta mujer tiene un montón de peculiaridades fruto de un exceso de riqueza, y no debería tomarme mucho tiempo. ¿No es cierto? —pregunta, frente a la puerta que conduce a la sala de exploración, como si fuera una zona de operaciones militares que podría conllevar cierto peligro.

—El escáner está apagado —le digo—. ¿Sabes cómo deslizar la mesa hacia fuera?

—Sí —dice, y se quita el impermeable.

—Seguramente sea porque sus iniciales son PLS —explica Douglas Burke—. Uno podría sospechar que de ahí es de donde viene el PLEASE de *Pretty Please*.

—Estás en Twitter, ¿verdad, Kay? —me pregunta Valerie Hahn, que actúa como si fuéramos amigas.

—Apenas. —Ahora empiezo a entender de qué va todo, o eso creo—. No lo utilizo para hacer amigos ni comunicarme con nadie.

—Bueno, sé que nunca tuiteaste con Peggy Lynn Stanton, cuyo nombre de Twitter es *Pretty Please* —dice Hahn.

—No tuiteo con nadie.

*Marino, ¿qué has hecho?*

—Es bastante fácil ver que jamás te pusiste en contacto con ella. —Hahn parece muy segura de sí misma—. Uno ni siquiera necesita privilegios de administrador para comprobar eso.

—No creo que tengamos que llegar a este nivel de detalles en estos momentos. — Benton mira a Ned Adams a través del cristal.

—Yo creo que sí —replico, y pienso mirarlo hasta que él me devuelva la mirada.

—Baste decir que por lo menos toda esa cobertura mediática nos brindó algo útil. —Puedo leer la renuencia de Benton en sus ojos—. Nuestra oficina de Boston recibió un montón de llamadas telefónicas; en Cambridge también recibieron llamadas; en Chicago y en Florida más de lo mismo. Por lo menos una docena de personas afirmaron que la muerta se llama Peggy Stanton. Al parecer esas personas no la habían visto desde el uno de mayo, cuando se suponía que debía de estar de camino a su casa del lago Michigan o, posiblemente, a Palm Beach. Aquí la gente supuso que ella estaba en Illinois y la gente de allá arriba supuso que todavía andaba por acá. Y algunos creían que estaba en Florida.

—¿La gente? ¿Te refieres a sus amigos?

Eso es todo lo que puedo hacer para ocultar lo mucho que me disgusta esto.

—Varios grupos de voluntarios y de feligreses. —Benton sabe exactamente lo que estoy sintiendo, pero eso no importa.

Ésta es la forma en que hacemos nuestro trabajo. Así es como vivimos.

—Al parecer, estaba muy involucrada en el cuidado de ancianos. Aquí y en Chicago y en Florida —dice.

—¿Y su familia no se ha preguntado dónde estaba después de todos estos meses? —replico, y al hacerlo pienso en lo que me dijo Marino en el coche esta mañana, cuando estábamos de camino a la base de la Guardia Costera.

—Su marido y sus dos hijas murieron hace trece años cuando se estrelló su avión privado. —Benton ofrece la información de forma objetiva, y suena frío y distante.

Pero él no es así.

—Era un corredor de bolsa con un fantástico seguro de vida —señala—. La dejó con el riñón bien cubierto, y no es que ella fuera pobre, precisamente.

—¿Y ninguno de sus proveedores se ha quejado de que no estuviera pagando sus cuentas? ¿Nadie se había dado cuenta de que no respondía a mensajes de correo electrónico ni al teléfono? —pregunto, pero no digo lo que pienso.

¡Qué sencillo sería engañar a Marino en el ciberespacio, donde no sabe cómo navegar y su inseguridad lo convierte en alguien vulnerable!

—Ha estado pagando sus facturas durante todo este tiempo —responde Benton—. Hasta hace dos semanas estaba tuiteando. Hizo llamadas desde el móvil anteayer...

—No puede ser la misma persona que tenemos aquí. Esta desde luego no lo hizo —le interrumpe Luke, mientras Benton mira a Ned Adams a través del cristal.

—El caso es que alguien lo ha estado haciendo. —Benton termina de hablar, pero no se lo dice a Luke.

Dentro de la sala del escáner, Ned Adams abre su maletín de cuero negro. Se



pone las gafas y mira hacia arriba, a una pantalla de vídeo que muestra las radiografías dentales de la difunta.

—Lleva muerta mucho más de dos días o dos semanas —afirma Luke, cuando en realidad debería callarse—. Desde luego no ha estado tuiteando ni escribiendo ni haciendo llamadas telefónicas desde hace bastante tiempo. Meses, por lo menos, diría yo. ¿Estás de acuerdo, doctora Scarpetta?

—Su casa está en la calle 6 —me dice Benton—. Muy cerca de la comisaría de Cambridge, lo que hace que sea aún más chocante. Nadie ha estado en ella. La alarma está activada y el coche está en el garaje. La policía pasaba por allí todos los días, y nadie se dio cuenta de nada.

—Una cápsula del tiempo —añade Douglas Burke—. El departamento de bomberos echará abajo la puerta trasera en cuanto lleguemos.

—Te sugiero que vayas a recoger las pizzas que te pedí —le digo a Benton para comunicarle exactamente lo que quiero que sepa.

Ésta es mi oficina. El CFC no responde ante el FBI. Voy a tratar este caso tal y como estime conveniente.

—Primero voy a ocuparme de ella. Su casa puede esperar —añado, en el mismo tono tajante—. Ya ha esperado medio año y bien puede esperar dos horas más, pero ella no.

—Confiábamos en que el doctor Zenner pudiera hacerse cargo de la autopsia y así tú podrías venir con nosotros a echar un vistazo —sugiere Burke.

—Haré todo lo que se me pida —dice Luke, y se levanta de la silla, mientras Anne entra en la sala del escáner y le da las copias impresas a Ned Adams.

—Lo que necesitamos es que nos deis la oportunidad de hacer nuestro trabajo aquí —le respondo, y entonces se abre la puerta de la sala de rayos X, y veo que Lucy está aquí y que me mira desde el pasillo—. Si sabemos cómo murió la víctima y qué deberíamos estar buscando, el trabajo en una potencial escena del crimen será mucho más productivo.

—¿Podría hablar contigo un minuto?

Lucy no entra.

—Ahora, si me disculpáis... Creo que hemos terminado por el momento —le digo al FBI.

—He visto tu coche en el aparcamiento. —Camino con Lucy hacia el área de recepción, y nos paramos donde nadie pueda oírnos—. Me pregunto por qué.

—Yo también me pregunto muchas cosas. —Mi sobrina está vestida como esta mañana, de negro, y no es habitual en ella presentarse cuando el FBI está en la zona—. Me pregunto por qué Marino y Machado están en la sala de descanso con la puerta cerrada. Puedo oírles discutir, de tan alto que grita Marino. Y me pregunto por qué hoy mismo un Sikorsky S-76 que pertenece a Channing Lott ha estado filmando

la recuperación del cadáver.

—¿Era un helicóptero de su propiedad? Eso es impresionante. —No sé qué decir. Con todo lo que ha pasado desde entonces, no había vuelto a pensar en el helicóptero blanco desde que le envié el número de cola a Lucy por correo electrónico, mientras estaba en el coche con Marino, de camino al juicio.

—Eso es realmente algo increíble —añado, como si mis pensamientos estuvieran sopesando distintas opciones sobre lo que debería hacer a continuación.

Dan Steward necesita enterarse de ello antes de los alegatos finales. Si de alguna manera Channing Lott tiene algo que ver con el hecho de que su helicóptero haya filmado lo que acaban de mostrar en el juicio, y no sé cómo no podría tener algo que ver con ello, entonces el jurado debe saberlo antes de que empiecen las deliberaciones. Pero puede ser demasiado tarde para eso.

—El certificado de aeronavegabilidad está registrado en Delaware a nombre de su empresa de transportes —me informa Lucy.

Me imagino qué sucedería si llamo a Steward con esta información y él se ve obligado a confesar quién es la fuente en audiencia pública o incluso ante el juez. La información sería perjudicial para Jill Donoghue.

«No te metas en líos».

—Tiene una flota de unos cincuenta camiones para el transporte de automóviles y buques portacontenedores; las líneas MV Cipriano —me cuenta mi sobrina.

—Lo siento.

Trato de concentrarme en lo que está diciendo.

—Y ese helicóptero está registrado en una empresa de transporte —dice ella— que lleva el nombre de su esposa desaparecida, Mildred Vivían Cipriano. Cipriano era su apellido de soltera.

En el CFC se conoce al dentista forense Ned Adams como el hombre que susurraba a los dientes, a causa de todo lo que los muertos le confían: edad, nivel económico, higiene... Y si eso no es suficiente también la dieta, si bebía o tomaba drogas, o si esa persona estaba embarazada o tenía acné o un trastorno alimentario.

Ned tiene sesenta y tantos años, es algo encorvado y tiene las rodillas hechas polvo y un rostro profundamente arrugado, que ha sonreído más veces de las que ha fruncido el ceño. Con ver un solo diente puede determinar cosas que los amigos más cercanos y la familia del difunto probablemente ni sabían ni imaginaban. Y mientras transportamos el cadáver por el pasillo, después de haberlo pesado y medido en el área de recepción, nos confirma que en vida Peggy Lynn Stanton fue víctima de un dentista muy malo, que, como dice Ned, le costó —a ella o a alguien— un ojo de la cara y parte del otro.

—Un tal doctor Tirón, menudo nombre para un dentista, ¿eh? Solo que no estuvo a la altura, y os demostraré por qué. —Ned nos acompaña a Luke y a mí hacia la nevera de Descomposición con la gabardina colgada del brazo y un aire optimista, porque su misión se ha realizado con éxito y no tiene ninguna prisa por volver a una casa vacía—. Un dentista cosmético de Palm Beach, en Florida, que no le prestó la atención adecuada, aunque tal vez no fue algo intencionado y solo mera incompetencia.

—Sí, claro —replica Luke sarcásticamente—. ¿Y cuál es el botín?

—El diente número ocho, un incisivo central superior con una amplia resorción radicular interior, junto con una fístula bucal —responde Ned—. Es imposible pasar por alto esa gran zona radiolúcida interna en el centro del conducto radicular, en las radiografías pre y post mortem.

—¿Eso está bajo una corona? —pregunto, y tiro de la manilla de la puerta del refrigerador.

—Exactamente. Y dicho trauma conlleva una infección e inflamación en curso que el tipo dejó de todos modos, y no solo eso, sino que para colmo le puso una corona de porcelana encima. Supongo que este payaso le supuso a nuestra difunta unos cuarenta mil dólares en facturas, y una gran cantidad de dolores y molestias. Le costaba morder, estoy bastante seguro, pero no puedo probarlo porque no puedo preguntarle a ella si sufría de dolores de cabeza crónicos. No me sorprendería que tuviera un trastorno de la articulación temporomandibular. Cuando vayas a su casa, busca un protector bucal nocturno.

Como si eso fuera lo más importante que pudiese encontrar.

—¿Y cuándo podría datarse el comienzo de la infección?

Guió la camilla a través del aire helado y rancio, empujándola entre un público silencioso y triste de montículos cubiertos de plástico negro, que ahora yacen sobre armazones de acero. Muchos de los pacientes aquí almacenados aún no se han identificado.

—Es difícil de precisar —responde Ned, exhalando vaho—, pero yo diría que está relacionado con un tratamiento de hace dos años y medio, y después, el pasado mes de marzo, le puso la corona de porcelana.

—Así que en marzo estaba en Palm Beach —supongo, mientras salimos por la puerta trasera que se abre a la sala de Descomposición.

—Sin duda —dice Ned—. Y me es imposible creer que para entonces la resorción no hubiera progresado hasta involucrar el espacio del ligamento periodontal y el diente. En otras palabras, que debería haber extraído ese maldito diente y no restaurarlo.

—Vale, otro embustero más —comenta Luke.

—Bueno, si hubiera vivido, se habría enfrentado inevitablemente a una extracción, seguida de un implante y otra corona. —Ned deja su maletín negro sobre el tablero y su impermeable sobre una silla, como si planeara quedarse un rato—. Un montón de conductos radiculares (ocho, para ser exactos), probablemente por traumatismo causado por la perforación de dientes sanos para ponerle coronas que dudo que ella necesitara. Sus molares posteriores, por ejemplo. ¿Por qué molestarse en ponerle porcelana en dientes que nadie iba a ver? Mejor usar oro. Lo creáis o no, sale más barato.

—Dinero, dinero, dinero. —Luke me da una máscara y unos guantes, y me mira con sus ojos azules, como si pudiera explicarme todo lo que ha pasado, como si yo no debiera preocuparme por él.

—Eso, y además ese mismo dentista también le estaba poniendo inyecciones faciales —nos informa Ned, mientras Luke y yo nos ponemos batas y fundas de calzado—. Es una tendencia reciente ante la que tengo serios reparos. Todos esos dentistas que inyectan a sus pacientes Perlane, Restylane, Juvederm y otros rellenos faciales, y también Botox. Tal vez esté pasado de moda, pero no creo que los dentistas debamos rellenar mejillas ni suavizar los rasgos de nadie.

Transportamos el cadáver de la camilla a una mesa de autopsias, y ahora, sobre el frío acero inoxidable, este cuerpo se ve trágicamente pequeño y arrugado. Enciende la luz de exploración y la muevo de un lado a otro mientras Luke etiqueta contenedores de muestras, y mis sentimientos hacia él son confusos. Son ambivalentes y me asustan, e intento no pensar en las acusaciones escandalosas que Marino ha hecho contra él en el coche esta misma mañana. No quiero admitir que

podría tener razón.

—¿Así que ese tal doctor Tirón, el que la vio en marzo, también le inyectó Botox en esa cita? —pregunto, mientras dirijo el haz de la potente lámpara debajo de los brazos del cadáver.

—Aumento de labios. Un centilitro de Restylane —dice Ned—. Está en su historial. Por lo menos ese tipo actualizaba los registros.

—Cuatro pequeñas contusiones. —Le hago saber a Luke—. Con otra aquí.

—¿Un moretón en el pulgar? —Estira la mano para asir la luz y su brazo me toca ligeramente.

—Es posible. En el lado opuesto. Es muy posible que tenga un moretón en el pulgar. Sí. —Le muestro, y él se apoya contra mí.

—Contusiones en la punta de los dedos —describe—. Estoy cogiéndole el brazo, hay cuatro dedos y el pulgar.

—Gracias, Ned.

Es mi manera de hacerle saber que ya tengo todo lo que necesito.

—Por lo menos no es una de esas situaciones que veo muy a menudo. —Coge el maletín negro, desgastado y rayado, un regalo de bodas de su esposa ya difunta—. Hay dentistas que apuntan todo tipo de cosas que jamás han hecho para poder presentar reclamaciones ante la compañía de seguros, o para disimular servicios no cubiertos por otros que sí que lo están. Eso, por no hablar de un trabajo simplemente mal hecho.

—Es realmente difícil de ver, en su estado. —Luke usa una lupa para examinar las sutiles contusiones que le he señalado, y mientras se mueve a mi alrededor soy consciente del susurro de su bata blanca, de la intensa luz que ilumina ahora su cabello rubio pálido.

—Hay que alumbrar las zonas desde diferentes ángulos, para conseguir una visión general antes de hacer un examen visual inmediato de una característica o características concretas —le sugiero, y siento el calor que irradia él y también el calor de la lámpara—. De la misma manera que uno se conduce en una escena del crimen. La imagen general primero. Luego ya se limita la búsqueda. No hay que fijarse tanto en una cosa que uno se olvide del todo.

—Ciertamente no querría fijarme tanto en algo que hiciera que me lo perdiese todo —dice Luke, y ajusta la luz de nuevo.

—Recuerdo que me llamaron para consultarme sobre un caso, no hace mucho. —Ned recoge el impermeable de la silla—. En New Hampshire aparecieron varios pacientes con pedazos de herramientas dentales en los dientes.

—Muchas gracias, Ned —respondo, y le miro—. Nos has salvado, como siempre, y te estoy agradecida, y el FBI te está agradecido. Todo el mundo te está agradecido.

Se detiene en la puerta.

—Ese dentista particular se enfrenta ahora a más de un centenar de juicios por mala praxis.

—Benton salió a recoger unas pizzas, y supongo que ya ha vuelto —le hago saber a Ned.

—Probablemente va a ir a la cárcel unos cuantos años y podría ser deportado a Irán.

—Quizá te gustaría pasarte por el séptimo piso —le sugiero—. Estoy segura de que les encantará tener un poco de compañía, si no tienes prisa por volver a casa.

—¿Tal vez algunos aquí también? —Luke señala manchas marrones más pequeñas, y casi perfectamente redondas, su brazo tocando el mío, y siento su firmeza a través del recubrimiento de Tyvek—. Como si el agarre hubiera sido intermitente, como vemos cuando alguien está siendo retenido contra su voluntad, y el agarre se contrae y se relaja, se contrae y se relaja. ¿Te parecen normales esos moretones en las yemas de los dedos a través de varias capas de ropa?

Tomo la cámara y la regla que Marino ha etiquetado esta misma mañana.

—¿Te parece normal un moretón como éste a través de una blusa y una chaqueta de lana? —me pregunta Luke, mientras comienzo a tomar fotografías, porque Marino no está aquí.

Aunque no sé exactamente qué está pasando, entiendo que Marino todavía sigue arriba y que está siendo interrogado por Machado y el FBI, quienes muestran interés por saber algo relacionado con Twitter y esa mujer de la que Lucy me ha hablado. Alguien a quien Marino «conoció en Twitter y a la que tuvo que dejar de seguir en más de un sentido», según me dijo mi sobrina esta mañana, cuando me informó de que Marino había estado durmiendo en el CFC en una cama hinchable.

«Mema» fue la palabra utilizada por Marino, mientras nos dirigíamos a la base de la Guardia Costera, y sea lo que sea que haya hecho recientemente es simplemente imposible que haya estado tuiteando con *Pretty Please*, o con cualquier nombre que Peggy Lynn Stanton haya podido usar en Internet. Marino pudo haber estado tuiteando con alguien en estos últimos días y semanas, pero no con la mujer que yace ahora sobre esta mesa de autopsias. Ella había muerto mucho antes de que él empezara a tuitear, estaba muerta antes de que él incluso abriera su cuenta en Twitter, posiblemente lleva muerta y almacenada en frío desde la primavera, y mi mente procesa información sin parar, y la sangre me fluye a toda velocidad.

Mis pensamientos sopesan conexiones y posibilidades; el pulso se me desboca. Trato de distraerme de lo que estoy sintiendo mientras Luke me toca y se roza contra mí y yo no le paro los pies.

—No tenía la menor intención de minar tu autoridad o de hacerte la cama —dice, ahora que Ned se ha ido—. Me disculpo sinceramente. Pensé que estaba ayudando.

Practico una incisión en las marcas de color marrón del brazo derecho para ver si

están bien definidas bajo la epidermis. Busco la tinción dejada por la hemorragia, por si se extiende en la dermis, en la capa más profunda de la piel, y así es.

—La pregunta, por supuesto, es cuándo podría haberse hecho estos moretones. —Agarro la lámpara por el asa, e ilumino sus brazos hasta la yema de los dedos arrugados, con las uñas pintadas y astilladas, que ahora están recortadas.

Reviso la parte inferior de las muñecas y la parte superior de las manos.

—Es muy difícil, si no imposible, datar estas contusiones, a causa de su estado actual —añado. La luz alumbra la parte superior del pecho, los senos correosos, el abdomen arrugado—. Pero dependiendo del grado de fuerza utilizado por la persona que la agarró, podría haberse hecho estos moretones a través de varias capas de ropa —añado, y respondo así a su pregunta.

—Es importante saber si estaba vestida o no, me parece a mí —dice—. Me doy cuenta de que esto no nos atañe a nosotros, sino tal vez al departamento de Benton. Yo no me dedico a hacer perfiles.

—El FBI puede ser muy persuasivo. —Ilumino ahora la cadera, los muslos—. Y estoy segura de que contigo han sido aún más convincentes, porque Benton se presentó con ellos. Pero nosotros no trabajamos para ninguna agencia de la ley y el orden, Luke.

—Por supuesto que no.

—Es nuestro deber responder objetivamente a las preguntas formuladas por la evidencias. —Dirijo la luz a las rodillas—. Y debemos seguir de forma estricta la cadena de custodia, lo que significa que no abrimos nuestra sala de evidencias al FBI ni permitimos que nos metan prisa, sea cual sea la razón que nos den para mostrar tanta urgencia.

—Él es tu esposo, así que supuse que...

—¿Y se supone que el hecho de que estemos casados cambia la forma en que hacen su trabajo, o el modo en que nosotros hacemos el nuestro?

—Pido disculpas —dice de nuevo Luke—. Pero después de su enfado cuando estábamos en Viena...

No termina la frase. Después de la exhibición descarada de celos de Benton de la semana pasada, Luke no tiene por qué admitir que la última cosa que querría hacer es cabrearlo aún más. Luke sabe que puede hacerlo. Él sabe por qué puede hacerlo, y yo no voy a hablar de mi matrimonio con él, ni de por qué podría suponer una amenaza para Benton.

No voy a admitir abiertamente ante Luke Zenner que mi marido y yo hemos tenido nuestra cuota de fricción en los últimos tiempos: episodios de incertidumbre y desconfianza que no son tan infundados e irracionales como parecen. Si nuestras peleas no tuvieran el menor fundamento, Luke y yo no estaríamos ahora bailando esta danza de tocamientos, de inclinaciones, de sugerencias, de hablar el lenguaje sutil de

la atracción, y solo cuando esto sucede soy sincera conmigo misma.

—Lo que no podemos dejar de preguntarnos es si en algún momento le quitaron la ropa —dice Luke, mientras cambio la posición de la regla de plástico, la escala, para tomar otra fotografía—. Lo digo solo porque las contusiones se ven muy distintas. Aquí y aquí.

Y se acerca, y su antebrazo roza el mío y su hombro se roza contra mí cuando se inclina hacia lo que está examinando, y yo no quiero sentir lo que estoy sintiendo ahora mismo.

—Se puede ver como si las yemas de unos dedos hubieran presionado con una fuerza considerable, y me pregunto si eso fue a través de varias capas de tela.

Se inclina hacia delante, ante mí, y no se mueve.

—¿Las contusiones tendrían exactamente este aspecto, si fuera el caso? —pregunta.

—No podemos saber a ciencia cierta si fue a través de la ropa o no —le respondo.

—¿Valdría la pena usar la ELA? —sugiere, e indica la fuente de luz alternativa que todavía está en la encimera, donde Marino la ha enchufado hace unas horas.

—No será de ayuda.

—Así que esto es un no.

Me mira a los ojos.

—Si quieres escanearla porque crees que lograrás visualizar cualquier contusión leve o poco visible que hayamos pasado por alto, allá tú. Esto en el supuesto de que nos falte algún patrón que tenga relación con las contusiones... —le digo para hacerle cambiar de opinión, porque es mi deber.

—De acuerdo, es ridículo.

—No es ridículo, sino simplemente ilógico —le respondo.

—Estoy de acuerdo. Quiero decir, ¿cuáles son las posibilidades? —dice.

—Las posibilidades de encontrar pruebas con el ALS son en mi opinión nulas.

Pero no es eso de lo que le estoy hablando: lo estoy desalentando, sí, pero no es eso realmente lo que está en juego.

No voy a tener una aventura con él a menos que decida que no me importa tirar toda mi vida por la borda. No se trata de si él tiene una oportunidad conmigo, sino de lo loco que resulta estar pensando esto en estos momentos.

—Fluidos corporales, fibras, residuos de pólvora, huellas latentes, contusiones profundas del tejido... —Todavía estoy hablando de la ALS y lo que se puede encontrar en diferentes circunstancias, y estoy haciéndole saber que entiendo lo que es desear lo que uno no puede tener.

—Así es, olvídale. —Él está de acuerdo.

—Eso es lo que yo recomiendo. Y no es que no entienda la tentación de intentarlo.



—Ella ha estado en el agua —comenta—. Una pérdida de tiempo.

—Y además tiene que ser explicado —añado yo—. Todo lo que hacemos tiene que ser explicado.

—¿Debo desconectarla, entonces? —pregunta, y toma el cable de alimentación de la ELA.

—Por favor —respondo—. Realmente no tengo el menor interés en ponerme las gafas y pasarme una hora explorando el cadáver de pies a cabeza con la Crime-lite para poder decir que lo hemos hecho. Aunque sí que merecerá la pena pasarla por la ropa, pero eso puede esperar.

—Pero no sabemos si vestía esa ropa cuando se hizo estas contusiones —vuelve a comentar Luke—. Saber si estaba vestida o no cuando alguien la agarró por los brazos sería algo importante, ¿no es así? Desnudar a un prisionero tiene más que ver con el sometimiento que con cualquier otra cosa, ¿no?

—Depende de quién lo esté haciendo, y a quién se lo esté haciendo, y del porqué.

—Es la lógica de la tortura, una cosa terrible si lo pensamos con detenimiento, pero lo cierto es que hasta la tortura tiene cierta lógica. Tiene que ver con humillar, intimidar, con controlar al prisionero al desnudarlo, con el uso de capuchas —dice—. Supongo que podrían haberla atado en algún momento con algún tipo de ligadura que fuera suave y no dejara necesariamente marcas en la piel.

—Es posible.

—Me imagino que se acercarían por detrás de esta manera. —Levanta las manos para asir unos brazos imaginarios, orientando sus dedos y pulgares de la forma en que agarraría a alguien por los brazos desde atrás—. Tal vez para trasladarla a la fuerza de un lugar a otro, como si la arrastrasen a un cuarto, estando ella inconsciente. O si estuviera atada a una silla y el agresor intentara forzarla a darle información para robar su identidad, por ejemplo. Su PIN, sus contraseñas.

Paso la lámpara por sus piernas, ilumino la parte superior y los lados de tobillos y pies, y me encuentro con más marcas de color marrón, solo que éstas son más oscuras y secas y tienen formas distintas. Recojo el bisturí para hacer pequeñas incisiones: las zonas oscuras de la piel han perdido elasticidad, son extremadamente duras, sin evidencia de hemorragias en el tejido subyacente. No veo contusiones aunque sí patrones causados por otra cosa, y me encuentro con más en la parte superior de los pies y las áreas de los tobillos.

La ponemos de lado para comprobar la espalda, y hay dos áreas marrones más en la parte inferior del codo y en el antebrazo derechos.

—No tengo ni idea de qué es esto —afirmo, desconcertada—. Absolutamente ninguna idea de qué puede ser.

—¿Algún tipo de artefacto post mortem?

—En tal caso, es completamente distinto de cualquier otro que haya visto antes.

—Extirpo una pequeña parte de piel dura marrón para un análisis histológico—. Es como cortar cuero rígido. No me puedo imaginar qué podría provocar algo así, franjas de piel de cuatro por tres pulgadas.

—¿Podrían ser quemaduras por congelación, tal vez?

—No. Si las hubiera causado una larga estancia en un congelador entonces las tendría por todo el cuerpo.

—Pero ¿y si solo ciertas partes del cuerpo entraron en contacto con el metal dentro del congelador...? —sugiere.

—Entonces la piel se habría pegado.

Hundo la punta del bisturí en la carne correosa bajo el esternón y practico una incisión hacia abajo y hacia la derecha, y luego hago lo mismo hacia la izquierda y corto en línea recta hasta el ombligo, desviándome alrededor del vientre hasta el hueso púbico. Es como hacer una incisión en forma de «Y» en cuero resbaladizo y mojado, y corto a través de las costillas, quitando la parte de los senos. Luego hago una incisión debajo de la mandíbula para extraer los órganos del cuello y la lengua.

—El hioides está intacto. —Tomo notas en un diagrama corporal mientras trabajo, y ahora el olor de la descomposición resulta abrumador—. No hay signos de lesión en los músculos estriados, ni en los tejidos blandos. No hay obstrucción de las vías respiratorias ni aroma de asfixia química debido, por ejemplo, al cianuro. La lengua está intacta.

Luke pela el cuero cabelludo, y el aire vibra con el fuerte ruido de la sierra oscilante; el polvo de los huesos queda suspendido en la luz blanca y brillante. Abro los principales vasos sanguíneos, la vena cava inferior, la aorta, y me encuentro lo que esperaba encontrar: que están vacíos, con manchas hemolíticas secas y difusas. No veo ninguna evidencia de obstrucción ni de lesión ni de enfermedad, solo una cantidad moderada de calcificación, ciertamente no lo bastante como para matarla.

—El cerebro es demasiado blando para seccionarlo —me dice Luke—. Pero no estoy viendo nada que sugiera lesión cerebral. La duramadre está intacta y libre de manchas —añade, y lo escribe todo.

Los órganos están descompuestos. Los pulmones, colapsados, de color rojo púrpura y muy suaves; las vías respiratorias, sin agua, espuma, arena o materiales extraños; la vesícula biliar, seca y arrugada, sin bilis residual. Con cada minuto que pasa se hace patente que se trata de una autopsia de exclusión: descartamos las posibles causas de la muerte y dejamos pocas dudas de que haya podido ser asfixiada o envenenada. Pero va a pasar al menos un día antes de que tengamos un examen completo de etanol y de drogas del tejido hepático.

—No puedo encontrar petequias. —Luke le abre un ojo y luego el otro—. No hay áreas irregulares de hemorragia en la esclerótica ni en la conjuntiva. Por supuesto, eso no descarta la muerte por asfixia o estrangulación —añade, y tiene razón.

Si bien no hay abrasiones ni contusiones, lesiones que podrían asociarse con casos de asfixia o estrangulamiento, la ausencia de hemorragias puntiformes faciales —llamadas petequias— no implica que alguien no le haya podido colocar una bolsa de plástico en la cabeza o atado una mordaza alrededor de la nariz y la boca o le haya podido meter un paño en la garganta que le haya obstruido la respiración.

Sus contenidos gástricos son granulados y pulverulentos, como la comida para animales. Ajusto la luz y uso una lente, para revisar el material con unas pinzas.

—Carne desecada —observo—. Y por lo que parece a simple vista aún no la había digerido cuando murió.

—Hay muy poco en el intestino delgado —dice Luke—. Casi nada en el intestino grueso. Por lo general, que la comida esté digerida por completo lleva sus buenas diez horas, ¿no?

—Eso depende de muchos factores. Cuánto comía, si hacía ejercicio, de la hidratación. La digestión varía considerablemente de una persona a otra.

—Así que si ella comió y al morir apenas había empezado a digerir la comida —supone—, lo más probable es que estemos hablando de solo un par de horas después de su última comida, ¿no?

—Tal vez. Puede que no.

Le pido que pese el contenido gástrico y coloque una pequeña parte en formalina para que podamos procesarla histológicamente.

—Prueba de yodo para el almidón, naftol para el azúcar, Oil Red O para los lípidos. Espero que podamos recoger partículas identificables de alimentos para visualizarlas en el microscopio estereoscópico —digo, explicándole qué tinciones especiales quiero que se utilicen.

Estamos trabajando uno al lado del otro y ambos de espaldas a la puerta.

—Vale, así que tenemos las pruebas de toxicología, de histología, de restos con instrucciones especiales... —Luke repasa la lista—. ¿Y qué pasa con la SEM?

—Puede ir bien para los botánicos —digo, y soy vagamente consciente de que algo ha cambiado a mi espalda—. Para realizar comparaciones estomacales. Por ejemplo, ¿es col? ¿O brócoli chino? ¿O *bok choy*? ¿Hay alguna evidencia de artrópodos como la gamba? ¿Existen estructuras celulares que podrían ser de avena? ¿O granos de cereal que podrían ser de trigo? Luke se da la vuelta, y luego yo.

—Me pregunto cuánto tiempo más va a tardar esto —dice Benton, desde la puerta abierta.

—No te he oído entrar —responde Luke, como si quisiera dejar algo claro.

—De hecho, estamos terminando ahora —digo yo, y me encuentro con los ojos de Benton, que se muestran cautelosos.

—¿Has encontrado algo útil?

Se mantiene erguido en el umbral.

—La respuesta larga es por el momento indeterminada, a la espera de la toxicología y de otros estudios. —Me desato la bata—. La respuesta corta es que no lo sé.

—¿Ni siquiera una conjetura? —Benton mira el cadáver sobre la mesa, y la razón por la que no se acerca no es por el olor ni por la fealdad.

A él no le incomodan esas cosas. No, él está preocupado por otra cosa.

—No voy a adivinar qué la mató —afirmo, mientras tiro los guantes y las fundas del calzado al cubo biológico—, pero te puedo dar una larga lista de lo que no lo hizo.

Las intensas lluvias se han convertido en torrenciales, la violenta tormenta parece fuera de temporada en esta época del año, los fuertes vientos pelan las hojas de los árboles y los truenos retumban como en una guerra. La lluvia golpea contra el parabrisas del todoterreno y salpica el cristal. Y Benton parece estar a kilómetros de distancia, mientras conduzco por las calles oscuras y llenas de charcos de Cambridge.

—Es de sentido común que no pueda inmiscuirse en esto —dice desde el asiento del copiloto, sin mirarme, atento al entorno.

—¿El sentido común de quién? —replico yo, y trato de no sonar tensa.

—¿Quieres que el interior de esa casa quede lleno con su ADN?

—Con un poco de suerte eso no llegaría a suceder, pero por supuesto que no.

Trato de sonar razonable.

El teléfono de Benton brilla en la oscuridad, y él teclea algo.

—Aun así, posiblemente ya ha transferido su ADN a los efectos personales de ella, a su ropa. —Vuelve a tomar el teléfono que lleva en el regazo—. Porque yo apuesto algo a que manejaba todo tipo de cosas.

El limpiaparabrisas hace ruido. He puesto la calefacción a tope para evitar la condensación.

—Y no me importa qué mierda protectora se ponga encima —dice entonces Benton—. En estos días, uno puede obtener ADN hasta del mismo aire.

—Eso no es del todo así —le respondo—. Y sí, él no debería registrar la casa —admito, pues estoy de acuerdo con eso—. Aunque tampoco hay pruebas de que la conociera, o de que alguna vez la haya conocido, o de que supiera que alguien le había robado su identidad en Twitter. No hay una sola prueba de que él haya hecho nada malo.

—No pinta bien.

—Tiene la pinta que tiene —replico, no sin un destello de ira—. Alguien pretende implicarlo.

—Y nosotros no deberíamos hacer nada para que aún luzca peor.

—¿Así que pierdo a mi investigador jefe porque alguien le ha tendido una trampa y le ha puesto en ridículo? —Estoy frustrada, al borde de la furia, indignada de que el FBI se crea de pronto con la potestad suficiente para decirme cómo debo dirigir mi oficina.

Estoy molesta porque me ha sugerido que los investigadores que entreno van

dejando su ADN por todas partes.

—Le han tendido una trampa porque era un objetivo previsto —añado.

—Tiene que mantenerse al margen de este caso. Tiene que mantenerse alejado del CFC durante un tiempo.

—¿Esto es lo que piensas tú, o lo que piensan tus colegas?

Un relámpago resquebraja el cielo.

—No me corresponde a mí decidir cómo debe ser manejado Marino. No es apropiado que yo lo decida, por mis vínculos personales. Por nuestra historia común.

Benton no me mira, y sé que está dolido.

—Me parece que si alguien debe decidir, este debe ser quien lo conozca mejor.

—Sí, lo conozco —dice.

—Por supuesto que sí. Y tus colegas, no.

—No, no del modo en que yo lo conozco. Tienes razón en esto. Y tal vez tú deberías tener presente todo lo que sé sobre él.

—De modo que yo debería pensar en lo que sabes de las debilidades de Marino.

Es obvio adonde quiere ir a parar, y no puedo evitar que suceda.

—Las debilidades. Vaya —dice.

—No hagas esto, Benton.

—Sí, las debilidades —repite.

—Maldita sea, para ya.

—¡Qué forma de hablar! —exclama con la voz de rabia, de dolor.

—¿Es que acaso ahora quieres desquitarte? —pregunto.

—Nada más que una debilidad, o dos.

—¿Vas a desquitarte al fin por una noche en que él estaba borracho y bajo los efectos de la medicación? —No me corto y lo digo claramente—. ¿Por una noche en que él estaba fuera de sí?

—Oh, la excusa más antigua del mundo. La culpa fue de las pastillas. La culpa fue de la bebida.

—Esto no ayuda.

—Y cuando uno agrade sexualmente a otro basta con alegar locura y ya está todo arreglado.

—Por favor, no me digas que lo que sucedió entonces repercute en las decisiones que estamos tomando ahora —le digo—. Yo sé que no lo arrojarías a los lobos por un error que cometió hace años. Y uno por el que no podría sentirse más arrepentido.

—Marino se arroja él mismo a los lobos. Él es su propio lobo.

Pasamos junto a un edificio en construcción, donde las excavadoras aparcadas entre charcos de lodo y agua de lluvia me recuerdan a criaturas prehistóricas atrapadas, a inundaciones, a vidas barridas de la faz de la tierra. Mis pensamientos son oscuros y mórbidos, y siento temor, sospecho que tal vez Benton permaneció en

silencio en el umbral de la puerta de la sala de Descomposición para enviarme un mensaje. Temo que acaso las debilidades de las que estamos hablando no sean las de Marino. Sino las mías.

—Por favor, no le castigues por mi culpa —le digo en voz baja—. No es un depredador. No es un violador.

Benton no responde.

—Indudablemente no es un asesino.

Benton sigue en silencio.

—A Marino le han tendido una trampa, lo cierto es que ha sido desacreditado, humillado por el asesino de Peggy Stanton. —Miro a Benton, pero él tiene la vista clavada en el horizonte—. Por favor, no lo uses como una oportunidad para ejercer un castigo.

Quiero decir: como una oportunidad para castigarme.

El todoterreno arrolla los charcos que se han acumulado en las zonas bajas y las ramas rotas que cubren la calle, y ninguno de nosotros dice nada, y el silencio me convence de lo que sospechamos. La distancia entre ambos es inmensa y vacía, mientras la lluvia arrecia y caen las hojas muertas y flotan en la oscuridad como murciélagos.

—Le han tendido una trampa, sí. Eso es cierto —dice Benton, por fin, casi con cansancio—. Dios sabe por qué alguien se molestaría en hacer algo así. Él es perfectamente capaz de tenderse una trampa a sí mismo. No necesita que nadie le putee, se putea él solito.

—¿Dónde está? Espero que no esté solo en estos momentos.

—Está con Lucy. Se las ha arreglado para empeorar su situación gracias a su comportamiento: se ha puesto chulo y a la defensiva.

Miro el espejo, tengo los ojos llorosos y veo los faros deslumbrantes de los coches que vienen de cara.

—Se ha comportado como un idiota bravucón, negándose a cooperar —continúa Benton, y su tono de voz ha cambiado, como si quisiera hacerme saber algo que quiere que yo sepa, y con eso basta.

—No me sorprende —me oigo decir, mientras me doy cuenta de algo completamente distinto.

No había pensado hasta ahora en las ventanas de observación con vistas a las salas de autopsias.

—Solo puedo imaginar que ahora siente vergüenza y está rabioso —añado, pero esto no es lo que me llama la atención. No había pensado en los laboratorios de enseñanza. Nunca se me ocurrió que alguien pudiera estar dentro con las luces apagadas—. Ciertamente puede ser su peor enemigo —sigo diciendo, mientras mis pensamientos vagan por otro lado.

Benton estaba allí, observando, y durante ciertos momentos lo que estaba sucediendo no podría haber sido más evidente. No guardé las distancias. No traté de detener lo que estaba sucediendo, porque no podía, porque lo deseaba. Lo deseaba, en medio de tanta muerte y horror, cuando la urgencia de sentirse vivo puede anular todo lo que es lógico.

—Se enfada, insulta... Lo cierto es que no ha cooperado en nada —dice Benton, y yo apenas le escucho.

Luke me lo propuso y yo pensé en ello, me pregunté dónde y cuándo y sopesé planes fugaces sobre alguna forma de salir con la nuestra. Le dije que no, pero la verdad es que lo deseaba. Aquello de lo que me acusó Benton en Viena es verdad.

—Tuve que salir de la sala en un momento dado para no perder los estribos con él —admite, y lo que yo le escucho decir es que Benton salió de la sala de observación de arriba.

Está haciéndome saber que lo hizo, que nos observó desde el cristal oscuro del laboratorio de enseñanza que queda justo sobre la sala de autopsias.

—Y todo porque quería empezar una relación con una completa desconocida en el ciberespacio, por el amor de Dios —añade.

—Bienvenido a la vida moderna —le respondo con tristeza—. La gente lo hace todos los días.

—Nadie que yo conozca hace algo así.

—Marino ha estado muy solo y se siente tan vacío como un agujero negro desde que Doris se fue, y de eso hace ya más tiempo que el que estuvieron casados. Desde entonces no ha tenido nada más que encuentros ocasionales sin mayor relevancia, en su mayoría con mujeres que le hacen daño, que se aprovechan de él o que son un horror.

—Y ciertamente también le llegó el turno de ser él mismo un horror, el que hace daño a los demás —apunta Benton, y yo no discuto con él.

No puedo.

—Nadie con quien trabajo liga por el maldito Internet —repite una vez más.

—Eso es bastante difícil de creer.

—Nadie con quien trabajo es tan estúpido para hacer algo así —afirma—. Internet es la nueva mafia. Es donde el FBI se infiltra y espía. No vamos allí a jodernos la vida.

—Bueno, Marino puede ser así de estúpido —le respondo—. Él se siente así de solo, y echa de menos a su esposa y echa en falta ser policía y le asusta hacerse viejo y no tiene ni idea de nada de eso.

Conduzco despacio por la calle 6, ante la sede del Departamento de Policía de Cambridge, envuelta ahora en la lluvia, y sus luces Art Déco brillan azules en la niebla.



—Lo que no entiendo es cómo alguien puede pensar que lograría algo haciéndole creer que estaba tuiteando con una mujer que claramente no podría haber estado viva mientras estaba sucediendo todo eso —digo entonces.

—No todo el mundo va a tener claro cuánto tiempo lleva muerta.

—Has visto su cadáver. Lo que queda de él.

—Todo depende de la interpretación.

Lo dice de una manera que me resulta inquietante, como si ya lo hubiese sugerido antes.

—¿De la «interpretación»? —repito, indignada—. Está claro que lleva muerta desde hace meses.

—Claro para mí, pero no para la mayoría de la gente —dice Benton—. Depende de qué programas de televisión vean. Oyen la palabra «momificada» y esperan que aparezca envuelta en vendas y en el interior de una pirámide.

Apenas puedo distinguir la escuela autónoma y los edificios de biotecnología ante los que pasamos. En la mayor parte de Cambridge las farolas brillan por su ausencia.

—Y tampoco ayuda que Marino estuviera en el aeropuerto Logan justo cuando recibiste el correo electrónico anónimo en relación con la desaparición de Emma Shubert.

Vale, lo ha dicho, y ya nada me sorprende.

—Él nunca ha estado en Alberta y no tiene ni idea de software anónimo ni de servidores proxy, Benton.

—Que se sepa.

—¿Qué posible motivo podría tener, incluso si fuera capaz de hacer algo así? —pregunto.

—Yo no soy quien piensa que haya podido hacer algo así.

—De modo que otros piensan que podría tener algo que ver con la desaparición de Emma Shubert. —Quiero que me lo diga alto y claro.

—O que tiene algo que ver con lo que te enviaron por correo electrónico. Todo forma parte de la misma discusión —replica, y es ridículo, y yo se lo digo, pero ya he visto antes cómo las cosas más ridículas daban pie a las acciones más extravagantes.

Sé que no debo descartar cualquier noción que se les pueda meter en la cabeza a los investigadores.

—Me preocupa que sea alguien que le conoce, Kay.

—Hoy en día todo el mundo conoce a todo el mundo, Benton.

—Una paleontóloga ha desaparecido y se le presume muerta, y te envían una foto de una oreja cortada —dice—. Mildred Lott ha desaparecido; su marido va a juicio por su asesinato, y luego su helicóptero lo filma todo mientras tú estás sacando el cadáver de Peggy Stanton de la bahía, apenas unas horas antes de que tengas que ir a declarar. Me preocupa que el que esté haciendo esto...

—¿«... el que esté...»? ¿Así, en singular? ¿Crees que se trata de una sola persona?

—Conexiones. Hay demasiadas. No creo que sea una coincidencia.

—¿De modo que crees que una sola persona está haciendo todo esto? —le pregunto.

—Si quieres que algo salga bien, hazlo tú mismo. Y me preocupa que esta persona conozca a Marino, y te conozca a ti. Tal vez nos conoce a todos.

—No tiene que ser alguien que lo conozca a él o a cualquiera de nosotros —le rebato, porque no estoy de acuerdo—. Si buscas a Peter Rocco Marino en Twitter puedes encontrarlo. Cualquiera puede encontrar mucha información acerca de todos nosotros en Internet, lo que es bastante aterrador.

—¿Y por qué esta persona iba a buscarlo en Twitter, para empezar? A menos que tenga una razón personal para ponerlo en apuros.

—Lucy le enseñó a utilizar Twitter a principios de julio. Cuando se mudó a su nueva casa, creo recordar. ¿Cuándo empezaron a tuitarse él y *Pretty Please*?

—Él dice que ella le tuiteó primero. Afirma que todo empezó a finales de agosto, tal vez el fin de semana anterior al primero de septiembre. Que ella dijo ser, y cito, «una fan».

—¿Fan de Jeff Bridges o de Marino?

—Exacto. Porque mira que es idiota —dice Benton—. Utiliza el avatar de un personaje de una película de bolos y se hace llamar El Nota. Y claro, Marino pensó al instante que ella debía de ser una entusiasta de los bolos, lo que significa que tenían algo en común.

Me detengo en un stop en el barrio de Peggy Lynn Stanton: los faros brillan a través de la lluvia, alumbran la calle, que ahora está muy oscura, y los coches aparcados a ambos lados.

—Voy a tener que revisar todos los tuits, los correos electrónicos, los registros telefónicos, lo que sea necesario —dice Benton—. Porque al final voy a ser yo quien le saque de este lío en el que se ha metido, ¿no es irónico?

Las casas son viejas, pero no antiguas, ni caras para Cambridge. Son casas unifamiliares y ocupadas, encantadoras e impecables, y tan juntas que sería difícil que una persona pasara entre ellas.

—¿Y Marino supuso que ella jugaba a los bolos, o ella se lo dijo a las claras? —pregunto.

Los jardines son pequeños o inexistentes, convertidos en zonas de aparcamiento. Aquí los vecinos verían al instante que un vehículo no es de la zona.

—No sé con detalle qué se contaron, pero él parece tener la impresión de que ella es una ávida jugadora de bolos. O que lo era.

Trato de imaginar cómo sacar a una mujer de su casa a la fuerza, y no puedo. No

me puedo imaginar a nadie gritando o causando el menor alboroto sin que el vecindario se dé cuenta. Nos quedamos sentados en silencio bajo la lluvia que repiquetea en el capó, mientras a lo lejos los relámpagos se desvanecen y dejan paso a los truenos. No creo que Benton piense que Peggy Lynn Stanton fue asesinada en su casa o secuestrada en ella. Se lo pregunto.

—El hecho es que no lo sé —afirma—. Doug tiene su propia opinión, pero no es necesariamente la mía.

—Dime la tuya.

—Te voy a decir quién.

—¿Tienes un sospechoso en mente?

—Yo sé quién es, tiene por lo menos treinta años, o probablemente más. —Benton escruta la calle lluviosa en la oscuridad—. Es inteligente, alguien con logros en su haber y que aunque se integra en la sociedad está aislado emocionalmente. No intima. Aquéllos que piensan que lo conocen, en realidad, no lo conocen.

—¿«Él»?

—Sí. —Benton mira los coches, mira las casas—. Sabe navegar. Probablemente posee un barco o en todo caso tiene acceso a uno.

Pienso en la obsesión de Marino para que el CFC se haga con un barco, y me pregunto a quién más le ha contado eso.

—No necesita ayuda para navegar, es lo suficientemente hábil para pilotarlo solo. —Benton baja la ventanilla y mira fijamente hacia fuera en la oscuridad—. Tiene labia, mucha labia, se siente completamente seguro de poder convencer a cualquiera de cualquier cosa, incluida la policía y la Guardia Costera. —No siente la lluvia que cae—. Si el barco tuviera un accidente o alguien le detuviera mientras llevara un cadáver a bordo, estaría seguro de poder salirse con la suya, convencido de que nadie lo sabría. Es alguien sin miedo. Alguien con medios financieros.

Marino tiene licencia de capitán, expedida por la Guardia Costera.

—Un sociópata narcisista —añade Benton, mirando la lluvia y la noche—. Un sádico sexual que se excita causando temor, atormentando, degradando a otros, controlándolos.

—Hasta ahora no he encontrado ninguna prueba de agresión sexual —le hago saber.

—No las agrede sexualmente. Siente una aversión física hacia sus víctimas porque están por debajo de él. Se asegura de que sepan que están por debajo de él. Cuando decías que quería tendernos una trampa tenías toda la razón, ahora que lo pienso.

—Una trampa destinada a desmembrarla, a provocar su decapitación, y tal vez a que parte o todo su cuerpo se perdiera. ¿Por qué? —me pregunto—. ¿Tal vez porque no quería que la identificáramos?

—Porque no era suficiente con matarla. Podría matar todos los días, y aun así no sería suficiente para llenar el vacío que le quedó por alguna terrible devastación que sufrió al principio de su vida.

—¿Una devastación de la que tú sabes algo?

—Lo sé porque todos son diferentes e iguales. Un monstruo al que nadie reconoce. Se dedica a sus cosas, y mientras tanto tiene un cadáver en un refrigerador o un congelador, porque no puede evitarlo, no puede evitar su fantasía. Tiene que volver a vivir constantemente lo que le hizo a ella. Y aun cuando finalmente decidió deshacerse de ella, tuvo que destruirla una última vez. Quería que quedara destrozada y deseaba que otros lo vieran, y pretendía que quien lo viera se asustara e hiciera el ridículo. Es alguien que ansia burlarse de los demás.

Benton sube la ventanilla.

—¿Y la conocía? —le pregunto.

Se seca la lluvia de la cara con las manos.

—Sabía a quién estaba matando —responde—. Peggy Stanton era solo una suplente. Todas sus víctimas son sustitutas. Ha matado antes, y volverá a matar o tal vez ya lo haya hecho, y va a seguir haciéndolo porque le da placer.

El limpiaparabrisas barre el agua del cristal mientras poco a poco avanzo hasta quedar a la altura de los coches aparcados delante del mío.

—La misma víctima cada vez. Una mujer. —Benton se sube la cremallera de la chaqueta—. Lo más probable es que sea una mujer madura, mayor que él. Una mujer asentada, madura, con algo en su haber. Podría tratarse de su madre o de alguna otra mujer que desempeñó un papel muy poderoso en su vida.

—Lo que me describes no es ciertamente un crimen por impulso. —Me doy cuenta de que a medida que pasamos se mueven las cortinas en las ventanas.

Los vecinos están alerta, observan cómo nuestro todoterreno se ha detenido en la calle y luego ha avanzado lentamente.

—Por aquí uno no secuestra a nadie ni se mete en líos ni hace nada de nada sin ser visto —le digo—. Uno no carga con un cadáver o una persona inconsciente desde su casa hasta su coche, no importa cuan oscuro esté afuera. El riesgo sería enorme.

—Lo que le sucedió estaba calculado.

—Meticulosamente —afirmo, porque estoy de acuerdo.

—Hubo un encuentro, tal vez más de uno. Pero ellos no se conocían entre sí —dice Benton—. O al menos ella no lo conocía a él.

La casa colonial de dos pisos de color blanco está rodeada por otras en sus tres costados. El estrecho patio está cubierto de arbustos que llegan hasta las ventanas del primer piso y se alzan sobre la pared de ladrillo que conduce al garaje. La lluvia nos azota el rostro y empapa nuestro cabello a medida que avanzamos por un sendero lleno de hojas secas y cubierto de maleza.

—Desde luego nadie ha cuidado el jardín en los últimos tiempos. —Levanto la voz por encima del ruido de la lluvia—. Me sorprendería que nadie se hubiera quejado, y es importante determinar qué luces han estado encendidas todo este tiempo y cuáles no —añado, porque muchas de las ventanas están a oscuras.

Nos apresuramos por la escalera hasta llegar a un porche cubierto, iluminado por un par de lámparas de cristal que cuelgan del techo, y la puerta se abre de par en par mientras nos quitamos los abrigos empapados. Douglas Burke aparece vestida con un sobretodo blanco con capucha, como si formara parte de una orden monástica, y nos conduce hasta una entrada pequeña pero elegante, que da a un comedor con sendas salas de estar a cada lado y una escalera de caracol que lleva al piso de arriba.

Una antigua araña de oro que cuelga del techo y parece francesa está encendida sobre una alfombra persa protegida con un plástico transparente, y sobre ella están los zapatos de ante que llevaba Burke y unos Oxford que supongo que son de Machado, además de cajas y montones de ropa protectora. El aire está viciado y huele a polvo.

—Si alguien la agarró en este lugar o la mató aquí, lo cierto es que no dejé ninguna señal que yo haya podido ver —dice Burke, y nos da unas toallas—. Pero no soy una experta, claro está.

La forma en que lo dice me llama la atención.

—¿Has encendido tú las luces del porche? —Benton se seca la cara y el pelo.

—Y todo lo que ahora está encendido. Cuando llegamos la casa estaba a oscuras. Muchas de las bombillas estaban fundidas. ¡Qué noche! —Ella cierra la puerta—. Espero que Noé esté construyendo otra arca.

Seco el maletín de escena del crimen y lo dejo al lado de una caja de fundas de calzado con suelas de PVC que se puede usar sin zapatos, y me paso la toalla por el pelo chorreante. Me siento pegajosa y marchita y un poco cohibida, y sé que sospecho algo, algo que no puedo definir y de lo que no me fío.

—¿Nada estaba encendido cuando llegaste aquí? —se asegura Benton.

—Lo único encendido aquí soy yo. Me he puesto hasta los codos de Sudafed, y apenas me sirve de nada. Éste es el típico lugar que hace que mis alergias se disparen.

—Tiene los ojos llorosos y la nariz congestionada.

—¿Y los vecinos no se dieron cuenta y no se preguntaron por qué la casa estaba siempre a oscuras? —pregunta Benton.

—¿Las bombillas se funden de manera gradual o todas al mismo tiempo? ¿Y no podría ser que los vecinos estuvieran pendientes de sus problemas y no por la labor de vigilarla? —supone Burke, y noto que habla rápido, como si estuviera nerviosa o excitada—. Tenemos una gran cantidad de vecinos que entrevistar, pero supongo que la hipótesis fue que ella salió de la ciudad, como hacía con regularidad. Era una de esas personas que tanto abundan por aquí, que no tienen que trabajar para ganarse la vida y se dedican al voluntariado y a otras actividades intelectuales. Ya sabes qué tipo de gente —le dice a Benton, como si él fuera de ese tipo de gente, y es difícil adivinar si está tomándole el pelo o coqueteando con él o todo esto no significa nada en absoluto.

—La mayoría de la gente deja al menos unas cuantas luces encendidas.

Benton continúa evaluando cuan reservada era Peggy Stanton, o si evitaba a sus vecinos, o si éstos podrían quererla, o evitarla, o tener algo en contra de ella.

Los depredadores escogen a sus víctimas por alguna razón.

—Hemos pasado por todas las habitaciones —nos hace saber Burke—. Si sigue dando vueltas en el sótano, dice que tiene algo que enseñarte, algo eléctrico. —Burke se dirige a Benton—. No me preguntes qué es. Yo apenas sé enchufar una tostadora. No hemos visto nada interesante por ahora, excepto que es obvio que el lugar lleva vacío por lo menos varias semanas.

«Varias semanas».

No me gusta la impresión que estoy teniendo.

—Hemos solicitado el historial de registros de la empresa de seguridad, que probablemente será la mejor indicación de cuándo estuvo aquí por última vez —añade Burke, pero yo no estoy de acuerdo.

—Una indicación de que alguien estuvo aquí por última vez no quiere decir necesariamente que esa persona fuera Peggy Stanton —le recuerdo—. Podría haber sido cualquiera que pasara por aquí. —Me quito las botas de faena, no las mismas que llevaba esta mañana, porque he insistido en darme una ducha y cambiarme de ropa antes de ir a ninguna parte—. Y puedo decir con certeza razonable que no estuvo aquí en las últimas semanas, porque ya estaba muerta. ¿Qué pasa con la señora de la limpieza? —pregunto.

—No ha estado aquí durante semanas, eso es obvio. «Semanas», dice, y no me gusta cómo pinta todo esto. Burke va a cuestionar cualquier conclusión a la que yo llegue basándose en si decide que los hechos son o no discutibles, y Benton no piensa mediar.

—¿No sabemos aún si tenía una persona que le limpiara la casa? —le pregunto—.

¿O si tal vez se encargaba de limpiarla ella sola?

—No lo sé todavía. El jardinero no ha venido en mucho tiempo, como has notado probablemente —responde, y mi opinión sobre ella no ha cambiado en los años que la conozco, siempre de pasada.

Antigua fiscal, brillante y agresiva, la agente especial Douglas Burke se ha venido mostrando debidamente atenta con la esposa del hombre para el que trabaja, codo con codo y en secreto. Me gusta y no me gusta. Nunca jamás he sabido con certeza qué opinión tiene de mí o qué siente por mi marido, pues oculta sus emociones e intereses, y en este momento estoy empezando a sentir que sus emociones son poderosas.

—La gente tiende a notar cosas como esta aquí, en Cambridge. —Benton se limpia la chaqueta y los zapatos con la toalla—. Si se descuida el mantenimiento del jardín o de la propiedad, inevitablemente alguien llama al ayuntamiento y se queja.

—Estamos recibiendo esta información también. —Burke nos pasa unos monos para que nos los pongamos—. Hemos descubierto que canceló su suscripción de prensa el tres de mayo.

—O alguien lo hizo por ella. —Benton deja cuidadosamente su chaqueta y los zapatos en la zona de seguridad cubierta con plástico—. Se puede hacer por Internet. Uno secuestra a alguien y no quiere que nadie descubra que la persona ya no está en casa, y se conecta a Internet y cancela la suscripción del periódico. Se asegura de hacer llamadas ocasionales con su móvil a directorios de asistencia o a cualquier sitio que registre las llamadas con grabaciones. O llama a las personas de la lista de contactos a horas extrañas y cuelga sin dejar ningún mensaje.

—Tenía la costumbre de cancelar la entrega del periódico en primavera o a principios del verano —nos informa Burke—. En concreto *The Boston Globe* cada vez que se iba de Cambridge, y después de que su familia muriera en el accidente de avión no parece que estuviera aquí en verano. No puedo imaginar lo que tiene que ser pasar por algo así. No puedo ni siquiera pensar en ello. Perder a todo el mundo al mismo tiempo.

—Esto la tuvo que cambiar por completo. Seguro que no fue la misma persona después de algo así, para bien o para mal. —Benton sigue evaluando en qué tipo de persona se pudo haber convertido Peggy Stanton.

—Si iba a su cabaña del lago Michigan, hacía que le enviaran el *Chicago Tribune*, pero eso no sucedió este verano.

Burke nos da guantes, y noto que le tiemblan las manos, probablemente por causa del Sudafed, o tal vez le excite la caza.

«¿Me quieres cazar? Adelante».

—Como he indicado, hasta el momento todo apunta a que nunca llegó a Illinois. —Ella me mira y yo le mantengo la mirada.

—¿Esta alfombra de abajo? —Señalo lo que hay bajo el plástico mientras camino por encima con mis cubrebotas.

—No hemos tocado nada. —Sabe lo que le estoy pidiendo.

Las áreas de suelo cerca de las entradas de acceso a una vivienda son importantes. Si un delincuente entra y sale de una casa, lo más probable es que dicha persona utilice una puerta. Ojalá Burke y Machado no hubieran caminado sobre la alfombra de entrada, chorreando agua de lluvia y arrastrando suciedad de la calle. Ojalá no la hubieran cubierto con plástico sin antes buscar pruebas: cabellos, fibras, tierra, restos botánicos, cualquier cosa.

—¿No habéis hecho nada en absoluto? —Doy un paso hacia la zona del piso sin cubrir, y veo un paragüero de hierro en un rincón a la derecha de la puerta.

En la base pone «A la Ménagerie du Jardin des Plantes», el nombre del zoológico de París. Y justo debajo de la base, entre la parte posterior de la misma y la pared, hay un anillo retorcido de plástico azul oscuro.

—Hemos estado aquí una hora entera. El plan es hacer un recorrido contigo antes de tocar nada —me explica Burke, como si yo fuera quien ha pedido este recorrido, y realmente no es un recorrido.

«Es una cacería».

—Entonces Sil recogerá pruebas si las hay —añade ella—. Sacaré huellas si las encontramos. Pero no creo que nadie que nos interese haya estado aquí. No creo que sea la escena del crimen. Es difícil saber a estas alturas quién ha estado entrando y saliendo, ni cuándo, y aunque sin duda vamos a obtener respuestas dudo que vayan a ser relevantes.

Es obvio que a estas alturas está convencida de que así será, y probablemente también lo estaba antes de venir.

—No hay señales de lucha ni de violencia, aunque tú eres la experta —me dice, hablándome como un abogado defensor—. Nada parece faltar, nada que indique un posible robo. Hay algunas joyas bastante caras en el dormitorio, en un cajón de la cómoda, y no parece que hayan revuelto nada. Su coche está encerrado en el garaje.

—Tenemos que echarle un vistazo —dice Benton—. Tenemos que analizar los indicadores, ver cuánta gasolina le queda y comprobar el GPS, si es que lleva uno.

—Sil ha pedido un camión —dice Burke.

—Bien, porque el coche no debe examinarse aquí —le respondo—. Debe ir al laboratorio, a la zona de pruebas.

Ella me hace preguntas en mi calidad de experta, y voy a contestar como tal. Podría salir por esa puerta, pero no lo haré.

—Probablemente la batería estará descargada —comenta Benton.

—Mierda. —Burke se toca la nariz con un pañuelo desechable—. Con tanto polvo se me van a salir los ojos de las órbitas.



—¿Qué pasa con las llaves del coche? —pregunto.

—Sobre esa mesa, en el cuenco, probablemente las dejaba allí.

—¿Y qué hay de un libro de bolsillo o una cartera? —El bello rostro de Benton aparece ahora enmarcado bruscamente en polipropileno blanco.

—No hay señales de nada por el estilo —responde Burke—. Parece que fue a algún lugar y luego pasó lo que pasó. Por supuesto, no sabemos si se trata de un homicidio. No sabemos a ciencia cierta si se vio envuelta en algo malo, ¿verdad, Kay?

No me lo está preguntando. Está poniéndome a prueba.

—¿Cómo crees que se las arregló para desaparecer si no condujo su coche? —le pregunto—. Ella tuvo que salir de casa en algún momento. Sin embargo, la llave del coche está aquí, ¿no? ¿Su coche está aquí?

—Lo que sucede —Burke mira cómo me pongo en cuclillas cerca del paragüero, para observar el anillo de plástico sin tocarlo— es que no sabemos a ciencia cierta si desapareció en Cambridge o incluso en Massachusetts.

—Salvo por el hecho de que fue en Massachusetts donde se encontró el cadáver —replico yo.

—Podría haber sido secuestrada en Florida, en Illinois... quién sabe dónde. —Lo hace pasar por una hipótesis, pero no me creo que eso sea lo que en realidad piensa.

—Tienes razón. No sabemos todo lo que ha sucedido —le respondo—. Pero su cadáver terminó aquí y eso es indiscutible.

—Aun así, no sabemos dónde desapareció. —Burke está dejándome claro por qué está involucrado el FBI, recordándome que el FBI tiene la jurisdicción cuando los delitos cruzan las fronteras estatales, recordándome por qué puede permitirse hacerme preguntas y desafiarme—. Podría haber salido de la ciudad por propia voluntad, haber entrado y salido y terminar en la zona. Tal vez estaba con alguien y murió de causas naturales y entonces por alguna razón la prioridad fue desprenderse del cadáver.

—Nada indica que muriera por causas naturales —afirmo.

—Y nada indica tampoco lo contrario —me replica.

—Alguien probablemente la mantuvo como rehén y guardó su cadáver en una cámara frigorífica durante meses. Y luego la ató de tal manera que su cadáver acabara desmembrado cuando alguien intentara recuperarlo de la bahía. Yo diría que eso es una indicación de que no murió de causas naturales —comento.

—Pero el caso es que no sabes qué la mató, ¿tengo o no tengo razón? —Deja la pregunta flotando en el aire.

—En este momento, no.

—Ni tampoco tienes ninguna intuición al respecto.

—No me manejo con intuiciones.

—Entonces, no lo sabes.

—No sé nada a ciencia cierta en este momento.

—¿Y no es raro que el cadáver esté aún en relativa buena forma? —Burke no me ha quitado los ojos de encima, y se me ocurre que podría pensar que estoy mintiendo.

—Sí —le respondo—. Me parece que este caso es extremadamente complicado e inusual. Probablemente va a ser toxicológico o de asfixia. Vamos a tardar un tiempo en averiguarlo.

—Entonces vamos a buscar algo aquí que pueda apuntar en la dirección de una sobredosis, de envenenamiento o de asfixia —dice ella—. Drogas, medicinas, algo así como una bolsa de plástico de la tintorería que podría haberse utilizado para asfixiarla.

—Y luego, ¿qué? —respondo—. ¿Alguien se llevó el cadáver de aquí sin que nadie lo viera y lo arrojó a la bahía?

—Estoy esperando a que tú me lo digas. ¿La guardaron en frío o en calor?

Sus preguntas están empezando a parecer un interrogatorio, y Benton echa un vistazo por la estancia y no nos mira.

—Donde la tuvieron hacía frío —le respondo—. Era un lugar muy frío y seco.

—Simplemente no lo sabemos con certeza —replica Burke con desdén, y mis cubrebotas emiten sonidos de plástico en el suelo de pino.

—¿Eres alérgica a los gatos? —le pregunto.

—La verdad es que sí, horriblemente. Y yo que pensaba que Benton era el adivino.

—El anillo de plástico en el suelo. —Indico lo que hay detrás del paragüero—. Es un juguete para gatos.

—No hay rastro de él, pero sí que parece que había uno.

—¿Hablamos de hace poco? —Benton está interesado.

—Hay una caja de arena en el baño principal —comenta Burke—. Y un par de cuencos de agua y alimentos en el suelo de la cocina.

—¿Pero no hay gato, vivo o muerto? —Benton está sopesando lo que podría significar.

—No, por ahora no.

—¿Dónde está la llave del coche ahora? —Inspecciono la mesa de la entrada, tallada en madera vieja con adornos de cobre, y un alto cuenco de vidrio opalescente con un diseño de pequeños azulejos.

Lo cojo y leo la parte de atrás: «Lalique». Otra antigüedad cara, y me pregunto si Peggy Stanton pasaba mucho tiempo en Francia.

—La tiene Sil. Ha guardado la llave y el llavero para el ADN, para revisarlos en busca de posibles huellas o cualquier otra cosa antes de abrir el coche, eso suponiendo que esté cerrado —comenta Burke—. Pero cuando los bomberos nos

abrieron, la llave estaba ahí mismo, en ese cuenco que ves, y parece ser la llave de un Mercedes de 1995. El llavero tiene una brújula antigua atada, tal vez una brújula de Boy Scouts. Las llaves estaban donde uno esperaría encontrarlas al entrar en una casa. Es un lugar típico para ponerlas, junto a la puerta.

—Excepto si se entra por el garaje. Entonces no es probable que caminara todo el camino hasta esta zona, subiera las escaleras y accediera al porche, especialmente si venía cargada con la compra —le respondo—. Hay un sendero que va desde el garaje hasta una puerta lateral que supongo que es la puerta de la cocina.

—Además de la llave del coche y una brújula, ¿había algo más en el llavero? —pregunta Benton—. ¿Una llave de la casa, del garaje?

—No.

—¿Y qué hay del correo? —Mira por las puertas entreabiertas, pero no entra en las habitaciones—. He visto un buzón en la entrada.

—Está vacío.

—¿Hacía que le enviaran el correo a otra dirección? —Poso el cuenco sobre la mesa hecha a mano y no me creo ni por un minuto que Peggy Stanton dejara la llave del coche o cualquier otra llave en la entrada—. Si su correspondencia no se reenviaba a ninguna otra parte, entonces el buzón debería estar lleno.

—No hay nada, salvo un par de circulares y correo comercial —responde Burke—. Así que parece que alguien se ocupaba de vaciarlo.

—La misma persona que pagaba las cuentas y se hacía pasar por ella —dice Benton, como si lo supiera a ciencia cierta—. Lo que me gustaría hacer primero es explorar el garaje, inspeccionar la propiedad con Machado, y luego echar un vistazo a la casa mientras dejamos que Kay tenga libertad para hacer lo que necesita. Doug, tal vez puedas enseñarle esto.

Lo que está haciendo es darme cierta libertad, pero sabe que no puedo quedarme sola. Me convengo de que simplemente está siguiendo el protocolo, porque no quiero creer que me ha traído a este lugar para que Douglas Burke pueda proseguir con sus pesquisas fortuitas y espontáneas, una inquisición que no puedo darme el lujo de abortar.

Me echo la correa de la cámara alrededor del cuello y tomo el maletín de escena del crimen. Para que quede constancia le digo que tengo la intención de pasar por ciertas zonas de la casa muy lentamente y que es importante que ella esté conmigo en todo momento. Le explico que no voy a abrir cajones ni miraré dentro de botiquines o armarios a menos que pueda hacerlo con un testigo, y que no recogeré ninguna prueba por mí misma a no ser que esté directamente relacionada con el cadáver.

Cosas como por ejemplo materiales biológicos o medicamentos, le digo. Pero —y se lo dejo bien claro— voy a mirar todo lo que se me permita ver, suponiendo que mi opinión pueda ser de ayuda.

—Claro, todo es útil —dice ella—. Tengo curiosidad por saber si sueles tomar tú misma las fotografías.

—Por lo general, no.

—Así que si Marino no está disponible, prefieres no traer a ninguno de los otros investigadores. Y tienes, ¿cuántos? ¿Unos seis?

—Yo no traería aquí a Marino, ni a nadie —le respondo—. No, en estas circunstancias.

Frente a la entrada, a la izquierda, hay un pequeño comedor con paredes de color azul Wedgwood y molduras blancas y adornos, y una mesa de caoba frente a la chimenea con seis sillas antiguas tapizadas en terciopelo rojo oscuro.

En un aparador observo platos decorados en oro, porcelana francesa antigua, y cubiertos de plata de ley, también franceses y antiguos, almacenados en cajas de madera. Todas las piezas muestran una pátina, como si hiciera mucho tiempo que nadie las ha limpiado. Sobre la mesa con mantel hay velas blancas sin estrenar, y las plantas de las macetas junto a una ventana con cortinas murieron hace mucho tiempo. Todo parece cubierto de polvo y lleva así muchos meses, calculo. Acciono un interruptor de pared y no pasa nada, las bombillas de la lámpara de araña y los apliques están fundidos.

—No parece que estén conectadas a un temporizador. —Compruebo los interruptores de la pared y los enchufes, buscando cualquier signo de regletas o enchufes u otros dispositivos que podrían haber permitido a Peggy Stanton programar ciertas luces para que se encendieran y se apagaran a horas determinadas—. ¿Estaban estos interruptores en la posición de encendido cuando llegaste aquí?

—Sí.

La agente Burke está más interesada en su teléfono móvil que en hacerme caso.

—¿Y los has dejado en la posición de encendido? —le pregunto, porque es importante.

—Las luces que están encendidas es porque quienquiera que estuviera en la casa por última vez las dejó así —dice, y sigue revisando sus correos electrónicos.

—Entonces se puede suponer que o bien ella dejó las luces del comedor encendidas la última vez que estuvo en casa, o bien alguien que no era ella lo hizo.

—La ventana de aquí da a la calle. —Está leyendo correos electrónicos y limpiándose la nariz con un pañuelo de papel—. Tal vez tenía la costumbre de dejar las luces encendidas en el comedor y así parecía que alguien estaba en casa.

—La mayoría de la gente no deja encendidas las arañas de cristal cuando salen a la calle, sobre todo si se van de la ciudad. Es un verdadero dolor de cabeza reemplazar tantas bombillas.

Ya he visto lo que tengo que ver aquí, y Burke apenas me escucha.

Salgo del comedor y cruzo el pasillo, esperando a ver qué vendrá a continuación. Me pregunto cuánto de lo que está sucediendo ha sido ideado por Benton. ¿Qué va a permitir que suceda? Burke me está acompañando por la casa porque tiene la

intención de interrogarme.

—Si hubiera tenido la costumbre de entrar y salir en coche, podría haber tenido más sentido dejar encendidas las luces del garaje. —Le digo lo que pienso de todos modos, sintiéndome de nuevo extraña, como cuando Jill Donoghue se puso a jugar conmigo al gato y al ratón en los tribunales.

Me detengo ante el sofá tapizado de flores en la sala de estar y a mi alrededor veo más antigüedades europeas, probablemente francesas: todo está correcto y polvoriento. Advierto una bolsa de lona en el suelo junto a un sillón de orejas, y en su interior hay madejas de lana y agujas de tejer, y una bufanda de color azul marino que se ve a la mitad. Si ella hubiera salido de la ciudad en verano, ¿habría olvidado llevarse consigo una labor que tenía ya empezada? La chimenea es de gas y muestra lo que semejan ser troncos de abedul, y hay un mando a distancia en la repisa de la chimenea.

—La chimenea funciona, lo he comprobado —comenta Burke.

—La mayoría de la gente apaga el calentador en verano y vuelve a encenderlo en otoño. ¿Esta casa se calienta con gas natural? Hace calor aquí dentro —digo, y al final encuentro el termostato—. La calefacción está encendida y ajustada a 18 grados.

—No estoy segura de si se trata de gas natural.

—Lo más probable es que sí. Tiene pinta de ser un calentador de gas. Si se deja encendido cinco o seis meses es muy probable que el gas se agote. De modo que ella debió de recibir entregas de combustible.

—Alguien recoge su correo, paga sus cuentas, se cerciora de que el gas siga llegando, y luego cancela su suscripción al periódico. —No indica qué saca en claro de todo ello o incluso si le resulta digno de mención—. No quiero decirte cómo debes hacer tu trabajo.

—Eso está bien, porque tampoco podrías.

—No estaba poniéndote en evidencia.

—Por supuesto que sí. Pero no pasa nada.

Veo flores en la mesita de café que están tan marchitas que es difícil decir lo que una vez fueron.

—¿Estás segura de que no murió en la bahía?

—No, no fue así.

Posiblemente tulipanes y lirios, que asocio con la primavera. Hay una funda para una tarjeta de plástico vacía pegada al florero.

—¿O sea que no crees que fuera atada y arrojada por la borda y que se ahogara?

—No, de ninguna manera —le respondo—. Ya estaba muerta cuando la ataron. Si esta mujer se disponía a salir de la ciudad para pasar el verano, ¿iba a dejar acaso un ramo de flores frescas sobre la mesa? ¿Por qué no tirarlo a la basura?

—¿Y cuánto tiempo estuvo en el agua? —A Burke no le interesan las flores.

—Yo estimaría que en el momento en que encontramos el cadáver no llevaba en el agua ni veinticuatro horas.

—¿Y ésta es una estimación basada en qué? Si no es mucho preguntar, quiero decir.

—No, no pasa nada —le respondo, porque no me importa que me sonsaque, y además estoy segura de que ella va a hacer lo que quiera, y me pregunto si se ha acostado con mi marido.

Me pregunto qué tiene esto de competitivo y de personal.

—Mi estimación se basa en la inexistencia de pruebas significativas de cambios de inmersión o de depredación marina, por ejemplo —le explico.

—¿Depredación marina?

—Los peces, los cangrejos. Aún no se la habían empezado a comer.

—Vale. Así que murió en otro lugar.

—Sí, lo hizo.

—¿Lo dices basándote en la autopsia?

—Creo que probablemente la secuestraron en algún lugar del que ella trató de escapar —le respondo—. Su estado post mortem indica que lleva muerta varios meses.

—¿Hay alguna posibilidad de que no llevara muerta tanto como piensas? —Burke me escruta como si yo fuera un rompecabezas que se puede desmontar y volver a montar.

—No estoy segura de cuánto tiempo lleva muerta —le respondo—. No como para ofrecerte la semana exacta, o el día, o la hora exacta, si eso es a lo que te refieres. Pero en base a lo que he visto hasta ahora, me parece que no ha estado en casa desde que todavía hacía tanto frío como para tener la calefacción puesta. Por aquí, eso sería en marzo o abril. Supongo que no había ninguna tarjeta en ese ramo de flores, ¿no?

—Yo no la toqué, y Sil tampoco lo habrá hecho. Así que parece que no —responde, y se lleva el pañuelo de papel a la nariz y parece quejumbrosa e irritable.

—¿No sabemos cuándo le entregaron estas flores ni quién se las entregó?

—Vamos a comprobarlo con los floristas de la zona para ver si consta en algún registro de envíos —dice ella—. Y vamos a verificar sus tarjetas de crédito para ver si podría haberse comprado las flores ella misma.

—Me pregunto si alguien que no fuera ella podría haber estado usando también esas mismas tarjetas.

—Alguien que tenía acceso a su cuenta bancaria. Alguien que tenía sus libros de cheques —responde Burke—. No sería nadie de la familia. Sus familiares están muertos.

—La mayoría de la gente no le quita la tarjeta a un ramo y la tira a la basura. No, si las flores se las ha enviado alguien que tiene importancia para ellos.

—No he comprobado la basura todavía.

—Por responder a tu pregunta de forma tan definitiva como me es posible —digo, mientras reviso las revistas sobre la mesa de café—, en base al estado del cadáver, calculo que lleva muchos meses muerta.

*Antigüedades y Coleccionismo, Comerciar con Antigüedades, Smithsonian...* Son números de revistas que van desde diciembre hasta abril.

—Saber cuánto tiempo lleva muerta a ciencia cierta es realmente importante —dice Burke, y eso es lo que quiere de mí y tiene la intención de discutirme, porque ella ya se ha hecho una idea de lo que está buscando y lo que cree que puede llegar a probar.

Una idea que de momento no puedo comprender, aunque no tengo ninguna duda de que no se me ha pedido que examine esta casa por las razones que he asumido en un principio. No, no estoy aquí para ver si hay indicios de violencia, asfixia o una sobredosis de drogas. Estoy aquí por Marino.

Burke quiere interrogarme sobre él, y tengo una sensación de plomiza inevitabilidad, siento que algo oscuro y pesado se extiende sobre mí y que no puedo escapar de ello, ni siquiera me atrevo a salir corriendo, pues si lo hago va a ser aún peor. Sé en qué me estoy metiendo, y sé que Benton lo vio venir de lejos. Me advirtió a su manera, mientras veníamos de camino. Burke se ha enterado de detalles sobre el pasado de Marino que aparecen en los registros de búsquedas.

—¿Meses? ¿Dos, tres, cinco meses? ¿Cómo funciona eso de mirar un cuerpo muerto y calcular? —me pregunta, y hago todo lo que puedo por explicarle algo que no es tan simple, mientras entro en una cocina dominada por una mesa de roble antiguo y una araña de hierro hecha a mano.

El fregadero doble de porcelana está vacío y seco; la cafetera industrial, desconectada y limpia, y a cada lado de la puerta que conduce al garaje hay cortinas en las ventanas. Burke sigue mis pasos, me permite ir delante, sin prestar apenas atención a lo que digo mientras continúa comprobando su teléfono y sondeando quién soy y qué soy. No puedo evitar sentirme traicionada. No puedo evitar sentir que Benton ha elegido de qué lado está y no es del mío, y al mismo tiempo lo entiendo totalmente y no esperaré menos de él.

El FBI está haciendo su trabajo de la misma manera que yo hago el mío, y Burke me puede preguntar lo que quiera sin leerme mis derechos porque no me encuentro bajo custodia policial. No soy sospechosa de ningún crimen ni una persona de interés en uno. Sin embargo, Marino sí que lo es. Yo podría alejarme de Douglas Burke en cualquier momento, pero eso no haría otra cosa que acrecentar sus sospechas sobre él.

—A menos que se conozcan las condiciones es imposible determinar con precisión la rapidez con que un cadáver se deseca. —Le explico qué es la momificación, mientras ella sigue poniendo en duda cualquier cosa que le diga al



respecto—. ¿Qué calor hacía? ¿Cuánto frío? ¿Cuáles eran los niveles de humedad? El apellido Stanton no es francés. —Miro a mi alrededor—. En esta casa las antigüedades y otros elementos son franceses y exquisitos y únicos. ¿Cuál era su apellido de soltera?

—Margaret Lynette Bernard. Peggy Lynn. Nacida el 12 de enero de 1963, en Nueva York. Su padre era francés, un comerciante de antigüedades con tiendas en Nueva York, París y Londres. Ella creció en la ciudad, estudió un máster en trabajo social en la Universidad de Columbia pero no lo terminó, probablemente porque se casó y formó una familia.

Ha estado investigando, excavando en los registros, abarcando la historia de toda una vida en un abrir y cerrar de ojos, o en las teclas de una ciberexperta como Valerie Hahn, quien por cierto brilla por su ausencia, pienso ahora. Los correos electrónicos parecen estar aterrizando sin parar en el teléfono de Burke.

—Todo ese sacrificio. Mira todo lo que le dio, y a cambio ese tipo decide volar en malas condiciones. —Burke me observa con los ojos vidriosos—. Error del piloto. —Entonces estornuda, y pienso en la ironía de todo esto.

El ADN del FBI estará por toda la casa, no el de Marino.

—¿Ésta fue la conclusión de la Junta Nacional de Seguridad del Transporte o la tuya propia? —le pregunto.

—Despegó en un avión sobrecargado, no pudo mantener la velocidad y es posible que su hija de nueve años de edad, Sally, estuviera en ese momento a los controles del aparato.

—¿Una niña de nueve años de edad estaba manejando el avión?

—Había estado tomando clases. Al parecer era muy hábil, y había recibido un montón de atención de los medios, que la tildaban de una nueva Amelia Earhart.

Le están informando de todo desde la sede, eso creo. Los motores de búsqueda discriminan datos en distintas fuentes de noticias y se las descargan a Burke para que pueda tenderme una emboscada mientras aún tiene la oportunidad. Y yo podría salir por esa puerta ahora mismo.

—De todos modos, el avión cayó en picado después de despegar de Nantucket. Error del piloto al cien por cien. Cien por cien de error paterno —dice Burke, juzgando.

—Eso es muy triste. Estoy segura de que un padre nunca tendría la intención de cometer una cosa así —contesto—. ¿Y qué hizo Peggy Lynn con su vida después de perder a su familia?

—Al parecer, recibió algunos premios por su servicio público y salió en las noticias —me informa Burke—. Cosas de voluntariado con ancianos, les enseñaba a resolver pasatiempos, pintar y hacer trabajos manuales. Exactamente, ¿cuánto tiempo crees que lleva muerta? —insiste, como si todavía tuviera que responderle a eso.

La encimera de granito negro está limpia y vacía. Hay un bloc de papel y un lápiz al lado del teléfono, y entonces veo una bolsa de 170 gramos de golosinas de gato con sabor a salmón que se ha abierto y vuelto a cerrar.

—Creo que debemos recoger esto.

Empujo la bolsa con el dedo enguantado y el espacio debajo está limpio de polvo.

Con el rostro congestionado e inexpresivo, Burke se queda mirando la bolsa sobre la encimera sin acercarse.

—Parece que falta el gato —le recuerdo—. Y parece que alguien le dio golosinas, lo que a su vez sugiere que mientras la casa estaba todavía ocupada el gato andaba por aquí.

—Seguramente se lo llevó con ella al marcharse —afirma, con voz nasal—. Pues obviamente salió de aquí, y yo diría que además por su propio pie, más que secuestrada. Y es obvio que cuando se fue de esta casa no pensaba volver por un tiempo —me suelta de improviso, como si yo estuviera agotando su paciencia.

—Así que se fue con su gato, sí, pero sin su coche. Posiblemente a Illinois o Florida, y por el camino le sucedió algo que acabó con ella arrojada a la bahía —resumo sus palabras para subrayar lo ilógico de su razonamiento.

—No podemos desechar que ella no fuera a encontrarse con alguien. —Se saca un pañuelo de papel nuevo de la manga cubierta de Tyvek—. Alguien que tal vez la recogió, lo que explicaría que el coche siga aquí. Y tal vez se juntó con la persona equivocada, alguien a quien conoció por Internet, por ejemplo.

Hay dos cuencos de gato sobre una estera en el suelo, cerca de la puerta que da a la calle, uno está vacío y el otro tiene un residuo duro, restos de pienso.

—Conoces a Pete Marino desde hace mucho tiempo —dice Burke.

—Yo lo recogería. —Reitero mi sugerencia acerca de las chucherías del gato—. Me parece que está fuera de lugar. Es el único paquete que está fuera y además abierto. Debe llevarse al laboratorio para buscar huellas y ADN. Será mejor que no lo toques.

Está sonándose la nariz y estornudando. Sus guantes no están limpios.

—Benton me ha hablado de él.

Quiere ignorar lo del gato, y yo no se lo voy a permitir.

—Un plato está vacío porque el agua se ha evaporado —continúo—. El otro plato tenía comida y no se ha lavado. A veces son los detalles más nimios los que importan.

—Un matrimonio volátil, problemático. Y él se mostraba violento con su esposa.

—No tengo noticia de que abusara de Doris. No físicamente —digo, y no quiero ni imaginar qué cara se le quedaría a Doris si cogiera el teléfono o abriera la puerta y el FBI estuviera allí, para hacerle preguntas sobre Marino.

—Un hijo involucrado en el crimen organizado y que fue asesinado en Polonia.

Burke está mirando el teléfono.

Podría ocuparme de la bolsa, pero prefiero no hacerlo porque no está relacionada con el cadáver ni es biológica, pero abro mi maletín de escena del crimen. Burke no me ha dejado otra opción. Recojo la bolsa de golosinas para el gato y la etiqueto y le pongo mis iniciales.

—No deberías descartar la posibilidad de que la persona responsable de lo que le sucedió a ella haya estado después dentro de esta casa.

Sigo pensando en las llaves de la casa que faltan y en la agenda. Pienso en una llave de coche sobre el cuenco de Lalique, caro y antiguo, donde alguien cuidadoso con sus pertenencias jamás dejaría las llaves ni cualquier otro artículo que pudiera romper o rayar el vidrio, o dañar la delicada madera, vieja y pulida.

—Y qué me dices de aquel caso en Virginia, hace unos nueve años, cuando Marino estaba trabajando para ti. —Burke se muestra implacable, sin la menor sutileza—. Regresaste a Richmond, te llamaron como consultora en la muerte sin resolver de una niña llamada Gilly Paulsson.

«Así que ahora los motores de búsqueda han descubierto eso también», pienso.

—Mientras estuvisteis allí, Marino tuvo un problema —añade ella.

Eso no está colgado en Internet, y es poco probable que Marino se lo haya contado. Tal vez se lo haya dicho Benton. Y supongo que también es probable que hayan interrogado a la madre de Gilly Paulsson. Lucy sabe de qué fue acusado Marino, pero ella nunca hablaría con Douglas Burke ni para darle la hora.

—Una acusación que se demostró completamente infundada. —Trato de no mostrarme demasiado inflexible ni de anticiparme a lo que estoy segura de que viene a continuación.

—La policía no recibió ningún informe sobre el tema —comenta Burke, mientras lee otro correo electrónico.

—No hubo ningún informe porque se trataba de una acusación infundada, hecha por una perturbada con la que Marino fue tan imprudente como para tener un lío —le digo.

—Parece que ha cometido unas cuantas imprudencias.

—Si uno observa las relaciones de la mayoría de la gente encontrará una gran cantidad de imprudencias.

—Yo no creo que su caso sea muy común que digamos.

—No, probablemente no lo es.

Abro la puerta del refrigerador.

No hay nada dentro salvo condimentos y conservas de frutas sin azúcar. No hay zumos, ni leche, ni alimentos con fecha de caducidad, nada que pueda sernos útil, y, o bien Stanton Peggy vació su nevera porque iba a dejar la ciudad, o bien otra persona, un ser maligno, lo hizo por algún motivo. Siento cómo Burke acecha cada uno de mis movimientos, cada una de mis expresiones faciales.

Me está diseccionando, observa cada pequeño detalle, y yo se lo permito. Como cualquier investigador, va a ir tan lejos como le deje, tal vez tenga otros motivos y puede ser que le esté afectando la pseudoefedrina, a lo mejor la está volviendo agresiva.

—Le conoces desde hace ya media vida, ¿verdad, Kay?

Piso el pedal del cubo metálico de basura y no encuentro nada dentro, solo una bolsa vacía. Abro el armario de debajo del fregadero y saco una caja abierta de bolsas de basura y la pongo sobre la encimera.

—Tal vez alguien vació la basura —explico—. Tal vez alguien que no sea ella. Tal vez alguien que vino aquí a hacer unas cuantas cosas.

—Tiene mal carácter, ha estado en rehabilitación, y en los últimos meses ha vuelto a empinar el codo. —Burke no mira nada, solo a mí, y está de pie cerca de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Esto debe comprobarse para sacar huellas y ADN. Si no lo quieres recoger tú, lo haré yo. —Saco una bolsa de papel del maletín y recojo las pruebas yo misma.

—Comenzó a beber de nuevo más o menos al mismo tiempo en que se puso a tuitear con Peggy Stanton.

—Ya estaba muerta el primer fin de semana de septiembre —le digo, mientras recojo la bolsa vacía que reviste el cubo de la basura—. Estaba muerta mucho antes de eso.

—¿Cuándo supiste que Marino había vuelto a beber?

—No sé a ciencia cierta ni si Marino ha vuelto a beber ni cuándo se supone que lo ha hecho.

—¿De modo que ella ya estaba muerta mucho antes del primer fin de semana de septiembre? ¿Estás absolutamente segura?

Le digo que sí, que estoy segura.

—No sé cómo has podido creer a pies juntillas que semejante cosa sea cierta; simplemente me resulta confuso —me dice, y otra vez está escribiendo en su teléfono—. De hecho, se trata de algo tan subjetivo como si tres ciegos se pusieran a describir

a un elefante.

—El tiempo de la muerte depende de muchos factores, y es complicado — respondo. No voy a ponerme a la defensiva, no pienso darle esta satisfacción.

—Dime por qué estás tan segura de que esta señora lleva muerta desde la primavera. Dime en qué te basas, además de en haber ojeado las fechas de un par de revistas, un ramo de flores marchitas, unas cuantas bombillas fundidas y la maleza acumulada en el patio.

Reviso los quemadores de gas en la cocina. Tienen llama.

—La ausencia de daños causados por insectos, el moho en el rostro y el cuello, la descomposición de los órganos y su temperatura corporal central nos indican que estuvo almacenada en una estructura cerrada donde el aire era seco y muy frío —le digo de nuevo—. Posiblemente la congelaron.

—Según varias publicaciones, la momificación completa puede tener lugar en tan solo dos semanas. Así que dilucidar el tiempo que esta mujer lleva muerta es más bien una cuestión de opiniones.

—En realidad, no lo es.

—Tú dices meses. Otros dicen semanas.

Abro la despensa y no encuentro nada percedero. Los productos enlatados habituales, todos ellos libres de sodio. Cereales integrales, arroz y pasta.

—Para tener una opinión informada se necesita algo más que navegar por Internet —replico, para que vea que sé que alguien está haciendo precisamente eso, probablemente el que le envía tantos correos electrónicos.

—Estoy segura de que podría encontrar a unos cuantos expertos con un nivel de formación igual al tuyo cuyas opiniones serían muy diferentes a la tuya.

La he hecho enfadar.

—Yo también estoy segura de que podrías encontrarlos. —Siento sus ojos en mi espalda—. Eso no significa que sus opiniones fueran correctas.

Al parecer, Peggy Stanton comía un montón de ensaladas. Un estante está lleno de botellas de aliño italiano para ensaladas sin grasa, debe de haber un par de docenas de botellas, que tal vez estaban de oferta en Whole Foods. Cierro la puerta de la despensa.

«Una señora prudente y que se cuidaba y cuidaba a su gato. Era frugal. Controlaba lo que quedaba de su mundo».

—Dos semanas —repito lo que Burke ha dicho antes—. ¿Casos en los que un cuerpo se ha momificado completamente en dos semanas? Eso es muy interesante.

—Está en la literatura —replica con actitud polémica, y es mejor así.

Es más fácil. Dejemos que lea todo lo que aterrice en su bandeja de entrada y ya le daremos el golpe de gracia.

—¿Y dónde podría suceder algo así? ¿En qué lugar podrían unos restos humanos

ser desecados por completo después de solo dos semanas?

Salgo de la cocina.

—Ciertamente no puedo decir exactamente dónde. Solo que es posible.

—Supongo que estamos hablando del desierto del Sahara. —Me dirijo arriba—. Es el desierto más cálido del planeta, y en esas condiciones un cadáver perdería en un santiamén un setenta por ciento de su volumen por culpa de la deshidratación. Quedaría tan seco como la cecina.

Burke está justo detrás de mí.

—Una persona de setenta kilos que acabe completamente momificada tendrá luego un peso de unos veinte kilos, será solo cuero y huesos, piel reseca que se rompe —le hago saber—. Eso es lo que causan el calor extremo y la aridez. No es algo que se encuentre por aquí.

—La gente es creativa. Especialmente si son expertos, si eso es lo que hacen profesionalmente. —Al decir esto se refiere a Marino, como no podría ser de otra manera—. Expertos en investigación de homicidios y técnicas forenses asociadas a recopilar pruebas.

A la izquierda del pasillo hay una habitación para invitados, y justo enfrente, con la puerta abierta, está el dormitorio principal. No hago ni caso a lo que me quiere dar a entender.

—Hoy te citaron en las noticias por haber afirmado en el tribunal que al cadáver de Mildred Lott le hubiera llevado meses convertirse en jabón. —Burke saca ahora este tema, y no me sorprende, y me pregunto si también le han enviado eso por correo electrónico—. Dijiste que uno de los requisitos era la inmersión en agua fría.

La cama de matrimonio tiene dosel. El edredón es negro y blanco, suave y cuidadosamente escondido bajo tres almohadas.

La más cercana a la mesita de noche donde se conecta el teléfono está arrugada, como suelen estarlo las almohadas cuando uno ha dormido encima.

—Pero también han encontrado en esta misma condición jabonosa cadáveres que habían sido sellados en ataúdes y bóvedas estancas, ¿no es cierto? —replica. Burke no se rinde, aunque debería—. Los cadáveres forman adipocira sin agua.

—No todo lo que anuncian como estanco lo es —le respondo.

—Te crees infalible, ¿verdad?

—Nadie es infalible. Pero mucha gente está mal informada.

Echo hacia atrás el edredón y las sábanas y las almohadas de debajo están perfectamente lisas en un lado de la cama y arrugadas en el lado cerca del teléfono. Advierto la presencia de pelos de gato cortos y de color blanco grisáceo.

—No han cambiado las sábanas. No se cambiaron después de que alguien durmiera aquí por última vez. —Sigo tomando fotos de todo lo que veo—. Alguien durmió o se acostó en el lado derecho de la cama, junto al teléfono. Parece que el

gato ha estado en la cama en algún momento. Me gustaría comprobar el cajón junto a la cama.

Hay un protector bucal nocturno en un recipiente de plástico azul. Lleva la dirección y el nombre del dentista de West Palm Beach que le causó daños y le supuso gastos innecesarios a Peggy Stanton. Pongo dos botes de medicinas sobre la mesa y los fotografío, y luego los meto en bolsas de pruebas de plástico.

—Relajantes musculares recetados por su dentista, el doctor Tirón —le digo a Burke—. Los medicamentos deben ir al laboratorio. Y me gustaría recoger los protectores bucales. Es posible que el doctor Adams desee echarles un vistazo.

—A lo que quiero llegar, Kay, y para ello es necesario que me des tu opinión de forma objetiva... —comienza a decirme, y la interrumpo.

—¿Y por qué ibas a suponer que yo podría ser otra cosa que objetiva?

Abro la puerta del armario.

—Estoy segura de que puedes imaginar por qué me preocupa el tema.

Su tono ya no es acusatorio u hostil, sino cariñoso, como si pudiera entender por qué yo encubriría a Marino, cómo podría sesgar o incluso falsificar resultados de la autopsia por él.

Paso las manos enguantadas a través de la ropa colgada en perchas, un montón de trajes de pantalón y pantalones y blusas de aspecto serio y anticuado, y perchas de cedro espaciadas con varillas. No veo ni un vestido ni una falda y tampoco blazers ni chaquetas con antiguos botones militares o poco comunes.

—Te preocupas por él —dice Burke, como si fuera algo bueno.

Peggy Stanton perdió a su familia y el tiempo se detuvo para ella: desde ese día todo siguió igual, el futuro que le aguardaba se estrelló con aquel avión. Su existencia se convirtió desde entonces en algo rígido y obsesivamente protegido, y me es difícil imaginar que alguien así estuviera interesado en Twitter.

—Me pregunto si se ha llegado a encontrar algún ordenador por aquí —comento.

—Todavía no.

Las fotografías que se ven en mesas y aparadores son de una época en la que en la vida de Peggy Stanton aún estaba la gente que amaba: su esposo, un hombre de aspecto agradable, con traviosos ojos negros y un mechón de pelo oscuro que le caía sobre la frente; dos niñas a caballo y practicando natación, una de ellas en un avión. Ninguna de las fotografías es reciente. Peggy Stanton no aparece en ninguna de ellas.

—Si no tenía un ordenador, ¿cómo es que estaba en Twitter? —le pregunto.

—Tal vez tenía un ordenador portátil que se llevó consigo.

Tal vez en su teléfono, en un iPad, cualquier cosa que pudo llevarse consigo cuando se fue de aquí.

—No veo nada que sugiera que estuviera interesada en la tecnología —le respondo—. De hecho es todo lo contrario, sobre todo si nos fijamos en el viejo

televisor de ahí, junto al teléfono fijo.

Abro otro armario, donde veo unos cuantos suéteres con botones doblados en estanterías con bloques de cedro metidos entre ellos, y los zapatos dispuestos en una rejilla en el suelo son de suela de crepé y tacón bajo: hechos para estar cómoda, y no para lucir elegante. No me sorprende que el pelo de Peggy Stanton fuera prematuramente blanco y que ella no se molestara en teñírselo o que su esmalte de uñas fuera de un discreto rosa pálido, casi color carne. No veo nada que me indique que hiciera nada por mostrarse atractiva, más allá de lo que el dentista le hizo, y sospecho que eso sucedió porque él la convenció con malas artes.

—No se encuentran marcas como Tulle o Audrey Marybeth o Peruvian Connection, ni una sola etiqueta de éstas. —Veo en el suelo del armario una sombrerera cubierta de polvo, con la palabra «FOTOGRAFÍAS» escrita en mayúsculas en la tapa—. La mayoría de las prendas son de las tallas 30 o 32, no de la 28. Me gustaría abrir esto.

En el interior hay fotografías enmarcadas que reviso, todas de ella, una mujer guapa con el pelo negro azabache y unos ojos oscuros y brillantes, arrebatadores. No era en absoluto de la forma en que la he imaginado después de examinar su cadáver y ahora sus pertenencias. Aparece vestida con ropa de equitación y senderismo, en kayak, y también hay una foto de ella en París cuando debía de tener unos veinte años: una mujer aventurera y llena de vida antes de que el mundo se detuviera para ella.

—Tengo serias dudas de que estuviera buscando una relación romántica o que fuera de las que contactan a través de Internet con un desconocido que se hace llamar El Nota o *The Dude* —comentó—. Nada sugiere que fuera una jugadora de bolos empedernida, no se ven zapatos ni bolas de bolera ni trofeos. Y ni la ropa ni las joyas que he visto en fotografías son remotamente similares a lo que su cadáver llevaba encima. No parece ser de la misma talla. Hubiera sido ropa demasiado pequeña para ella, por lo menos cuando estaba viva y no momificada.

—Lo que me pregunto es si podrían fabricarse las condiciones necesarias para que un cadáver se momificara rápidamente —contesta Burke.

—Fuera lo que fuera que llevaba cuando fue secuestrada y desapareció —añado —, no es lo que llevaba puesto en la bahía. La habían vestido para la ocasión. Alguien se ocupó de la puesta en escena. Alguien lo hizo por una razón.

*Para obtener placer.* Pienso en lo que me dijo Benton. El asesino coreografía lo que le hace sentir importante y poderoso. Sea lo que sea, lo hace con víctimas que no tienen nada que ver con él. En realidad no son ellas las que él está secuestrando y matando.

—¿Puede la momificación inducirse artificialmente? —pregunta Burke, y sé lo que quiere.



—¿Quieres decir, si se coloca el cadáver dentro de un espacio seco y muy caliente, por ejemplo —le estoy dando lo que ella quiere—, y se deja para que se deshidrate...? —Entro en el cuarto de baño y veo que el suelo es de azulejos en blanco y negro, y hay una bañera con pies y grifos transversales de latón—. Para lo cual se precisaría tener acceso a un lugar así y sentirse confiado en que lo que uno está haciendo no será descubierto por nadie. —La llevo hacia donde quiere dirigirse.

—¿No es cierto que la momificación en una estructura cerrada, caliente y seca podría tener lugar en tan solo once días? —añade, y acaba de darme todas las pistas que necesito para ratificar la que sospechaba que era su teoría—. ¿Qué pasa si una persona instala una sauna en su sótano? ¿Algo así podría funcionar?

—¿Como la que tiene Marino, quieres decir?

—Sí —dice ella—. Como la que instaló en su casa cuando la compró el verano pasado.

—¿Te refieres a la sauna que construyó a partir de un kit, en la que solo cabe una persona sentada en un banco no mucho más ancho que el asiento de un inodoro?

La cabina de la ducha muestra el mismo tipo de azulejos, y las pastillas de jabón parecen secas. Nada se ha utilizado recientemente. Abro la puerta de espejo del botiquín sobre el lavabo de mármol con grifos y accesorios en malaquita y bronce.

—¿Esa sauna portátil tan horrible que parece un retrete químico portátil? —le pregunto.

Ella guardaba más protectores bucales nocturnos, todos del mismo dentista de West Palm Beach.

—¿Una sauna con un temporizador de sesenta minutos por lo que uno debe estar constantemente conectándola? —prosigo y Burke está en silencio junto a la puerta.

Recojo botes de medicinas con receta: relajantes musculares como Flexeril o Norflex y antiinflamatorios como Vioxx y Celebrex. Estaba tomando un antidepresivo, nortriptilina, y todas estas medicinas se las prescribió ese dentista, el doctor Tirón, y guardan relación con los tratamientos para el trastorno de la articulación temporomandibular o ATM.

Era un caso grave, sufría dolores crónicos. Estaba a punto de conseguir que le hicieran una intervención dental para aliviar un estado tan doloroso que puede causar el bloqueo o la dislocación de la mandíbula, un pitido horrible en los oídos y un dolor constante que se irradia hacia el cuello y los hombros y debilita todo el organismo.

—¿Así que debemos suponer que fue deshidratando poco a poco el cuerpo, corriendo escaleras abajo cada sesenta minutos para restablecer el calentador de infrarrojos, y eso incluyendo la semana pasada, cuando estuvo fuera de la ciudad, en Florida? —Tengo cuidado de no sonar sarcástica—. Y, por cierto, de haberlo hecho con ese kit, que compró porque pensó que le ayudaría a perder peso, eso implicaría que el cadáver debería quedar apoyado en una posición sentada. —Salgo de la

habitación—. Y ella se habría desecado en esa posición —sigo diciendo mientras bajo por las escaleras, con Burke a mis espaldas—. ¿Y qué habría sucedido si el cadáver se hubiera enderezado, como por efecto del lastre o de un flotador que tirara de él cuando estaba amarrado en el agua? Pues que la tensión habría provocado fracturas en piel y articulaciones. Ella no presenta ninguna fractura cutánea, y su temperatura corporal era más fría que la de la bahía, lo cual no es posible a menos que el cadáver se hubiera conservado refrigerado, posiblemente congelado.

Estamos de vuelta en la entrada. Me detengo junto a la mesa con el cuenco de cristal, donde estoy segura de que Peggy Stanton jamás dejó las llaves del coche, y Burke y yo nos vemos frente a frente, vestidas ambas con monos con capucha de color blanco, sin la menor pretensión de ser amables ni ninguna cordialidad.

—Hace cinco años te agredió en Charleston, Carolina del Sur. —Saca ahora la carta que se guardaba en la manga—. Se presentó en tu casa a altas horas de la madrugada y trató de violarte, y nunca lo denunciaste a la policía. —Hay una nota de triunfo en su voz, y estoy segura de que no me lo estoy imaginando—. ¿Por qué nos ibas a contar nada que pudiera meterlo en problemas ahora, si ya te habías negado entonces, y eso después de lo que te hizo? —se pregunta.

—No conoces los hechos.

Oigo pasos en el porche delantero.

—Y yo te estoy pidiendo que me los cuentes.

No contesto, porque no pienso hacerlo.

—¿Eres consciente de cuáles son las leyes en materia de agresión sexual en Carolina del Sur?

—No, no lo soy.

—No las trasgredisteis —dice ella.

—No es relevante.

—Así que todavía lo proteges.

—No conoces los hechos —repito.

—Mira, te daré hechos. Él solía hacer de cazatesoros. Ahora ya sabes algo más sobre él —dice Burke, y veo que ha estado esperando el momento de hacer esto.

«Por eso estoy aquí, en esta casa, contigo».

—Y Peggy Stanton llevaba botones de la Guerra Civil en la chaqueta. ¿Se había molestado Marino en contarte que él había estado tuiteando con una mujer que coleccionaba botones antiguos?

—No he visto en esta casa ninguna prueba de la existencia de una colección de botones antiguos —le respondo, sin delatar la menor emoción.

—De modo que no vas a hablar conmigo sobre lo que él te hizo.

—No.

—¿Entiendes el problema al que me enfrento? Y no es que yo disfrute tocando

este tema. Lo siento... —empieza a decir Douglas Burke, justo cuando la puerta de entrada se abre de golpe y se cuele la lluvia.

Benton lleva algo envuelto en una toalla.

—Si él realmente hubiera intentado violarme, puedo asegurarte que lo habría conseguido. —No me importa que me oiga—. Pete Marino es un hombre muy grande, y en el momento en que esto ocurrió iba armado. Así que si lo que pretendía era dominarme físicamente o ponerme una pistola en la cabeza para obligarme a hacer lo que él quisiera, lo habría conseguido. Pero no lo hizo. Detuvo lo que nunca debería haber empezado. Se detuvo.

Benton y Machado gotean sobre la alfombra cubierta de plástico debajo de la lámpara francesa, y la toalla está sucia y mojada, y me doy cuenta de que algo peludo y gris me mira a escondidas.

—Una ventana rota sin pantalla —comenta Machado, y lo que acaban de oírme decir parece seguir suspendido en el aire—. Sabes, está cerca del suelo, y el garaje no tiene alarma y de alguna manera el gato la abrió y empujó la pantalla. Así que supongo que durante todo este tiempo ha estado entrando y saliendo del garaje, y que se hizo una cama en una caja allí mismo. Probablemente ha encontrado comida por allá, o tal vez la gente lo haya estado alimentando.

Tomo el gato de manos de Benton. Tiene el pelo corto de color gris y negro, los ojos dorados y las orejas planas. Es un fold escocés que parece un búho, y lleva un viejo collar antipulgas alrededor del cuello.

—Sin identificación —dice Benton, y le lanza a Burke una mirada penetrante.

—Obviamente se trata de un gato doméstico. Una hembra. ¿Cuál es tu nombre? —La envuelvo en una toalla limpia, y ella no se resiste—. Ya veo. No me lo vas a decir.

Está delgada y sucia, pero parece relativamente en buena forma, con las uñas muy largas, curvadas y afiladas.

—Bueno, no salió de casa por su cuenta. —Benton me mira, y sabe lo que acaba de suceder—. Y ciertamente no la habría abandonado. —Quiere decir que Peggy Stanton no habría dejado a su gato correteando por ahí al irse de la ciudad.

Siento cómo su rabia hierve a fuego lento.

—Entonces, ¿quién dejó salir al gato?

Se saca la capucha blanca y se pasa los dedos por el pelo.

—Alguien que no tiene el menor respeto por la vida humana, pero que no haría daño a un animal. —Se agacha para quitarse las fundas del calzado—. Si la hubiera dejado en casa, esta gata se habría muerto de hambre. Así que regresó. Entró. Sabía el código de la alarma. Y tenía las llaves.

—Había una bolsa de golosinas para gatos abierta en la encimera —digo, mientras la gata esconde la cabeza debajo de mi barbilla y ronronea—. ¿Tal vez las

usó para tratar de atraerla y poder sacarla afuera?

—¿Dónde está esa comida para gatos? —Machado se quita las fundas de los pies, y están mojadas y sucias de caminar al aire libre.

Señalo las bolsas de pruebas que he dejado en la mesa de la entrada.

—Si tuvo que atraer al gato, entonces es que no era alguien familiar —dice Benton.

—¿Ha huido de vosotros? —pregunto.

—Al contrario, ha venido corriendo cuando estábamos en el garaje.

—Bueno, parece muy sociable, pero tal vez no con él. Tal vez sintió algo que la hizo desconfiar —respondo, mientras me pregunto qué voy a hacer con ella.

No la voy a dejar aquí.

—Parece que el cuadro eléctrico ha sido modificado hace poco —me dice Benton a mí, e ignora a Douglas Burke, y le conozco y sé que está completamente indignado—. Hay un subpanel que no casa con el resto. En el sótano.

—¿Y está conectado a qué?

La gata se frota contra mi oreja, ronroneando.

—A nada. No hay ranuras en el panel principal. Parece como si la mujer hubiera llamado a alguien, tal vez un manitas, tal vez un electricista, pero lo que éste hizo fue una chapuza. Al parecer, tenía la intención de instalar algo que tendría que estar conectado a un interruptor. —Benton no mira a Burke, prácticamente está de espaldas a ella—. Un cable nuevo va desde el subpanel a lo largo de la pared hasta una nueva toma de corriente.

—Dices que el trabajo es reciente, ¿cuánto? —pregunta Burke, y quien responde es Machado, pero no le responde a ella.

Me explica que en el sótano hay una zona de trabajo, una gran mesa con pinceles, moldes para galletas, utensilios de madera y un rodillo.

—Tal vez quería hornear algo allí —dice Burke, y él me describe un lavabo portátil sobre ruedas, y no sé lo que quiere decir.

—¿Un fregadero portátil, dices? —Estoy desconcertada—. ¿Conectado a un grifo? ¿Por qué iba a hornear nada en el sótano? ¿Por qué no usar su cocina?

—Más bien es como un recipiente de plástico sobre un soporte con ruedas. Te lo puedo mostrar si quieres —me dice Machado.

—Sí, mejor antes de que me quite todo esto. —Me refiero a la ropa de protección.

—A la gata no pareció importarle que la sostuviera en brazos, así que no creo que le importe que vayamos a echar un vistazo. ¿Hay una puerta en el sótano que da afuera?

—Los bomberos han entrado justo por ahí.

—Podemos bajar y luego salir por allí.

—El fregadero o lavabo parece bastante nuevo, está justo donde la nueva toma de

corriente. —Él se pone unas fundas limpias sobre el calzado—. Hay un montón de pedazos de cables esparcidos. Cables negros, blancos, verdes, del número seis, como los que se usan en una toma de tierra —me explica—. Pero fuera lo que fuera que ella planeaba, al final no lo hizo. Estoy pensando que tal vez iba a poner un horno, pero estoy de acuerdo en que es un lugar extraño para hornear galletas o lo que sea. Tenemos que encontrar al que le hizo la chapuza eléctrica.

La lluvia ha cesado y la noche es fría y húmeda mientras conduzco a casa sola, con la gata.

Benton le ha pedido a Burke que lo acerque hasta el CFC para recuperar su coche, pero no creo que esta sea la verdadera razón. Le va a cantar las cuarenta. Le va a hacer saber lo que piensa de ponerse ciega de pseudoefedrina, de ponerse ciega de speed y luego mostrarse agresiva conmigo, y al diablo con sus alergias. Lo que ha hecho estaba fuera de lugar. Me importa una mierda la razón que esgrima para obrar así, y a él le pasará lo mismo: está furioso por lo que ha escuchado, y en verdad debería estarlo.

No es que yo no entienda por qué Burke necesita saber más cosas sobre Marino, pero de ser yo la investigadora jamás me habría comportado así. Fue un error. Era acoso. Era intimidación. Solo puede haber una explicación para que ella supiera esas cosas y me las echara en cara de ese modo, y me imagino que antes había hablado con Benton y no me cabe duda de que él se sintió obligado a revelar lo que sabía. No podía mentir ni esquivar la pregunta, por supuesto que no. Me digo que no se le puede culpar por ser sincero, y él no podía decir que Marino nunca ha demostrado tener potencial para la violencia, y específicamente para la violencia sexual, porque no es así.

Pero Burke no necesitaba detalles truculentos, y me ha interrogado como si quisiera saber lo que había ocurrido, como si tuviera intención de humillarme y dominarme, de hacerme exactamente lo que Marino me hizo, y eso es lo que me preocupa. Me preocupa cuál es su verdadera motivación, y estoy sorprendida por la forma en que eventos que vienen de tan lejos vuelven a presentarse ahora en nuestras vidas y nos damos de bruces con ellos. Lo que Marino hizo cinco años atrás me golpea de cerca, de tan cerca que se puede tocar: puedo escuchar lo que sucedió, puedo olerlo, es como un *flashback* postraumático. Los nervios que estaban entumecidos han cobrado vida, y mientras conduzco siento un hormigueo y un escozor, y aunque sé que voy a superarlo, no voy a perdonar a Douglas Burke. La culpa de infligir intencionalmente daño cuando no era necesario ni justificado, y en verdad no lo necesitaba para demostrarme que tenía razón.

Sigo Massachusetts Avenue hasta Harvard Square. La gata va acurrucada en mi regazo, sobre una toalla, y me molesta no saber su nombre. La necesidad de saberlo me obsesiona, porque ella ha tenido un nombre desde hace bastante tiempo, probablemente desde que era una gatita, y no quiero llamarla algo diferente, algo

erróneo. Ya ha sufrido bastante.

Estaba fuera, sometida a las inclemencias del tiempo y Dios sabe lo que ha sufrido, lo sola y hambrienta que ha estado, y me imagino a Peggy Stanton poniéndole comida y agua en sus cuencos en la cocina. La imagino recogiendo su bolso y las llaves, saliendo a dar una vuelta, con la intención de regresar a casa. Pero la siguiente vez que se abrió la puerta, no fue ella quien entró.

Era un extraño que usaba su llave de la casa, y probablemente entró por la puerta de la cocina para no ser visto por los vecinos o por cualquier persona en la calle. Esta persona que de alguna manera la secuestró y mató sabía el código de la alarma y fue de habitación en habitación, dejando luces encendidas en algunas, y esas flores, y quién las pudo enviar me despierta sospechas. Estoy preocupada por la llave del coche hallada en el cuenco de Lauque, que es donde la dejó esta persona a propósito.

¿Para quién la dejó?

Un ramo de flores sin tarjeta. Flores frescas que nunca se arrojaron a la basura. En la cocina desaparecieron todos los alimentos perecederos, pero no las flores, y yo sigo pensando en eso, al igual que pienso en la llave dejada en la entrada cerca de una puerta que dudo que el asesino usara.

¿Para quién dejó esas cosas, en realidad?

Desbloqueo el móvil y llamo a Sil Machado, porque no puedo llamar a Marino.

—Soy la doctora Scarpetta.

—Qué casualidad.

—¿Por qué casualidad?

—¿Qué pasa, doctora?

—Estoy pensando en su coche dentro del garaje. Me dirijo al norte de Porter Square.

—Ya se ha llevado sano y salvo al laboratorio. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¿Y qué hay de la llave que encontramos dentro de la casa? —le digo—. ¿Estamos seguros de que es la llave de ese coche?

—Sí. Abrí la puerta del conductor para echar un vistazo rápido, pero no toqué nada ni traté de ponerlo en marcha.

—Eso es bueno. ¿Y la llave?

—Tengo la llave y el llavero. Sí.

—Me gustaría verlos en algún momento.

—Solo es una llave y un llavero en dos piezas y una vieja brújula negra que estoy pensando que pudo haber pertenecido a una de las niñas —dice—. Una brújula de *girl scout*. Tal vez sus niñas eran *scouts*. O *brownies*, supongo. ¿A qué edad pasa una chica de ser *brownie* a ser *girl scouts*?

—No sabemos si sus hijas fueron *brownies* o *girl scouts*.

—La brújula. Sin duda es una brújula de explorador.

—Creo que es posible que él condujera su coche hasta la casa, lo devolviera al garaje y dejara la llave donde lo hizo, porque no sabía dónde se guardaban las llaves —le digo—. Es probable que no la conociera bien. Pero lo más importante es que tal vez dejó ahí la llave por alguna razón, posiblemente de carácter simbólico.

—Esto es interesante.

—Puede que él nunca antes hubiera estado dentro de la casa y caminara por allí cuando ella ya estaba muerta —continúo—. Pero tenemos que tener cuidado para no dejar que se sepa. Quería asegurarme de decírtelo, porque tengo la corazonada de que él no se da cuenta de que alguien podría descubrir esto.

—¿Quieres decir que no cree que nadie sepa que regresó a la casa?

—Quiero decir que no cree que nadie sepa que estuvo allí. Aunque fuera solo una vez.

—Esto es interesante, porque acabo de recibir el registro de alarmas. ¿Y qué vemos, aparte de los bomberos, que se colaron por la puerta del sótano con el *hooligan*? —Se refiere a una barra para hacer palanca, una herramienta llamada Halligan—. La última vez que se desarmó el sistema de alarma fue el 29 de abril, domingo, a las 23:50 horas. Alguien estuvo dentro de la casa durante aproximadamente una hora, y luego reinició la alarma. Obviamente esta persona se fue y nunca regresó. Y no ha habido más actividad de alarma hasta esta noche, como te he dicho.

—¿Ni siquiera falsas alarmas?

—Todo lo que hay son contactos en puertas. No hay sensores de movimiento ni roturas de vidrios, nada de la mierda habitual que suele hacer saltar las alarmas.

—¿Y antes del 29 de abril?

—Ese viernes, el día 27 —afirma—. Un par de entradas y salidas, y luego alguien salió alrededor de las seis de la tarde, restableció la alarma y ésta no se apagó otra vez hasta el domingo día 29 en el momento que te acabo de decir, ya casi a la medianoche.

—Es posible que en la noche del viernes fuera ella la que salió. Ella fue a algún lugar, posiblemente en su coche. Y quien regresó a última hora del domingo fue otra persona.

—Vale, te entiendo.

—¿Te has fijado si había algo en los cubos de basura? —le pregunto.

—Estaban totalmente vacíos —responde.

—El camión de la basura pasa los lunes —comento—. Me pregunto si esta persona vació el frigorífico de productos perecederos, sacó la basura y la puso en la acera.

—¿Y luego metió el cubo de nuevo bajo el porche?

—Sí. Y es posible que al mismo tiempo esa persona vaciara el buzón y



suspendiera su servicio de prensa.

—Dios mío. ¿Quién hace algo así? No es un extraño cualquiera.

—Ella tal vez no era una extraña para él, pero eso no significa que él no fuera un extraño para ella. No estoy diciendo que sus caminos no se cruzaran, solo sugiero que eso no implica que ella tuviera alguna relación personal con él, tal vez ni siquiera era consciente de su existencia. —Mientras hablo pienso en todo lo que Benton me dijo sobre la persona a la que estamos buscando—. Lo que me gustaría hacer es obtener impresiones, huellas latentes y rastros en el coche a primera hora de la mañana. En otras palabras, un examen completo. No solo una comprobación del kilometraje y el GPS sino comprobarlo todo. ¿Podrás estar presente?

—Cuenta conmigo.

—Y si te topas con registros o facturas del veterinario, tal vez veas algo con el nombre de la gata.

—Podría llevar uno de esos chips.

—Voy a pedir que la examinen en el veterinario —le respondo—. Tal vez Bryce puede llevarla mañana. Vamos a ver si hay un número de identificación que podemos cotejar con el registro nacional de mascotas.

Cuelgo el teléfono, giro a la derecha en White Street, y me siento terriblemente mal porque no tengo ni idea de cómo llamarla.

—Lo siento mucho, pero no puedo llamarte «gata» a secas —le digo, y ella ronronea con fuerza—. Si pudieras hablar podrías contarme qué hacías fuera de la casa, lo que hizo esa mala persona. No solamente era una persona poco agradable, sino malvada, y sospecho que tenías miedo de él porque sentías que realmente era malo. Un hombre en el que nadie repara. Pero que es cruel. Y tú te diste cuenta, ¿verdad? Justo cuando entró en la casa, ¿verdad? Y no te acercaste a él hasta que te engañó con esas golosinas que vi sobre la encimera. —Acaricio sus orejas planas, su cabecita, y ella frota el morro contra la palma de mi mano—. O tal vez saliste corriendo por la puerta. Tal vez huiste. Voy a comprarte una bolsa de esas chucherías, las mismas, Greenies de salmón, porque sé que es lo que tu ama te compraba, las he visto a montones en un armario. Y de pavo integral, que también las vi en la cocina, y en abundancia. Ella se aseguró de que estuvieras bien alimentada, tenías un montón de cosas saludables para comer, ¿verdad? No parece tener pulgas, pero te voy a dar un baño y a lavarte, por lo que probablemente te vas a enfadar conmigo.

Es casi medianoche cuando llego al aparcamiento del supermercado Shaw, iluminado con altas farolas y bordeado por árboles desnudos que ahora se mecen al viento. La noche se ha calmado considerablemente.

—Supongo que podría llamarte Shaw, ya que ésta es nuestra primera salida juntas —le digo, mientras aparco cerca de la entrada de ladrillo con columnas—. Me disculpo por no saber quién eres exactamente, y no quiero que te preocupes, pero voy

a tener que dejarte en el coche durante unos minutos porque en casa no tengo nada para gatos. Solo cosas para perros, y el mío tiene una dieta de pescado muy aburrida, y también golosinas de boniato. Se trata de un viejo galgo llamado Sock, que es muy tímido y que probablemente te tenga miedo.

La dejo envuelta en la toalla sobre el asiento del conductor, cierro la puerta y estoy apuntando el mando a distancia para bloquear el vehículo cuando otro coche entra y sus faros me ciegan. Por un instante no puedo ver nada, y luego se baja una ventanilla y es Sil Machado, sonriéndome.

—Oye, ¿qué estás haciendo, doctora?

—Compras para la gata —digo, y me acerco a su Crown Vic—. ¿Me estás siguiendo?

—¿Estamos seguros de que era realmente su gata? —Maniobra el coche en el parking y saca un brazo por la ventanilla—. Y sí. Te estoy siguiendo. Alguien tiene que hacerlo.

—La lógica te diría que sí que es su gata. Pero yo no lo sé a ciencia cierta. Parece perdida y sin hogar. —Miro a mi alrededor en el aparcamiento casi vacío; alguien tira de un carro de la compra en el otro extremo—. ¿Vas a entrar?

—No necesito nada de la tienda —responde—. Solo me aseguro de que llegues a casa sana y salva. —Parece extraño que diga algo así—. Sé que estás acostumbrada a ir donde se te antoje a cualquier hora. Pero solo me estoy cerciorando de que estás bien —repite.

—¿Sabes algo que yo no sepa? —Veo bolsas de pruebas en el asiento trasero, incluidas las que he recogido yo misma.

—Se trata de alguien que está familiarizado con Cambridge, ¿verdad?

—Alguien que está familiarizado con la casa, con el barrio. Alguien que de todos modos se ha hecho familiar. —Doy un paso atrás para mirar por la ventanilla de mi todoterreno, asegurándome de que la gata está bien.

Está sentada sobre la toalla.

—Ha sacado la correspondencia del buzón, ¿no? Tal vez ha vaciado también la basura y la ha dejado en la calle para que la recojan, ¿verdad? —Machado me mira, y parece tan serio e inflexible como el granito—. Así que estoy pensando que este tipo se siente cómodo por aquí. Sabe cuándo sacar el correo del buzón, probablemente por lo menos una vez a la semana. Sabe cuándo pasa el camión de la basura. Odio lo que ha sucedido allí dentro. Vamos, que Burke se ha pasado cuatro pueblos.

—No sé si lleva mucho tiempo recogiendo su correo —digo, y no voy a hablar de lo que acaba de suceder.

—Marino y yo salimos a dar vueltas con las Harleys. Y así es como estamos de juntos. —Machado mira al infinito—. A veces trae una pizza, a veces viene a tomar café, a veces nos encontramos en el gimnasio... Es un buen tipo, un tipo legal que

jamás te faltaría al respeto. No tenía ni idea. Vamos, que no sé qué decir, salvo que sé lo que siente por ti. Yo sé que él daría la vida por ti.

—Estoy suponiendo que esta persona recogía el correo una vez a la semana o un par de veces al mes, a una hora en que no es probable que nadie la viera. Es obvio que no quería levantar sospechas y que la gente se pusiera a buscarla, mientras él todavía tenía el cadáver almacenado en algún lugar durante meses. —No pienso hablar con él de Marino—. ¿Tienes el llavero ahí?

—Vale, sí. —Busca en el asiento trasero y encuentra la bolsa de papel marrón. La abre y saca una bolsa más pequeña que tiene la llave del coche dentro, y me la pasa por la ventanilla—. Nunca he visto un caso con alguien tan retorcido. Esto no es normal, doctora.

—¿Y cuándo es normal un asesinato? Sostengo la bolsa transparente y la ilumino con la luz de mi teléfono.

—Así que crees que es un psicópata que vive en un mundo de fantasía, aunque en la calle se comporte como un tipo normal y corriente.

—¿Qué te parece? —La llave del coche es por infrarrojos, con una pila, y lleva unida una brújula con un mecanismo de desenganche rápido y una arandela a cada lado.

—Sí, no hay duda de ello. Es alguien que pasa desapercibido. Alguien en el que nadie repara.

—Ese llavero se ve bastante nuevo —comento, mientras se lo devuelvo—. Contiene la llave de un Mercedes de dieciocho años y una brújula que es una antigualla.

—¿Una antigualla? ¿Quieres decir que es tan antigua como el coche? —Vuelve a meter la bolsita de plástico en la bolsa de papel marrón.

—Lo que quiero decir es que verás cómo las *girl scouts* no han utilizado brújulas como ésta en mucho tiempo. Yo diría que por lo menos tiene cincuenta años.

—¿Estás de broma? Así que tal vez fuera de Peggy Stanton.

—Ella tenía cuarenta y nueve años, por lo que también es anterior a ella y todo depende de dónde sacó la brújula, o de quién la puso ahí. —Observo a la gata—. Una vieja brújula, un anillo con una moneda antigua, y botones antiguos cosidos en la chaqueta que llevaba... Se trata de alguien interesado en la historia y en objetos de coleccionista, pero ¿quién?

—Entra ya —me dice Machado—. Voy a esperarte y te seguiré hasta casa, solo para estar seguro. Así me sentiré mejor.

Camino hacia el toldo verde de la entrada y entro en el supermercado, tomo un carro y me dirijo al pasillo de alimentos para mascotas, donde encuentro una caja de arena y una pala, y también comida, golosinas y varios juguetes. Busco champú antipulgas, harina de avena y un cortaúñas, y cuando vuelvo a mi todoterreno y abro

la puerta de atrás, Shaw está sentada en el asiento con sus patas traseras hacia afuera, tal y como un fold escocés acostumbra a hacer, lo que es diferente al modo en que se sientan los demás gatos.

—Vamos. —La recojo, consciente de que Machado está estacionado cerca y con los faros encendidos—. Vamos a volver a la toalla y a mi regazo, ¿de acuerdo?

Ella no lucha ni se resiste lo más mínimo mientras conduzco a casa con Machado justo detrás de mí, y me pregunto por qué está preocupado. No puedo dejar de sospechar que tal vez sabe algo que no me está contando, algo relacionado con Marino, pero parece imposible que Machado pueda pensar ni por un minuto que Marino tiene algo que ver con la muerte de Peggy Stanton o con la paleontóloga desaparecida. Pero eso depende de qué le han contado, especialmente si ha sido Burke quien se ha ocupado de hacerlo.

Conduzco hacia el sur, cortando por Garfield y por Oxford hacia la escuela de teología de Harvard, y de ahí a Norton's Woods, donde está la Academia Americana de las Artes y las Ciencias, rodeada de árboles, ahora a oscuras. El pavimento silba húmedo bajo los neumáticos y Machado sigue justo detrás de mí cuando corto por Kirkland hacia Irving Street. Nuestra casa de tres pisos de estilo Federal es de color blanco, con persianas negras y un techo de pizarra, y no sé si Benton está en casa. Entro por el camino y aparco a un lado del garaje, y Machado detiene su vehículo en la calle y espera hasta que saco los comestibles y a Shaw de mi coche.

Abro la puerta del porche acristalado y la alarma comienza a sonar. Introduzco el código, entro, y al empujar la puerta con la cadera siento el ruido de las pezuñas de Sock sobre la madera de la sala. Benton no ha llegado aún. Siento que Shaw se pone tensa en el interior de la toalla cuando Sock aparece por el pasillo, y no puede recibirlo como me gustaría.

—Tenemos visita —le digo a nuestro galgo de hocico gris, que nunca tiene prisa—. Y vosotros dos vais a ser amigos.

Al pasar junto a las habitaciones voy encendiendo luces, y voy hasta la cocina, con armarios color cereza y electrodomésticos de acero inoxidable. Dejo las bolsas de la compra y encierro a Shaw dentro de la despensa para que no vague por ahí ni se esconda. Saco a Sock al jardín trasero, donde mis rosas han perdido las últimas flores, y veo que la vidriera del hueco de la escalera está a contraluz. Le pido disculpas a Sock por llegar a casa tan tarde, y sé por los correos electrónicos que su cuidadora me ha enviado que lo ha paseado por última vez a las cinco y que le dio varias golosinas. Pero nadie le ha dado de comer, a menos que Benton se haya hecho cargo de él, y me siento como una madre negligente.

La delgada silueta de Sock con sus largas piernas y su morro puntiagudo se mueve como una sombra por el jardín con paredes de piedra que a los niños del barrio les encanta escalar. El lugar favorito de mi perro es donde no hay luces con

sensores de movimiento. Y luego él me sigue dentro, y le doy de comer, y le acaricio, y empiezo a llenar el fregadero con agua caliente, y recojo toallas, y me pregunto dónde se ha metido Benton.

—Hace mucho que no tengo gato —le digo al recogerla de la despensa, y ella ronronea—. Y sé que no te va a gustar, pero piensa en ello como en un spa.

Saco una silla de la mesa de la cocina, me siento, poso la gata sobre mi regazo y le corto las uñas.

—Bueno, parece que ya te lo han hecho antes, pero quizá no te hayan dado un baño. Los gatos odian el agua, o eso es lo que se dice, aunque a los tigres les gusta nadar, así que vete a saber quién está en lo cierto.

Me pongo los guantes de goma y la meto en el agua tibia, hago espuma con el champú antipulgas y termino poniéndole harina de avena. Ella me mira con sus grandes ojos redondos y yo me echo a llorar.

No sé por qué.

—Eres de buena pasta. —La froto con una toalla grande y suave—. Nunca había visto un gato que se comportara tan bien como tú.

Me seco los ojos.

—Eres casi como un perro. —Miro a Sock, que está echado en su cama cerca de la puerta—. Los dos huérfanos de la misma manera.

Y lloro un poco más.

—La gente que os cuidaba ya no está, y luego os traigo a casa y me doy cuenta de que no es lo mismo.

No puedo ni empezar a imaginar si los animales recuerdan algo o no, pero Shaw pudo haber sido la mejor amiga de Peggy Stanton y vio quién la mató y no me lo puede decir. Ella no puede decírselo a nadie. Y ahora esta testigo muda está en mi casa tumbada boca arriba, encima de una toalla, en una postura que ningún gato digno adoptaría jamás. Cierro las puertas y busco en la nevera algo que calentar, pero no veo nada que me apetezca. Abro una botella de Valpolicella y me sirvo un vaso, y decido cocinar un poco de pasta fresca con una simple salsa de tomate, y vuelvo a la despensa. Shaw está a mis pies.

Tomo un par de latas de tomates pelados enteros y derrito un poco de mantequilla con sal en una cacerola y luego añado una cebolla cortada por la mitad. Ella se frota contra mis piernas, ronroneando.

—Si Benton estuviera aquí podríamos salir afuera y poner en la parrilla un poco de salchicha italiana —le digo a la gata—. Sí, sé que hace frío y está todo mojado, pero eso no me detendría. No te preocupes. No lo haré. No vamos a estar por ahí en la oscuridad, solas.

Se me ocurre que seguramente Machado ya se habrá ido, y me acuerdo de volver a poner la alarma, y pongo a hervir agua con sal. Pongo la mesa en la sala de estar y

enciendo el fuego, y bebo más vino y trato de contactar con Benton varias veces más, pero salta el buzón de voz. Es casi la una de la madrugada. Podría llamar a Machado, pero no quiero preguntarle dónde está mi marido. Podría llamar a Douglas Burke, pero no lo haría ni loca. Apago el fuego. Me siento en frente de la chimenea de gas con Shaw en mi regazo y Sock acurrucado a un lado, ambos durmiendo, y bebo, y cuando he bebido lo suficiente llamo a mi sobrina.

—¿Estás despierta? —le pregunto, cuando Lucy responde.

—No.

—¿No?

—Se trata del buzón de voz. ¿En qué puedo ayudarte? —dice.

—Sé que es tarde. —He oído a alguien de fondo, o eso creo—. ¿Es que tienes encendido el televisor?

—¿Qué pasa, tía Kay? —No está sola, y no me lo va a decir.

Me despierto sin recurrir a la alarma y por un instante no sé dónde estoy ni quién está conmigo en la cama. Muevo la mano bajo las mantas y siento la caliente y delgada muñeca de Benton y sus afilados dedos, y me siento vacía por dentro al sentir lo que sentía en mi sueño. Era con Luke con quien estaba.

Ha sido un sueño vivido y sus sensaciones aún persisten, las de sus manos y su boca. Nervios despiertos y llenos de deseo. Y me deslizo cerca de Benton y le acaricio los músculos magros de su pecho desnudo, y el vientre, y cuando lo he puesto a tono hacemos lo que queremos y no hablamos.

Cuando no queda nada nos duchamos y volvemos a empezar, el agua caliente cae con fuerza, y él se muestra duro, casi enojado, nuestra lujuria igual a la que sentíamos cuando engañábamos y mentíamos, desesperados por satisfacer lo que rugía por debajo de nuestra calma exterior, y el alivio casi no duraba. No podíamos estar lejos el uno del otro y no nos cansábamos, y lo quiero conmigo.

—¿Dónde has estado? —le digo a la boca, y él me pone contra la pared de azulejos mojados, y el agua cae con fuerza, y yo se lo pregunto de nuevo.

Me dice que está aquí sin decirlo, y yo estoy aquí y le pertenezco, y no puede haber forma alguna de negarlo. Hacemos el amor como cuando estaba mal, cuando él tenía esposa y no estaba contento con unas hijas que no tenían nada que ver con él, y luego, durante mucho tiempo, él desapareció.

Él no estaba en ninguna parte y luego volvió, pero no conmigo, y Marino lo puso todo aún peor, y después de eso cada vez que nos tocábamos, algo se sentía diferente. Nada fue lo mismo hasta que la traición y los celos nos recuperaron el uno para el otro, como un hueso que está soldando mal y que debe romperse de nuevo. Hemos tenido que sufrir para llegar hasta aquí.

—Quédate esta vez —le digo a la boca, el agua humeante cae sobre nosotros—. Quédate esta vez, Benton.

Cuando nos vestimos me pregunta qué estaba soñando.

—¿Qué te hace pensar que soñaba? —Miro los trajes colgados en el armario, y pienso en cómo revisé la ropa de Peggy Stanton.

—No importa. —Se pone de pie frente al espejo de cuerpo entero para atarse el nudo de la corbata.

—Importa, o no me lo preguntarías.

—Los sueños son sueños a menos que se conviertan en algo más —responde, y mira mi reflejo en el espejo. Me decido por unos pantalones muy poco glamurosos,

un suéter y unos botines prácticos y cálidos.

Va a ser un día muy largo, aunque espero que no tan largo como ayer, pero quiero estar cómoda con mis pantalones de pana y mi chaqueta de punto, y hace mucho frío, estamos bajo cero.

Se ha formado hielo en los árboles desnudos y en los de hoja perenne, como si los hubieran pintado o glaseado con azúcar, y mientras muevo la cortina para ver la calle e imaginar cómo va a ser conducir ahí afuera, Benton pisa la madera dura del suelo y la alfombra y me echa los brazos alrededor y me besa en el cuello.

Sus manos redescubren lo que momentos atrás han poseído, y se cuelan por debajo de la ropa que acabo de ponerme.

—No lo olvides —me dice.

—Nunca lo he olvidado.

—Últimamente lo has olvidado. Ayer lo hiciste.

—Adelante, dilo. —Quiero que me diga lo que vio, quiero que lo suelte de una vez.

Sus manos están donde él quiere.

—¿Y tú...? —me pregunta.

—Y yo, ¿qué? —No se lo voy a poner fácil—. Tienes que preguntarme lo que quieras saber.

—¿Le dijiste que lo harías? ¿Le hiciste creer que estabas dispuesta a hacerlo?

—Le dije que no lo haría.

—Él te estaba tocando —dice Benton mientras me toca—. Él creía que estabas dispuesta a hacerlo. Que lo deseabas.

—Yo le dije que no lo haría, y no hay más que hablar —le contesto, y me lleva hasta la cama.

—¿Eso es todo, de verdad? ¿Ha habido algo más?

—No hay nada más. —Le desabrocho el cinturón.

—Porque si hay algo más tendré que matarlo. Lo haré, de hecho, y me saldré con la mía.

—No lo harás. —Le bajo la cremallera—. Y no podrías salirte con la tuya.

—Quería matarlo en Viena porque ya lo sabía entonces.

—No hay nada que saber. No hay nada más que lo que ya sabes —le respondo, y le pregunto por ella—. Vas a arrugarte la camisa. —Le pregunto sobre Douglas Burke—. Te voy a arrugar la camisa. Te la voy a dejar hecha un asco.

Siento la suavidad del algodón blanco y la seda negra contra mi piel desnuda, y le pregunto de nuevo, y después ya no le pregunto nada más hasta que nos encontramos en la cocina y yo estoy dando de comer al perro y a la gata.

—Shaw ciertamente parece haberse hecho a la casa —digo, y echo una cucharada de comida en un plato y se lo pongo sobre una alfombra cerca de la puerta de la



despensa—. Es como si hubiera vivido siempre aquí, pero debemos encerrarla en la habitación de invitados, en un espacio cerrado, hasta que esté familiarizada con el entorno. Aunque tengo la sensación de que Bryce va a adoptarla. Bastará con que le eche una mirada.

—Debemos llevarla al veterinario para que la examine. —Benton se echa café. Es alto y erguido, viste un traje oscuro, tiene el cabello húmedo y plateado y peinado hacia atrás.

Y no me responde sobre Douglas Burke.

—Voy a hacer que Bryce la lleve hoy, y que la examine a conciencia. —Abro una lata de comida para perros—. ¿Vas a venir a mi oficina para ver si encontramos algo en el coche?

—Tengo que lidiar con el problema de Marino.

—¿Vas a hablar con él?

—Hablar con él no ayuda. Ya le han hablado lo suficiente, y no hay nada que hacer. Y no pasó nada, Kay —dice entonces Benton, y se está refiriendo a algo completamente distinto—. No pasó nada, pero no porque ella no quisiera. Fui yo el que no quise.

Me está contando que Douglas Burke se siente atraída por él y que ha tratado de hacer algo al respecto. Ella podría estar enamorada de él, y cuando me dice esto sé que ella lo está. Y lo está hasta los huesos.

—Esto podría ser parte del problema. —Le da un sorbo al café y observa cómo le pongo el tazón a Sock en su alfombrilla, que está a una distancia segura de la alfombra de Shaw, aunque los dos parecen en paz, como si ambos supieran por lo que ha pasado el otro y no estuvieran dispuestos a negar el auxilio a ninguna criatura.

—¿Qué quieres decir con «podría ser»?

—Cuando empezamos a trabajar juntos, yo realmente pensaba que ella era lesbiana. Así que todo ha sido muy confuso.

Me pasa un café.

—¿Cómo es que te has vuelto de repente tan obtuso? ¿Qué es lo que haces para ganarte la vida? ¿Es que de repente eres tonto de remate?

Él sonrío.

—Tal vez no sea tan astuto cuando se trata de mí. Siempre soy el último en enterarme.

—Y una mierda, Benton.

—Tal vez yo no quería darme cuenta.

—Ésa es la historia más probable.

—Yo me habría apostado algo a que era lesbiana.

—Sea lo que sea, lo cierto es que no debería haber hecho lo que hizo anoche.

—Ella lo sabe, Kay. Y aun siendo malo para ti, para un agente del FBI es bastante

terrible perder el control de esa manera. Perdió el control. Es así. De mala manera. Y eso se lo van a tener en cuenta con independencia de la bronca que yo le pueda echar.

—No la deseas. —Le estoy dando otra oportunidad para que confiese.

—Yo no la deseo, y de hecho estaba seguro de que le interesaba Lucy. Se ponía increíblemente nerviosa cerca de Lucy —dice.

—Lucy podría hacer enrojecer a la madre Teresa de Calcuta.

—No, lo digo en serio. —Benton abre el refrigerador y saca una jarra de zumo de naranja sanguina y sirve un vaso para cada uno—. Estoy tratando de pensar en la última vez, cuando fue tan obvio que casi daba vergüenza ajena. Doug me había llevado en coche hasta Hanscom, donde Lucy se iba a reunir conmigo. Acababa de apagar el helicóptero e iba caminando por la pista, y Doug estaba tan en las nubes que pensé que íbamos a chocar contra un avión.

—¿Eso sucedió cuando Lucy te llevó a Nueva York en junio pasado, justo antes de mi cumpleaños? —pregunto—. ¿O sea que no ha sido hasta hace nada que te has dado cuenta de lo que estaba pasando?

—Se puso toda roja, le temblaban las manos, estaba agitada y tenía los ojos como platos.

—Suenan como si hubiera estado hasta las cejas de Sudafed o de cualquier otra cosa.

—Ahora me lo planteo —dice—. Ahora sí que me lo estoy preguntando.

—O podría ser Lucy. Podría haber estado reaccionando así por Lucy —comento, mientras saco unos huevos de la nevera y empiezo a batirlos en un bol—. La gente no siempre es una sola cosa. Casi nunca, si son sinceros. No sabía que realmente se conocieran, dado que Lucy hace lo posible por evitarla, a ella y a todos los agentes del FBI, si le es posible.

—Podría ser algo conflictivo. —Benton vuelve a llenarse la taza y comprueba la mía—. Ella me preguntó por Lucy.

—¿Ella te preguntó por Lucy?

—Sentía curiosidad sobre el pasado de Lucy en el FBI. Por qué lo dejó. Por qué se fue de la ATF.

—¿Qué le dijiste?

Enciendo el fuego.

—Nada.

—¿Sentía curiosidad o eran sus preguntas un intento de mostrarse crítica? Tal vez quiera obtener información que pueda hacerla creerse superior a Lucy.

—Doug es competitiva.

—No tienes ni idea de cuánto lo es. —Abro un armario, decido qué cacerola usar.

—Yo no le hablo de nosotros, no confío en ella, nunca lo he hecho y jamás lo haré.

—No me sorprende. Apenas confías en mí.

—Sé que Doug toma todo tipo de cosas y tiene verdaderos problemas con las alergias, pero nunca me lo había planteado.

—¿Has visto esos síntomas y ese comportamiento desde hace tiempo? —Una vez batidos los huevos, derrito la mantequilla en la cacerola—. ¿Desde que empezaste a trabajar con ella codo con codo?

—Va y vuelve. ¿Solo en los últimos meses? No, todo el tiempo. Parece un motor pasado de revoluciones. —Pone unos panecillos en la tostadora—. Pensé que tenía esos estados de ánimo, que era su problema.

—Su problema eres tú. Debe de haber espárragos picados y albahaca fresca en el estante superior de la nevera. La mermelada de higo está en la puerta de esa otra nevera. —Me gusta tener bien ordenado el montón de comida que almaceno en la casa.

Si tengo una compulsión, es la de cerciorarme de que no me falta nada de lo que pueda necesitar para cocinar, especialmente si el tiempo está empeorando.

—Cuando finalmente me di cuenta de lo que ella sentía por mí, la cosa ya no tenía arreglo, y yo lo atribuía a que estaba ansiosa, estresada cuando estaba cerca de mí. —Saca el tarro de mermelada, la albahaca y los espárragos, y los pone en la encimera cerca de mí—. ¿Quieres queso?

—El parmesano ya está rallado. Y tú estás a cargo de la mermelada. —Deslizo el tarro en su dirección—. Estará rica untada en estos panecillos.

Tengo que ir a la tienda hoy. Probablemente no habrá tiempo. Saco el Parmigiano-Reggiano que rallé anoche y los espárragos que corté mientras esperaba que Benton volviera a casa. Echo sal y pimienta a los huevos.

—La pseudoefedrina es estructuralmente similar a la anfetamina y se ha utilizado para mejorar el rendimiento. —Rompo las hojas de albahaca y lo mezclo todo—. Por lo general la consumen deportistas, por ejemplo. Provoca euforia, da energía ilimitada y puede crear dependencia si se consume tres o cuatro veces al día, o incluso más. Algunos la utilizan para bajar de peso, porque es un supresor del apetito.

—Ella ciertamente no necesita perder peso.

—Tal vez sea por eso.

—Voy a sugerirle que solicite que la transfieran a otra oficina.

—¿Ya se lo has sugerido o se lo vas a proponer? —le pregunto, mientras pongo el fuego muy bajo—. ¿Y cómo fue que tuviste un momento de iluminación después de haber estado todo este tiempo pensando que era lesbiana?

—Cuando fuimos a Quantico juntos en agosto. —Revisa los panecillos y mueve la palanca de la tostadora—. Quería venir a mi habitación, y parecía bastante evidente para qué, y le dejé muy claro que yo no estaba por la labor.

—¿Y anoche? —pregunto, mientras abro la puerta del horno para asegurarme de

que la parrilla está encendida—. Cuando te llevó a recoger tu coche y no llegaste a casa hasta unas dos horas más tarde. Para entonces yo ya me había bebido media botella de vino sola y la cena se había echado a perder.

—Nos sentamos en el aparcamiento a hablar —dice, y yo le creo—. Ella no podía quitárselo de la cabeza.

—A quien no puede quitarse de la cabeza es a ti.

—Supongo que no. No.

—Creo que incluso un agente del FBI puede tener un trastorno de personalidad. ¿Es narcisista? ¿*Borderline*? ¿Sociópata, o un poco de cada? ¿Qué es? Porque yo sé que tú lo sabes.

—No espero que te sientas mal por ella, Kay.

—Bien. —Agarro las asas—. Porque no pienso hacerlo.

Levanto la cacerola de acero inoxidable de la estufa de inducción y la coloco en el estante superior del horno.

—Esto va a estar listo en solo diez segundos, y estoy bastante segura de que los panecillos están ya —le digo—. De modo que intenta seducir a mi marido, quiere que Marino vaya a la cárcel y, básicamente, me acusa de ser una mentirosa y recurre a métodos de interrogatorio que recuerdan a estrategias de tortura.

—Probablemente necesita pedir la baja.

—Su intención es degradar, cuando no aniquilar a la competencia.

—Probablemente tendrá que ver a alguien. —Aparece rápidamente con los panecillos y los deja en un plato y los unta con mantequilla—. Tiene que irse lejos de Boston y, francamente, lejos de mí. La necesito lejos de mí.

Ligeramente marrón en la parte superior, la *frittata* ya está hecha, y la saco de la sartén, la echo en un plato y la corto como una pizza mientras Benton sigue hablándome de su preocupación por Douglas Burke.

—El problema es que acudir a un profesional, especialmente si tienes que tomar medicación, no es un asunto privado. —Lleva nuestros cafés y los cubiertos a la mesa de desayuno junto a la ventana—. Si estás en el FBI no es solo asunto tuyo. Así que ella no quiere ayuda, a pesar de que la necesita.

—¿Te preocupa que pueda ser un peligro para sí misma?

—No lo sé.

—Si no lo sabes, eso es lo mismo que decir que sí. —Saco una silla, y más allá de la ventana la mañana parece hacerse más luminosa, y un coche que va por la calle se mueve lentamente, con cuidado, por culpa del hielo—. Si no sabes si ella puede suponer un peligro para sí misma o tal vez para otros, entonces debes pensar que lo será. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Me temo que voy a tener que hablar con Jim.

Jim Demar es el agente especial a cargo de la Oficina de Campo de Boston.

—Desafortunadamente, eso tendrá consecuencias. —Extiende mermelada de higo en un panecillo y me lo ofrece—. Podrían darle la baja administrativa con derecho a sueldo, lo cual no sería lo peor que le puede pasar, sobre todo si le da tiempo para solucionar lo que tenga que solucionar, tal vez en otro lugar donde pueda empezar de nuevo.

—¿Dónde?

—Voy a recomendar que la transfieran a Louisville, Kentucky, su patria chica. Una nueva oficina, buenas instalaciones y un montón de oportunidades. Tal vez en las Fuerzas sobre Terrorismo o en el Centro de Fusión de Inteligencia, o en asuntos de contrainteligencia extranjera o de corrupción pública.

—Lo que sea necesario para que se olvide de ti —le respondo.

—Estoy seguro de que va a estar bien. Es solo que no le conviene andar por aquí.

Pienso en ello mientras conduzco hasta el CFC, en cómo «no le conviene», y, sin embargo, el problema de Douglas Burke no tiene nada que ver con Boston y sí con Benton. Está siendo un ingenuo, y me preocupa, y pienso en lo extraño que puede parecer a casi todo el mundo que mi marido, el especialista, pueda ser tan poco avisado para ciertas cosas. Nunca he estado en una situación como ésta. Nunca he tenido que lidiar con alguien obsesionado con mi marido hasta este punto, y él no lo ve como yo. Douglas Burke es un peligro para sí misma y no estoy segura de para quién más.

A juzgar por los coches que hay en el aparcamiento puedo determinar qué personas clave ya están aquí: la gente que voy a necesitar hoy. Veo los vehículos de Luke y Anne, y el de Ernie, el de George y Cybil, y también veo la camioneta de Toby. Ha estado de guardia esta noche y se supone que hoy es su día libre. Su Tacoma rojo se encuentra estacionado en una plaza de Investigación, junto al Tahoe blanco en el que monté ayer, y pienso en lo que Lucy me dijo cuando hablamos a la una de la madrugada.

Como si tuviese que darme explicaciones, me contó que la razón por la que todavía estaba despierta a esas horas era porque Marino y ella habían estado discutiendo de forma acalorada. Él se negó a quedarse a dormir y ella se negó a llevarlo hasta el CFC para que pudiera recuperar su coche, y tampoco se ofreció a llevarlo a su casa. De lo que deduje que él había estado bebiendo o por una razón u otra no era de fiar, y mientras ella me decía todo esto, yo podía oír a alguien más al fondo, alguien que no era él.

Esa persona estaba hablando en voz baja y no la pude distinguir, y mientras tanto Lucy me contaba que Marino finalmente había accedido a quedarse en el «establo», un edificio anexo que realmente no es un establo, porque ella lo ha convertido en una lavandería con un campo de tiro subterráneo; arriba, en el primer piso, se encuentra la zona de invitados con un pequeño estudio. Y mientras ella hablaba, ya no logré oír más a la otra persona, algo que probablemente era deliberado.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que Lucy me invitó a su casa de campo, como ella denomina a su parcela de unos sesenta y tantos acres junto al río Sudbury, al oeste de Boston: una antigua granja de caballos que ha pasado el último año renovando y modernizando, y donde guarda su colección de máquinas que desafían la gravedad. El granero es ahora un garaje, y en el potrero ha construido un helipuerto de hormigón. Según Lucy, Marino está razonablemente bien y no debería preocuparme; y la última vez que supe que Lucy estaba saliendo con alguien fue a principios de verano, con una persona que la contactó en Provincetown.

Por supuesto que Marino está enfadado. Muy, muy enfadado, si creo lo que Lucy me dijo; y yo no podía dejar de pensar en el anillo de oro que ella lucía en su dedo el día anterior. No le pregunté nada al respecto. Sé cuándo cerrar el pico, pero ella parecía inquieta y a la defensiva, y entonces se me ocurrió que tal vez aquello por lo que Marino y ella estaban discutiendo no tuviera nada que ver con el lío en que él se ha metido. Tal vez él se fue a dormir al granero para evitar a la persona que estaba

con Lucy, alguien de la que ella no quiere hablar, alguien a quien Marino no aprueba, y él jamás se ha cortado un pelo a la hora de darle su opinión sobre las compañías que ella elige.

El CFC parece solitario, la ausencia de Marino ha creado un vacío palpable, y accedo al edificio a través del aparcamiento. No veo el coche de Lucy, el que sea que ella haya decidido conducir hoy, pero sé que viene de camino hasta aquí para ayudarme con algo que le he consultado. Necesito que me explique cómo se podría realizar el seguimiento de un impostor en Twitter, y si es posible que la persona que me envió el vídeo y la imagen de la oreja cortada también se haya hecho pasar por Peggy Stanton en Twitter. Si no fuera por el momento elegido parecería poco probable, pero todas esas cosas horribles han estado sucediendo al mismo tiempo.

Abro la puerta del piso donde realizamos las autopsias y me detengo en el control de seguridad para comprobar el registro. Han llegado cinco casos más desde ayer por la noche: dos posibles sobredosis de drogas, un homicidio por arma de fuego, una muerte súbita inesperada en un aparcamiento y un atropello cuyo conductor se dio a la fuga. Las autopsias ya están en marcha. Le dije a Luke que empezara sin mí, y que en algún momento nos aseguraríamos de discutir el caso de Howard Roth. Quiero revisar las fotografías de la escena, examinar la ropa y echar un vistazo al cadáver antes de que nos desprendamos de él. Quiero estudiar a conciencia todos los datos que podamos encontrar, porque no creo que el hombre haya acabado con el tórax aplastado por una simple caída de camino al sótano.

A través de otra puerta bajo por una rampa hasta la zona de pruebas, un espacio amurallado sin ventanas, donde mis empleados están trabajando, todos ellos con máscaras y forrados de Tyvek blanco. Están cubiertos de la cabeza a los pies por la misma barrera de polietileno que repele el agua y las bacterias y que se utiliza para forrar viviendas y edificios comerciales, y barcos, coches y correo. Sus rostros quedan ahora ocultos detrás del plástico, confinados a un envoltorio de color blanco, y apenas soy capaz de reconocer a la gente con quien trabajo, y que ahora ni siquiera parecen personas y generan ruidos sintéticos al moverse.

Están colocando evaporadores de cianoacrilato con ventiladores y humidificadores alrededor del Mercedes amarillo pálido, un sedán de 1995, con las puertas y el maletero abiertos, en un área de examen donde se han atenuado las luces. El forense, Ernie Koppel, experto en recuperación de pruebas, lleva unas gafas con las lentes naranjas y está utilizando el ALS en el asiento del conductor, y yo me visto y me pongo unos guantes. Le pregunto qué se ha hecho hasta ahora.

—Quería revisarlo con un peine de púas finas antes de que lo fumiguen —dice, y el capó le oculta la calva, pero da volumen a sus mejillas ya de por sí regordetas, y desde esta perspectiva sus dientes y su nariz parecen anormalmente grandes—. Es posible que desees ponerte esto para ver algo —dice, y como siempre me entrega

unas gafas, como si yo desconociera que debo ponérmelas cuando utilizamos longitudes de onda que requieren filtros.

En cuclillas, junto a la puerta del conductor abierta, él mueve la guía, lo que parece una lámpara en forma de cono, fijada a un cable negro. Alumbra con luz ultravioleta la moqueta marrón, manchada y gastada, y me pregunto en voz alta si este coche podría haber llevado alfombrillas en el suelo y si alguien las ha quitado. Tal vez el asesino lo hizo cuando devolvió el coche al garaje, y no temo referirme a un asesino, a pesar de desconocer las causas de la muerte de Peggy Stanton. Ya he decidido que si la toxicología resulta negativa lo denominaré un homicidio con causa de muerte indeterminada.

—Cuando trajeron el coche no había alfombrillas delante ni detrás —me informa Ernie—. No puedo saber si alguna vez las hubo, pero tengo una corazonada que tal vez no se base en lo que estoy viendo. —Dirige la luz para mostrarme algo—. Sobre todo en esta área.

Alude al lado del conductor.

Veo un montón de fibras que parecen fragmentos de alambre fluorescente de color blanco, naranja, verde neón... y cuando la luz ultravioleta los alumbra aparece un arco iris encima de ellos.

Ernie los recoge con fracciones de cinta adhesiva de carbono y me las va pasando. Las pongo en el interior de frascos con tapón de rosca, que sello en el interior de bolsas, que etiqueto con la ubicación en la que se encontraron y otra información que me proporciona Ernie.

—Ya he revisado la parte de atrás y el lado del copiloto. —Su mono y las fundas cubrecalzado producen un ruido como de plástico, y cuando él está dentro del coche su voz suena ahogada de forma intermitente—. Primero con luz blanca, luego con azul, por si había salpicaduras de sangre o bien residuos de pólvora. Luego verde para huellas latentes. Y ultravioleta para el semen, la saliva, la orina. Por ahora no hay ninguna prueba de que nada malo haya sucedido en este coche. Está polvoriento y solitario, si es que un coche puede ser solitario, como el coche de un anciano.

—La mujer no era vieja, pero creo que vivía como si lo fuera.

—He encontrado lo que parecen ser pelos de gato, de color blanco grisáceo —comenta—. Sobre la alfombra, en la parte trasera, donde se puede esperar que alguien coloque una jaula.

—Estoy razonablemente segura de que tenía un gato.

Tengo que hablar con Bryce sobre esto, debe llevar a Shaw al veterinario.

—Podría haber sido su único pasajero —supone Ernie—. Es algo típico, lo veo con frecuencia en vehículos normalmente conducidos por una sola persona, y especialmente en aquéllos que son propiedad de una persona mayor. Hay una alta concentración de fibras, cabellos, restos trasladados al área del conductor y que han



acabado en esta moqueta que podría cortar, aunque antes prefiero recuperar todo lo que esté a la vista. Y lo que más me ha llamado la atención y te va a interesar a ti son estas cosas de aquí. —Su mano enguantada me pasa un trozo de algo—. Vas a necesitar una lente para ver de qué te estoy hablando —afirma—. No es fluorescente, porque esto absorbe la radiación ultravioleta y se ve negro, más o menos como la sangre, aunque no es sangre. A la luz normal y bajo una lente es de color rojo oscuro. Hay una buena cantidad de esto en la alfombra cerca del freno y el acelerador, como si alguien lo llevara en los zapatos.

Me separo un poco del coche y me quito las gafas. Tomo una lupa de un carrito de herramientas, examino lo que me ha pasado y estoy de acuerdo con Ernie en que la sangre no se vería así. Ese material parece madera y me es familiar.

—Estoy pensando en que podría ser mantillo —dice.

—¿Sabes qué tipo de madera?

—Los espectros químicos tardarán un día o dos. Suponiendo que quieras saber si todo esto vino de una misma zona, ¿desde el mismo árbol, por ejemplo?

George y Cybil se acercan para preguntar cuándo podrán empezar a armar la carpa. Su idea es tapar completamente el coche con ella, para que nadie inhale pegamento extrafuerte o quede expuesto a sus gases. Les digo que todavía no.

—¿Cómo podemos determinar el grado de especificidad?

—Bueno, eso depende de la absorción del suelo, de los distintos elementos que se encuentren, a fin de cuentas somos lo que comemos, y eso es cierto para todo, árboles incluidos —dice Ernie desde el interior del Mercedes, y sé que está pensando en lo que he recuperado del cadáver de Peggy Stanton. En ese material fibroso de color rojo en las plantas de los pies y debajo de las uñas, que parece idéntico a lo que está encontrando en el interior de su coche.

—Si quieres ese nivel de detalle voy a tener que enviar una muestra a un laboratorio especializado en el análisis de maderas. —Continúa iluminando el interior del Mercedes con la luz ultravioleta—. No hace falta decir que con una pequeña cantidad como ésta no podrán contar exactamente los anillos del tronco del que procede.

—Me conformaría con saber el tipo de árbol. Pino, secuoya, ciprés, cedro... Esto parece mantillo.

Cerca de mí dejan unos maletines en el suelo: los científicos empiezan a desembalar el monómero de cianoacrilato y el cableado.

—Es mantillo rallado de madera, más que mantillo de corteza —especifico.

—No hay nada de corteza en lo que yo he tomado —me dice Ernie.

—Más o menos como el trigo desmenuzado —le describo cómo lo veo yo—. Es algo fibroso, peludo. Casi como el algodón. No ha sido triturado, como la madera que han cortado a máquina. Pero sí que es muy fino. Sin aumento casi parece polvo,

suciedad, igual que el café molido muy fino. Solo que de color rojo oscuro.

—No, no está molido. Es totalmente irregular. Un mantillo de color rojo, y por lo general el mantillo se hace de palés de madera de desecho y contrachapado. —Agacha la cabeza en el lado del conductor—. No es muy popular, porque cuando llueve destiñe y su tinte mancha la madera tratada, lo que nadie desea en su jardín, y mucho menos cerca de un huerto. ACC reciclado, es decir, arseniato de cobre cromado, y sea lo que sea esto, lo cierto es que no tiene ni rastro de ACC, eso es todo lo que puedo decir. Eso si pensamos que es el mismo material que hallaste en el cadáver. Lo que he encontrado es óxido de hierro, que puede provenir del colorante o de la suciedad de siempre.

Le digo que nos sería muy útil que pudiera examinar lo antes posible lo que ha encontrado en el interior del vehículo. Puede ser que sea muy importante, añadido, y promete que cuando regrese a su laboratorio va a echarle un vistazo con el microscopio estereoscópico, el de luz polarizada y el espectrómetro Raman.

Me dice que está seguro de que hallará la misma huella química, los mismos colores de interferencia y la misma birrefringencia que vio en el material rojizo que recogí del cadáver de Peggy Stanton.

—Piensa en madera manchada de rojo, pero no manchada del todo. —Contemplo otro trozo que me entrega—. Si la molieras y la rociaras con tinte, ¿no se vería igual que esto?

—Tal vez. Lo que sé es que al examinar lo que el doctor Zenner me dio ayer me di cuenta de que algunas de las fibras estaban carbonizadas —apunta Ernie—. Y uno no necesariamente esperaría encontrar eso en mantillo normal y corriente. Pero depende por completo de lo que esté hecho. ¿Hablamos de un trozo de contrachapado de un edificio devastado por un incendio, por ejemplo? También encontré carbón y una gran cantidad de minerales mezclados.

—La pregunta es si el carbón y los minerales provienen directamente de este material que creemos que es mantillo o de la suciedad del suelo o de la moqueta del vehículo.

—Ésta es exactamente la cuestión. —Ernie se levanta y estira la espalda—. Se empieza mirando el mundo a través de un microscopio y se ve sal, sílice, hierro, arsénico, partes de insectos, restos de piel, cabellos, fibras...

—Ciertamente parece que él conducía su coche. —Estoy convencida de ello—. Allá donde la abdujo debe de haber restos rojizos en el suelo.

—Tal vez un negocio de jardinería o un área donde se utiliza una gran cantidad de mantillo de color rojo. Campos de golf, complejos de viviendas o un parque. O tal vez un lugar donde fabrican mantillo. ¿Viste algo como esto alrededor de su casa?

—No. Ella lo traía encima, y también él, y así acabó en el coche. Este material astillado se pega a la ropa, a las alfombras, a la piel y al pelo... se adhiere a todo

como el Velero.

—Hay rastros de fibras sintéticas en los asientos de cuero —me dice—. Probablemente de ropa. Y también una buena cantidad de canas por todas partes.

—Ella tenía el pelo canoso. Largo. Le llegaba a la mitad de la espalda.

—Y aquí veo un poquito más de estas fibras de madera —comenta—, que posiblemente se han transferido de la ropa. A la suya o a la de otra persona. —Toca un botón en el panel de la ALS para cambiar de longitudes de onda, y la luz se vuelve de color turquesa.

Me pongo las gafas de nuevo. El filtro naranja bloquea la luz que no es absorbida por las pruebas, y vuelvo al coche. Ernie está pintando el volante, el salpicadero, la consola y la hebilla del cinturón de seguridad de metal, todas las áreas donde se van a tomar muestras de ADN. Algunas manchas se iluminan, pero no se aprecia nada discernible, no hay huellas latentes que vayan a sernos de ayuda, y la verdad es que no me sorprende.

Tal vez tengamos suerte cuando ahumemos el coche con cianoacrilato —sustancia más conocida como «superglue»— por dentro y por fuera, pero no quiero hacerme ilusiones. No me imagino a un asesino al volante del Mercedes de Peggy Stanton sin llevar guantes, o revisando su casa sin cubrirse las manos o sin limpiarlo todo después de tocarlo, pero también sé que no debo proyectar mis expectativas sobre nadie. La gente mala puede ser tonta de remate, especialmente los más arrogantes, los que nunca han sido detenidos y no están fichados.

—Siempre me siento como el abominable hombre de las nieves en esta maldita cosa —se queja Sil Machado, mientras se acerca—. O tal vez como el hombre Michelin.

Ernie me explica lo que hemos encontrado mientras un nuevo mensaje de texto aterriza en mi teléfono. El tercero de Lucy, que quiere verme arriba.

—No vi nada de eso en ningún lugar dentro de su casa —Machado le dice a Ernie—. No está en el sótano. No está en el garaje. No se encuentra en el patio. No hay rastros de mantillo rojo. Ni siquiera de mantillo viejo. ¿Tienes un minuto? —me dice—. Aunque en realidad me temo que voy a necesitar más de uno.

—Estaba a punto de comprobar unas cosas —le respondo—. Vamos.

Sil Machado dice que habría llegado antes, pero que Luke le llamó esta mañana para hacerle algunas preguntas sobre Howard Roth. Al parecer, Luke le dijo que era urgente.

—¿Te explicó por qué? —le pregunto mientras caminamos por la zona de reconocimiento de evidencias.

—Sí, me contó que no crees que Howie se cayera por las escaleras.

—¿Howie?

—Así le llamaba la gente —contesta Machado.

—No estoy diciendo que no se cayera por las escaleras, sino que podría haber tenido un poco de ayuda —le aclaro—. Sus heridas no son compatibles con una caída típica.

—El doctor Zenner señaló que crees que tal vez alguien le dio una paliza.

Espero que Luke no lo dijera así. Me quito el mono de Tyvek y lo dejo en el cubo.

—Así que me fui derecho de vuelta a su casa. —Machado también se quita el mono, las fundas de las botas y los guantes, y los tira al cubo, como si los odiara—. Admito que la primera vez no me fijé demasiado, porque en primer lugar no lo veía como un posible homicidio. Me pareció un escenario de lo más obvio. Un borracho tiene un accidente, hay sangre en la escalera... Te lo digo, doctora, sé que no hay que hacer suposiciones. Pero eso era sencillo. Todavía estoy impresionado de que hayas pensado que podría tratarse de un homicidio.

—¿Quién lo encontró?

—Un amigo, un tipo que trabaja como encargado del mantenimiento en la residencia Fayth House, a pocas manzanas de allí. Dijo que tenía el día libre, y que se pasó a tomar una cerveza. Al parecer, Howie hacía algunos trabajitos por allí. Chapuzas varias, cuando estaba lo bastante sobrio.

Machado me entrega una bolsa de plástico transparente con un cheque en su interior. Vuelvo a accionar el botón del ascensor, que parece estar atrapado en mi piso.

—Esto estaba en su caja de herramientas. No la miré la primera vez que fui porque él no era sino un alcohólico que se había caído por las escaleras hasta el sótano, ¿verdad? Quiero decir que allí es donde se encontró el cadáver. Estaba en ropa interior, como si se hubiera metido en la cama. Y su cadáver está lleno de arañazos, una herida en la cabeza, costillas rotas... Está magullado como si se hubiera caído por las escaleras y, como te he dicho, hay sangre en las escaleras y al

pie de las mismas.

Peggy Stanton eligió un diseño para sus cheques personales que me recuerda al arte popular típicamente americano de Charles Wysocki: un dibujo de una casa de ladrillo con una cerca blanca, un caballo y una calesa.

—Todo indica que sufrió una caída, así que no había razón para andar hurgando en el interior de una vieja caja de herramientas —añade Machado—. No, a menos que estuviéramos buscando algo en particular, lo que no parecía necesario al principio.

—Claro que pudo haberse caído por las escaleras, aunque también pudieron golpearlo antes —reitero, y ahora, al ver el cheque, estoy aún más convencida de ello. Está escrito a mano, con tinta negra, va a nombre de Howard Roth y por un montante de cien dólares—. No creo probable que la caída sea la causa de la muerte —añado—. Murió a causa de las hemorragias y una insuficiencia respiratoria causada posiblemente por un traumatismo grave de la caja torácica, con dos, tres o cuatro costillas fracturadas. Esto le provocó una lesión grave en un pulmón.

En el cheque pone «reparaciones en el hogar».

—Tiene un trauma en la parte posterior de la cabeza, causado seguramente por un objeto contundente. ¿Sabemos realmente cómo se lo hizo? —pregunto.

—¿Y no podría habérselo hecho al caer escaleras abajo?

—Estoy muy preocupada —le digo a Machado, a la espera de que el ascensor se mueva desde la planta superior—. Y más ahora que hay una conexión entre Peggy Stanton y él.

—Es fácil de imaginar. La puerta del sótano, al lado del cuarto de baño. —Él no va a dejar de defender su creencia inicial de que el caso de Howard Roth es solo un accidente relacionado con la ingesta de alcohol—. Imagina que se levanta a mitad de la noche, ¿eh? Borracho perdido. Abre la puerta equivocada, y un pequeño paso significa una caída enorme.

Impreso en la esquina superior izquierda del cheque aparece el nombre de la titular de la cuenta bancaria, la Sra. de Víctor R. Stanton.

—¿Dónde estaba la caja de herramientas? —pregunto.

En el cheque no figura ninguna dirección, ni un número de teléfono. Sigo estudiándolo. No puedo quitarle los ojos de encima.

—Oh, vaya, doctora. Tienes que imaginarlo, ¿de acuerdo? Ese tipo vivía en un viejo y destartado lugar, muy pequeño, un verdadero cuchitril.

—Voy a tener que revisar las fotografías de la escena del crimen.

La firma reza «Peggy Stanton», pero no es una buena falsificación.

—Esa vivienda es un cuchitril, un vertedero —insiste Machado—. Una bombilla desnuda en el techo y un cubo de cemento con una barandilla que conduce al sótano. La caja de herramientas estaba allí. Supongo que efectué el registro pasando por alto

la caja de herramientas.

—Roth estaba haciendo la ronda por Cambridge. Tal vez fue a casa de ella porque quería que le pagara su dinero. Obviamente nunca cobró el cheque. —Vuelvo a darle al botón del ascensor, que no se ha movido, alguien mantiene abierta la puerta, sin duda. Mi impaciencia me recuerda a Marino—. Fayth House es una tranquila residencia de ancianos —añado—. Deberíamos comprobar si Peggy Stanton hacía allí algún trabajo como voluntaria. Podría ser el modo en que se conocieron. Y el motivo por el que ella habría confiado en él para hacer un trabajo ocasional para ella. Cien dólares no es una cifra insignificante. Yo diría que hizo algo más que rastrillar el patio o desatascar un desagüe. —Pienso en el cableado que encontramos en el sótano, mientras el ascensor tarda una eternidad en bajar—. ¿Qué más sabes de él? —le pregunto.

—Al parecer, fue mecánico en el ejército. Sirvió en Iraq cuando fuimos por primera vez allí, y después las cosas le empezaron a ir mal. Llegó a casa con una lesión cerebral traumática, lesiones en el cerebro por culpa de una explosión. Fue dado de alta, volvió a su casa de Cambridge, pero no podía conservar ningún trabajo, y la esposa lo dejó hace siete años. Por culpa de la bebida.

—Su tasa de alcoholemia era de 1,6. —Repito lo que Luke me ha dicho antes por teléfono cuando hemos hablado sobre este caso problemático de forma bastante breve y frustrante.

Ni Machado ni Luke se han tomado este caso tan en serio como me hubiera gustado, porque les parecía obvio.

—Su nivel de intoxicación lo habría hecho más vulnerable ante cualquiera que quisiera hacerle daño —añado—. Además, si era cirrótico, sangraría en exceso. Aún no he estudiado los resultados de la autopsia en detalle. Pero lo haré.

—Prácticamente se bebía la pensión cada mes y ganaba algún dinero extra haciendo chapuzas —dice Machado—. Tenía la casa llena de bolsas de basura, no hay mucho más, solo bolsas y bolsas, como si las coleccionara. Todo está lleno de latas y botellas que obviamente acumulaba para devolver y sacar unas monedas. Probablemente las recogía de los cubos de basura y de contenedores de reciclaje, de esos que se dejan en la acera.

El cheque está fechado el pasado 1 de junio, y le digo a Machado que tengo serias dudas de que Peggy Stanton estuviera viva entonces.

—Si era ella —añado— no estaba en casa, ya que parece que la última vez que se accedió a la vivienda fue el 29 de abril, de acuerdo con el registro de alarmas.

—Obviamente, se trata de alguien capaz de obtener la suficiente información como para hacerse pasar por ella. Debe de haber robado algunos cheques en blanco y consiguió también su número PIN del cajero automático, porque hay algunas operaciones de retirada de efectivo, nada anormal, pero lo suficiente para que

siguiéramos creyendo que estaba viva. Y conocía el código de la alarma y vete a saber qué más. ¿Algún signo de tortura? —pregunta, y las puertas del ascensor por fin se abren.

—Tiene algunas marcas extrañas de color marrón de las que aún no estoy segura. —Las describo—. No hay lesiones evidentes ni marcas que inmediatamente pudiéramos asociar con torturas. Pero tampoco todo deja marcas.

—Probablemente le bastó con asustarla y ella le dijo lo que quería oír, con la esperanza de que no le hiciera daño.

—¿Has hablado con la esposa de Howard Roth? —Montamos en lo que Marino denomina «el barco más lento de China».

—Ayer. Vino e identificó una fotografía, y hablé con ella un rato y luego la llamé mientras conducía hasta aquí. Al parecer, era un habitual en Cambridge. De hecho, creo que alguna vez lo vi caminando por ahí, y un par de chicos con los que trabajo lo conocían. Hacía todo tipo de chapuzas, era un manitas bastante decente y honesto, un buenazo, según su ex. Pero ella no podía vivir con un borracho —dice Machado—. No tenía coche. Y su licencia de conducir estaba caducada. Un caso muy triste.

Le devuelvo el sobre, y me asegura que los cheques personales que encontró en el interior de la casa de Peggy Stanton son como éste, exactamente iguales.

—Ésta es la otra cosa que me parece muy interesante —añade—. Ella tenía todos sus estados bancarios bien archivados en un cajón, ya sabes, con todos sus cheques cancelados y toda la información relevante. Todo bien guardado, escrupulosamente, durante años, pero solo hasta el pasado mes de abril.

—Porque alguien empezó a interceptar su correo. —Salimos en el séptimo piso, donde Toby parece tener dificultades para empujar un carro cargado de cajas—. ¿Estás sopesando la posibilidad de que Howard Roth pudiera haberla matado?

—Siempre es inteligente tener presentes todas las posibilidades. Pero no tendría sentido pensar que él tuvo algo que ver en todo esto.

—Tenía algo que ver con ella, incluso si no era consciente de ello —le respondo, mientras avanzamos por el pasillo hacia la sala de informática—. ¿Eres tú el que mantiene la puerta del ascensor abierta? —le pregunto a Toby, cuando llegamos donde está.

—Lo siento. Tengo problemas, se me ha atascado una rueda, y al intentar ponerla bien se me ha torcido.

—Pensé que hoy librabas.

—Bueno, como Marino no está, he creído que era mejor si venía a trabajar.

No me mira a los ojos. Advierto que las cajas son consumibles de informática.

Machado y yo nos alejamos, y comento:

—Dice mucho que ella continuara usando el nombre de su marido cuando el hombre llevaba muerto más de trece años.

Toby empuja el carro detrás de nosotros, deteniéndose a cada pocos pasos para enderezar la rueda.

—Tal vez no quería que la gente supiera que vivía sola —aventura Machado—. Mi novia es así, no pone en sus cheques su dirección ni ningún número de teléfono. No quiere que su información quede a la vista de alguien que pueda aparecer en su puerta, no quiere que la llamen extraños. Por supuesto que estar conmigo y escuchar todas mis historias acerca de lo que sucede en la calle la ha vuelto un poco paranoica.

—¿Por qué crees que Roth no hizo efectivo el cheque? De acuerdo con su descripción, parece que necesitaba cada centavo que pudiera conseguir.

—Apuesto a que lo intentó y no pudo —dice Machado—. Era un tipo chapucero que básicamente iba por Cambridge recogiendo botellas y latas, alguien que hacía lo que fuera, lo que le pidieran. Tengo serias dudas de que la gente le pagara con cheques.

Entramos en la oficina de Lucy, que tiene la puerta abierta. Ella está en el escritorio, rodeada de grandes pantallas planas, y Toby empuja el carro detrás de nosotros y empieza a apilar cajas contra la pared.

—¿Quieres esto en algún lugar especial? —le pregunta.

—Déjalo y vete.

Lo dice como si fuera una orden, mirándolo fijamente.

—Rastrillaba, hacía labores de jardinería, reparaciones del hogar, incluso apaños en el tendido eléctrico, y según su ex esposa no tenía licencia para nada de esto. Probablemente le pagaban en efectivo —me está contando Machado.

—Probablemente no hacía facturas —señalo.

—No hay señales de algo así en su casa.

—Entonces, ¿por qué ella le debía dinero a Howard Roth? ¿Por qué no se lo pagó en el momento en que le hizo el trabajo? ¿Tal vez fue por una faena que él no había terminado? —sugiero.

—Estoy pensando lo mismo que tú —replica Machado—. El trabajillo del sótano. Nada está aún conectado. Tal vez él se pasó por allí un par de veces y nadie le contestó. Tal vez dejó una nota en el buzón.

—Tal vez.

—Y entonces quien la estaba suplantando le envió un cheque. El asesino tenía que conocer su dirección. —Machado me habla a mí, pero mira a Lucy.

—«Howard Roth, de cuarenta y dos años de edad, falleció el fin de semana en su casa del centro de Cambridge». —Ella lee lo que le acaba de llegar—. Vivía en Bateman Street. Se puede buscar en Google.

—Así que tal vez fue así como él recibió el cheque —añade Machado—. Pero no tenía cuenta en el banco de Peggy Stanton, y el cajero de la sucursal sospechó de él y se negó a pagarle los cien dólares.



—Su banco tendría a mano una muestra de la firma en el expediente, y ésta no es una falsificación muy buena que digamos.

Me siento al lado de Lucy.

—Estoy de acuerdo.

Machado acerca una silla y abre el maletín.

—¿Y qué pasa si pones las dos firmas una al lado de la otra?

Saca las dos bolsas de plástico. Toby se está tomando más tiempo del necesario.

—Así que tal vez algún cajero cotejó la firma del cheque con la muestra que guardaba el banco y se negó a darle el dinero. Además, hemos dicho que Roth tenía la licencia de conducir caducada, ¿no es cierto? Y ésa podría ser la razón de que la llamaran del banco —dice Machado—. Hay un par de mensajes del Wells Fargo en el contestador automático, pidiéndole que les llame. El primero a principios de junio, más o menos cuando alguien envió el cheque a Howie.

—¿Y cómo sabes que se lo enviaron por correo? —Lucy analiza la información que aparece en las pantallas y que reconozco como archivos que le llegan de sus motores de búsqueda.

No puedo decir lo que son. No puedo descifrar lo que estoy viendo, y eso es deliberado, porque tampoco soy la única.

—A eso se le llama poder de deducción.

Machado sigue mirando a mi sobrina como si estuviera asombrado. Lucy viste unos vaqueros desteñidos, una camiseta blanca de manga larga que necesita una buena planchada y unas botas de faena. Mientras mueve el ratón inalámbrico no puedo evitar fijarme en el gran anillo que luce en el dedo índice. Huelo su colonia, y sé cuándo quiere que la gente nos deje en paz, y ahora mismo sé que tiene algo importante que decirme.

—Si alguien le robó su identidad —comenta Machado— entonces esta persona no iba a presentarse en la casa de Howie con un cheque en la mano, ¿verdad? Lo más seguro sería enviarlo por correo. Y sospecho que hacía lo mismo con las demás facturas. Falsificaba cheques y los enviaba por correo, y el banco probablemente no iba a controlar las cuentas del gas, la electricidad o la compañía telefónica. Pero cuando vino alguien que parecía un sin techo a cobrar un cheque, entonces sí: cotejaron la firma con la muestra que guardaban en la sucursal.

—No es una buena falsificación, apenas un intento serio —señala Lucy.

Tengo las dos bolsas de plástico transparente una junto a la otra: en una está el cheque nunca cobrado por Howard Roth, y en la otra uno anterior cancelado, que Machado se encontró en un archivo de estados bancarios en la casa de Peggy Stanton.

—No está firmado, sino escrito, o más bien, dibujado. —Lucy se acerca a mí, pero tiene los ojos fijos en Toby, que por fin nos deja solos.

—No me había dado cuenta de que eras experta en caligrafía —dice Machado, y

ahora veo que está coqueteando abiertamente con mi sobrina.

—No hace falta ser una experta. —Ella se levanta y cierra la puerta, y Machado la mira de arriba abajo—. Es un trabajo pésimo.

—Tal vez fue mejorando con el tiempo —le respondo—. El 1 de junio es una fecha temprana.

Lucy vuelve a sentarse.

—¿Desde cuándo está Toby a cargo del correo?

—He enviado a Bryce a hacer un recado —le respondo—. Le he pedido que llevara a Shaw al veterinario. De hecho, espero que él se enamore de ella y decida que Indy necesita una hermanita.

—¿Ves el ojo de la letra P? —Lucy coloca juntas ambas bolsas de plástico. Ella no va a hablar de Toby delante de Machado y estoy segura de que tiene algo que decirme—. La inclinación es diferente, y se puede ver que la persona que puso la firma vaciló aquí —añade—. Dudó, y la línea está ligeramente torcida en el eje. Además, esa «t» tiene una barra transversal alta y la otra no. Su «a» está bien formada, y la otra no lo está. Su «n» se parece más a una «w», y la parte superior está afilada, y la otra es más redondeada. —Nos muestra cómo lo ve, y añade—: Solo es una opinión. No soy una experta.

—¿Alguna vez has testificado en un juicio sobre estas cosas?

Machado no puede quitarle los ojos de encima.

—Yo nunca testificaría en un juicio sobre nada.

—No lo entiendo. Lo harías genial en un juicio.

—No me pueden llamar.

—¿Por qué no?

Lucy no responde. La echaron de la policía. Es una *hacker*. Un abogado sagaz la destruiría en el estrado de los testigos en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué ocurre? —le pregunto, ya que ha sido ella quien me ha enviado un montón de mensajes de texto, diciendo que tenía que verme.

—Cuando quieras —replica, y es su forma de decir que Sil Machado tiene que irse ya.

Lucy me explica que el caso de Peggy Stanton está conectado a la desaparición de la paleontóloga en Alberta, Canadá.

Mi sobrina dice que la página de Twitter falsa usada para engañar a Marino fue creada por la misma persona que me envió el clip de vídeo de la motora en el río Wapiti. Ese material fue grabado en el iPhone de Emma Shubert más o menos cuando ésta desapareció a miles de kilómetros al noroeste de aquí.

—La cuenta de Twitter bajo el alias de *Pretty Please* se abrió el 25 de agosto y se verificó por un correo electrónico enviado a Twitter desde la cuenta BLiDedwood. —Lucy deletrea el nombre de usuario—. El avatar es una foto de Yvette Vickers cuando estaba en su apogeo en los años cincuenta.

Yo respondo que no sé quién es, y reviso el entorno donde trabaja mi sobrina.

—Era una actriz de serie B con la que Marino no estaría familiarizado. Ni yo tampoco. Tuve que utilizar un software de reconocimiento facial para averiguarlo —dice Lucy—. Se cree que murió de causas naturales en 2010, pero pasó casi un año antes de que su cuerpo se descubriera en su casa destartalada de Los Angeles. Cuando la hallaron estaba momificada.

—Probablemente no sea una coincidencia que la escogiera para el avatar —afirmo, y pienso en lo que dijo Benton.

Un asesino en serie. Alguien que ataca a mujeres maduras que representan a alguien poderoso con quien está obsesionado y a quien quiere destruir.

—Todo lo que Marino vio cuando le llegó el primer tuit de Peggy Lynn Stanton fue la imagen de una mujer guapa y sexy —añade Lucy—. Alguien que se definía a sí misma como amante de las cosas antiguas, con carácter, y a quien no le importaba rendir cuentas porque tenía un currículum impresionante.

—La cuenta de Twitter se abrió dos días después de que Emma Shubert desapareciera del campamento de la Grande Prairie. —Hago esta observación como estoy haciendo otras.

La oficina de Lucy es espartana, está muy iluminada y cuenta con un equipo electrónico plateado que hace todo lo que ella le ordena, gruesas madejas de cables agrupados, enchufes para la carga de varios dispositivos, routers, escáneres y muy poco papel. No hay fotos, no hay nada personal, como si no tuviera vida, y yo sé que eso no es así. Ella tiene algo, y no puedo quitarme de la cabeza el gran anillo que luce en el dedo índice, un anillo de oro rosa que no creo que sea suyo. Nunca la había visto antes llevando el anillo de otra persona, y voy a averiguar qué sucede.

—Dos días es tiempo más que suficiente para que alguien secuestrara y matara a Emma Shubert y regresara aquí —especula Lucy—. Pero ¿dónde diablos está la conexión entre un hecho y el otro? ¿Qué tramaba allí, en la tierra de los dinosaurios y las arenas de alquitrán, y qué tiene que ver eso con una víctima en Cambridge?

—¿Estás absolutamente segura de que es el teléfono de Emma Shubert? —pregunto—. ¿De que él tiene ahora ese iPhone?

—Sí, y te lo voy a explicar.

—La policía canadiense, el FBI... —Pienso de nuevo que se trata de un asesino en serie, y que los que están implicados en este asunto desconocen los detalles que me está contando Lucy.

—No se les puede decir a ciencia cierta que los casos de Emma Shubert y Peggy Stanton están vinculados —responde Lucy, y yo lo entiendo, pero voy a tener que hacer algo, y ella sabe que lo haré.

Lucy no puede decírselo a la policía ni a los federales, a menos que les explique cómo llegó a semejante conclusión.

—Por supuesto, no sabemos qué le pasó a Emma Shubert, aunque supongo que nada bueno —añade, y parece sombría, dura. Muestra una determinación inquebrantable.

—Bueno, o es una víctima o está involucrada en todo esto —comento—. Dado que parece que nadie ha sabido nada de ella desde hace ya dos meses, yo diría que es lo uno o lo otro: o es culpable o está muerta.

—¿Has dicho que Marino *no estaría familiarizado* con la foto de la actriz utilizada en el avatar, o que *no lo estaba*?

Quiero saber lo que Lucy le ha contado.

—Él no sabía nada, ni lo sabe todavía —responde ella—. Tuiteó con *Pretty Please* veintisiete veces pensando que se trataba de una tía buena llamada Peggy Stanton. Está furioso. Anoche se montó una gorda porque se siente tonto de remate. Y por lo que parece, ha perdido su trabajo por esto. Y está jodido, chiflado, como una cabra, dispuesto a matar a alguien.

—¿Y nunca trató de comprobar quién era ella? ¿Nunca trató de encontrar su dirección o su número de teléfono? ¿Jamás intentó verificar quién era esa mujer? Dios mío, ¿qué tipo de detective es? ¿Qué clase de investigador hace algo así?

No puedo dejar de sentirme frustrada y enojada por su descuido.

—Cuando estaba tuiteando, no lo hacía como investigador —dice Lucy—. Simplemente se sentía solo.

«¿En qué clase de mundo vivimos?», pienso yo.

—En todas esas redes sociales hay un montón de gente que no investiga sobre aquéllos con quienes están tuiteando o chateando. A veces quedan para verse y no tienen ni idea de con quién quedan. Es increíble lo confiada que es la gente.

—Es como para subirse por las paredes.

—Es estúpido —comenta ella—. Realmente estúpido. Y mira que se lo dije.

—Marino debería ser un poquito más espabilado.

«Maldito sea».

—Nada en el perfil de Peggy Stanton sugiere que ella viva en esta zona o que sea de Massachusetts. —Lucy señala lo que ve en una pantalla de ordenador—. No estoy segura de que Marino estuviera haciendo otra cosa que darse al ciberligue.

—¿Ciberligue? ¡Uno podría estar ligando con un maldito asesino en serie o un terrorista!

—Obviamente, por eso se ha metido en líos —contesta ella—. No estoy segura de que él pensara seriamente en conocerla o en salir con ella. Nunca quedaron en serio. Todo lo que hacían era hablar. Él pensó que estaba a salvo.

—¿Te ha dicho que jamás quiso quedar con ella, o es algo que has comprobado leyendo los tuits?

—Hay veintisiete de él —repite—. Y once de ella, o de quien la estuviera suplantando. No hay nada que sugiera que alguna vez quedaron, a pesar de que él se jactó ante ella de que iba a ir a Tampa y que tal vez ella quisiera, y cito, «pasarse a por un poquito de sol y juerga».

—¿Y le contó cuándo iba a viajar? —Pienso otra vez cómo todo parece orquestado—. ¿Cuándo salía de viaje y cuándo volvía?

El pasado domingo alguien me envió un clip de vídeo por correo electrónico, ni siquiera una hora después de que el avión de Marino aterrizara en Boston, tras haber pasado él toda una semana en Tampa.

—Así es —dice Lucy—. Él le dio la información en un tuit y ella nunca le respondió. Como te he dicho, solo hablaban. Pero es fácil ver por qué eso es un problema para la policía y el FBI.

—¿Y todavía lo es?

—No lo sé. Él nunca la llamó ni llegó a conocerla. Pero de momento tiene que quedarse en su trinchera.

—¿Todavía sigue en tu casa?

—Y allí tiene que quedarse. Nadie va a molestarlo sin que lo veamos venir.

No estoy segura de lo que quiere decir con eso: tal vez que nadie podrá acercársele sin que le vean venir y puedan hacer algo al respecto.

—El problema es que quiere irse a su casa, y yo no puedo retenerlo contra su voluntad. La cuenta ha desaparecido. —Se refiere a la cuenta de correo electrónico BLiDedwood—. El malo —así denomina Lucy al asesino— la creó y luego la borró, justo antes de enviarte el vídeo por correo electrónico.

—Ahora estoy perdida —admito—. Pensé que esa cuenta se había creado hace dos meses, a finales de agosto. Sin embargo, no recibí el vídeo desde el correo

electrónico de BLiDedwood hasta el domingo pasado.

—Sé que parece complicado —admite ella—, pero no lo es, de verdad. Y te lo voy a explicar, porque sé lo que pasó, estoy absolutamente segura de saberlo. El 25 de agosto, el malo crea una cuenta con el nombre de usuario BLiDedwood. El proveedor de servicios de Internet, o IP, desemboca en un servidor proxy, esta vez en Berlín.

Un servidor proxy que Lucy ha hackeado.

—¿Y desde dónde lo envió? —pregunto—. Obviamente, no fue desde Alemania.

—No, desde el aeropuerto Logan. Igual que haría más tarde. Porque eso es lo que hace. Capta su red inalámbrica.

—Entonces el 25 de agosto no creó la cuenta en Alberta.

—Definitivamente, no —dice Lucy—. Estaba de nuevo en esta área y lo suficientemente cerca del aeropuerto para captar la señal inalámbrica.

Un barco, recuerdo, y envió un correo electrónico a Ernie Koppel para preguntarle sobre lo que me pareció pintura de color verde chillón: «¿Sabemos algo más sobre la lapa y la pieza rota de bambú?», le escribo.

—Ese mismo día, el 25 de agosto, el malo crea luego una cuenta de Twitter a nombre de Peggy Stanton —continúa diciendo Lucy— y la registra en el correo electrónico BLiDedwood para que Twitter pueda contactar esa dirección, asegurándose de que de verdad existe, antes de verificar la cuenta.

«Algo viejo, algo nuevo», me responde Ernie casi al instante.

—Y luego, muy recientemente, el malo elimina el correo electrónico BLiDedwood, y utiliza una aplicación diferente para crear una nueva cuenta anónima, con el mismo nombre pero con una extensión distinta, esta vez una de stealthmail.com —dice Lucy, mientras otro mensaje de Ernie aterriza en mi teléfono.

«Si alguna vez encontramos el barco podremos cotejar las muestras, seguro. Te llamo en cuanto regrese al laboratorio».

—Así que espera veintinueve minutos y te envía el archivo de vídeo y el jpg y entonces la cuenta se desvanece como un puente volado con explosivos —añade Lucy—. Una vez más, estaba lo bastante cerca del aeropuerto Logan como para enviarte el correo electrónico desde su red inalámbrica.

—Que también es la zona donde se encontró el cuerpo de Peggy Stanton en la bahía. Tal vez lo arrojó allí mismo, y posiblemente lo hizo al mismo tiempo que me enviaba el correo electrónico, justo cuando aterrizaba el avión de Tampa en el que venía Marino —respondo—. No entiendo el motivo.

—Juegos. —Lucy está calmada, tranquila, como el tiempo apacible que da paso a una violenta tormenta—. No sabemos qué fantasías tiene, pero está claro que esto le pone.

«Es alguien que ansia burlarse de los demás».

—Todo lo que les hace a sus víctimas forma parte de un plan mucho mayor —añade ella, en el mismo tono—. Los preámbulos y los desenlaces son obsesiones. No se basa solo en la caza y el asesinato. No hay que ser un generador de perfiles para saber eso.

«Ha matado antes, y volverá a matar, o tal vez ya lo haya hecho».

—¿Un intento de tenderle una trampa a Marino? —pregunto.

—De joderle, al menos. Debe de divertirse causando tantos problemas —contesta, muy enfadada—. Le he dicho a Benton que probablemente debería venir aquí.

—¿Sabe algo sobre el teléfono de Emma Shubert?

—Le he sugerido que es una posibilidad que tal vez deseen comprobar, que podría estar relacionado con ella. Pero no he dado nada por sentado.

Una mujer madura y con logros en su haber, pienso, y una paleontóloga que usa una barca para excavar yacimientos al aire libre y es experta en análisis de laboratorio. Alguien que sus colegas describen como una persona resuelta, infatigable y loca por los dinosaurios, y también una ecologista muy activa.

—El MAC, o código de acceso de máquina, es el mismo para todos los correos electrónicos que envió, y también para las aplicaciones y los datos que descargó antes de desaparecer, y esto no se lo dije a Benton. —Lucy continúa describiendo cosas que sabe y que puede contarle en detalle al FBI—. Es el mismo MAC del archivo de vídeo y el jpg de la oreja cortada. El mismo MAC de la cuenta de Twitter —añade, y se refiere a la falsa cuenta de Peggy Stanton.

—Vamos a hablar de Twitter. —Es mi manera de preguntar, pero dejándole claro que no quiero enterarme de detalles que tal vez no debería saber.

—En realidad es bastante simple —apunta Lucy—. ¿Hablamos hipotéticamente? —Cuando mi sobrina dice «hipotéticamente», por lo general significa que ya lo ha hecho, y yo lo dejo estar. No hago preguntas—. Hay que encontrar a alguien que trabaje para Twitter, Facebook, Google Plus... cualquiera de esas redes sociales —dice ella—. Hay listados de empleados, de personas que trabajan en varias categorías, con sus títulos y las descripciones detalladas de sus cargos e incluso con su nivel de importancia dentro de la empresa. Obtener la información de un empleado no es difícil, y ahí hay que rastrear la cadena de personas que un empleado determinado sigue y los que a su vez le siguen, y entonces ya puedo enviarles un enlace en el que deban hacer clic. Y al hacerlo me dan su contraseña sin enterarse de nada. Y entonces puedo conectarme como si yo fuera esa persona.

Me explica que salta de una suplantación de identidad a la siguiente, y me resulta difícil aceptar lo que para ella no es sino una conducta perfectamente aceptable.

—Y, finalmente, el administrador del sistema cree que se trata de un colega de alto nivel que le envía algo importante que tiene que ver de inmediato —admite—. Y él también hace clic. Y ahora me he colado en su ordenador, que tiene todo tipo de

información privada y de carácter sensible. Y en un abrir y cerrar de ojos me he colado en el servidor.

—¿Tiene el FBI esta misma información, o nada de esto en absoluto?

Estoy pensando en Valerie Hahn, y entonces me acuerdo de Douglas Burke, y mi estado de ánimo se ensombrece al instante.

—No lo sé —dice Lucy—. Las órdenes judiciales son un poco más lentas que lo que yo hago.

No voy a responder a eso.

—Pero sí que tienen los tuits de Marino y los de la persona falsa. Para verlos, todo lo que tienes que hacer es entrar en sus páginas. Los tuits están ahí, a la vista de todo el mundo —añade—. Es solo que yo además sé de dónde vienen. Ese malo, sea quien sea, es una mierda de hombre. Por desgracia, también es inteligente. Aunque arrogante. Y la arrogancia siempre es tu perdición.

Acerco la silla y leo los tuits que aparecen en la pantalla, y me entristecen. El suplantador de Peggy Stanton le escribió a Marino por primera vez el 25 de agosto, casi a medianoche, y le dijo que era una fan.

«Derribada x ti», le tuiteó. «Tiro la bola y no dejo ni 1, soy una chica sincera, cuyo único juego es estar dnd tú estás».

Seis tuits más tarde le dijo que le gustaban las antigüedades, que coleccionaba botones militares de época y los vestía con orgullo, y la conversación derivó hacia comentarios que Marino encontró ofensivos, cuando no terribles.

«Tngo botones q sé q quieres tocar», le tuiteó ella a él hacia el final del intercambio de mensajes. «Soldados muertos sobre mi envidiable pecho».

Marino dejó de seguirla en Twitter el 10 de octubre.

—¿Por qué?

Trato de imaginar la razón y quién podría haberlo hecho.

—Tenemos un problema con Toby, ese tío es tonto del culo —dice entonces Lucy, y a juzgar por el desprecio que le ha mostrado cuando él apareció en la puerta con unas cajas me imaginaba que íbamos a tocar el tema—. No me puedo creer que lo esté haciendo —añade.

—Obviamente está haciendo algo.

Espero que me diga de qué habla, mientras me pregunto por qué es tan difícil encontrar a gente en quien confiar.

—Hay que tener cuidado con lo que dices delante de él, con todo lo que pueda ver u oír.

Me cuenta que empezó a sospechar de Toby en las últimas semanas, sobre todo cuando empezó el juicio de Channing Lott. Se lo topaba en zonas del edificio en las que por lo general él no tenía por qué estar. La sala de correo, por ejemplo, donde comenzó a recoger los paquetes, lo que le dio una excusa para pasarse por el



laboratorio de informática, algunas oficinas, las salas de autopsia, las salas de conferencias, los vestuarios o la sala de descanso. A menudo, cuando no estaba trabajando, le veía comprobando el registro en el mostrador de seguridad, como si sintiera una gran curiosidad sobre qué cadáveres entraban y salían, especialmente si no estaban identificados.

—No era normal —dice Lucy—. Al principio pensé que era por culpa de Marino, a causa de que él no se molestara en actualizar la agenda electrónica y se quedara a dormir aquí y adornara..., que tal vez Toby había pensado que era su oportunidad. Pero la verdad es que Toby cada vez más inventaba excusas para entrar y salir de los despachos donde había reuniones, donde la gente hablaba en voz alta y la información estaba a la vista de todos.

Me cuenta que después de que yo recibiera ese inquietante correo electrónico en la noche del domingo decidió investigar a Toby, quien sin su tarjeta de identificación —que cuenta con un chip RFID incrustado— no puede acceder a nada en el CFC, incluida la zona de investigaciones. Añade que también contamos con rastreo por satélite de todos los vehículos, pero que Toby no creía que ella se molestaría en comprobarlo.

—Supongo que nunca cayó en la cuenta de que yo había empezado a tirar de la manta, que me había puesto a comprobar todo lo grabado por las cámaras y que revisaba los localizadores Gps de los vehículos —afirma, y recuerdo haber visto a Toby en los monitores de seguridad ayer, cuando estaba en el interior del aparcamiento.

Parecía estar discutiendo con alguien por teléfono. Algo me llamó la atención de él, algo me molestó. Algo no parecía normal.

—Ha estado entrando en todo tipo de áreas en las que no tenía nada que hacer —continúa Lucy—. En tu oficina. En la de Luke.

—No puede abrir la puerta de mi oficina.

Mi despacho no es accesible por tarjeta, y no llevo ninguna identificación en un cordón alrededor del cuello. Puedo abrir cualquier puerta en el edificio con solo escanear el pulgar. Lucy, Bryce y yo somos los únicos del personal que tenemos lo que yo denomino la llave maestra, una llave de carácter biométrico.

—Pero lo habitual es que tu puerta esté abierta de par en par si andas por el edificio. O, si no, está abierta la puerta de Bryce —señala Lucy—. Él siempre deja su puerta abierta y también la puerta que comunica su oficina con la tuya. Así que a Toby le basta con inventarse una excusa para entregar algo o comprobar esto o aquello, o hace una pregunta o transmite alguna información o se presenta voluntario para traer comida de fuera. O simplemente entra y sale cuando cree que nadie lo está mirando.

Lucy me hace saber que el jurado ha salido, y me levanto de la silla y trato de

alcanzar el teléfono. Por un momento creo que sigue hablando de Toby, que me está diciendo que está a la espera de saber qué hacer con él. Entonces me doy cuenta de que quiere decir otra cosa muy distinta.

—Está en Internet —dice, mientras marco la extensión de la sala de autopsias—. El jurado ha dejado la sala de deliberación, y los expertos predicen que lo van a considerar inocente.

Llamo a Luke y le pido que coloque toda la ropa de Howard Roth en Identificación y me envíe las fotografías por correo electrónico, que ahora mismo bajo.

—¿No quieres que se encargue Toby? Está aquí mismo. Tal vez él pueda... —A juzgar por sus palabras, Luke está ocupado.

—No. Quiero que lo hagas tú en persona y que cierres la puerta con llave. No quiero a nadie cerca de la ropa y de todo lo demás que trajeron con él.

—Hay unos pantalones cortos, unos calcetines, una camiseta, sus medicinas. La policía tiene otros efectos personales, su billetera, las llaves de casa, no estoy seguro de qué más.

Luke está en medio de una autopsia y no quiere que nadie lo interrumpa, pero no me importa.

—Gracias. Voy a echar un vistazo.

—Es increíble, ni siquiera han tenido que pensarlo. Inocente —comenta Lucy, cuando salimos al pasillo y cierra la puerta, asegurándose de que su oficina queda bajo llave.

—¿Era tu sospecha sobre Toby la razón por la que estabas revisando mi oficina ayer por la mañana? ¿Es por eso que te comportabas como si alguien pudiera estar espíandome? —le pregunto.

—Vamos a ir por las escaleras —propone, y nos encaminamos hacia una señal luminosa de salida—. Alguien está espionando, pero no mediante el uso de dispositivos de vigilancia. Lo he estado comprobando. —Abre la puerta de metal—. Toby no es tan rebuscado como para plantar dispositivos encubiertos, y en tal caso no me habría sido difícil encontrarlos, aunque sí, he estado mirando qué pasaba. Y sí, él nos ha estado espionando.

—¿Por qué?

—¿Cómo crees que el helicóptero de Channing Lott te terminó filmando ayer mientras sacabas ese cadáver fuera del agua? —me pregunta.

—Toby era la única persona que sabía lo que Marino y yo íbamos a hacer —recuerdo—. A excepción de Bryce. Y también es posible que Luke lo supiera, si Marino le dijo algo cuando se encontraron en el aparcamiento.

Bajamos las escaleras, y el sonido de nuestras voces rebota en el cemento.

—Estoy bastante segura de que no le di más detalles a Luke.

Trato de recordar exactamente lo que le dije.

Estaba a punto de entrar en el aparcamiento y él me sorprendió de pronto, estaba de pie tan cerca de mí que casi me tocaba, y me preguntó adonde iba. Le dije que estaba a punto de recuperar un cadáver en el puerto, y él me dijo que podía echarme una mano, y me recordó que tenía carné de buzo. Yo no le dije que se trataba del cadáver de una mujer. Estoy bastante segura de que no lo hice, pero me distraje, igual que he estado distraída con él durante un tiempo, y no tengo intención de distraerme con él de nuevo.

—Toby sabía de antemano que os dirigíais a la base de la Guardia Costera — afirma Lucy—. Sabía que ibais en un todoterreno para poder transportar un cadáver. El de una mujer que había aparecido en el mar, un cadáver enredado con una tortuga.

—¿Y entonces contactó de alguna manera con los pilotos de Channing Lott?

Eso no me lo creo.

—Se puso en contacto con Donoghue, quien a su vez contactó con los pilotos.

—¿Estás segura?

—¿Estás al tanto —me pregunta Lucy— de que él ha solicitado un empleo en el lujoso despacho de abogados de ella, y que ha conducido vehículos de esta empresa a sus oficinas en el Prudential Center? Supongo que no es consciente de que yo puedo ver los mapas GPS con los recorridos de todos los vehículos, y puedo revisar el correo electrónico de todo el mundo, si son lo bastante bobos como para usar una cuenta del CFC en sus comunicaciones personales. Ni siquiera es ilegal hacerlo.

—Dios mío.

—Así es.

Abre la puerta de la planta baja.

Toby está en el pasillo, lleva unas bolsas rojas de riesgo biológico destinadas al autoclave, y le digo a Lucy que la veré en Identificación. Él se excusa de inmediato diciendo que acaba de salir de la zona de pruebas, y yo reconozco una conciencia culpable en cuanto la veo.

—Supongo que estás al tanto de lo que acaba de suceder en los tribunales —le digo, y no hay nadie alrededor que pueda escucharnos; Ron, el guardia de seguridad, está en su garita, tras un cristal y a cierta distancia.

—¿En los tribunales? —Toby viste ropa quirúrgica y guantes de nitrilo, y sus tatuajes y su cabeza afeitada podrían hacerle parecer siniestro, si no fuera por sus ojos.

—Sí, una absolución que se me antoja como un motivo de preocupación por las violaciones de la seguridad que tenemos aquí —le digo, y su respuesta es hacerse el tonto—. Estoy segura de que te das cuenta de que las comunicaciones en el servidor de CFC no son privadas, y que incluso cuando las borras aún siguen ahí.

—¿Como qué? —Mira a su alrededor, mira a todas partes salvo a mis ojos—. ¿Qué comunicaciones?

—En otras palabras, los correos electrónicos del CFC ni desaparecen ni se consideran *puramente personales*. Por lo tanto, no son asuntos privados de un empleado. No, si estos correos electrónicos podrían ser usados como pruebas en una investigación disciplinaria que implique el uso inadecuado de recursos públicos o la violación de la confidencialidad y de la política interna del CFC. —Lo miro directamente a los ojos, pero él me evita—. En tales casos, las comunicaciones personales están sujetas a divulgación bajo la ley de archivos públicos.

—No sé de qué me estás hablando.

Pero se ha puesto rojo como un tomate.

—¿Por qué? —le pregunto, y él sabe lo que le estoy preguntando en realidad.

—¿Por qué ese tipo rico ha salido libre? —Frunce el ceño, y se asusta y hace como que no me entiende.

—Te habría dado una buena recomendación, Toby. No soy de las que retienen a alguien contra su voluntad. Todo lo que tenías que hacer era decirme que no eras feliz aquí, o que sentías que no se te apreciaba, o que ibas en pos de lo que entendías como una oportunidad de mejorar.

Ha advertido que estoy hablando de su empleo en tiempo pasado. Se pasa las

bolsas rojas de una mano a otra, con la mirada asombrada.

—Pero al menos la señorita Donoghue sabe exactamente lo que está reclutando —añado—. Aunque voy a señalar el hecho bastante obvio de que si tú me haces esto a mí, se lo harás a ella también. O por lo menos ella pensará que así va a ser. De hecho, seguro que ya lo ha pensado.

—No es como si yo hubiera estado durmiendo la mona en el trabajo porque ni siquiera puedo conducir hasta casa.

Él se escuda en Marino, y es la última oportunidad que va a tener de excusarse.

—No, has estado durmiendo con el enemigo, y eso es aún peor —le respondo—. Te deseo lo mejor en tu próxima aventura, sea la que sea. Será mejor que recojas tus cosas de inmediato.

—Por supuesto.

No va a discutir. Incluso podría sentirse aliviado.

—Necesito tu tarjeta de entrada. —Extiendo la mano, y se quita el cordel que lleva alrededor del cuello con la llave—. Mientras este asunto esté siendo investigado, es obvio que no podrás estar aquí. —Me aseguro de que eso ha quedado bien claro.

—Iba a dejarlo, de todos modos.

Le acompaño hasta la zona de recepción y le pido a Ron que me ayude.

—Sí, señora jefa. —Se levanta de la mesa y sale al pasillo, y a juzgar por su mirada puedo decir que sabe lo que ha sucedido, y tal vez incluso lleve tiempo sospechando esto que Lucy acaba de descubrir.

—Toby ya no trabaja en el CFC —le hago saber a Ron—. Asegúrate de que devuelve el equipo y se reúne con Bryce para una entrevista de despido. Él se ocupará de los detalles habituales. Ya conoces la rutina.

Le doy la llave de tarjeta y le pido que acompañe a Toby a la sala de eliminación de residuos para que pueda dejar las bolsas en el autoclave, y me alejo enviándole un mensaje de texto a Bryce, poniéndole al tanto de lo que acaba de ocurrir, mientras me pregunto lo mismo que siempre me pregunto cuando alguien se comporta de esta manera: *¿Qué puedo haber hecho para inspirar tamaña deslealtad, tan poco respeto?*

Toby era un asistente médico sin formación alguna en investigación médico-legal forense, aunque ése era su sueño, tal como me lo describió cuando lo entrevisté para el trabajo varios años atrás. Me arriesgué al contratarle. Lo envié a academias forenses de formación y perfeccionamiento en Nueva York y Baltimore, y personalmente lo instruí en escenas de crimen con muerte y pasé mucho tiempo explicándole la dinámica a seguir en una autopsia y cómo debía actuar en ellas.

—El dinero y la falta de expectativas —dice Lucy cuando entro en la antesala, donde ella se ha cambiado y ahora está cubierta de blanco. Sabe cuál es mi estado de ánimo y añade—: La gente es gilipollas.

—Siempre parece que hay algo más, no es que sean gilipollas. —Saco ropa de los estantes—. Me siento como si hubiera hecho algo mal.

—No es algo personal, tía Kay.

—Entonces, ¿por qué me siento así?

—Para ti es personal todo lo que le sucede aquí a todo el mundo. —Lucy no se caracteriza precisamente por el tacto a la hora de expresar sus opiniones—. Pero lo que sientes nunca es correspondido, ni jamás lo ha sido.

—Bueno, eso es deprimente de veras. Sobre todo si lo que me estás sugiriendo es que todo aquél que trabaja para mí, ahora o en el pasado, no se preocupa por nada más que por sus ambiciones y su propia persona.

—Nunca es tan personal para ellos como para ti, porque la mayoría de las personas que andan por ahí solo se preocupan de lo suyo y no dan una mierda por nadie más.

—No creo que todo el mundo sea así.

—Yo no he dicho «todo el mundo». Yo no soy así.

—Claro que no. Ni siquiera te pago. —Encuentro guantes, una máscara.

—No podrían pagarme lo que valgo.

—Nadie podría.

—Hay un límite a lo que Toby puede ganar en el sector público en comparación con lo que podría ganar como investigador para las Jill Donoghues del mundo —dice Lucy, y por supuesto tiene razón—. Está a punto de casarse, quiere tener hijos y se ha metido en deudas comprándose esa camioneta. Creo que eso es lo que originó sus problemas. Se ha estado quejando mucho, al parecer aún debe más de lo que vale. Y eso por no hablar de lo que se ha gastado en tatuajes.

—Sí que es deprimente. Traicionar al mundo por unos tatuajes y un todoterreno.

—Es el sueño americano. Compra todo a crédito y conduce hacia la puesta de sol con *body art* y *piercings* que más tarde lamentarás haberte hecho.

—Lo que ha hecho no tiene excusa. —Abro la puerta de la sala de pruebas—. Y la culpa es de Jill Donoghue.

—En realidad es bastante brillante —añade Lucy.

—Luke debería haber enviado un correo electrónico con fotos, y estoy esperando más de Machado. ¿Puedes comprobarlo?

No quiero oír ahora lo brillante que es Donoghue.

—Es como es. Una abogada defensora hábil que usa todos los recursos a su alcance. —Con sus manos enguantadas, Lucy escribe en un teclado bioseguro y accede a mi correo electrónico—. Y resulta que su cliente cuenta con pilotos en nómina y un helicóptero que puede hacer filmaciones aéreas.

—Me duele que el juez Conry no sepa lo que ella ha hecho.

—¿Y por qué habría de importarle?

Es una buena pregunta. A decir verdad, el juez permitió que se proyectaran en el juicio las imágenes de una cadena de televisión, y no tomas grabadas desde un helicóptero propiedad de la parte demandada, que como juez habría considerado inadmisibles. Pero en su momento la fuente de las imágenes no era conocida ni se puso en duda, y ahora ya es demasiado tarde.

—No hay nada ilegal en ello —dice Lucy—. Ni siquiera es impropio desde un punto de vista legal.

—Suenas como si lo estuvieras aplaudiendo.

—Tal vez yo habría hecho lo mismo.

—No tengo ninguna duda de que es así —comento, y yo no quiero entrar a discutir lo que hace o lo que podría hacer.

La ropa que llevaba Howard Roth se ve sucia y sin forma y parece mustia, extendida sobre un papel impermeable blanco: una camiseta negra, un par de bóxers de algodón de cuadros rojos y unos calcetines blancos salpicados de sangre de color oscuro, casi negro. En otra mesa, contra la pared del fondo, quedan el cajón del perro, las bolsas de basura empapadas con el cable amarillo y las viejas artes de pesca y la defensa amarilla de barco, que ahora advierto que está ligeramente rayada, un detalle que no vi cuando estaba mojada.

—No hay nada malo en que ella dejara saber a Toby que cualquier cosa que él oyerá por casualidad en el trabajo podría ser útil. —Lucy me avanza lo que piensa que sucedió—. Porque, como es natural, él querrá que se haga justicia, ¿verdad que sí? Y ya que estamos, ¿le gusta trabajar en el CFC? ¿Está pensando en su futuro?

Continúa describiendo cómo imagina que Donoghue atrapó a Toby, y mientras tanto yo busco una cinta métrica.

—Así que ella está con su cliente justo antes del juicio, en la sesión de ayer por la mañana, o tal vez ya sentada a la mesa de la defensa, y recibe una comunicación electrónica de Toby. En la bahía se ha descubierto el cadáver de una mujer. Tal vez incluso se añaden ciertos detalles, como que el cadáver tiene esmalte de uñas y el pelo largo de color blanco o rubio. Un regalo de cojones.

—¿Es eso lo que adivinas que sucedió, o acaso lo sabes a ciencia cierta?

Abro un cajón y encuentro lo que estoy buscando, una cinta métrica de bolsillo, del tipo que llevamos en nuestros maletines de escena del crimen.

—Sé lo que los pilotos del Sikorsky le contaron a la ATC —responde Lucy—. Yo acababa de despegar de Hanscom y estaba monitoreando la comunicación de la torre de control de Logan cuando el Sikorsky S-76, que más tarde supe que pertenecía a Channing Lott, se puso en contacto Approach, comunicando que estaban fuera de Beverly y que tenían una solicitud: querían rodar algo en el puerto exterior.

Limpio la regla de metal con un desinfectante en aerosol, y me aseguro de que queda bien desinfectada.

—Vaya, tiene una gran herida en la parte posterior de la cabeza —dice Lucy—. Es muy evidente ahora que tiene el pelo rapado.

—¿A qué hora escuchaste a los pilotos en la radio? —Echo un vistazo a las fotos de la autopsia de la pantalla de su ordenador.

—Aproximadamente, dos horas después de que tú recibieras la llamada del cadáver de la bahía —dice ella.

—Definitivamente aquí se ejerció la fuerza bruta. La fuerza no es nítida —observo—. Se puede ver en las roturas del tejido, y en la profundidad de la herida. — Señalo nervios, vasos sanguíneos y otros tejidos blandos que se extienden como hilos a través de la herida abierta—. Su cabeza impactó con una superficie que no tenía un borde romo.

—Así que el golpe en la base del cráneo no lo causó el borde de un escalón de hormigón.

—Lo dudo.

—No veo cómo esa parte de la cabeza podría dar contra el suelo.

Lucy se toca la nuca, justo donde el cráneo se une con el cuello.

—Es preocupante —digo, pues estoy de acuerdo.

Me inclino sobre ella, mientras abre nuevas fotografías de la autopsia.

—Una fractura conminuta abierta ligeramente deprimida —señalo—. Hemorragia intracraneal e intracerebral.

Miro más fotos, apoyo la mano sobre el hombro de Lucy y siempre me sorprende lo fuerte que está.

—Hematoma subdural, contusiones, hemorragias suprayacentes. Un golpe significativo en la parte posterior de la cabeza, pero con muy poca hinchazón. No vivió mucho tiempo. —Vuelvo a la defensa del barco y la empiezo a medir—. ¿Tiene alguna idea Marino de lo que ha hecho Toby?

—Lo mejor será que sus caminos no se crucen durante los próximos cien años.

La defensa es de vinilo resistente, mide cincuenta y ocho pulgadas por dieciocho, y le pregunto a Lucy si el tamaño es importante, y ella teclea mientras lo comprueba en Internet.

—En el mundo marino, eso es extragrande —dice ella—. Son defensas para yates.

—Y no es inflable —señalo—. Así que si estas defensas extragrandes estaban almacenadas en un barco, tendría que ser uno muy grande. Al principio supuse que la habría comprado, que era nueva. Al igual que el cajón para transportar perros y los sacos de arena para gatos. Supuse que esta persona buscaba todas estas cosas nuevas para que nadie las pudiera localizar.

Limpio la cinta métrica, la devuelvo a un cajón, y me cambio los guantes.

—Pero se puede ver que esta defensa tiene rayones y marcas, lo que sugiere que



no es nueva —explico—. Tiene uso previo. Posiblemente la quitaron de un navío.

—Alguien con dinero —dice Lucy—. Channing Lott tiene una embarcación de cuarenta y cinco metros de eslora que suele fondear en Boston. Parte del tiempo se encuentra en Gloucester, es un yate conocido por todo el mundo.

—¿Por qué el aeropuerto de Beverly? —Le pregunto si hay una razón especial para mantener un helicóptero allí.

—Tiene un hangar en Beverly, tiene hangares en muchos lugares —dice Lucy—. Beverly queda cerca de Gloucester, donde está su mansión frente al mar, donde desapareció su esposa.

Abro una gran caja de plástico negro y saco una lámpara de mano de escena del crimen y unas gafas, y Lucy atenúa la luz en la habitación. Empiezo con la longitud de onda para el azul, iluminando la camiseta negra, y aparece toda una galaxia de fibras y residuos fluorescentes de diferentes colores e intensidades. Los que se ven naranjas y multicolores son probablemente sintéticos, y los asocio con la alfombra. La parte delantera y trasera de la ropa está sucia, con polvo de cemento y escombros y restos de pintura y vidrio, y pelo animal y humano, en gran parte por el contacto con el suelo, sospecho.

Siento la rigidez espesa de la sangre seca y apenas puedo ver en el tejido negro huecos oscuros donde probablemente la sangre goteó de la cabeza de Howard Roth, y le pido a Lucy que encienda de nuevo las luces. La mayor parte de la sangre se concentra en la parte posterior del cuello y los hombros, como si hubiera sangrado por la nuca mientras estaba acostado boca arriba y la sangre se hubiese filtrado por debajo. Me puedo imaginar por qué Luke supuso que la lesión fue causada cuando el cuerpo cayó en el suelo del sótano, al pie de las escaleras, pero no me lo creo.

—Estoy segura de que se te ha pasado por la mente que lo que le sucedió a su esposa es similar a lo de las otras.

Lucy sigue hablando de Channing Lott.

—Necesito imágenes de la escena de Roth: el modo en que quedó el cuerpo, tal y como fue encontrado. Comprueba que Machado las haya enviado.

—Su esposa pertenecía al mismo grupo de edad, y a su manera también era distinguida, una mujer formidable. —Lucy regresa al ordenador—. Ella ciertamente no parecía estar en una categoría de alto riesgo; de hecho era lo contrario. Han llegado las fotos de la escena. Las estoy abriendo ahora.

—¿Está de espaldas, de lado, boca abajo? —Abro un armario, busco peróxido de hidrógeno al tres por ciento.

—De espaldas y con la cadera torcida hacia la izquierda —responde ella.

Voy al ordenador y echo un vistazo. El cadáver de Howard Roth cayó de lado en el sótano, al pie de las escaleras. Quedó mirando hacia arriba, con las rodillas dobladas y los brazos en los costados, y tiene sangre coagulada y seca en la parte

posterior del cuello, que se extiende en una mancha que desaparece debajo de los hombros. Una vez que aterrizó en esta posición, estoy bastante segura de que ya no se movió.

—Me huele a chamusquina eso de que la única razón para que Channing Lott se convirtiera en sospechoso fuese un intercambio de correos electrónicos entre él y aquél al que supuestamente estaba tratando de contratar —comenta Lucy—. Eres consciente de ello, ¿verdad?

—No conozco los detalles. —Vuelvo a la caja y saco botes de acetato de sodio y ácido 5-sulfosalicílico.

—Voy a ver qué encuentro —dice ella, y teclea en su ordenador—. Así que todo empezó el pasado 4 de marzo, domingo. El caso es que a la cuenta personal de Channing Lott llegó un correo electrónico de un usuario que él no reconoció, aunque supuso que se trataba de alguien de una de sus múltiples oficinas. Lott admitió en una declaración directa que no conoce los nombres de todos los que trabajan para él en el mundo. —Lucy me lee lo que ha aparecido de la historia.

«Me doy cuenta de lo inapropiado que resulta ponerme directamente en contacto con usted por correo electrónico, pero debo tener la verificación de la colaboración y el intercambio posterior antes de proceder con la solución».

—¿Y qué respuesta dio Channing Lott?

Disuelvo el ácido sulfosalicílico en peróxido de hidrógeno.

—Escribió: «¿Seguimos comprometidos con el premio de cien mil dólares?».

—Ciertamente suena incriminatorio. —Compruebo el reactivo Leuco Crystal Violet, o LCV a secas, asegurándome de que no se ha vuelto amarillo y aún se ve blanco y fresco.

—Afirma que supuso que el intercambio de correos electrónicos se trataba en realidad de un premio monetario que ofrecía su compañía naviera —me informa—. A menudo se asocia con otras compañías de transporte marítimo para premiar a científicos que encuentran soluciones viables para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero.

Vierdo en el LCV un colorante de triarilmetano catiónico y lo mezclo con un agitador magnético.

—El importe de cien mil dólares fue satisfecho —dice Lucy.

—Suena como un argumento que se le habría ocurrido a Jill Donoghue.

Traspaso parte de la solución a un bote con pulverizador.

—Sí, a menos que el premio Mildred Vivían Cipriano haya venido existiendo durante más de una década —dice Lucy—. Así que no solo fue esgrimido por la defensa para explicar los correos electrónicos. Y puesto que de momento nadie ha sido detenido ni identificado, concluyo que el correo electrónico que le enviaron a Lott no era detectable. Suena familiar, ¿verdad?

—Si pudieras ir a ese armario y sacar una D-70... —Le indico que quiero una lente determinada—. Vamos a usar los infrarrojos para ver si hay algunas impresiones sangrientas que de otro modo no aparecerían sobre el algodón negro.

Empezamos a sacar fotografías con diferentes filtros y velocidades de obturación y distancias. Primero lo intentamos sin realce químico, y en la parte delantera y trasera de la camiseta y los calzoncillos a cuadros hay zonas borrosas donde el residuo sangriento fue transferido a la tela por algo que entró en contacto con ella. Luego lo rocío con LCV y reacciona con la hemoglobina en la sangre, y produce formas discernibles, sorprendentes.

Imágenes de calzado: la suela, el talón, un dedo del pie, resplandores de un violeta intenso, formas sangrientas superpuestas unas sobre otras de alguien que repetidamente pisoteaba y pateaba a Howard Roth en el pecho, los costados, el abdomen, las ingles, mientras él estaba de espaldas, probablemente ya caído, tirado en el suelo del sótano. Le sangraba una herida en la cabeza y le sangraban la nariz y la boca, y la sangre manaba espumosa de las costillas rotas que le perforaban los pulmones, y trato de imaginar lo que sucedió.

Un hombre borracho y apenas vestido, y no creo que estuviera en la cama cuando se presentó el asesino. La mayoría de las personas no usan calcetines en la cama, especialmente en climas cálidos, y reviso de nuevo las fotografías de la escena y de la autopsia, y no estoy satisfecha.

Llamo a Sil Machado.

—Ha salido libre como un pájaro —son las primeras palabras que pronuncia—. Y Donoghue afirma que todo el mérito es tuyo.

—Fantástico.

—Ella comenta que le recordó al jurado, y con razón, que no se puede probar que Mildred Lott haya muerto, ni mucho menos que lo hiciera su marido.

—¿Dónde estás ahora?

—¿Qué es lo que quieres?

Mientras me quito la ropa protectora en la antesala le pido que se reúna conmigo en la casa de Howard Roth, y abro la puerta que da al pasillo. Benton está aquí.

—Dame unos veinte minutos —le digo a Machado—. Si llegas primero sería útil que esperases fuera —miro a Benton a los ojos—. Al parecer, Howard Roth tuvo visita justo antes de morir. Por cierto, ¿qué hay del cheque que había en la caja de herramientas? ¿Lo has enviado para que cotejen las huellas?

—Lo tienen en el laboratorio —dice Machado—. Y, por cierto, cuando ahumaron el coche sacaron una huella del espejo retrovisor. Y no es de Peggy Stanton.

Benton conduce mi todoterreno hacia el oeste a lo largo del río Charles, pasamos por la antigua sede Art Déco de Polaroid y la Boathouse DeWolfe, con su techo de cobre. Es mediodía, y el sol ha derretido el hielo, y sus rayos iluminan el viejo cartel de la empresa Shell. Nos dirigimos hacia Central Square y entonces llamo a Ernie.

—Se trata de pintura marina —dice de inmediato—. Lo que tampoco es una gran sorpresa, ya que obviamente la tortuga estaba en el agua cuando se topó con algo o algo chocó con ella. Se trata de una pintura antiincrustante con cobre para retardar el crecimiento de percebes, mejillones y demás. Y también lleva cinc, lo que sería compatible con la pintura base.

—Y está en consonancia con el color —le respondo—. Ese color verde amarillento trae a la mente una imprimación a base de cinc.

—Microscópicamente tienes más de un color —responde—. De hecho, tienes tres.

Cruzamos Massachusetts Avenue. El ayuntamiento queda justo ahí delante, con su estilo románico, su campanario y sus muros de piedra recortados en granito, y Ernie me explica que los restos de pintura transferida al percebe y también al extremo roto de la caña de bambú procedían del fondo del casco. Posiblemente, de la hélice o la cadena del ancla o la misma ancla, dice, que hace años estaba pintada de negro.

—A menudo lo que se usa para pintar el casco también se utiliza en otras áreas que permanecen sumergidas cuando el barco está amarrado —añade.

—Una manera rápida y sucia de hacerlo —le respondo, mientras Benton gira junto al YMCA—. Usar la misma pintura para todo.

—Mucha gente hace las cosas de un modo rápido y sucio, y luego están aquéllos a los que no les importa una mierda, aquéllos que son realmente descuidados e irresponsables —dice Ernie—. El que pintó el barco que estás buscando entra dentro de esa categoría.

No encaja con la imagen que tengo de él, la de un asesino ordenado y meticuloso, que traza planes y posee una fantasía maligna.

—La pintura base con cinc estaba aplicada directamente sobre la capa vieja de pintura sin lijar, de modo que fue alguien a quien no le importaba un pimiento. — Ernie continúa describiendo lo que ha encontrado en una muestra de color casi invisible a los ojos.

*Un barco que esta persona utiliza para su mal, pero no para su ocio, no para su placer.*

—Y encima de una capa de color rojo oscuro con cobre u óxido cuproso, que se

utiliza generalmente en madera —afirma—. Tengo la sensación de que la embarcación que estás buscando tiene una capa descascarillada de color rojo, o tal vez pelada, lo cierto es que en algunas áreas aflora la capa base. En otras palabras, que no es algo bien mantenido.

*Un barco viejo, mal reparado, que probablemente no esté registrado a su nombre ni fondeado donde vive o ni siquiera cerca de allí.*

—Si se tratara de una hélice, ¿no habrías esperado que la tortuga estuviera en peor estado? —le pregunto.

—Si la hélice giraba, sí. Pero tal vez no lo hacía. Tal vez la persona apagó el motor mientras hacía lo que hizo.

*Hizo lo que hizo.*

Y eso hizo: detener el barco y apagar el motor para arrojar por la borda el cajón para perros, la defensa de barco y el cadáver. Trato de imaginarlo y no puedo, cómo podría alguien alzar un cajón con más de ochenta kilos de arena para gatos y dejarlo caer atado a un cadáver sobre un riel lateral alto. Tuvo que necesitar una plataforma de buceo o un barco con una popa abierta. El mamparo de popa abierto de los barcos de langosta de por aquí es más útil para arrojar nasas y boyas, y son barcos que salen a faenar por todas partes, a todas horas, sea cual sea el tiempo que haya, y por tanto no atraen la atención de nadie. Pienso en cómo pudo ser.

La popa abierta de un viejo barco de madera repintado, y el cajón para perros, la defensa, el cadáver arrojado al agua justo al mismo tiempo en que una gigantesca tortuga laúd se enreda con las artes de pesca y un viejo palo de bambú, ahí está. Imagino el impacto, cómo chocan, ahora puedo verlo todo. La tortuga sube a la superficie en busca de aire, arrastrando las artes de pesca que se le han enredado, y aflora ante el casco del barco, tal vez junto a la hélice, y ahora está peligrosamente enredada en el nailon amarillo de la línea de boyas que la lastran, la frenan, y el pobre animal tira de su carga hasta que esta casi lo hunde.

Es muy probable que el asesino no advirtiera la presencia de la tortuga laúd ni supiera nada de lo ocurrido. Por un lado, sospecho que estaba a oscuras, y me imagino que el barco había fondeado cerca de Logan, pues desde allí envió el correo electrónico desde el iPhone de Emma Shubert, el domingo, a las 18:29 horas, y luego esta persona esperó, posiblemente durante horas, hasta estar seguro de que nadie lo vería.

—¿Qué te hace pensar en un determinado número de años? —le pregunto a Ernie—. ¿Eres capaz de adivinar la fecha cuando el casco originalmente se pintó de negro?

—Tiene restos de TBT —dice.

Me explica que la pintura contiene óxido de tributilestaño, un biocida antiincrustante que ha diezariado la vida marina, y en especial los mariscos, a los que mata y hace mutar. El TBT es uno de los productos químicos más tóxicos jamás

introducidos deliberadamente en el mar. Y desde finales de la década de 1980 se ilegalizó su uso en áreas de tráfico intenso, como puertos y bahías. Pero desafortunadamente la prohibición no incluye ni a petroleros ni a buques militares.

—Así que a menos que el barco en cuestión sea militar o un buque cisterna, algo que dudo seriamente, entonces estás buscando una embarcación que podría tener al menos veinte años —añade, mientras Benton localiza una plaza de aparcamiento en la acera, cerca del Crown Vic de Machado.

La vivienda de Howard Roth no tiene camino de entrada. Rodeada de árboles y arbustos, su pequeña casa de madera queda detrás de una fábrica abandonada en la calle Bigelow, en un área con casas históricas y apartamentos de Harvard y viviendas baratas. Aunque no puedo verlo desde donde estamos, sé que Fayth House queda a pocas manzanas al oeste, en Lee Street, un paseo fácil desde aquí. Sigo preguntándome si Peggy Stanton podría haber ejercido el voluntariado allí.

—¿Y qué es lo más importante para tus propósitos? —La voz de Ernie resuena en mi auricular inalámbrico, mientras salgo del todoterreno—. Pues que al que pintó el barco no le importaba una mierda si había una razón para semejante prohibición o no.

Tomo los maletines de escena del maletero.

—Al parecer, esa persona aplicó las capas de pintura base y pintura roja justo sobre la pintura original de color negro, lo que por cierto no impide que el TBT siga filtrándose en el mar —añade Ernie, y pienso en lo que me dijo Lucy.

La empresa de transporte de Channing Lott ofrece un premio de cien mil dólares para recompensar soluciones que ayuden a preservar el medio ambiente. No me imagino a ninguno de sus cargueros pintado con un biocida peligroso, ni ningún otro barco de su propiedad, y ciertamente no su yate, el que a veces amarra en el puerto de Boston.

—Podría ser cualquier cosa —comenta Benton, después de que lo haya puesto al corriente, mientras estamos subiendo los deslucidos escalones de madera de la casa de tres habitaciones de Howard Roth, que no se ve descuidada, solo deteriorada—. Cualquier tipo de embarcación u objeto marino pintado originalmente con revestimiento, puede tratarse de una boya o un pilote o un submarino. Y luego vuelto a pintar.

—Dudo que pinten un submarino de color rojo. —He visto una manguera de jardín en espiral conectada a un grifo en el exterior, y me pregunto para qué la usaría Howard Roth.

No hay hierba, nada que regar, y él no tenía coche.

—Lo más probable es que estemos hablando de un casco de embarcación y tal vez también de su hélice, que se volvió a pintar con una nueva capa de pintura base, y luego otra de una pintura antiincrustante roja que es ambientalmente segura y legal. —Nos ponemos guantes y fundas de calzado, y abro una puerta de rejilla oxidada.

Sil Machado nos está esperando en un porche abierto lleno de bolsas de basura negras repletas de latas y botellas. Hay carritos de la compra llenos de bolsas, y aún más bolsas por todo el porche. Me pregunto cómo conseguiría llevar Howard Roth esos reciclables al establecimiento donde se los aceptaban, y le pregunto a Machado si él lo sabe.

—El más cercano está en Webster. —Abre la puerta principal con una sola llave conectada a una etiqueta de prueba—. Creo que su compañero de la residencia Fayth House solía llevarlo en el coche. Me refiero a Jerry, el tipo de mantenimiento que encontró el cadáver.

Nos deja entrar y se queda afuera, porque si no encuentro ninguna muestra visible tengo la intención de rociarlo todo en busca de restos de sangre, y dentro hay muy poco espacio. A través de la puerta abierta, Machado me explica que el amigo de Roth, tal vez su único amigo, fue arrestado por conducir bajo los efectos del alcohol y le retiraron la licencia.

—En la tarde del domingo, cuando respondió a la llamada, me dijo que tan pronto como le devolvieran la licencia iba a ayudar a Howie a acarrear todo esto —dice Machado.

—¿Y cuándo podría haberlo hecho, entonces? —pregunta Benton, y estamos junto a la puerta, poniéndonos los monos protectores—. ¿Cuándo le iban a devolver la licencia para que pudiera llevar a Roth?

—Era su primer delito, por lo que la licencia se la suspendieron solamente durante un año —responde Machado—. Le quedaban solo tres meses. Me dijo que le había pedido a Howie que dejara de recolectar todo esto antes de que el suelo se hundiera, que esperase a contar con un medio de locomoción para sacarlo de aquí. Pero Roth salía todos los días a hurgar en la basura de todos modos. No estoy seguro de lo que te dan por estas cosas. ¿Tal vez un par de dólares por bolsa? Bueno, supongo que era suficiente para esas litronas de mierda que bebía.

Me agacho ante el maletín abierto de escena del crimen, saco un bote de aerosol de LCV y la cámara, y antes de hacer nada echo una ojeada al entorno. El salón y la cocina son una zona abierta separada por una encimera de fórmica, y contra una pared hay un viejo televisor con un sillón reclinable de vinilo marrón plantado justo delante, y éste es el único lugar donde alguien podría sentarse.

Las bolsas de latas de metal y las botellas de vidrio y plástico se amontonan en un sofá, en una pequeña mesa y en sus sillas, y puedo entender la actitud de Machado cuando llegó aquí después de que se hallara el cadáver. Yo sé muy bien lo que se siente al entrar en una escena del crimen abarrotada con lo que recogen, acumulan o no se molestan en tirar las personas obsesivas o desequilibradas: es como avanzar a través de un auténtico vertedero.

—Esto no es solo por dinero. —Benton está junto a la encimera de la cocina,

mirando, observando cada detalle.

—Es triste —admito—. Tal vez comenzó recogiendo todo esto para sacar dinero, pero luego se convirtió en una compulsión.

—Otra adicción.

—Se volvió adicto a rebuscar en la basura —le contesto, y advierto que todas las cortinas están bajadas, y las siluetas de botellas y latas se adivinan tras la tela amarillenta donde pega el sol.

Le pregunto a Machado si las cortinas estaban así cuando vino aquí por primera vez. Todas estaban corridas, me dice a través de la puerta abierta, y entonces le pregunto por las lámparas o las luces del techo. Responde que la única luz que había era la bombilla desnuda del sótano, y añade que es probable que todavía esté encendida, a menos que se haya fundido.

—Cuando hayas terminado —dice— voy a buscar huellas en todos los interruptores, si es necesario. Voy a repasar todo lo que alguien podría haber tocado.

—Muy buena idea —le contesto, y pregunto si puedo abrir las cortinas para que entre un poco de luz.

—Haz lo que quieras, doctora. Tengo fotografías del estado en que estaba todo —responde—. Así que si necesitas cambiar o mover algo no hay problema.

Los marcos de las ventanas están llenos de botellas y latas antiguas de Coca-Cola, Sun Drop o Dr. Pepper, de viejas latas de cola de carpintero y botes de goma arábica que me recuerdan a mi infancia. Productos que alguien tiró al limpiar el ático, y me imagino a Howard Roth rescatándolos de la basura y exhibiéndolos en su casa como trofeos, como un tesoro.

—¿Qué pasa con la televisión? ¿Cuando se encontró el cuerpo estaba apagada o encendida? —Benton mira el pasillo enmoquetado que lleva a la parte trasera de la casa.

—Cuando yo llegué estaba apagada —afirma Machado, y me interesan las dos litronas de Steel Reserve 211 y los tres tapones de rosca en el suelo, junto a la silla reclinable.

Me pregunto cuánto tiempo llevan aquí.

—¿Qué pasó cuando su amigo llegó aquí? ¿Cómo se llama? ¿Jerry?

Benton abre la puerta del baño.

—¿Me preguntas por su versión de las cosas? La puerta principal no estaba cerrada con llave y cuando vio que Howie no respondía, entró y le gritó. Dice que eran como las cuatro de la tarde.

—¿Este domingo por la tarde? —Benton se acerca a la puerta que conduce al sótano.

—Así es. Y yo llegué a las cuatro y cuarto.

—¿Y ese tal Jerry tenía alguna razón para hacerle daño? Tal vez ellos estuvieron



bebiendo cerveza barata, tal vez discutieron, tal vez la cosa se les fue de las manos y...

—No me cabe en la cabeza —dice Machado desde la puerta principal—. Pero creo que tengo sus huellas, le tomé muestras de ADN. No podía haberse mostrado más cooperativo. Decía que Howie nunca cerraba la puerta, que él estaba acostumbrado a entrar sin más.

El mando a distancia está encima del televisor, pulcramente colocado exactamente en el medio, y le sugiero a Machado que deberíamos recogerlo. Él suena dudoso, pero dice que está bien, y yo etiqueto el mando a distancia como prueba y se lo paso a través de la puerta de entrada.

—Tengo curiosidad por saber por qué crees que es posible que alguien lo tocara —dice, y Benton camina por el pasillo hasta el dormitorio.

—Es posible que hubiera estado bebiendo cerveza en el sillón, en ropa interior y calcetines, seguramente con el televisor encendido, y se quedó dormido. —Advierto que una de las bolsas de basura escondida bajo la encimera está cerrada, cuando todas las demás no lo están—. Me gustaría ver el interior de los armarios de la cocina, si no te importa.

Bajo el fregadero hay nueve cajas de bolsas de basura industriales, cajas de cien bolsas, y son de gran calidad y nada baratas, y me pregunto de dónde las sacó Roth.

—No creo que él comprara esto. —Miro en el interior de una caja abierta y saco lazos verdes de plástico exactamente como los que están anudados en la bolsa cerrada junto a la encimera.

Le comento a Machado que es posible que desee comprobar qué marca de bolsas de basura industriales utilizan en Fayth House. Le digo que una caja de este tamaño con bolsas de esta calidad puede llegar a costar treinta o cuarenta dólares, que es mucho más de lo que Roth iba a conseguir con los objetos reciclables que colocaba dentro.

Tal vez su amigo Jerry, que trabaja en el servicio de mantenimiento de la residencia de ancianos, lo mantenía bien abastecido, o tal vez Roth las robaba cuando entraba y salía de hacer alguna chapuza allí. Me permito recordar a Machado que debemos averiguar si Peggy Stanton trabajó como voluntaria en la residencia Fayth House.

—Una mujer cautelosa, que tenía un sistema de alarma y no quería que su dirección y número de teléfono aparecieran en sus cheques, no iba a dejar entrar a nadie en su casa así porque sí. —Recojo la caja abierta de bolsas de basura—. Ella debía de tener alguna relación con él, debía de sentirse a salvo con él si le dejó hacer chapuzas en su casa o en su propiedad.

—A menos que quien mató a este hombre plantara el cheque en su caja de herramientas como coartada. —Machado coge otra bolsa de pruebas.

—¿Por qué? —le pregunto mientras me dirijo de nuevo al televisor.

—Tal vez pensó que lo encontraríamos y que pensaríamos que Howie la había matado. Caso resuelto. Con algo así intentó implicar a Marino, ¿verdad? Eso es lo que hace este hijo de puta, ¿no es cierto?

No creo que tenga razón en todo, pero escucho su teoría mientras le informo de que estoy desatando la bolsa de basura de debajo de la encimera, porque me llama la atención que sea la única cerrada. Todas las demás están abiertas, y tal vez Howard Roth las dejó así tras enjuagar las botellas y las latas y los frascos, tal vez dejó las bolsas abiertas para que se secaran.

Señalo a Machado que hay una manguera en el jardín. La mayoría de las tiendas que admiten reciclables requieren que los materiales se hayan vaciado y lavado, y lo cierto es que tampoco he notado ningún olor. Le digo que si no se opone voy a ver lo que hay en esta bolsa y luego voy a buscar sangre.

—El caso es que encontramos el cheque y ¡bingo! —Machado continúa describiendo algo que yo no creo que sea posible—. Ya tenemos al delincuente que mató a Peggy Stanton. El tipo de las chapuzas lo hizo y luego murió en un accidente después de haber empinado el codo más de la cuenta. El asesino nos tiende una trampa y nosotros pensamos que el caso está cerrado.

—¿Y dónde piensa el asesino que vamos a imaginar que Roth mantuvo el cadáver después de que supuestamente la asesinó? —le pregunto, mientras deshago el nudo de la bolsa—. ¿Dónde podría haberlo mantenido el tiempo suficiente para que comenzase a momificar? Desde luego, no en esta casa durante el verano. ¿Y se supone que debemos creer que Howard Roth tenía un barco o que podía contar con uno?

—Tal vez el asesino supuso que no lo encontraríamos momificado —afirma Machado—. Tal vez él pensó que no aparecería deshidratado después de que estuviera en el agua durante un tiempo.

—Los restos momificados no se reconstituyen como la fruta liofilizada. No se le puede agregar humedad de nuevo a un cadáver.

Abro la bolsa y la botella está justo encima de otras botellas y latas y frascos. Ahí es donde el monstruo la ha colocado.

—Pero ¿sabe un tipo normal y corriente que un cadáver reseco no se rehidrata? —pregunta Machado.

La litrona de Steel Reserve 211 es idéntica a los dos vacías que hay junto al sillón, cada una con su etiqueta de precio del Quik Shop.

—No voy a hacer nada aquí con esto —le digo a Machado, mientras sostengo la botella en mis manos enguantadas, girándola y observándola al trasluz que entra a través de una ventana—. Veo detalles de la cresta papilar, y veo sangre.

No entiendo por qué un asesino que ha creado fantasías tan elaboradas y premeditadas y parece tan meticuloso hace tan poco esfuerzo por ocultar pruebas relevantes. De hecho, estoy desconcertada, y así se lo digo a Benton.

—Hay que centrarse en sus prioridades —contesta, mientras conduce por Cambridge—. Hay que colarse dentro de su cabeza y saber lo que valora. La pulcritud, el orden, que todo esté exactamente como a él le gusta. Restaurar el orden después de matar. Demostrar que él es un buen hombre, un tipo decente, una persona civilizada. Sospecho que las flores que encontraste en la casa de Peggy Stanton eran de él. Cuando devolvió el coche y entró en la casa, dejó un ramo de flores para demostrar que es todo un caballero.

—¿Ha habido suerte, ha aparecido la factura de las flores?

—No es de ninguna de las floristerías de la zona. Se ha comprobado. —Mira su teléfono, lo ha estado mirando todo el tiempo—. Creo que no había ninguna tarjeta porque nunca la hubo, que compró el ramo como cualquier hijo atento que va a ver a su madre. Es muy importante para esta persona que la imagen que tiene de sí misma quede reafirmada después de cada asesinato. Que se vea a sí mismo como un gran tipo. Un caballero. Alguien capaz de mantener relaciones verdaderas.

—Lo que le hizo a Howard Roth no era precisamente caballeroso, y no le dejó flores.

—Howard Roth no tenía ningún valor. —Benton ve que le ha entrado otro mensaje de texto, y me pregunto si es Douglas Burke quien le está escribiendo a cada minuto—. Era solo un objeto, no mejor que la basura donde rebuscaba, y el asesino supuso que tú tampoco le prestarías ninguna atención. Supuso que sería un caso que no merecería tu atención.

—¿Yo, específicamente?

—Lo que me dice esto es que él no te conoce en persona. Me retracto de lo que te dije antes acerca de mi preocupación porque te conociera, o porque conociera a Marino. Sabe algo de ti, de tu oficina, pero no te conoce —comenta Benton, como si no pudiera haber ninguna duda al respecto—. Lo está haciendo mal. Está cometiendo errores. Tal vez deberías enviarle un mensaje a Bryce para hacerle saber que estaremos allí en quince minutos.

Son casi las tres de la tarde, y vamos a llegar con retraso a una reunión programada por Benton en mi sala de conferencias TelePresence, y no me gusta mucho que hayan invitado a Douglas Burke. Pensé que Benton había dejado

perfectamente claro que no podrían trabajar juntos nunca más.

—¿De modo que escenifica sus crímenes de una manera premeditada y precisa, y está obsesionado con juegos que incluyen implicar a inocentes, y luego resulta que no le importa lo más mínimo dejar huellas y sangre?

Me preocupa que entre Benton y Burke pueda haber algo.

—Él tiene razones para creer que esas pruebas no le incriminarán —comenta, mientras volvemos al CFC por el mismo camino que tomamos para venir aquí, siguiendo el río, y ahora las aguas lucen oscuras y el cielo está brumoso y de un azul pálido—. Por un lado, probablemente supuso que no lo encontraríamos. Que no te molestarías en mirar ahí. Ésta es la parte importante, Kay. No supuso que te molestarías en hacer todo lo que estás haciendo. Él no te conoce, en absoluto —comenta de nuevo.

Douglas Burke estará esperando en mi sala de conferencias, y no estoy segura de lo que voy a hacer cuando la vea.

—Hay detalles de huellas dactilares por toda la botella —le respondo—. Ni siquiera necesito usar polvo fino o ALS para ver que hay detalles suficientes de cresta papilar para lograr una identificación.

—Pero no sé de quién será la identificación. —Benton mira el teléfono en su regazo, y otro mensaje acaba de llegarle—. Podría ser del mismo Roth. Lo más probable es que él comprara esa litrona y se la bebiera.

—Lo importante es que el asesino ni siquiera se molestó en limpiar la botella, que es realmente descuidado —repito—. Lo más inteligente habría sido llevársela y lanzarla en algún lugar donde nunca se encontrara.

—La eliminación del arma en una bolsa llena de botellas y latas que Roth guardaba demuestra el total desprecio del asesino hacia su víctima, su total indiferencia. —Benton comprueba su móvil una vez más—. Roth no era nada para él, solo una molestia, y el asesino asume que todo el mundo lo siente así, porque no sabe cómo sentir de otra manera. No puede proyectar ni en ti ni en nadie valores de los que carece.

—¿En mí, específicamente?

—Sí, en ti, Kay. Él no te conoce —repite Benton—. No puede imaginar lo que vas a hacer o cómo te sientes, porque es incapaz de mostrar empatía. Por lo tanto, lee mal a la gente.

—Vamos a cotejar la huella en el espejo retrovisor de Peggy Stanton con las que haya en la botella. —Pienso en voz alta mientras me preocupo, y no quiero preocuparme.

Quiero confiar en Benton. Quiero creer cada palabra que me ha dicho.

—Tal vez dejó una huella en el espejo, pero no aparecerá en el AFIS. —Benton revisa de nuevo sus mensajes—. No está en el sistema. Es alguien de quien nadie

sospecharía jamás. Nunca lo han arrestado y no tiene motivos para que sus huellas se encuentren en una base de datos. Se siente seguro de que nunca va a ser sospechoso, y ahora tú le has causado un problema que no se esperaba. La pregunta es si él lo sabe.

—Me gustaría que no mirases esa cosa cuando conduces. —Le quito el teléfono—. Si lo haces cuando estoy presente, ¿qué harás cuando no estoy?

—No tienes nada de qué preocuparte, Kay. —Me tiende la mano—. Cuando no estás conmigo no hago nada de lo que debas preocuparte.

—Pensé que hablabas con ella. —Le devuelvo el teléfono.

—No quiere dejar en paz a Marino. Probablemente, ésta es la razón de que tengamos esta reunión.

—Pero ella debería olvidarse de él en cuanto oiga lo que sabemos —supongo, porque Burke ciertamente debería hacerlo.

—Es ridículo —comenta Benton—. Las huellas de Marino, como las tuyas, como las mías, se encuentran archivadas con fines de exclusión, y no es su huella la que está en el espejo retrovisor de Peggy Stanton. Y estoy totalmente seguro de que no asesinó a Howard Roth. Marino estaba en Tampa cuando Roth fue asesinado. La reunión pondrá fin a todo esto.

—Probablemente todavía piensa que creemos que fue un accidente.

No estoy pensando en Marino, sino en la persona que Burke debería estar buscando. Estoy pensando en el asesino.

—A menos que nos haya estado siguiendo —añado—. En ese caso, podría saber lo que hacemos. Si está por ahí, escrutándonos.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—No está nervioso —dice Benton—. Esta persona se siente confiada y no se imagina que está cometiendo errores. Nunca se imaginó que lo rociarías todo con productos químicos, que encontrarías sangre que él no se molestó en limpiar.

—Tampoco podría haberlo limpiado —le respondo—. No del todo.

No era evidente a simple vista: un salpicón de impacto de velocidad media que yo asocio con el empleo de una fuerza contundente. Gotas alargadas de diferentes tamaños en el lado izquierdo del sillón, en el reposabrazos de vinilo marrón y en el panel de la pared de color marrón oscuro, a la izquierda de donde estimo que se hallaba la cabeza de Howard Roth cuando se la golpeó con la fuerza necesaria para lacerarle el cuero cabelludo y fracturarle el cráneo.

El patrón de manchas de sangre que brillaban en tonos de color violeta me contó una historia: la historia cruel de él, dormido frente al televisor, o ya inconsciente de puro borracho, cuando un asesino entró por una puerta que aparentemente no estaba cerrada con llave. Roth fue golpeado solo una vez en la parte posterior de la cabeza

con una litrona de cerveza barata que el asesino dejó dentro de una bolsa de basura y cerró con una lazada.

Rayas y manchas de sangre sobre la moqueta sucia. Manchas oscuras y sangrientas de arrastre que se observan desde el salón hasta la puerta del sótano, y luego la sangre ya claramente visible, allá donde uno esperaría encontrársela en el caso de una muerte accidental. Gotas y manchas en los seis escalones de cemento que dan al sótano, su cuerpo inconsciente empujado por las escaleras y luego pateado y pisoteado allá donde aterrizó. El asesino se aseguró de que Roth no sobreviviría y supuso que nadie contemplaría la posibilidad de que se tratase de un homicidio, que algo así nunca se nos pasaría por la cabeza.

—Se esforzó en disimular lo que había hecho —señala Benton, al pasar de nuevo junto al cobertizo de lanchas y el antiguo edificio de Polaroid—. Podría haberse presentado de madrugada y dispararle, apuñalarlo o estrangularlo, pero eso habría sido evidente. Hizo algo bien, pero no todo, porque es incapaz de anticipar lo que hace la gente normal.

—No puede imaginar que cualquiera de nosotros se preocupara por algo así.

—Eso es correcto. Se trata de alguien vacío, hueco. Probablemente lo han visto por aquí.

Benton sospecha que el asesino le había echado el ojo a Roth en Cambridge, le había seguido la pista durante meses, observando cómo iba en busca de trabajo y rebuscaba en los cubos de basura y los contenedores de reciclaje, a veces empujando un carrito de supermercado. Cuando está acechando a su próxima víctima, dice Benton, este asesino se fija en todo el mundo.

Acecha, aguarda, investiga, observa los movimientos habituales de la gente y hace sus cálculos. Hace simulacros, alimentando sus fantasías crueles.

Pero eso no significa que conociera a Howard Roth por su nombre. El asesino falsificó un cheque de cien dólares que probablemente había enviado por correo, igual que siguió pagando las cuentas de Peggy Stanton mucho tiempo después de que ella hubiera muerto. Pero eso no significa que tuviese la menor idea de que el Howard Roth cuyo cheque había echado al correo era el mismo tipo con aspecto de vagabundo que había visto hurgando en las basuras en Cambridge.

—De lo que estoy seguro es de que mató a Roth cuando lo hizo por alguna razón —dice Benton—. Fue un homicidio carente de cualquier emoción.

—Dar patadas parece más bien algo emocional.

—No era nada personal —responde Benton—. No sintió nada.

—Podría interpretarse como un acto de rabia. En la mayoría de los casos en los que se dan patadas hay rabia —le respondo.

—Sentía que tenía que hacerlo. Para él fue como matar a un insecto. Me pregunto si Roth había estado en casa de ella hacía poco. —Benton mira el móvil de nuevo—.

Tal vez quería cobrar su dinero, y se pasó en un mal momento.

—Si el asesino estaba robando la correspondencia del buzón de Peggy Stanton justo en el mismo instante en que apareció Roth, eso habría sido un mal momento, no podría haber sido un momento peor. —Llegamos, el edificio está ahora ante nuestros ojos—. Pero no me lo imagino haciéndolo durante el día.

—No sabemos si Roth solo salía durante el día. Hay tiendas abiertas toda la noche, sobre todo alrededor de donde vivía Peggy Stanton, muchas en la calle Cambridge. Hay un Quik Shop abierto las veinticuatro horas y todos los días del año, que queda justo a la vuelta de la esquina de donde vivía ella —afirma Benton.

—Iba a salir, no importa a qué hora, sobre todo si se le había acabado la cerveza, y podría haber frecuentado el barrio porque quería que le pagaran su dinero.

—¿Al caer la noche, en una calle mal iluminada? —le respondo—. Es probable que Roth no hubiera conseguido verlo bien, incluso si estuvieron cara a cara.

—Él sentía que tenía razones para actuar así, que debía ir a lo seguro —dice Benton del asesino—. Tenía motivos suficientes para arriesgarse a seguirlo hasta su casa con la intención de asesinarlo.

Torcemos en Memorial Drive, y me imagino a Howard Roth yendo o viniendo del Quik Shop. Si hubiera visto a alguien recoger el correo de Peggy Stanton podría haber hablado con esa persona, podría haberle preguntado dónde se encontraba ella o cuándo podría estar en casa, e incluso explicarle por qué se lo preguntaba. Un veterano discapacitado, un alcohólico que rebusca en los cubos de la basura, un manitas a tiempo parcial que a todas luces parece inofensivo. Aunque hubiera mirado al asesino a la cara, ¿por qué iba eso a convertirse en un motivo de peso para asesinar a Roth?

Me pregunto si el asesino tendría alguna otra razón para estar familiarizado con Howard Roth, si lo habría visto antes. Es posible que no le conociera de nombre, sino solo de haberlo visto por ahí, por su aspecto.

—Y el resto fue fácil —dice Benton, mientras nos detenemos en la puerta del CFC, y mi teléfono empieza a sonar.

*Bryce.*

—Seguir a un borracho que no cierra la puerta con llave.

Benton avanza hasta pulsar el control remoto de la pared.

¿Qué quiere Bryce que no puede esperar hasta que estemos dentro? Sabe que estoy aquí. Puede verlo en la pantalla de su escritorio, en casi cualquier monitor de cualquier área del edificio, y toco el botón de «Responder».

—Observa y espera —dice Benton— a que el otro se ponga a empujar el codo hasta quedar inconsciente en el sofá. Probablemente Roth nunca supo qué lo golpeó.

—Estoy entrando ahora —le digo a mi jefe de personal.

—Ay, Dios mío, tengo noticias.

Está tan alterado que tengo que bajar el volumen del móvil.

—Debería haber unas personas esperando... —le digo.

—¿Les estabas esperando? Ay, Señor. Les hice esperar en el vestíbulo.

—¿Qué?

—Me encanta, me encanta la gata. La pequeña Shaw tiene una salud gatuna perfecta. —Dice *purrfecta*, como si ronroneara—. Está bien, espera, voy a llamar a Ron ahora, va a ponerse al móvil, lo siento. Sería de gran ayuda si me hicieras saber cosas como ésta, por el amor de Dios. ¿Ron? Sí, puedes acompañarlos, sí, de inmediato. No sabía que les esperábamos, nadie me cuenta nada.

—Desde luego, te pido disculpas, pero ¿qué acabas de decirme?

—No tenía ni idea —replica Bryce, y no consigo colar una sola palabra—. Bueno, Shaw ha sacado sobresaliente en salud. Tal vez tenga la piel seca y esté un poco anémica, pero el veterinario dice que lo mejor es que no se quede sola todo el tiempo, ya que solía estar siempre con alguien hasta que pasó lo que pasó, y eso por no hablar de que estará traumatizada. Y como Ethan trabaja en casa tres días a la semana, pues creo que deberíamos quedárnosla, especialmente después del susto con Indy, que por cierto está muy bien, gracias por preguntar.

—¡Bryce! —lo interrumpo por tercera vez.

—¿Qué?

—¿Por qué haces esperar al FBI en el *lobby*? —pregunto—. ¿Y por qué los harías escoltar por seguridad?

—No. Oh, no, ¿a las dos agentes? No, a ellas no. Ay, Señor, no me di cuenta. Ya están en la sala de guerra, y no quería decir, ay, mierda. —Suena sorprendido—. Espera, espera, déjame ver si todavía puedo... ¡Ron! No les traigas arriba. ¿Estás con ellos ahora? Ay, mierda —dice.



Le culpo por no pedir cita y presentarse en el CFC sin previo aviso, pero no puedo decir que no tenga derecho a hablar conmigo. Decido que Channing Lott y sus acompañantes deben ser conducidos arriba.

—Solo dame un minuto para que me instale —le indico a Bryce por el móvil—. Llévalos a la sala de espera, dales agua y café. Diles que solo puedo verlos unos minutos. Por favor, explícales que llego tarde a una reunión. Yo te enviaré un SMS cuando esté lista, y los traes a mi oficina.

Pulso el botón del ascensor para el piso séptimo y sé que Benton va a insistir, pero no voy a hacerle caso.

—Kay, yo debería ir contigo —empieza, y no le dejo terminar. Niego con la cabeza.

—No es más apropiado que estés presente. Sea lo que sea, en última instancia se trata de un miembro de la familia, de un ser querido de la difunta. Él es el esposo de alguien cuyo caso es mío.

—El cadáver no se ha encontrado. Ella no es uno de tus casos.

—Han consultado el caso, y él lo sabe. He testificado sobre ella en el juicio, y en su opinión ella es uno de mis casos. Además, alguien tiene que ocuparse de ella, por el amor de Dios, porque es altamente improbable que todavía siga viva. Seamos realistas, está tan viva como Emma Shubert.

—No se puede hacer esta conexión basándonos en los hechos disponibles. La forma de decirlo es significativa.

—Sé cuándo la gente no va a entrar por esa puerta nunca más, Benton —replico, y lo miro cuidadosamente—. Esas mujeres están muertas.

No dice nada porque piensa igual que yo. Sabe más de lo que está diciendo. Pienso en la reunión a la que voy a asistir más tarde, pero eso tendrá que esperar.

—¿Y qué si Channing Lott no hubiera tenido realmente nada que ver con la desaparición de su esposa y la gente como yo ni siquiera se digna a hablar con él? —le pregunto.

—¿La gente como tú, dices?

—Tengo que hacerlo, Benton.

—Esto es peligroso, Kay.

—Estamos obligados a respetar que ha sido absuelto de su asesinato, y me parece peligroso suponer que él no está sufriendo, que no está perturbado, que no está

devastado. —Me mantengo firme. Esto no es negociable—. No dejaré que el FBI se sienta a esa mesa. De hecho, el FBI ya ha metido la nariz en mi oficina más de la cuenta.

—No estoy tratando de interferir. Estoy tratando de protegerte.

—Sé que es así. —Lo miro y puedo ver lo infeliz que se siente—. Pero no lo puedo permitir.

Se da cuenta de que discutir conmigo será infructuoso, y aunque yo siempre escucho sus opiniones y lo que me dice, tengo que manejar mis responsabilidades de la manera que sé que es la correcta. Si yo no fuera su esposa él nunca me habría hecho la propuesta que me acaba de hacer. Dentro del CFC no hay sospechosos, no hay inocentes ni culpables, solo personas muertas o desoladas. Channing Lott es el viudo, y no prestarle atención sería una violación de mi juramento.

—Él no me va a hacer daño —le digo a Benton—. No me va a atacar dentro de mi propio edificio.

—No estoy preocupado por lo que te pueda hacer —responde—. Estoy preocupado por lo que quiere.

—Me reuniré contigo y tus colegas en unos minutos. Voy a estar bien.

Nos bajamos en mi piso, y veo a Benton alejarse, alto y flaco, con su traje oscuro, su pelo grueso y plateado, su paso decidido y confiado, como siempre camina, pero siento su renuencia. Se dirige hacia la sala de conferencias TelePresence, más conocida como la sala de guerra, y yo voy en dirección opuesta.

Sigo por el pasillo curvo hasta mi oficina y abro la puerta, tomándome un momento para inspeccionarme en el espejo del lavabo del baño, lavarme la cara, cepillarme el pelo y los dientes, y pintarme los labios. No es el mejor día para llevar un par de pantalones de pana viejos sin forma, un jersey de punto de pescador y unos botines negros.

No es la ropa que yo habría elegido de haber sabido que me iba a reunir con este hombre notoriamente poderoso, que muchos todavía creen que orquestó el asesinato de su esposa, y por un instante considero la posibilidad de cambiarme de ropa y ponerme unos pantalones de faena y una camisa con el escudo del CFC. Pero eso sería una tontería, y no tengo tiempo.

Le envío un SMS a Bryce y le pido que por favor recuerde a nuestros huéspedes no invitados que tendrán que darse prisa, que llego tarde a otra reunión. No me importa hacer esperar al FBI, la verdad sea dicha, sobre todo si así hago esperar a Douglas Burke, a quien no me importaría hacer esperar durante cien años. Pero quiero poder zafarme si lo necesito. No sé qué ha planeado Channing Lott ni por qué ha traído a su gente con él.

Oigo a Bryce por el pasillo hablando por los codos, no puede evitarlo. Su necesidad de hablar es tan acuciante como su necesidad de respirar. Abre la puerta

mientras llama, y de pronto aparece Channing Lott, vestido con un traje gris perla y una camisa gris, sin corbata. Es muy llamativo, con su pelo largo y canoso trenzado a la espalda, y me estrecha la mano calurosamente y me mira a los ojos, y por un momento creo que me va a abrazar. Me toma un segundo recuperar la compostura y reconocer al hombre y a la mujer que lo acompañan.

—Podemos sentarnos aquí —digo, y les muestro la mesa de acero pulido—. Veo que Bryce se ha asegurado de que tengan algo de beber.

—Ella es Shelly Duke, mi directora financiera, y él, Albert Galbraith, mi jefe de operaciones —afirma Lott, y los recuerdo a ambos muy juntos y mirando a la bahía desde el tribunal cuando yo pasaba por seguridad ayer por la tarde.

Son dos ejecutivos atractivos, bien remunerados y bien vestidos, de treinta y muchos o cuarenta y pocos años, me imagino. Ninguno de ellos se muestra tan cálido ni amable como su jefe, cuyos ojos azules son intensos, su rostro radiante, mientras me presta toda su atención. Cuando estamos sentados, le pregunto en qué puedo ayudarle.

—En primer lugar y lo más importante, quiero darle las gracias, doctora Scarpetta. —Lott dice lo que yo temía que podría decir—. Le sometieron a algo que tuvo que ser desagradable. —Se refiere a lo que pasó en el juicio, y me recuerda desagradablemente cómo fui multada por el juez y cómo su propia abogada intentó destituirme en todos los frentes.

—No hay nada que agradecerme, señor Lott —contesto, mientras recuerdo su helicóptero filmándome—. Soy una funcionaria que hace su trabajo.

—Sin prejuicios —afirma—. Usted lo hizo sin ideas preconcebidas ni prejuicios. Simplemente dijo lo que era cierto, y no tenía por qué hacerlo.

—No es mi trabajo tomar partido o tener una opinión, a menos que se trate de la causa de una muerte.

—Ésa no es mi esposa —afirma, y la identidad de Peggy Stanton aún no ha sido revelada—. Cuando pusieron esas imágenes de televisión en los tribunales, yo supe que no era ella. Lo supe al instante, y quería decírselo yo mismo en el caso de que haya sido un problema.

Me pregunto si Toby le filtró la identidad a Jill Donoghue y si esta sabe que su cliente está aquí.

—Por muy malogrado que estuviera el cadáver, lo cierto es que se podía decir sin vacilación que no se trataba de Millie. —Lott le quita el tapón a una botella de agua—. Ella no podía tener ese aspecto, y si usted ha podido echar un vistazo a su historial médico o tiene detalles de su descripción física, se dará cuenta de que lo que estoy diciendo es cierto.

Tengo pocas dudas de que él sepa que he estudiado el historial y soy consciente de que Mildred Lott medía o mide sobre un metro sesenta.

Peggy Stanton, de cuyo asesinato Channing Lott no debe saber nada, a menos que haya tenido algo que ver o su abogada le haya explicado algo al respecto, apenas medía metro sesenta. Cuando ella apareció en la televisión, mientras yo cargaba su cadáver dentro de la canasta Stokes, se vio claro que no era tan alta. Sé, tras examinarla, que su pelo era canoso y no rubio teñido, y que ella no tenía cicatrices de cirugías estéticas recientes, no tenía ninguna abdominoplastia, ninguna ritidectomía.

—Fue la primera cosa en la que todos nosotros pensamos cuando se supo la noticia. —Al Galbraith toma café y parece inquieto, como si el tema le resultase desagradable—. No importa el estado en que se encuentre, alguien no se hace más bajo —afirma con torpeza, como si se sintiera obligado a decir algo sobre la esposa desaparecida de su jefe.

—Los cambios post mortem, los cambios después de la muerte, no acortan a nadie —digo yo, pues estoy de acuerdo.

—Una mujer imponente —afirma Galbraith, y se me ocurre que ella no le gustaba nada—. Creo que cualquiera que conociera a la señora Lott se sorprendía de lo escultural que era.

—Exactamente. —Shelly Duke se muestra de acuerdo, y se me ocurre que no quieren estar aquí—. Una mujer impresionante y abrumadora. De una figura imponente, dominaba cualquier estancia con solo hacer acto de presencia, y lo digo con admiración —añade, con una tristeza que no es convincente.

Lott les ha hecho venir. Se sienten tan inseguros como se podría esperar que se sintiesen dentro de un centro forense, y tengo la sensación de que ambos muestran cierta ambivalencia en cuanto a la víctima. Me pregunto si Jill Donoghue ha planeado esta reunión no programada, pero no puedo imaginar un motivo para hacerlo. Ella ha declarado audazmente que no habrá medias tintas en este caso, que su cliente no será juzgado de nuevo por el mismo cargo ni nada por el estilo.

«Esta pesadilla ha terminado, pero no lo peor», les ha estado diciendo Donoghue a los medios de comunicación, una vez se supo que su cliente había salido absuelto esta mañana. Ahora Channing Lott tiene que lidiar con su propia victimización, porque aquí él es la verdadera víctima, ha declarado ella, y le han encarcelado por un crimen que no cometió, como si la trágica pérdida de su esposa no fuera ya bastante horrible.

—Doctora Scarpetta, ¿puedo hacerle una pregunta? —Él está completamente enfocado hacia mí, está sentado muy erguido y se desenvuelve de una forma que me indica por qué sus dos directores generales han venido con él.

Ahora les da la espalda. No ve a cualquiera por cualquier cosa. Ellos son testigos, no amigos de confianza. Lott no amasó todo lo que ha amasado en la vida siendo poco precavido o estúpido. A pesar de que me preocupo por sus intenciones, creo que en realidad se está cerciorando de que no le causaré más problemas.

—No puedo prometer que vaya a ser capaz de responderle, pero adelante.

Recuerdo lo que Lorey y Kefe, los detectives de Gloucester, me contaron cuando se reunieron conmigo después de que desapareciera Mildred Lott.

—Usted conoce los detalles, supongo. Millie estaba sola en nuestra casa de Gloucester, el 11 de marzo, domingo —dice Lott, como si estuviera haciendo una declaración.

Una mujer vanidosa que se relacionaba con ricos y famosos, que había estado en la Casa Blanca más de una vez y se había reunido incluso con la reina de Inglaterra, así me la describieron los detectives, y cuando les pregunté si sabían de alguien que hubiera querido causarle algún mal a Mildred Lott, respondieron que sacara la guía telefónica.

«Apunta con el dedo en cualquier página», dijeron. «Podría ser cualquiera al que ella hubiera pisado, hecho trabajar más de la cuenta, pagado mal, o tratado como *al servicio*», me dijeron, y recuerdo que pensé en aquel momento que es muy común que las víctimas no sean agradables. Nadie merece ser secuestrado, violado, asesinado, robado o mutilado, pero eso no significa que la persona en cuestión no haya hecho algo para que le suceda una cosa así.

—Ella acababa de ocuparse de nuestro regreso a Gloucester. Mantenemos la casa cerrada durante los meses de invierno más sombríos. —Lott repite lo que obviamente ha dicho muchas veces antes—. Y yo había hablado con ella en lo que para mí era aún la mañana pero para ella eran las nueve de la noche, y por supuesto, estaba muy molesta. Yo estaba de viaje de negocios en Asia y, de hecho, había decidido acortar mi viaje por la perra. Millie estaba hecha un manojo de nervios.

—Ella no puede saber lo que ha pasado con Jasmine —le comenta Shelly Duke, y me dice—: Jasmine es su perra.

—Nuestra sharpei desapareció en marzo —explica Lott—. Los jardineros, como ocurre a menudo, habían dejado la puerta abierta. Ya había ocurrido antes y Jasmine había regresado. La última vez que se perdió la encontró la policía. La policía local la conoce y un oficial la cogió en brazos y nos la trajo de vuelta. Pero esta vez no tuvieron tanta suerte, al parecer. La policía sospecha que alguien la robó, se trata de una raza muy poco común y no precisamente barata, y Millie estaba fuera de sí. No hay palabras para describir lo mal que estaba. —Al decir esto parece que Channing Lott va a soltar una lágrima.

—Su perra desapareció tres días antes que su esposa —le digo.

—Sí.

Se aclara la garganta.

—¿Sabe si Jasmine ha vuelto a aparecer?

—Dos días después de que Millie desapareciera, encontraron a Jasmine vagando a varios kilómetros al norte de la casa, cerca del río Annisquam —dice, y pienso en la

gata de Peggy Stanton—, en una zona de paseo donde los perros pueden ir sin correa, con una gran cantidad de arbustos y rocas, más allá de Wheeler Street. Alguien que paseaba a su perro la encontró.

—¿Cree que había estado suelta todo ese tiempo? —pregunto.

—No, lo dudo, no durante toda una semana en tiempo de lluvias y bajas temperaturas nocturnas, sin comida ni agua. Tenía muy buen aspecto para haber estado a la intemperie todo ese tiempo. Creo que quien la raptó cambió de opinión. Jasmine puede ser agresiva, impredecible, no se muestra amable con los extraños.

«Alguien que no tiene el menor respeto por la vida humana, pero que no haría daño a un animal».

—Es como en ese relato, «El rescate del jefe rojo». —La risa de Channing Lott suena hueca, y lo que es importante para mí es la cronología.

Lo más probable es que la gata de Peggy Stanton se escapara o la echaran de casa tras desaparecer su dueña y cuando posiblemente ya estaba muerta, pero la perra de Mildred Lott se desvaneció antes de que hubiera ocurrido un crimen.

—Se ha sugerido que mi esposa podría haberse ahogado accidentalmente. —Hace un circunloquio para pedirme la opinión sobre eso, y no me es posible brindarle una respuesta—. O tal vez se quitó la vida.

Se pone a describir las teorías al respecto, interminables y exageradas, algunas de ellas ya recitadas por Donoghue en los tribunales. Mildred Lott estaría borracha o drogada y vagó fuera de la casa y cayó al océano o deliberadamente se tiró al agua helada con la intención de ahogarse. Tenía una aventura amorosa y se fugó con su amante porque temía la ira de su marido. Había escondido millones de dólares en cuentas en el extranjero y ahora vivía bajo una identidad falsa en el Caribe, en el Mediterráneo, en el sur de Francia, en Marrakech. Presuntos avistamientos de ella han aparecido en Internet.

—Estoy interesado en su opinión —me presiona ahora—. Pensemos en una persona que se ahoga accidentalmente o es asesinada o se suicida, ¿no se encontraría el cadáver con el tiempo?

—Los cuerpos que caen al agua no siempre se encuentran —le respondo—. Las personas perdidas en el mar, la gente que cae o es arrojada por la borda de un barco, a veces se ve arrastrada por fuertes corrientes, por ejemplo. Depende también de si el cuerpo se queda enganchado en algo.

—¿Y al final, no quedaría absolutamente nada?

—Lo que quedara aún tendría que ser encontrado, y eso no siempre sucede.

—Pero si mi mujer se cayó al océano, porque tal vez tropezó con las rocas o se cayó del muelle, ¿no se puede esperar que aparezca?

Él persiste con valentía y sin dar su brazo a torcer.

En sus ojos brilla una tristeza que parece real.

—En un caso como éste, en general, sí —le respondo.

—Al, si eres tan amable —dice Lott, sin mirarlo.

Al Galbraith abre su maletín y saca un sobre de color manila que empuja a través de la mesa hacia mí, y yo no lo abro. No lo toco. No lo haré hasta que sepa exactamente qué es y si es algo que debería ver.

—Una copia de la grabación de la cámara de seguridad —me explica Lott—. La misma que tienen los detectives de Gloucester, el FBI y los abogados. Lo que vio el jurado. Veintiséis segundos. No es mucho, pero son las últimas imágenes de ella, lo último que hizo Millie antes de desvanecerse. Aparece abriendo la puerta trasera de la casa exactamente trece minutos antes de la medianoche de ese domingo, el 11 de marzo. Está vestida para irse a la cama, y no hay una maldita razón para que saliera al patio a esa hora. Como es natural, no deja salir a Jasmine, pues la perra había desaparecido. Hacía frío, era una noche nublada y muy ventosa, y Millie salió de la casa sin llevar ropa de abrigo y parecía estar un poco tensa. —En este punto, se vuelve a mirar a sus colegas—. Todavía no he podido hacer la elección de las palabras correctas. Me las veo y me las deseo para describir con precisión la expresión de su rostro, su lenguaje corporal. —Parece sinceramente perplejo y dolido de verdad—. ¿Cómo lo describiríais? —les pregunta a sus ejecutivos—. ¿Ansiosa, desolada, angustiada?

—Cuando veo esto no me lo parece —afirma Galbraith, como si ya lo hubiera dicho antes.

Suena plano. Suena a previamente ensayado.

—Es solo que ella parece tener un propósito —dice el jefe de operaciones de Lott—. Sale de la casa como si tuviera una razón para hacerlo. Yo no voy a usar la palabra «pánico» al ver el vídeo, pero todo pasa muy rápido y no es muy claro, salvo que resulta evidente que ella le está diciendo algo a alguien.

—Yo la describiría como con cierta urgencia, sí —asiente Shelly Duke—. Pero no molesta. Y definitivamente no está asustada. —Ahora habla para Lott—. No creo que esté asustada de la forma en que uno podría estarlo cuando hay alguien merodeando o tratando de forzar la entrada.

—Si hubiera estado asustada o preocupada porque alguien estuviera tratando de colarse —responde Lott, y detecto un poso de disgusto e impaciencia bajo su encanto—, no habría desactivado la alarma, ni hubiese salido fuera a esa hora. No estando sola.

Es de los que se sienten frustrados con la gente que no es tan inteligente y decidida como ellos, y eso equivale a hablar de casi todo el mundo.

—Millie era muy consciente de la seguridad —me dice Lott—. Ella, y esto es absolutamente cierto, no salió de la casa esa noche porque oyera un ruido, o porque tuviera miedo de alguien o de algo. No me cabe la menor duda. Eso sería lo último

que haría. Cuando estaba asustada llamaba a la policía. Ella jamás titubeó a la hora de llamar a la policía. Estoy seguro de que ya ha hablado con la policía de Gloucester y le han dicho que estaban muy familiarizados con ella y con nuestra propiedad. De hecho, varios oficiales estuvieron en la casa unos días antes, cuando desapareció Jasmine.

Le digo a Channing Lott que lo siento mucho, pero que tengo gente esperando. Estaré encantada de revisar el vídeo de seguridad, aunque es poco probable que tenga nada que aportar que otros no hayan observado antes. Empujo la silla, porque siento que él está intentando hacer algo para defender su inocencia y no tengo la intención de ser manipulada.

—Es que me supera. —No hace el menor movimiento para irse—. ¿Quién era? ¿Con quién podría haber estado hablando? ¿Sabe? La teoría predominante, la que el fiscal jamás ha dejado de esgrimir, es que estaba hablando conmigo. Que había salido al patio a hablar conmigo.

—¿Una teoría basada en qué? —pregunto, aunque probablemente no debería preguntarle nada más—. ¿Tiene sonido el vídeo de seguridad?

—No, no lo tiene, y solo se la ve de lado. Realmente no se puede entender lo que dicen sus labios, no está claro. Así que para contestarle con más precisión, doctora Scarpetta, la teoría, al igual que todas las teorías acerca de mí, no se basa en otra cosa que en la determinación de la fiscalía y el gobierno por ganar el caso. —Parece enojado. Se ve perjudicado, y no se me escapa que alude a Dan Steward sin llamarlo por su nombre—. Estoy seguro de que ha visto en las noticias que la fiscalía sugirió que en realidad yo no estaba de viaje —añade—. Que mi estancia en Tokio la noche en que Millie desapareció no era sino un ardid, que en realidad estaba aquí y en connivencia con quien supuestamente acababa de contratar para asesinarla. Lo que la acusación repitió sin descanso es que mi esposa jamás habría salido de casa esa noche, a menos que la persona que oyó fuera alguien de plena confianza.

—Exactamente, que ella no lo habría hecho si no hubiera sabido quién era —apunta Shelly Duke.

—Sí, todos sabíamos eso de la señora Lott —apunta Al Galbraith—. Teniendo en cuenta su posición en la vida, ella era muy consciente de los riesgos. No quiero usar la palabra «paranoica».

—Un secuestro para pedir un rescate —comenta Lott—. Ése fue el primer pensamiento que tuvo ella sobre lo que le había sucedido a nuestra perra.

—Que alguien había secuestrado a Jasmine y pronto pediría un rescate —añade Shelly Duke, su directora financiera—. El secuestro es un negocio de mil millones de dólares, y la triste realidad es que ciertos individuos, y en particular aquéllos que viajan internacionalmente, deben tener una cobertura de seguro adecuada para semejante contingencia. Millie me preguntó en varias ocasiones si se podría



conseguir el mismo seguro para Jasmine.

—Le preocupaba que alguien pudiera amarrar un barco en nuestro muelle en medio de la noche. —Lott es capaz de quitar la palabra a la gente sin interrumpirla—. Sobre todo después de enterarse de que unos piratas somalíes habían secuestrado a una pareja británica en su yate. Bueno, eso fue suficiente para alterarla, y luego, cuando unos bandidos asesinaron a un turista y secuestraron a su esposa en un centro turístico de lujo en Kenya, se preocupó bastante. Digamos que obsesivamente. Nuestra propiedad está vallada y cerrada, pero le inquietaba su vulnerabilidad desde el muelle de aguas profundas, se preocupaba tanto que me pidió que me deshiciera de él, lo que sin duda no quise hacer, pues de vez en cuando amarro allí el Cipriano.

—¿Su yate? —pregunto, porque no puedo evitarlo.

Si, de hecho, Lott fuera acusado de algún otro crimen, ahora mismo se acaba de asegurar de que de nuevo seré su testigo, que seré posiblemente llamada otra vez por la defensa.

—¿Estaba su yate atracado allí la noche en que desapareció? —pregunto, porque no me preocupa Jill Donoghue.

Me importa la verdad.

—No —responde—. Estaba pasando el invierno en Saint-Tropez. Por lo general no lo traigo de nuevo a esta zona hasta mayo.

Abro la puerta que conecta mi oficina con la de Bryce y le doy el sobre, le pido que nos envíe copias de los vídeos de seguridad a Lucy y a mí por correo electrónico. Le hago saber que puede mostrar la salida a nuestros invitados, y Channing Lott me da una tarjeta, impresa en papel crema de alto gramaje. Ha escrito su número telefónico privado en ella.

—Millie no se habría ido con nadie, ni con una pistola apuntándole a la cabeza. —Hace una pausa en el pasillo, sus ojos intensamente fijos en los míos—. Si alguien hubiera intentado agarrarla en nuestro patio trasero, ella habría luchado a brazo partido. Quien fuera tendría que haberle pegado un tiro allí mismo, y en ese preciso instante.

La toxicología en el caso de Peggy Stanton es como buscar una aguja en un pajar cuando la aguja puede no ser una aguja y el heno puede no ser heno. No puedo agarrarme a un clavo ardiendo y adivinar por las buenas. No puedo exigir todo tipo de pruebas sin agotar las muestras disponibles y la paciencia de Phillis Jobe.

—Esto es terrible, lo admito —le digo a mi jefa toxicóloga por teléfono—. Te estoy pidiendo mucho y te ofrezco muy poco a cambio, lo sé.

Las secciones congeladas de hígado, riñón y cerebro ya están en mal estado, un mal estado que solo empeorará con cada nueva prueba que se les haga. No tengo orina ni líquido vítreo. No tengo ni un solo tubo de sangre.

—Es como sacar una espada de la roca donde la han clavado, pero creo que puede hacerse. —Estoy en mi escritorio, en mi oficina, con las puertas cerradas, y exploro distintas posibilidades con una confianza que no sentía antes—. Opino que tenemos una oportunidad si lo intentamos con un enfoque muy práctico.

Toda la nueva información que tengo sobre Mildred Lott combinada con lo que sé de Peggy Stanton nos conduce en una dirección más obvia, que sospecho que será siempre la misma, ya se trate de dos o tres o, Dios no lo quiera, más víctimas. Si lo que Benton opina es verdad y el asesino está matando a la misma mujer una y otra vez, tal vez su madre o alguna otra figura femenina de gran poder sobre él, entonces lo más probable es que escoja siempre el mismo tipo de mujer, al menos simbólicamente, y tenga una misma manera de acabar con ellas.

—¿No encontraste posibles puntos de inyección cuando la examinaste? —me pregunta Phillis.

—No vimos ninguno —le respondo—. Su piel no estaba en muy buenas condiciones, pero la revisamos con mucho cuidado, con los puntos de inyección en mente, atentos a cualquier lesión. Lo que parece probable, si no es evidente, es que estuvo en casa por última vez la noche del viernes día 27 de abril, que alimentó a su gata, quitó y restableció el sistema de alarma a las seis de la tarde, y salió con su cartera y las llaves. Lo más probable es que saliera en su Mercedes y entonces tuviese un encuentro que terminó en el lugar donde fue secuestrada y asesinada. Posiblemente el mismo lugar donde se congeló su cadáver o éste se mantuvo almacenado en frío, hasta que fue lastrado y arrojado a la bahía en fecha tan reciente como ayer o anteayer por la noche.

—Si es la misma persona que mató a Mildred Lott, me pregunto por qué no hemos encontrado el cadáver de ésta —apunta Phillis.

—O por qué no se ha encontrado *todavía* —contesto, y recuerdo la opinión de Benton, que cree que el asesino conserva los cuerpos porque no quiere renunciar a ellos—. Parte de la fantasía puede ser retenerlos, no dejarlos ir, continuando así la extraña relación que mantiene con ellos —le explico.

—¿Necrofilia?

—No hay pruebas, en el caso de Peggy Stanton, aunque no lo descarto de forma absoluta. Pero lo dudo, si he de serte sincera. Aunque si Mildred Lott fue su primera víctima, en este caso su apego a lo que ella simboliza, su fantasía, probablemente sea más fuerte. Mantiene con ella una relación personal, aunque eso no significa que su interés por ella sea abiertamente sexual. Benton cree que trata de degradarlas, que es una cuestión de poder, de destrucción.

—Mildred Lott desapareció alrededor de seis semanas antes que ésta. —Phillis quiere decir «antes que Peggy Stanton»—. ¿Sabemos de otras mujeres que podrían haber desaparecido antes que ellas?

—Siempre hay gente desaparecida. Pero no me viene a la mente ningún caso similar. Si Mildred Lott fue la primera, es probable que su asesino albergue fuertes sentimientos y fantasías sobre ella —repito enfáticamente, porque creo que ahí está la clave—. Ella puede representar algo diferente para él, un premio mayor.

—La esposa de un multimillonario que sale en las revistas es un premio gordo.

—Pero tal vez ésa no era la razón que la convertía en un premio gordo para él. Su estatus y su riqueza pueden no tener nada que ver con las motivaciones del asesino. Lo más probable es que tenga algo que ver con lo que ella representaba y lo que provocó en él —contesto, y debería estar preocupada por tener esperando al FBI en mi sala de conferencias y por lo tarde que es.

Pero tengo otras preocupaciones en mente. Asesinar a Howard Roth pudo haber sido *conveniente*, así fue como lo describió Benton. Pero también fue un error de cálculo. Fue impulsivo. Probablemente no era necesario, y me temo que es un presagio de lo que vendrá a continuación. Si alguien se cruza en el camino de nuestro asesino, esa persona puede ser la próxima.

—Pero si Mildred Lott fue su primera víctima, no puedo evitar sentir que de algún modo ella era importante para él, que el asesino tenía una conexión especial con ella —añado—. ¿Cuál podría ser la razón de que su cadáver no haya sido encontrado? Tal vez todavía lo esté reteniendo.

—Es posible que le administrara alguna droga en la comida o en la bebida —aventura Phillis—. Tal vez ella conoció a su asesino en un restaurante o en algún lugar público. —Está hablando de Peggy Stanton—. Tal vez era alguien que conoció en Internet, en Craigslist, en Facebook, en Google Plus. O en una de esas webs de citas, tal vez hizo lo que les estoy diciendo constantemente a mis hijos que no deben hacer, por el amor de Dios.

—Realmente lo dudo —le respondo—. No puedo imaginarme a Peggy Stanton ni a Mildred Lott contactando con extraños en Internet, y no hay pruebas de que lo hicieran. Pero para estar seguras debemos buscar muestras de Rohypnol, gamma-hidroxi-butilato y clorhidrato de ketamina. —Repaso la lista de las drogas de la violación más comunes a día de hoy, a pesar de que estoy convencida de que el asesino tiene un modus operandi que repite y que no incluye programar una cita o incluso un encuentro social con aquella persona que está en su radar criminal.

Mildred Lott era dominante, una mujer agresiva aunque extremadamente cautelosa, era muy alta y se machacaba en el gimnasio. Ella no se lo habría puesto fácil a alguien que pretendiera llevarla a algún lugar al que no quería ir, y su marido insistió en que si alguien hubiera tratado de hacerle daño, ella se hubiera resistido.

Después de escuchar lo que me ha contado sobre su esposa, y sabiendo lo que el asesino hizo con Peggy Stanton, estoy convencida de que este encuentra una manera para incapacitar a sus víctimas y probablemente usa el mismo método una y otra vez. No creo que estas mujeres fueran a ninguna parte con él de buena gana. Creo que encontró el modo de secuestrarlas.

—Poppers, snappers, whippets, gases que la gente inhala, tal vez en una bolsa. — Le sugiero los volátiles más comunes que vemos en distintos casos—. Hidrocarburos aromáticos y alifáticos, disolventes que se encuentran en rotuladores, adhesivos, pegamentos, disolventes de pinturas, propano, butano o haluros de alquilo en líquidos de limpieza. Aunque yo diría que resultaría difícil usar cualquiera de ellos para someter a una persona a la que se pretende secuestrar.

—Hay un gran número de compuestos orgánicos volátiles que podrían dejar a alguien inconsciente —comenta mi jefa toxicóloga—: El tolueno, el tetracloruro de carbono, el 1,1,1-tricloroetano, el tetracloroetileno, el tricloroetileno... siempre que se utilicen en niveles lo suficientemente altos.

—Casi cualquier cosa puede ser un veneno o dejar inconsciente a alguien si se administra de forma incorrecta o de un modo deliberadamente perjudicial — reflexiono sobre lo que me está exponiendo—. Pero la cuestión es qué puede resultar práctico y accesible, qué podría ocurrírsele al asesino y qué podría ser más cómodo para él.

—Básicamente, todo lo que pueda utilizarse como un arma.

—Ni más ni menos —le respondo—. Y no estoy segura de que si tienes la intención de incapacitar a alguien en un santiamén lo mejor sea sofocar a esa persona con un trapo mojado en disolvente de pintura o en líquido de limpieza en seco... ponérselo sobre la nariz y la boca, por ejemplo. De no estar uno seguro del todo de que iba a funcionar, ciertamente no lo intentaría.

—Éter dietílico, óxido nitroso y cloroformo — nombra los primeros tres anestésicos generales conocidos—. El cloroformo se consigue fácilmente si uno

trabaja en la industria o en un laboratorio donde se utilice como disolvente. Lamentablemente, y como todo el mundo sabe, también es posible fabricarlo en casa. Todo lo que necesitas es polvo blanqueador con cloro y acetona, y la receta está colgada en Internet.

Está haciendo alusión a lo que no hace mucho fue una noticia sensacional en Florida, el juicio de Casey Anthony, que fue absuelta de los cargos de asesinato de Caylee, su hija de dos años de edad. Un testimonio televisado afirmaba que el ordenador de Anthony se utilizó para hacer búsquedas en Internet sobre cómo fabricar cloroformo y que se detectaron rastros de dicha sustancia en el maletero del coche de Casey Anthony. Aunque nada de esto resultó en una condena, podría haber plantado una idea diabólica en la cabeza de una persona demente. Hoy es posible comprar los ingredientes en la ferretería y encontrar instrucciones *online* para fabricar cloroformo en el garaje o en la cocina o en el lugar de trabajo, y utilizarlo para incapacitar o matar a otros.

—Tal vez les dé un golpe. —Phillis sigue ofreciendo posibilidades—. Y luego las encierra en el maletero del coche, de modo que si se despiertan en tránsito, no suponen ningún problema, porque no pueden defenderse.

—Tal vez use un bote —le respondo, recordando algo que me han contado. Mildred Lott tenía tanto miedo a que un secuestrador u otra persona con intenciones criminales amarrase una embarcación detrás de la mansión de Gloucester que hizo pesquisas sobre seguros y solicitó que el muelle de aguas profundas fuese alterado, una petición que su marido le denegó debido a su yate. ¿Quién, además de él y los miembros clave de su equipo, sabría que esta preocupación la consumía? El caso es que sería peligroso hacer una sugerencia a la persona equivocada.

*No digas lo que temes que podría suceder o alguien malo podrá hacerlo realidad.*

—El cerebro va a ser nuestra mejor apuesta. El cloroformo se une a las proteínas y los lípidos. Se infiltra en las neuronas —le digo a Phillis, mientras me levanto del escritorio y observo los dos todoterrenos que las cámaras de seguridad recogían hace unos momentos mientras esperaban a que se abriese la puerta.

El Yukon negro conducido por Channing Lott gira hacia el este en la calle de abajo, tal vez para regresar a su sede en el Parque Industrial Marino de Boston. Me interesa que se quede solo con su joven y atractiva CFO, mientras Galbraith, en un jeep plateado con parrilla de malla, avanza en dirección contraria hacia Harvard.

—Eso suponiendo que la víctima no se mantuvo con vida tiempo después de haberse utilizado —comenta Phillis Jobe—. Dos o tres horas, tal vez cuatro. Después de eso, puede que no deje ningún rastro.

¿Y por qué iba a mantenerla viva? La atacó de algún modo que pudo no ser físico, y recuerdo los alimentos no digeridos en los intestinos de Peggy Stanton. Yo me la imagino cenando en algún lugar esa noche de abril y siendo apresada o noqueada

cuando regresaba a donde estaba estacionado su automóvil, y luego conducida a algún otro lugar, posiblemente en ese mismo coche. De lo que estoy segura es de que en algún momento ella estuvo consciente, al menos el tiempo suficiente para romperse las uñas y pisar fibras de madera teñidas de rojo, que se le quedaron incrustadas en las plantas de los pies, y recuerdo el interior de sus armarios y sus cajones.

Recuerdo la ropa cuidadosamente doblada en los estantes y los cajones, los pantalones y los trajes, los suéteres y las blusas, ropa vieja y sin estilo, y que no había allí un solo par de medias de nailon, a pesar de que su cadáver vestía un panti desgarrado. Me imagino que ella despertó de una pesadilla en el interior del lugar donde la había apresado, un lugar donde él no temía ser descubierto y donde podía controlarla completamente.

Me pregunto si para entonces él la había vestido con medias, una falda, una chaqueta con botones antiguos, y si ella recuperó la consciencia vestida con ropa que no le iba a la medida y no era suya. ¿O acaso la obligó a vestirse con un traje que significara algo para él, y tal vez las prendas pertenecían a la persona original que él odiaba?

Peggy Stanton tenía contusiones en el brazo derecho, lo que parecían ser hematomas provocados con la punta de los dedos, y pienso en la teoría de Luke de que no fueron infligidos sobre la ropa sino agarrando la piel desnuda. Él especuló que el asesino la aterrorizaba y humillaba desnudándola, igual que son torturados los prisioneros de guerra, pero no creo que eso sea así.

Dudo que el asesino la quisiera desnuda. Creo que él la quería vestida para el papel que sádicamente le había dado, y que antes de arrojarla al mar en la bahía — meses después de que ella hubiera muerto y se hubiese disecado— le ajustó la ropa y las joyas, para que no se cayeran del cadáver momificado. Le explico todo esto a Ernie Koppel a medida que continúo haciendo rondas telefónicas.

—Tengo que descartar que fuera vestida de esa manera cuando salió de casa —le digo—. Si es posible, me gustaría responder a eso. Vamos mal, Ernie.

—Lo sé.

—Y estoy metiendo prisa a todo el mundo.

—Me lo imagino —dice deportivamente.

Le pregunto por las fibras que recuperó del interior del Mercedes de Peggy Stanton, y le explico que la ropa de su casa no se parecía en nada a lo que ella llevaba puesto cuando saqué su cadáver del agua.

—Y no sé si has tenido la oportunidad de echarle un vistazo —añado, y es mi manera de reconocer que debo ser persistente y que siempre tengo prisa.

—¿Hay alguna posibilidad de que las fibras recogidas en su coche pudieran provenir de la ropa que llevaba? ¿O que ella fuera vestida de esa manera por alguna

razón inusual cuando salió a la calle por última vez, probablemente el 27 del pasado mes de abril?

En concreto, me gustaría averiguar si las fibras recuperadas de la moqueta, los asientos y el maletero del coche podrían provenir de la chaqueta de lana Tallulah de color azul oscuro, de la falda de lana gris o de la blusa de seda púrpura. Ernie dice que no.

—Son fibras de alfombras, sintéticas —dice, y luego alude a las fibras de madera que él creía que eran mantillo.

—No lo son —me hace saber—. No estoy diciendo que sepa para qué se utiliza esta sustancia, pero sí que no se hizo pasando madera o corteza a través de un triturador de maleza y rodándolo con tinte.

Me cuenta que ha usado cromatografía de gases-espectrometría de masas, o GC-MS, para analizar lo que se recuperó de la zona del conductor del Mercedes, y que los restos de madera teñida de rojo tienen un perfil cíclico específico de polialcohol consistente con el roble americano.

—Se caracteriza por una gran riqueza en deoxyinositol, especialmente en proto-Quercitol —me explica—. Un método muy interesante para identificar el origen botánico de las maderas naturales utilizadas en la crianza de vinos y licores, obviamente para garantizar su autenticidad. Ya sabes, un enólogo o un distribuidor te dice que es un vino tinto envejecido en barricas de roble francés y el GC-MS dice: «No, eso no es cierto. Este vino ha envejecido en barricas de roble americano», por lo que te libras de pagar una fortuna por lo que creías que era un burdeos Premier Grand Cru. Hay mucha ciencia alrededor del tema, y te puedes imaginar por qué. Si un distribuidor está tratando de venderte un crianza a precio de un gran reserva, te enteras.

—¿Burdeos? —pregunto—. ¿Qué tiene esto que ver con el vino?

—Las fibras de madera de su automóvil —responde.

—¿Crees que procedían de barriles de vino?

No me puedo imaginar lo que eso podría significar.

—Roble común, roble blanco utilizado en tonelería para hacer barriles, y también una fuente secundaria de ácido tánico o taninos como los que encuentras en el vino tinto —afirma—. En el caso que nos ocupa estamos hablando de roble americano teñido de un color rojo vino, con rastros de madera quemada, muy probablemente a partir de lo que se conoce como el tostado o carbonización de la parte interior del barril, y cristales de azúcar y otros derivados como la vainillina o las lactonas.

—Restos de madera que parecen mantillo, pero no lo son. Pensemos en bodegas o en algún lugar donde se utilicen barricas de vino —pienso en voz alta—. Pero no donde se hacen las barricas, porque las nuevas aún no estarían teñidas.

—No, no lo estarían.

—Entonces, ¿qué?

—Es frustrante de veras —comenta—. Puedo decirte que el origen es probablemente un barril de vino, pero no puedo decirte por qué está triturado, absolutamente pulverizado, o para qué se usó.

Menciona que es una práctica común que la gente trocee los viejos barriles de vino y eche los trozos en el whisky que está envejeciendo.

—Pero esto está demasiado pulverizado, es fino como el polvo —afirma—. No parece que haya sido cepillado o lijado, aunque supongo que estos restos podrían provenir de algún lugar donde los viejos barriles de vino se reciclen o reutilicen para algo.

Me consta que hay quien hace muebles a mano con barriles que ya no son aptos para la crianza del vino, y recuerdo algunas de las piezas dentro de la casa de Peggy Stanton: la mesa en la entrada, donde se encontró la llave del coche, y la mesa de roble de la cocina. Todo parecía antiguo y ciertamente no tenía pinta de haber sido hecho con barricas usadas y recicladas, y tampoco hay pruebas de que ella coleccionara vino o incluso que lo bebiera.

—¿Y qué pasa con las fibras leñosas de las plantas de los pies y las uñas? —le pregunto—. ¿Es lo mismo?

—Restos de roble americano teñido de rojo, algunos carbonizados —responde—. Aunque no he encontrado cristales de azúcar ni ninguno de estos derivados.

—Se habrán disuelto en el agua. Es bastante seguro suponer que los restos que había en su cuerpo y en su coche procedían de la misma fuente —decido—. O mejor dicho, que posiblemente el origen de todos esos restos tiene una misma ubicación.

—Se puede suponer que sí —se muestra de acuerdo—. De hecho, estaba pensando en hablar con algunas bodegas de por aquí a ver si saben lo que podrían ser estos restos de barril de vino.

—¿De por aquí? —le interrumpo—. Yo no lo haría.



Son casi las cuatro de la tarde cuando entro en la sala de guerra, que es como llamamos a esta estancia donde expertos e investigadores, incluyendo científicos y médicos de las Fuerzas Armadas, pueden departir cara a cara, tanto en persona como a distancia. Aquí, tras una puerta cerrada, se libra la batalla contra el enemigo con vídeos de alta definición y audio con calidad de CD. Reconozco la voz de quien está hablando.

Oigo la voz profunda y segura del general en jefe John Briggs, que dice algo sobre el transporte en un avión de las Fuerzas Aéreas en el estado de Washington. Un C-130, dice, y está hablando de alguien que conozco.

—Acaba de despegar de McChord, aterrizará dentro de una hora. —El jefe de los médicos examinadores de las Fuerzas Armadas, mi jefe, ocupa la pantalla LCD integrada en torno a una mesa de conferencias computarizada de forma geométrica.

—No va a supervisar, por supuesto. Va a estar allí para observar —comenta Briggs, y en las paredes tapizadas con pantallas de un azul intenso aparecen ahora fotografías de una escena que me resulta desconocida: una calavera, huesos esparcidos y cabello humano.

Tomo asiento al lado de Benton y enfrente de Val Hahn, quien viste un traje color caqui y parece seria, y ella me hace un gesto con la cabeza. A su lado está Douglas Burke, de negro, y ella no me da ni un solo vistazo. Enciendo la pantalla de alta definición que tengo enfrente y miro la cara austera de Briggs en mi monitor mientras él explica lo que la oficina del médico forense en Edmonton, Alberta, nos brinda como cortesía, porque no tenemos jurisdicción allí.

—Podríamos discutir eso, pero no lo vamos a hacer. —Briggs siempre encuentra el modo de asumir la autoridad y hacer que la gente le crea—. No vamos a montar un concurso para ver quién mea más lejos en un caso en el que contamos con un aliado capaz de llevar a cabo una investigación forense competente. Esto no es Jonestown, ni se trata de misioneros americanos asesinados en Sudán. Será un esfuerzo plenamente coordinado con nuestros amigos canadienses.

A juzgar por el sello militar y el monumento a la bandera que veo en los estantes a su espalda, está sentado ante el escritorio de su oficina en la Base de las Fuerzas Aéreas de Dover. Sigue vestido con ropa quirúrgica porque su trabajo no se ha acabado: un avión cargado de féretros envueltos en banderas tiene prevista la llegada al final del día, lo sé por las noticias. Un helicóptero derribado. Otro más.

—Su papel es observar, ser un canal de comunicación entre ellos y nosotros —

afirma Briggs sobre el patólogo forense de la AFME con base en Seattle.

—Lo siento, llego tarde —le hablo a mi monitor, y Briggs me mira.

—Deja que te informe, Kay. Me dice que Emma Shubert está muerta.

Sus restos descompuestos se han encontrado a apenas ocho kilómetros de la zona de acampada de Pipestone Creek, donde fue vista por última vez por sus colegas en la noche del 23 de agosto. El doctor Ramón López está siendo trasladado en avión a Edmonton, y el consultor de la AFME, el jefe jubilado de Seattle, un amigo mío, se pondrá en contacto conmigo tan pronto como tenga más información.

—La encontraron unos niños que buscaban huesos de dinosaurios. —Briggs me cuenta lo que ya les ha explicado a todos—. Al parecer, estaban explorando una zona boscosa cerca de la autopista 43 y vieron varios huesos pequeños. En un principio pensaron que habían descubierto otro lecho óseo, y en cierto sentido así era. Solo que estos huesos no estaban petrificados ni eran arcaicos. Eran pequeños huesos humanos de manos y pies, seguramente dispersados por animales. Unos pasos más allá vieron un cráneo humano, cerca de una pila de rocas, que emitía un olor nauseabundo.

—¿Cuándo fue eso?

Vuelvo a pedir disculpas porque tenga que repetirlo de nuevo.

—Ayer por la tarde. La mayor parte del cuerpo estaba debajo de las piedras que alguien obviamente había apilado encima. Así que como puedes ver ella no está completamente esqueletizada.

Briggs hace clic en una serie de fotos de grandes dimensiones en la pantalla plana de la pared. Pequeños huesos humanos, carpos, metacarpos y falanges, lo que parecen ser piedras blancas y grises en un arroyo seco lleno de árboles, y un cráneo encajado bajo un arbusto como si hubiera rodado hasta allí, o quizá lo empujó un animal.

Un pedazo de piel ahora grisácea, un mechón de pelo castaño al borde de unas rocas amontonadas y luego una tumba poco profunda, ahora expuesta, dejando al descubierto los restos in situ, un cadáver con un impermeable azul y unos pantalones grises al lado. Las partes no protegidas por la ropa, la cabeza, las manos y los pies, probablemente roídas por los insectos y la vida silvestre, desarticuladas y dispersas.

—¿Qué hay de botas o zapatos? —le pregunto.

—No hay nada en el inventario de ropa que he recibido. —Briggs escribe algo en un teclado que no puedo ver y se pone las gafas—. Un impermeable azul, un par de pantalones grises, un sujetador, unas bragas, un reloj metálico con una correa de velero azul, que, lo creas o no, todavía funciona.

—Nada de zapatos ni calcetines —comento—. Interesante, porque en algún momento antes de morir, Peggy Stanton estaba descalza.

—Cojera psicológica —dice Benton, y me pregunto cuánto tiempo hace que lo sabe—. La representación de la víctima sumisa y dominada.

—Y también porque así es más difícil manejarla —le dice Douglas Burke a él y a

nadie más. Su mirada de ojos desorbitados me recuerda la de un animal salvaje y rabioso.

—En el noroeste de Alberta han tenido un verano fresco y lluvioso —dice Briggs, y así el patólogo forense más poderoso de Estados Unidos me sigue poniendo al día—. Y por supuesto ha hecho bastante frío durante el mes de octubre. Han pasado ya dos meses y la mayor parte del cuerpo sigue razonablemente intacto debido a las temperaturas, que casi imitan condiciones de refrigeración, y por haber quedado también algo protegido por la ropa y las rocas. Si murió de una puñalada o por un disparo, o por un golpe con un objeto contundente, o tal vez incluso por estrangulación, creo que puede haber suficiente tejido blando para que lo descubramos. La identificación de los registros dentales ya se ha confirmado, y estamos a la espera del ADN, pero no parece haber duda de que es ella.

—¿Alguna lesión aparente? —pregunto.

—No que yo sepa —contesta—. Sabemos que no recibió un disparo en la cabeza. No hay fracturas en el cráneo. —Está mirando un ordenador en su escritorio, obviamente revisa un archivo electrónico—. No hay proyectiles, no hay fracturas en la radiografía. Aún no le han practicado la autopsia, sin embargo, están esperando al doctor López.

—Las autoridades canadienses entienden que creemos que no es un caso aislado —me dice Benton, y cuando estábamos antes en el ascensor y le dije que Emma Shubert estaba muerta, él sabía que era verdad.

Él lo sabía a ciencia cierta. Fue él quien pidió esta reunión.

—Ellos entienden que está vinculado a al menos otro homicidio aquí, probablemente a dos, posiblemente más —me informa Benton, y no tengo ninguna duda de que los detectives de la Grande Prairie y la Real Policía Montada del Canadá que se ocupaban de la desaparición de Emma Shubert contactaron con el FBI en el instante mismo en que se dieron cuenta de que los restos eran de ella.

Shubert era ciudadana americana. Hace dos días me enviaron de forma anónima y por correo electrónico una imagen perturbadora en formato jpg y un archivo de vídeo que posiblemente guardaban relación con ella, y la policía local y la Real Policía Montada del Canadá son conscientes de ello. Sospecho que se lo notificaron a Benton, que se puso en contacto con el general Briggs, quien a su vez entró en contacto con el Departamento de Medicina Forense de Edmonton y también con el doctor López. La AFME querría estar al tanto del caso de Emma Shubert porque en última instancia el Departamento de Defensa quiere saber qué sucede. Si mi oficina está envuelta en la investigación de un asesinato en serie que es jurisdicción federal y que se vincula a un homicidio en Canadá, el general John Briggs tiene que estar informado. Y exigirá que le demos todos los detalles y constantes actualizaciones.

—El momento elegido. ¿Soy la única que opina que el hecho de que todo suceda

a la vez nos lanza un mensaje tan claro como el de una valla publicitaria? —dice Burke, y tiene los ojos vidriosos.

Es por la pseudoefedrina, o tal vez esté alterada por algo mucho más peligroso. Viste un traje con una falda muy corta y un suéter con cuello de pico rojo tan pegado que parece que se lo han pintado encima. Está sentada justo enfrente de Benton, y se ha colocado de tal forma que le muestra todo lo que puede quedar a la vista, y también, posiblemente, a Briggs, en función del ángulo de la cámara y lo que aparece en la pantalla de su escritorio.

—¿Ambos cadáveres se encuentran el mismo día? —Ella se muestra enfática con Briggs, casi argumentativa—. El cadáver de Peggy Stanton aparece aquí en la bahía de Massachusetts el mismo día en que el de Emma Shubert se encuentra en Canadá. ¿No es un poco demasiado casual, John?

—Es exactamente eso, una coincidencia —responde Briggs, de manera tranquila, imperturbable, y los atributos femeninos que se le muestran no le pasan desapercibidos, aunque los desestime por completo—. Es lógico pensar que si el asesino apiló rocas encima del cadáver y lo dejó en medio del bosque no tenía ningún control sobre el momento en que lo descubrirían unos niños que iban en busca de fósiles y huesos de dinosaurio.

—Es diferente —añade Benton, aunque no se lo está diciendo a Burke—. El asesino quería que el cadáver de Peggy Stanton se encontrara justo cuando fue hallado: buscaba desconcertar a quien tratara de rescatarlo de la bahía, anhelaba que sucediera exactamente lo que pasó, que se convirtiera en un espectáculo muy publicitado. Su obra salió en todas las noticias. Por el contrario, cuando asesinó a Emma Shubert él no tenía intención de dejar atónito a quien hallara sus restos, porque de hecho no quería que los encontraran en absoluto. Probablemente llevó o arrastró el cadáver desde la carretera hasta el bosque y lo cubrió con piedras.

Es entonces cuando menciono a Mildred Lott. Describo el paralelismo entre las dos mascotas que desaparecieron y que luego volvieron a aparecer, su temor a ser secuestrada y la afirmación de su marido de que sería extremadamente difícil que alguien lo lograra. Les explico que, según me contó Lott, su esposa preferiría ser asesinada en el acto antes que obedecer a su atacante, y que quienes la conocían la encontraban sumamente condescendiente y arrogante.

No trataba a nadie con amabilidad. Por su parte, Peggy Stanton parecía haberse retirado del mundo para habitar en el reducido espacio de su propio duelo privado, y no se aventuraba a salir de él salvo para realizar actos de caridad. En cuanto a Emma Shubert, el caso tiene su propio enfoque singular: era una apasionada de los restos duros y fríos de un pasado prehistórico, con muy pocas evidencias de ser capaz de conectar con nadie.

—Estas tres mujeres eran candidatas probables para el secuestro y asesinato —le

sugiero—. Las tres, cuando desaparecieron, estaban en su propiedad, trabajando o llevando a cabo sus rutinas habituales. Las tres eran singulares y no eran necesariamente accesibles ni sociables, y no se caracterizaban por confiar en los desconocidos. De hecho, tengo la impresión de que no confiaban en absoluto.

—Estás muy segura de que hay un solo autor, Kay. —Briggs no pide sino concreciones.

—Creo que eso es lo que vamos a descubrir y hay que tenerlo en mente.

—Es una sola persona. —Benton está de acuerdo conmigo—. Y Emma Shubert fue una víctima de la oportunidad. Yo no creo que su asesinato estuviera planeado con mucha antelación, o por lo menos que lo que le pasó fuera premeditado en la medida en que lo fueron los otros dos. Sospecho que estaba fuera de su hábitat normal, se encontraba en la Grande Prairie por una razón.

—Algo que la ataba al noroeste de Alberta y también a Cambridge —afirma Burke, como si estuviera respondiendo a una pregunta que nadie ha formulado.

—Tal vez se conocieron. Tal vez no. Sin embargo, de alguna manera se encontraron el uno al otro —le dice Benton a Briggs como si se tratara de un hecho probado, como si no pudiera haber pasado de otro modo.

Emma Shubert recibió la atención del asesino, se convirtió en un objetivo y probablemente no tenía conciencia de ello. Puede que él la acechara y la siguiera, y es probable que la esperara en el remoto campamento boscoso donde fue vista por última vez con vida.

—No hay iluminación. Solo el resplandor ambiental de pequeños remolques ampliamente espaciados por el bosque —dice Benton—. Y aquella noche estaba nublado y llovía mucho.

Valerie Hahn, de la división cibernética del FBI, describe los días de verano en la Grande Prairie como interminables, con un amanecer temprano y un anochecer que no se da antes de las diez de la noche, debido a la latitud de la región.

—La noche del 23 de agosto —le dice a la imagen del general Briggs en *streaming*— llovía a cántaros y hacía tanto frío que uno se veía el aliento. Cuando Emma volvió a su remolque desde el comedor, después de cenar con sus colegas, ya era noche cerrada en el campamento.

Los mosquitos no daban un solo respiro y había advertencias por la presencia de osos, añade Hahn, y a los paleontólogos se les recordó por medio de una nota enviada por correo electrónico que no dejasen que el mal tiempo los disuadiera de llevar la basura hasta los contenedores.

—«A los osos hambrientos no les importa mojarse», decía el correo electrónico —sigue contándonos Hahn—. La noche anterior un oso había encontrado unas bolsas de basura dejadas sobre una mesa de picnic y había tratado de colarse en un remolque. Según sus colegas, a Emma le daban miedo los osos. Escuchaba atentamente cualquier ruido y cualquier movimiento, cualquier indicio que pudiera indicar la presencia de un oso en las inmediaciones. No se habría acercado a su remolque ni hubiera seguido caminando de haber oído o notado algo fuera de lo común.

—Obviamente alguien sigiloso —dice Douglas Burke, como si tuviese un sospechoso determinado en mente—. Sigiloso como un fantasma. Una persona con las habilidades de un asesino a sueldo.

—El camping y el tiempo esa noche —dice Benton, como si Burke no hubiera metido baza— eran ideales para un delincuente violento que quiere ser invisible y silencioso, que desea pasar desapercibido. Uno podría esperar el ataque de un oso, pero no el de un depredador humano.

—Eso suponiendo que conozca el terreno. —Briggs se pone las gafas de nuevo y está mirando hacia abajo, observa algo en su escritorio—. Si uno es de ciudad se encontrará desubicado. A menos que te guste ir de camping, me parece.

—Tenemos que asumir que él lo conocía. Sí, señor, estoy de acuerdo —responde Hahn—. Cuando los paleontólogos se enfrentan a las peores condiciones climáticas, trabajan mucho y comen tarde. ¿Podemos pensar que el asesino también sabía eso? Yo creo que sí. Considero que tenía que estar al tanto de su rutina.

Hahn nos sigue brindando una semblanza de la vida cotidiana de Emma Shubert,

cuando pasaba los veranos en la región de Paz de Alberta, un nombre que ahora no podría parecer más irónico. Cuando llovía mucho o soplaban el viento, ella y sus colegas normalmente permanecían en los remolques del campamento, que los que trabajaban en los lechos óseos denominaban su cuartel temporal, pequeño, con pocos muebles y electricidad suministrada por generadores a gasolina. Temprano por la mañana los científicos se reunían en el comedor para el desayuno, y luego cruzaban un puente peatonal hasta Pipestone Creek y sudaban tinta a través de bosques y zonas pantanosas hasta llegar al lugar de los Pachyrhinosaurus.

Da igual que sea un monzón, nos explica Hahn, los científicos van a cavar mientras sean físicamente capaces de tener acceso a un lugar de excavación, y siempre pueden acceder al más cercano.

Embarrado y tan escurridizo como el infierno, pero no queda en una ribera o en una escarpada ladera, ni se requiere para llegar hasta allí un largo viaje en coche o en motora, o un equipo de escalada en roca. Van a excavar en alguna parte, van a quitar lodo sedimentario y esquisto, desenterrando lo que para el ojo no entrenado no parece ser nada más que rocas, en una parte del mundo donde los meses en que se puede trabajar en el exterior son pocos, porque no es posible hacerlo una vez que se congela el suelo. A finales de otoño, durante el invierno y a principios de primavera, los paleontólogos están en los laboratorios. Enseñan, dan clases y, al igual que Emma Shubert, muchos de ellos regresan al lugar del que proceden.

—Según las entrevistas realizadas de las que disponemos, y otras investigaciones que he hecho —dice Hahn—, el 23 de agosto los paleontólogos habían estado excavando en un mar de lodo en la zona de Pipestone Creek, un lecho óseo de Pachyrhinosaurus descubierto hace dos décadas, lo que se cree que es una fosa común donde cientos de dinosaurios se ahogaron, exterminados por algún desastre natural. La lluvia hacía imposible el acceso a la ladera montañosa del yacimiento de Wapiti, donde Emma generalmente excavaba. Incluso en un día bueno se necesitan cuerdas para llegar hasta allí, así que si llovía a raudales era mejor olvidarse de intentarlo.

—Y ése era el lugar donde ella quería estar —dice Benton—. Un yacimiento relativamente nuevo, que ella consideraba su propio territorio. El yacimiento de Pipestone Creek llevaba abierto mucho más tiempo, creo que ya lo ha dicho Val.

—Ya estaba demasiado estudiado, o al menos así era como Emma lo veía, en opinión de sus colegas —dice Hahn, y Briggs está mirando otra cosa, posiblemente un correo electrónico.

—Lo importante —añade Benton— es que el tiempo dictaba la rutina de Emma. Si viajaba una hora en motora o en coche hasta el lecho óseo de Wapiti, entonces no solía quedarse en el campamento. Los tráileres que ella y algunos de los paleontólogos visitantes habitaban se empleaban sobre todo por estar cerca del lecho

óseo de Pipestone Creek, si ahí era donde estaban trabajando, pues como digo quedaban a muy corta distancia del campamento. Por el contrario, el lecho óseo de Wapiti, donde Emma hizo un importante descubrimiento al hallar un diente de Pachyrhinos dos días antes de su desaparición, queda a unos treinta kilómetros al norte de Grande Prairie. Y después de haber estado trabajando allí, Emma, a menudo se quedaba en el pueblo, en un estudio que alquilaba en College Park.

—Es decir, si no hubiera llovido —comenta Briggs—, ella podría haber ido por el río a su lugar habitual de excavación y se habría quedado en el pueblo y tal vez aún estaría viva.

—Si no hubiera llovido, habría excavado en su lecho óseo habitual —confirma Benton—. Podría haber salvado la vida, aunque es difícil de saber. Tal vez imposible.

—A mí me parece que estaba siendo acechada. —Briggs está mirando hacia abajo, a su escritorio otra vez, y aunque no puedo ver lo que hay en él, le conozco.

Está haciendo varias cosas a la vez. Si el FBI está dispuesto a revisar los detalles de la investigación, él lo escuchará todo. Él va a escuchar los pequeños detalles, los más nimios incluso, mientras se encarga al mismo tiempo de todo lo que tiene delante, que siempre es algo.

—Españada en todo caso, sí —admite Benton—. Lo bastante como para que el asesino supiera sus rutinas, a menos que él tuviera la maldita suerte de que justo cuando decidió atacarla, ella pasara la noche en aquel campamento lleno de barro y negro como el carbón.

—Me pregunto si no es alguien de la zona. —Briggs estira la mano y alcanza algo que no logro ver.

—O que ha estado entrando y saliendo de la zona. —Burke tiene su propia teoría.

La miro y sé que tiene algo que demostrar, probablemente a Benton, que quiere que la trasladen a otra oficina de campo, tal vez a una en Kentucky. Yo no sé si ya se lo ha dicho, pero sospecho que sí, a juzgar por cómo se muestra de arisca y terca y seductora. Puedo sentir su ira latente mientras ella sigue soltando sus opiniones y exhibiéndose.

—Alguien que conocía el terreno —añade—, que tenía acceso a detalles sobre Emma y que sabía que los paleontólogos no excavaban en el yacimiento de Wapiti con mal tiempo.

—Argilita sedimentaria —nos dice Benton a nosotros y no a ella—, o arcilla de río. Los aborígenes hacían pipas de tabaco con ella, y se pega al calzado y a las prendas de vestir como el cemento. Después de excavar en el lecho óseo el último día en que Emma fue vista con vida, nadie se había limpiado, incluida ella. Habían ido caminando hasta el comedor. De modo que cuando por fin ella regresó a su caravana estaba llena de barro, vestida para la ocasión, lo que incluía el impermeable con capucha azul que parece ser el que se ha encontrado junto al cuerpo.



—Por la noche —nos dice Hahn—, el camping está tan oscuro que la gente usa linternas para orientarse, porque no se puede ver nada a menos que sea luna llena, lo que ciertamente no sucedió esa noche. Solo había una oscuridad espesa, descrita por sus colegas como ruidosa, con la lluvia cayendo a todo volumen.

—Habría sido muy fácil aparcar un vehículo cerca —dice Benton—. Y agarrarla.

—Especialmente si primero la había inutilizado —señalo.

—A menos que estés hablando de una persona con la que ella iría de buena gana —sugiere Briggs, y parece que está leyendo algún informe al que pone sus iniciales.

—Dudo que hubiera sido posible sin que sus colegas se enterasen —le responde Benton—, sin que ella hubiera mencionado algo a alguien; y en base a las entrevistas que nos han sido transmitidas, en base a sus correos electrónicos y sus mensajes de voz, Emma se centraba por completo en su profesión. No salía con nadie de forma romántica, solo tenía contactos profesionales, mientras trabajaba en lechos óseos o en el laboratorio. Cuando se fue del comedor esa noche, dijo que estaba cansada; que se iba a dormir, que les vería por la mañana y que tal vez habría suerte y entonces la lluvia habría amainado. Caminó sola de regreso a la zona de acampada.

—¿Hay huellas de neumáticos o huellas de su caravana? —pregunta Briggs.

—No, únicamente un mar de barro lleno de profundos charcos a causa de la lluvia —dice Benton.

—¿Así que creemos que el asesino la forzó a abrir la puerta de su caravana? —dice Briggs, y luego toma un sorbo de café, no hay duda, y si nadie más estuviera aquí le diría lo que suelo decirle.

Briggs bebe café durante todo el día y toda la noche y luego se queja de que sufre de insomnio. Durante mis seis meses de beca de patología forense radiológica en el depósito de cadáveres del puerto de Dover, me las arreglé para conseguir que tomara descafeinado por la tarde y diera largos paseos y tomara baños calientes. «Los viejos malos hábitos tardan en morir y los nuevos y buenos no duran, Kay», me diría, sin duda, que es lo que siempre me soltaba cuando yo le reprendía.

—La idea es que él la aprisionó antes de que ella pudiera acceder al interior —contesta Benton—. No hay pruebas de que ella regresara a su tráiler, de que en realidad volviera a entrar. No se encontraron botas llenas de barro ni ropa mojada, y la puerta estaba entreabierta, como si la hubiera estado abriendo cuando alguien se le acercó por detrás.

—¿No encontraron sus llaves, su linterna?

Briggs nos está mirando de nuevo.

Hahn responde que la policía las encontró en medio de un charco de barro al pie de la escalera de aluminio del remolque, lo que aumenta las sospechas de que ella estuviera abriendo la puerta cuando fue abducida.

—Lo que estamos explorando desde el punto de vista toxicológico —le digo a mi

comandante en jefe— es la posibilidad de que usara un compuesto orgánico volátil, como el cloroformo. Posiblemente algún inhalante que rápidamente haría que la persona quedara inconsciente. Así podría llevar a sus víctimas a donde quisiera, con cualquier propósito.

—Vas a hacer que nuestros amigos de Edmonton analicen esto y todo lo demás que haya en su diferencial.

Briggs mira más allá de la cámara, como si alguien le hablase desde la puerta.

—Una pregunta importante —dice Burke— es si llevó primero a Emma Shubert a algún lugar.

—Si no vivía cerca de allí —responde Briggs, y está distraído— parecería arriesgado hacerlo. Solo podía haberla llevado a un motel o a una posada para camioneros, y ella podría haberse puesto a gritar.

—Lo más probable es que la retuviera en su propio vehículo o en alguno que hubiera alquilado —dice Benton—. Una furgoneta, un todoterreno, un vehículo recreativo que pudiera aparcar en un área remota.

—Estamos revisando todos los alquileres y las compras de vehículos en un radio de varios cientos de kilómetros a la redonda en el marco de tiempo en cuestión —le comenta Burke a Briggs, quien apenas la escucha—. Desde vehículos de clase A como Airstreams hasta remolques de cinco ruedas, o todo tipo de remolcables, por decirlo claro. Algo que él pudiera haber aparcado sin llamar la atención en el mismo campamento donde ella se alojaba, en una noche oscura y lluviosa.

—Dejarla inconsciente le habría ahorrado muchos quebraderos de cabeza —me dice Benton—, sin tener que pegarle en la cabeza u obligarla a punta de pistola. En casos así no hay garantías, y las cosas pueden torcerse en un abrir y cerrar de ojos. Mucho mejor dejarla grogui con un producto químico y meterla en el interior de su vehículo y conducir lejos para hacer lo que sea que hace y representar sus fantasías.

—Lo que también parece incluir cortarle una oreja —añade Burke—. Demostrando una descompensación, un deterioro del autocontrol, una compulsión que está ganando fuerza como un huracán. Si Emma es la víctima más reciente, es que ahora le va la mutilación y se está volviendo cada vez más violento. Cada vez le cuesta más aliviar lo que se acumula en su interior —dice ella, y ahora se nos ha convertido en una generadora de perfiles, y Benton no dice nada al respecto.

—No sabemos si le cortó una oreja —le respondo—. Todo lo que queda de la cabeza es el cráneo. A menos que haya una marca de corte en el hueso, no vamos a ser capaces de decir si se la cortó o no.

—Es necesario señalar que Channing Lott tiene importantes vínculos profesionales y filantrópicos con esta parte de Canadá. —Burke habla de forma más acelerada y agresiva—. En concreto, su compañía de transportes lleva petróleo y gases licuados de petróleo, que llegan por ferrocarril desde Fort McMurray, el

epicentro del auge de los campos petrolíferos de Alberta, y también desde distintos puertos marítimos.

Benton la mira con el rostro inexpresivo.

—Ha hecho numerosos viajes a algunas de las refinerías de petróleo —prosigue Burke, casi a voz en grito—. Y el año pasado una de sus empresas subsidiarias hizo una considerable contribución al museo de dinosaurios que se construye en la Grande Prairie.

—¿Qué subsidiaria? —Hahn frunce el ceño, como si se tratara de una información que Burke no ha compartido.

—Una llamada Crystal Carbon-Two —le dice Burke a Briggs.

Él está otra vez mirando algo en su escritorio, y siempre me doy cuenta de cuándo da por finalizada una conversación.

—Equipos de limpieza ecológica utilizados en el procesamiento de alimentos, en el decapado, en la limpieza de impresoras y máquinas utilizadas en la industria papelera —añade Burke—. Nada de emisiones nocivas ni productos químicos tóxicos. Usan dióxido de carbono sólido, que también se está convirtiendo en una técnica cada vez más popular en las refinerías de petróleo.

—Ayer fue un mal día para nuestros infantes de marina —dice Briggs, y Burke no tiene ninguna intención de ser silenciada.

Ella nos dice que Channing Lott ha estado comercializando su equipo en el noroeste de Alberta, y que los planes de vuelo presentados a la FAA indican que él ha volado con su jet Gulfstream a Edmonton y Calgary al menos media docena de veces en los últimos dos años. Emma Shubert era una ecologista convencida, y lo que estaba excavando en los lechos óseos iba a terminar en el mismo museo que él estaba ayudando a financiar.

—He encontrado varios artículos sobre el tema —dice Hahn, que ha empezado a buscar información—. Anuncios sobre sus donaciones, de cinco millones de dólares al año pasado. Y sin duda viajó a la Grande Prairie.

Briggs asiente con la cabeza a alguien que no podemos ver, señalando que ahora mismo va.

—«El señor Channing Lott y su esposa asistieron al banquete Dino, donde fueron los invitados de honor y se les presentó de manera formal. Se anunció el regalo de Crystal Carbon-Two». —Hahn lee lo que encuentra en su ordenador—. Esto fue hace un año, el pasado mes de julio.

—Tengo gran cantidad de casos que atender; ha sido un mal día. —El general Briggs ya ha oído suficiente—. Otro maldito helicóptero, un Chinook que se estrelló ayer en el este de Afganistán. El C-17 que lleva a esos doce héroes caídos está a punto de aterrizar. Le he pedido al doctor López que te llame en cuanto sepa algo más, Kay —me dice Briggs, y se levanta y la pantalla LCD se llena con su ropa

quirúrgica de verde azulado—. De este modo podrás ver si existe alguna coincidencia.

Luego desaparece, su cámara web queda desactivada.

—¿Qué hay de los efectos personales? Ropa, joyas, cualquier cosa hallada con el cadáver —le pregunto a Benton—. ¿Nada, además de la ropa, del impermeable? ¿Qué pasa con su móvil?

—No hay teléfono —responde.

No menciono lo que Lucy tiene que contar acerca del iPhone de primera generación de Emma Shubert y las falsas cuentas de correo electrónico y los servidores proxy.

—No puedo entender qué significa esto —le dice Hahn a Benton, y ella lo sabe.

Tal vez Benton ha encontrado una manera discreta para sugerirle lo que Lucy descubrió casi al instante de forma ilegal, pero lo cierto es que Hahn ha descubierto lo que necesita saber. Ella ahora sabe que las imágenes de vídeo del paseo en motora de Emma Shubert se grabaron con su propio iPhone. Sospecho que fueron grabadas por un colega mientras los paleontólogos se dirigían al lecho óseo de Wapiti en una mañana soleada. Un archivo inocentemente registrado y guardado y más tarde descubierto por un monstruo, que probablemente revisó todos los archivos guardados en el móvil, el mismo teléfono que utilizó para tomar una fotografía de una oreja cortada, y que creemos que era la oreja de ella.

El mismo teléfono desde el que me envió por correo electrónico el vídeo y el jpg.

—Ya tiene lo que quería. —Douglas Burke empuja su silla hacia atrás, y nadie le responde—. Está fuera, es un hombre libre, ¿no? —Parece indignada—. Channing Lott se ha beneficiado de lo que está pasando, y de hecho es la única persona que se ha beneficiado de ello.

Se levanta y camina hacia la puerta de la sala de conferencias cerrada. Parece lo bastante encolerizada como para hacerle daño a alguien.

—Él estaba en la cárcel cuando desapareció Peggy Stanton. —Benton la mira con calma, y ella, desafiante, le devuelve la mirada—. Él estaba en la cárcel cuando desapareció Emma Shubert. Desde luego, mientras estaba encerrado en la cárcel no las mató, ni a ellas ni a nadie.

—Son crímenes muy elaborados, y nosotros estamos pensando en asesinatos en serie. ¿Por qué? —Burke le está diciendo esto a Benton, como si Val Hahn y yo no estuviéramos presentes—. Para encubrirle, para ocultar el objetivo final, que era deshacerse de su mujer y salirse con la suya.

—Estaba entre rejas. Eso es incuestionable —comenta Benton.

—Así que le hace una oferta a alguien —le responde Burke—. Y ese alguien se asegura de que el cadáver de Peggy Stanton aparezca exactamente justo cuando lo hizo y todo queda filmado y él sale absuelto. Es un genio, hay que admitirlo. Es

asombroso lo que se puede comprar con dinero.

—Este asesino actúa solo —dice Benton—. ¿Algo elaborado?, sí. Pero no debemos *pensar* que tal vez sean asesinatos en serie. Porque de hecho lo son: *son* asesinatos en serie.

—¿Sabes qué, Benton? —Ella abre la puerta de la sala de conferencias—. No siempre tienes razón.

Quiero pasta o pizza. Cuando salíamos del CFC por separado le he pedido a Benton que haga un alto en el camino a casa, algo que no sucederá pronto, según me ha advertido.

Cada uno por su lado. Predispuestos y preocupados. De camino a donde tenemos que ir, y ésta es la suma de nosotros, individualmente y en conjunto. Sé muy bien cuando algo no es importante para nadie más que para mí.

—Comida —le dije a mi marido, cuando estaba saliendo sola de mi plaza de aparcamiento—. Dios, tengo hambre. Me muero de hambre —le dije, de camino a enfrentarme a algo en lo que nadie más parece interesado, y puedo comprobar por el espejo retrovisor que un Ford LTD azul oscuro viene siguiéndome.

Sigo el cauce del río Charles mientras se dobla y serpentea, curvándose como los pasillos de mi edificio, llevándome allá donde he comenzado y donde he terminado, de donde vengo y adonde voy, otra vez más allá de la Boathouse DeWolfe, más allá del patio de la escuela Morse, de nuevo hacia el barrio de Howard Roth, de camino hacia la residencia Fayth House. El Ford azul oscuro está pegado a mi parachoques, y veo el rostro con gafas oscuras de quien lo conduce en mi espejo retrovisor.

Mirándome, desafiándome. Me sigue descaradamente.

—Comida y vino —le dije a Benton por teléfono hace un rato, cuando no sabía que esto iba a pasar, y estoy sorprendida.

Estoy indignada e incrédula, y al mismo tiempo, no sé por qué me sorprende.

—Vamos a comer juntos, estar juntos, todos nosotros —le dije, sola y hambrienta, cuando empezaba a sentirme agotada de veras, con una sola pregunta ardiendo en el tenebroso horizonte de mis pensamientos oscuros.

Veo el coche detrás de mí, mi corazón late con fuerza, como si algo vital se estuviera muriendo y petrificándose en mi pecho, en mi propio lecho óseo de emociones que ahora yacen como en una cama de huesos. «Ahora has ido demasiado lejos», pienso. «Realmente has ido demasiado lejos», y me imagino cenando con Lucy, con Benton, con Marino. Estoy hambrienta y enojada y quiero pasar tiempo con la gente que me importa, y ya he tenido bastante, porque ahora ya es demasiado. Giro a la derecha en River y Douglas Burke gira también, mirándome tras sus gafas oscuras.

Aparco en el aparcamiento del Rite Aid en la intersección de las calles Blackstone y River, haciéndole saber que soy consciente de que ella me ha estado siguiendo durante los últimos diez minutos y que no voy a permitir que me acose. Ella no me

asusta. Bajo la ventanilla de mi todoterreno y quedamos puerta con puerta, como dos policías, como dos compañeras, lo que sin duda no somos.

Somos enemigas, y ella me lo hace saber con claridad.

—¿Qué pasa, Douglas? —Nunca he sido capaz de llamarla ni «Doug» ni «Dougie».

Es todo lo que puedo hacer para llamarle algo.

—Yo no quería decir esto delante de ellos. —Sus gafas son de color verde oscuro o negro, y el sol está bajo, y los antiguos edificios de Cambridge proyectan largas sombras sobre el suelo, en este atardecer camino de la estación más dura del año por aquí, el brutal invierno de Nueva Inglaterra—. Por respeto profesional, no quise comentarlo estando ellos presentes, en la sala —dice.

—¿Estando ellos presentes...? —le pregunto, y ella no muestra el menor respeto profesional por nadie, y mucho menos por mí.

Sus gafas oscuras me miran.

—Quieres decir «estando Benton presente», ¿verdad? —replico.

—Sé lo de tu sobrina. —Ella profiere estas palabras como si fueran animales que agolpa y empuja hacia el matadero.

Yo no respondo.

—Explotación de vulnerabilidades en sitios web y recolección de información — dice con sarcasmo, como si estuviera convencida de que sabe cómo hacerme daño—. Me encanta la forma en que los *hackers* describen lo que hacen. Que en el caso de tu sobrina no es nada menos que un ataque de fuerza bruta sobre cualquier servidor en el que esté interesada, con el expreso propósito de obstruir la acción de la justicia.

—¿Un ataque de fuerza bruta? Me pregunto quién está realmente haciendo algo así —replico, y la miro.

Ella se lleva dos dedos a sus ojos oscuros y enmascarados y luego me apunta con ellos.

—Te estoy vigilando —comenta, de forma algo melodramática—. Dile a Lucy que después de todo no es tan inteligente, y tú eres cómplice de sus acrobacias, y ¿para qué? ¿Para que pueda encontrar algo cinco minutos antes que nosotros? ¿Antes de que lo haga el FBI? Porque está celosa.

—Lucy no es de las que se ponen celosas. —Intento sonar perfectamente razonable—. Pero creo que tú sí.

—Estoy segura de que debe de ser horrible que te expulsen de aquello que te rodea en todo momento.

—Sí, eso debe de ser horrible —contesto aposta, porque Douglas Burke está constantemente rodeada de Benton y de todo lo que le recuerda a él, y está despedida.

Benton la ha despedido como compañera y quiere que la transfieran a un lugar apartado, y tal vez esté sugiriendo algo más, bajo mano. La agente especial Douglas

Burke no es apta para el servicio activo. Ella no debe llevar un arma ni detener a nadie, y yo le aconsejo tan diplomáticamente como me es posible que no sería prudente que intentase ir a por Lucy. No sería prudente dejarse caer en la propiedad de mi sobrina ni aparecer sin avisar ni seguirla tal como acaba de hacer conmigo.

—Conoces su historia, así que creo que entiendes lo que te quiero decir —le digo a Burke, quien seguramente está al tanto de cada arma de fuego que Lucy posee, de cada pistola y cada arma de gran calibre que ha registrado en Massachusetts y tiene licencia para llevar.

—¿Me estás amenazando?

Me sonrío, y es cuando me doy cuenta de que está mal, de que es profundamente inestable y posiblemente violenta.

—No es mi estilo amenazar a la gente —le digo, y ahora sí que estoy muy preocupada.

—Yo no tengo miedo de resolver este caso, ya lo sabes —dice entonces—. A diferencia de otros, por lo que parece. No tengo miedo, no se me puede sobornar.

Me preocupa ella, su seguridad. También estoy preocupada por los demás.

—No estoy intimidada ni influenciada por las conexiones políticas de nadie, ni por dinero —dice—, ni me acuesto con jueces federales, ni con fiscales de Estados Unidos, ni soy tan tonta como para creer que alguien que está en la cárcel no tiene a gente fuera cumpliendo sus órdenes. Un pequeño precio a pagar. Medio año entre rejas a cambio de librarse de la mujer que había llegado a odiar.

—¿Es que acaso lo sabes? ¿Sabes a ciencia cierta si él la odiaba? ¿De dónde lo has sacado? —Me freno, para no discutir con alguien que no puede ser lógico.

—Solo quiero saber por qué le estás protegiendo. Es obvio por qué te gustaría proteger a tu sobrina, pero ¿a Channing Lott?

—Hay que detener esto —le respondo, porque está ida y no se puede razonar con ella.

—¿Qué es lo que te ha prometido?

—Hay que parar esto antes de que vaya a más.

—Él se ha pasado a verte —me dice ella—. Y para colmo, ahora, ¿no es simplemente perfecto? ¿Qué más te dijo, Kay? ¿Te habló de su perra perdida? ¿De cómo su esposa estaba asustada y todo eso, intentando salvar su caso, mientras tu sobrina se cuelga de todos los servidores de seguridad que se le antojan y tú tratas de alejarme de la ciudad e intentas arruinarme? ¿Y crees que puedes hacerlo?

—Yo no quiero que te arruines.

Le advierto que va a tener un problema serio si continúa siguiéndome, si sigue haciendo declaraciones incendiarias y acusatorias, y que soy yo la que se siente amenazada.

—Debes volver a la oficina de campo —le digo, porque tengo una corazonada



sobre lo que piensa hacer, y recuerdo cada palabra que Benton me contó sobre ella y la forma en que solía actuar en torno a Lucy, y ahora sé lo que está pasando aquí.

No se trata solo de la pseudoefedrina, o de cualquier droga que esté tomando. Sino de lo que Douglas Burke siente que tiene que probar, y ella no va a escucharme porque no puede.

—Está mucho mejor conmigo.

Se refiere a Benton.

El último caso que Douglas Burke debe resolver en su vida no es el atraco a un banco o una serie de asesinatos, sino el crimen de su propia existencia. No sé qué le pasó, pero algo le pasó, probablemente cuando era aún una niña. Y tampoco me importa.

—Él también lo sabe —me dice, a través de la ventanilla abierta de su coche—. Es una pena que no desees lo mejor para él. Tratar de sabotearme no va a serte de ayuda en tu patético simulacro de matrimonio, Kay.

—Vuelve a tu oficina y habla con alguien. —Tengo cuidado de no sonar agresiva—. Cuéntale a alguien lo que me acabas de decir, comparte la información, tal vez con tu SAC, con Jim. —Lo digo clínicamente, sin pasión, casi con amabilidad—. Debes hablar con alguien.

Necesita ayuda, y no la va a pedir, y tengo una corazonada sobre lo que va a hacer, y un segundo después, mientras conduzco por Cambridge, informo a Benton.

—Creo que tiene la intención de enfrentarse a Channing Lott. —Le dejo un mensaje de voz porque no contesta al teléfono—. Está pasada de vueltas, y alguien tiene que intervenir. Alguien tiene que detenerla inmediatamente para protegerla de sí misma.

Entro en un Starbucks a tomar un café, un expreso doble, solo, como si eso me fuera a ayudar a ordenar mis pensamientos, como si la cafeína me fuera a calmar, y me siento en el coche durante unos minutos e intento de nuevo hablar con Benton. A continuación le envío un SMS para cerciorarme de que le llega el mensaje de que tiene que intervenir sin demora antes de que Douglas Burke cometa una estupidez, algo peligroso y posiblemente irreparable. Es inestable, está obsesionada y va armada. Dejo caer el café sin terminar en el cubo de la basura y arranco preguntándome si debería advertir a Lucy y decido que es mejor que no. No estoy segura de lo que podría hacer.

Está oscuro, el sol ya se ha ocultado tras un horizonte ennegrecido cuando llego a la residencia Fayth House, un complejo de ladrillo, limpio y relativamente moderno, con macizos de flores y árboles plantados de manera escrupulosa. Un todoterreno plateado está saliendo del aparcamiento mientras yo accedo, y al entrar veo muy pocos coches, y sospecho que la mayoría de las personas que viven en la residencia no conducen. Accedo a un vestíbulo con una alfombra azul y muebles de color azul y

flores de seda, y grabados y carteles en las paredes de folklore americano que me recuerdan a los cheques de Peggy Stanton.

La recepcionista es una mujer robusta, con el pelo muy rizado de color castaño y gafas gruesas, y pregunto quién está al cargo.

—¿A qué residente ha venido a ver? —me dice esbozando una alegre sonrisa.

Le pregunto si está el director. Me doy cuenta de que ya es tarde, pero ¿hay alguien de administración con quien podría hablar? Es muy importante, le digo.

—No creo que la señora Hoyt se haya ido. Tenía una reunión hasta tarde. —La recepcionista toma el teléfono para asegurarse, y veo un ramo de flores frescas en una mesa detrás de ella, lirios asiáticos de color burdeos, lisianthus morados, rosas naranjas y hojas de roble amarillas.

Una entrega floral sin tarjeta. Alguien, posiblemente la recepcionista, le ha pegado al florero una hoja de un bloc de notas de Fayth House con un nombre y un número de habitación escritos en él, que no puedo descifrar desde donde me encuentro. Pero alcanzo a leer «¡Es su cumpleaños!», escrito en mayúsculas y subrayado.

—¿Cindy? Sí, hay alguien que quiere verte. Lo siento —me dice la recepcionista—. ¿Cómo se llama?

Me indica cómo llegar hasta una oficina al final de un largo pasillo que conduce más allá de un comedor brillantemente decorado, donde los residentes están terminando de cenar, algunos de ellos en sillas de ruedas, y veo una gran cantidad de andadores y bastones apoyados en las mesas. El salón de belleza está cerrado por la noche, un anciano está tocando el piano en la sala de música y un carrito de limpieza está estacionado fuera de la biblioteca. Veo un montón de cajas de bolsas de basura industrial, cajas de cien, de la misma marca que las que encontré en la casa de Howard Roth.

Entro en las instalaciones administrativas y llamo a la puerta abierta de la oficina donde la señora Hoyt, joven y muy embarazada, está poniéndose el abrigo. Me presento y le estrecho la mano y ella parece desconcertada.

—Sí, reconocí el nombre cuando Betty me lo dijo —comenta ella—. ¿Tiene familia aquí? La vi en las noticias de ayer. Esa tortuga enorme en la lancha y luego aquella pobre mujer. ¿En qué puedo ayudarla? ¿Tiene familia aquí? —me pregunta de nuevo—. De tenerla, yo lo sabría, creo. —Se sienta en el escritorio con el abrigo puesto—. ¿O tal vez está pensando en traer a alguien a Fayth House?

Tomo una silla y me siento frente a ella, y le respondo que mi madre vive en Miami y es reacia a salir de casa, a pesar de que probablemente no debería estar sola nunca más. Qué lugar tan hermoso tienen aquí, añado.

—Me pregunto si conoce usted a un tal Howard Roth —digo luego—. Era un vecino de aquí y vivía a pocas manzanas. Hacía chapuzas por las casas, era un

manitas.

—Sí. —Ella abre una botella de agua y vierte un poco en una taza de café—. Era bastante agradable, con algunos problemas, sí, y ya me enteré de lo que le pasó. Se cayó por las escaleras. Qué triste, qué vida más trágica —comenta, y me mira como diciendo que no entiende nada.

No puede imaginar por qué he venido a hablar de él.

Le pregunto por los voluntarios y si entre ellos podría contarse a una mujer llamada Peggy Stanton de Cambridge.

—No sé lo que pasó —responde la señora Hoyt—. De repente dejó de venir. ¿Por qué me lo pregunta?

—Entonces, ¿no sabe lo que le ha ocurrido?

Me mira desconcertada, y por supuesto no tiene ninguna razón para suponer que Peggy Stanton ha muerto.

—Está bien —dice, y está empezando a sentirse molesta—. Por favor, no me diga que... —Por un momento, parece que va a echarse a llorar—. Bueno, menuda mujer, encantadora de veras. Y usted no estaría aquí si no fuera algo serio —apunta.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? —pregunto.

—No lo recuerdo. —Teclea en su ordenador, muy nerviosa—. Pero lo puedo comprobar. Es bastante fácil, basta con echar un vistazo a nuestro calendario de voluntarios. Tenemos un maravilloso grupo de personas que hacen que la vida de los residentes sea mucho mejor, gente que ofrece alegría y esperanza en lugares en los que sin ellos no habría nada de nada. Lo siento. Estoy hablando por los codos. Es que estoy un poco aturullada.

Me pregunta qué ha pasado, y yo le digo que Peggy Stanton ha fallecido. Tenemos la intención de divulgar la información a los medios de comunicación a primera hora de la mañana, pero su cadáver ya ha sido identificado, es ella.

—¡Dios mío, qué tragedia! Ay, Señor —dice ella—. Dios Santo. Qué horror. Bueno, pensé que había sucedido algo en primavera, y tenía razón. Esto es terriblemente desagradable. Cuando los residentes se enteren se les va a romper el corazón. La querían tanto, llevaba años y años echando una mano.

La última vez que Peggy Stanton estuvo aquí fue la noche en que desapareció, el 27 de abril, viernes, cuando cenó con un grupo de residentes con los que estaba trabajando en un collage, según me explica la administradora de la residencia.

—Sentía verdadera pasión por lo que hacía —afirma—. Artes y oficios, trabajar con las manos. Peggy estaba muy concienciada de cómo mejorar la autoestima y cómo reducir la ansiedad y la depresión en los ancianos, y cómo cambia uno cuando da forma a algo con sus propias manos y lo ve evolucionar hasta convertirlo en una obra de arte. Simplemente no hay mejor terapia —añade ella, y describe a Peggy Stanton como una buena mujer, destrozada por una catástrofe personal, por una

pérdida inimaginable.

—Tenía un toque curativo, se podría decir así. Tal vez a causa de lo que había sufrido en su vida. Estaba empezando a interesar a los residentes en la cerámica —me explica—. Y entonces dejó de venir.

Ella supuso que Peggy Stanton había regresado a Florida, quizás a su cabaña del lago en el área de Chicago.

—Yo no estaba preocupada, aunque sí un poco decepcionada, ya que habíamos estado estudiando el tema de los hornos —dice, y pienso en el sótano de Peggy Stanton, en las obras realizadas recientemente y en las herramientas tan raras que encontramos en la mesa allá abajo.

No era para hornear galletas sino para hacer cerámica, y le pregunto si Peggy Stanton podría haber estado pensando en instalar un horno en el sótano de su casa, si ella podría haber contratado a Howard Roth en alguna ocasión para hacer alguna chapuza doméstica. Es muy posible que sí, admite, pero no puede estar segura, y se ofrece a enseñarme Fayth House.

—Ya la he retenido demasiado tiempo —le respondo, y le doy las gracias mientras suena un aviso en mi teléfono.

Es un mensaje de texto de Lucy.

«¿Quién es Jasmine?», leo, mientras salgo de allí.

«La perra perdida de Mildred Lott que apareció más tarde», le contesto por SMS en la oscuridad, volviendo a mi todoterreno, que está al lado de otro que no estaba aparcado allí antes.

Hay un Jeep Cherokee plateado con rejilla de malla junto a mi coche, cuando resulta que todo el maldito aparcamiento está prácticamente vacío, y eso me provoca una sensación extraña, un mal palpito.

«¿Perdida? ¿Entonces por qué está afuera y de noche llamándola?».

«A punto de montar en el coche, ahora te llamo», le respondo.

Se me ocurre que es el mismo Jeep Cherokee plateado que me crucé hace poco cuando llegué aquí. El mismo que vi antes en mi propio aparcamiento, o uno igual. Saco la llave para abrir el coche mientras una parte de mí quiere echar a correr, y entonces suena el anuncio de otro mensaje de texto.

«¡Jasmine! ¡Jasmine! ¿Dónde estás? ¡Ven!».

Me acaban de secuestrar unos piratas.

El barco en el que estoy tiene el suelo de metal con moqueta. Se mueve rápido en medio de un fuerte oleaje. Hace frío y esto es claustrofóbico, y yo me siento mareada y dolorida. Quiero dormir.

«No te duermas».

Me voy a marear, me enferma este traqueteo, siento vértigo. Mi estómago se tambalea y me suben las arcadas hasta la garganta, y me pregunto si me golpeó en la cabeza, cómo he llegado hasta aquí, cómo me ha traído hasta el área de carga de un viejo barco. Tengo una red de pesca a mi alrededor y estoy asqueada, a punto de vomitar. No tengo nada en el estómago y no quiero que me den arcadas, no debo ponerme a vomitar incontroladamente. No puede saber que estoy consciente, y me concentro en cada parte de mí, y no estoy segura de si estoy lesionada o no. No siento dolor, solo la cabeza que me da vueltas.

—¿Estás despierta? —Una voz de hombre me lo pregunta en voz alta.

He oído esa voz antes.

No respondo, y mi cabeza se aclara un poco. Estoy en un coche, en la zona de carga, en la parte trasera. Las luces de tráfico de los vehículos que se aproximan lo iluminan de forma intermitente. Estoy rodeada de formas cuadradas apiladas detrás de los asientos delanteros, y hago todo lo que puedo para asumir la oscuridad a mi alrededor. Para ocultarme en ella.

«Hazle creer que estás muerta».

—Deberías estar despierta —dice el hombre al volante de lo que yo pensé que sería una buena idea para el CFC, un pequeño todoterreno *crossover*.

Me esfuerzo por recordar su nombre y rememoro su absoluta falta de empatía cuando se sentó frente a mí. Sin alma. Vacío. Sin emociones.

—No finjas —dice.

«Hazte la muerta».

—Fingir no va a serte de ayuda.

Reconozco el tacto de la ropa que me he puesto esta mañana, creo que fue esta mañana. Los pantalones de pana, el suéter de punto y una chaqueta de plumas, porque hacía frío y había helado.

Me froto los pies el uno contra el otro, ahora están descalzos y muy fríos, y los empujo contra la red y se encuentran con la resistencia de algo duro y cuadrado. Estoy completamente a oscuras, y oigo el tráfico. Aunque no recuerdo qué ha

sucedido, estoy empezando a tener la certeza de lo que sé. Y entonces pienso que estoy soñando.

«Se trata de una pesadilla. Tienes que despertar. Es un sueño terrible, y tú estás bien».

Tomo aire con fuerza y ahogo la bilis mientras me estalla la cabeza, respiro profundamente y me doy cuenta de que estoy despierta. Realmente lo estoy, y esto está sucediendo de verdad. No debo ser presa del pánico. Empujo la forma cuadrada y dura con los pies descalzos ahora trabados por la red, y eso, que aún no sé qué es, se mueve muy poco y parece como de plástico.

«Un maletín de escena del crimen».

Habla en voz alta desde el asiento del conductor, me pregunta si estoy despierta, y de nuevo no contesto, y sé quién es.

—Ahora ya no tendrás que averiguar nada más —dice Al Galbraith, y a juzgar por el sonido y las fluctuaciones de volumen en su voz sé que se está girando en su asiento, que mira hacia donde estoy.

Me muevo muy poco para que no me pueda ver. Toda la parte posterior del todoterreno está transformada en una zona de carga y los asientos traseros están abatidos permanentemente, y trato de imaginar qué hay aquí. Me cuesta pensar, me cuesta respirar. Tengo las manos libres. No me ha atado, pero me ha envuelto en una red y es bastante estrecha, y pienso en criaturas enredadas, en la enorme tortuga laúd, y lo que me contaron sobre ellas. En cómo chocan con algo como una línea vertical y son presas del pánico y giran sobre sí mismas tanto que cada vez se enredan más y más, y luego se ahogan.

«No te asustes. Toma aire, respira lenta y profundamente».

Mi teléfono ha desaparecido. Él tiene mi móvil. Él tiene mi bolso, a menos que mi teléfono siga en el suelo del aparcamiento de la residencia Fayth House y él lo haya dejado allí.

«Él no lo dejaría».

Tengo las manos pegadas contra el pecho, y las muevo, meto los dedos entre los huecos de la red, pues ahora sé que es la red de carga que utilizamos para proteger nuestro equipo, y siento la presencia de un nudo y trato de aflojarlo, pero no puedo. Tengo los dedos rígidos y fríos y estoy temblando, y van a empezar a castañetearme los dientes, y hago lo posible por calmarme.

—Deberías estar despierta —afirma—. No te di tanto. Siempre me he preguntado si lo podían oler cuando me acercaba. El dulce olor de la muerte que se avecina.

No me acuerdo de nada, pero sé lo que hizo, probablemente guarda una botella de eso en su coche, en ese Jeep Cherokee plateado, por si debe echar mano de ella en caso de urgencia. Es su kit de asesino.

«Eres un hijo de puta».

—Por supuesto, todo el mundo reacciona de manera diferente —dice—. Ése es el peligro y el arte. Te pasas de la raya y el *show* termina antes de tiempo, que es lo que le sucedió a la señora en Canadá, que tuve que dejarla grogui una y otra vez porque estaba conduciendo.

A juzgar por el sonido de la calzada debajo de mí y el cambio en el tono del motor, estamos pasando por un túnel.

—Le había puesto la cabeza sobre mi regazo, y yo sabía que si no tenía la tela a mano ella iba a intentar algo. Y entonces ya no despertó más. No tuve oportunidad de decirle lo que necesitaba oír. Menuda mema, mira qué desperdicio. Nunca oyó una palabra. Ni una sola.

Muevo los dedos a través de la red y siento el tacto de plástico áspero de otro maletín.

—Ella no tenía ni idea. Acababa de sacar las llaves, iba a abrir una puerta en medio de un aguacero y entonces ya no se enteró de nada más, y eso sí que es un desperdicio. Un verdadero desperdicio, después de todo el esfuerzo que me había costado, así que tuve que hacer algo con ella. Quiero decir que no iba a permitir que fuera un completo desperdicio. De modo que hice que la situación pareciera interesante, por lo menos. Todo es cuestión de saber esperar tu oportunidad, y yo sé esperar. Pero hay cosas que no se pueden evitar. ¿Ves lo que sucede cuando la gente mete las narices donde no le llaman?

No puedo imaginar qué maletín de escena del crimen es éste.

—¿Cómo supiste que era el cumpleaños de mi querida madre? Tal vez no lo sabías. ¿Fuiste a verla? Probablemente, no. No importa. Ella no puede hablar.

Estoy tratando de recordar exactamente cuál es la distribución exacta de los maletines en la parte trasera.

—Tienes que admitir que lo puse interesante, con el envío que te hice. Hay que ver todo lo que ha causado. —Lo dice con amargura—. Probablemente es mejor que el jefe no esté en la cárcel, a menos que sea uno mismo quien lo ha puesto ahí. Pero el resultado final no ha sido el planeado. Debes saberlo, porque es tu culpa, en parte. Nunca tuve la intención de que saliera libre. Debería pudrirse entre rejas. Era el momento realmente perfecto para llamar la atención de todos, y es una lástima que no se pudra en una celda apestosa que no pueda acondicionar cómodamente con todo su dinero.

Él habrá movido las cosas para hacerme sitio aquí dentro.

—Confieso que al principio me sentía un poco aprensivo. Y no estoy hablando de esa vieja momia por la que te sacaron en las noticias. Ya era una momia cuando estaba con vida, una santurróna que enseñaba a mi madre a hacer collages y otros pasatiempos sin ningún sentido y no me mostraba el menor respeto cuando yo aparecía por allí. Ella fue la primera, vino antes que la de los huesos, y no fui tan

atrevido porque en realidad no tenía por qué serlo. Tenía todo el tiempo del mundo para nuestra pequeña charla, para que se diera cuenta de lo equivocada que estaba. Estoy hablando de la otra, la que fue un desperdicio. Un maldito desperdicio.

No estoy segura de qué maletín de plástico es el que busco. Algunos son de color naranja y otros de color negro, pero aquí está demasiado oscuro para distinguir colores.

—En realidad se me revolvió el estómago, aún oigo el sonido del cuchillo atravesando el cartílago. Y yo pensando que si con esto no se despertaba, es que estaba muerta de veras.

Se ríe. Es una risa silenciosa que no encierra la menor alegría.

—«Te entra por una oreja...». «Te van a dar las dos orejas...». Piensa en todos los malditos dichos con la palabra «oreja». Y tú no escuchabas. Ojalá hubieras escuchado. ¿Por qué Dios da orejas a quien no quiere oír?

No quiero abrir el maletín equivocado.

—Bueno, pues ahora tendrás que escuchar. Eso es todo lo que puedes hacer. ¿No te asombra cómo salen las cosas?

«Por favor, no me dejes abrir el maletín equivocado».

—¿Estás ya despierta?! —grita—. Cuando llegue la mejor parte no olerás nada. Vale, tal vez algo parecido al ozono. ¿Alguna vez has oído decir que alguien ha robado todo el aire de la habitación? Pues estás a punto de descubrir que es verdad.

Estoy bastante segura de que lo que busco estará en un maletín de escena del crimen Pelican, lo que Marino llama un 16-30.

—¿Me estás escuchando? ¡Despierta!

Siento el tacto de un asa plegable, lo que podría ser una buena señal, pero me cuesta recordar.

—¡Mira si he sido bueno contigo, y así es como me lo pagas! Te traigo flores y te sostengo esa mano asquerosa. —Él me sigue hablando, pero está hablando con otra persona.

Muy, muy lentamente abro un cierre de plástico, moviendo los dedos a lo largo del borde del maletín hasta que encuentro otro cierre y luego otro.

—Soy obediente, soy en verdad perfecto, y te pongo en el mejor lugar del mundo, cuando lo que debería haber hecho realmente es escupirte a la cara. ¿Sabes por todo lo que he pasado durante tantos años, solo porque me tuviste tarde y fui criado por una vieja bruja repugnante? Por la gracia de nadie más que yo. Te meto en Fayth House y ni siquiera me lo agradeces. Eres una maldita hipócrita, es hora de que lo admitas. Lo harás. Tarde o temprano, acabarás pidiéndome perdón.

«Por favor, no permitas que aquí solo haya guantes y ropa protectora».

Sin embargo, el tamaño parece el correcto. Un maletín Pelican como una gran caja de herramientas. Los maletines donde llevamos la ropa desechable y las sábanas



plastificadas se parecen más a contenedores de plástico con pestillos de acero. Creo estar bastante segura. Estoy tratando de pensar con claridad. Mi corazón está volando como un pájaro asustado.

—Eres una zorra insensible y yo podría haberte dejado morir, que es lo que realmente querías. Y por eso no lo hice. Con el cerebro frito, como una fruta o un vegetal, tirada o sentada en una silla, mirando al infinito. Ya no puedes hablar más, ya no tienes ese pico de oro, ya no puedes hacerte la santurrón. Te he dejado vivir porque me gusta verte así. Por primera vez en la vida me gusta venir a verte. Ver cómo te meas encima, cómo te cagas en la cama. Cómo cada vez te pones más y más fea, más maloliente, más repugnante. ¿Quién es el héroe ahora?

Tiento la tapa y la muevo varios centímetros, palpo lo que hay dentro sin tener que abrir el maletín del todo porque es pesado y no quiero hacer ruido. Palpo su interior de espuma entrelazada.

—¡Sé que estás despierta! —grita—. ¡Dame el pin de tu teléfono!

Poco a poco, suavemente, muevo los dedos dentro de la caja y palpo los rotuladores y una grapadora. Son suministros de embalaje de pruebas, y sé que he encontrado el maletín que buscaba. Palpo las asas de acero curvado de unas tijeras pequeñas y tiro de ellas hacia fuera y empiezo a cortar la malla, y ahora el todoterreno avanza mucho más lentamente. Veo farolas altas y ventanas rotas y paredes de aluminio ondulado que fluyen ante el cristal oscuro tintado de las ventanillas, y algunos de los edificios ante los que pasamos están tapiados.

Palmo a palmo, muy poco a poco, saco los brazos y la cabeza fuera de la red, y entonces mis pies quedan libres, pero los noto congelados, como si se hubieran vuelto de piedra. Deslizo una mano dentro del maletín, buscando un asa de metal.

—¡Despierta!

Plástico, vidrio... reconozco cajas de medicinas y viales, y el asa de acero de un bisturí. Él avanza muy lentamente por una calzada con el pavimento en mal estado, estamos en un área oscura y desierta con viejos almacenes abandonados.

—Sé que estás despierta. No te he dado mucho —repite—. Voy a parar en un minuto y te voy a sacar de ahí, y más te vale no intentar nada. Otra pequeña siesta y luego te voy a mostrar algo que nunca has visto antes. Creo que quedarás fascinada.

Encuentro la bolsa de aluminio plastificado llena de hojas desechables para el bisturí.

—El crimen perfecto —afirma—. Y se me ocurrió a mí, no a ti.

Muy despacio, sin hacer ruido, abro la bolsa.

—Una forma de mandar a alguien al otro barrio que no puede detectarse. Por nadie. Una forma verde, ecológica. Te voy a mandar al otro barrio respetando el medio ambiente. —Oigo de nuevo esa risa sin alegría—. Todas mueren respetando el medio ambiente. Excepto la de los huesos, ésa no. Una verdadera pena.

Sinceramente, no me siento bien con lo que pasó. Eso no tendría que suceder, ya sabes. Todo es culpa tuya. Tenías que aparecer y meter la nariz en asuntos que no eran de tu incumbencia. Siempre hay que esperar la oportunidad y la tuya acaba de llegar.

Bloqueo una hoja en el mango y el choque del acero contra el acero hace un suave clic, y me preocupa que lo haya oído.

—Vale, vale, ¿qué tenemos aquí?

El coche se detiene de repente. La puerta se abre.

—No sé qué crees que estás haciendo —dice, mientras sale.

Me ha oído bloqueando la hoja en el bistorí, y de repente pienso que no sé qué puerta va a abrir, y de nuevo soy presa del pánico. No sé si va a abrir una de las puertas traseras o el portón del maletero, y voy a tener que moverme muy rápido porque va a ver que ya no estoy atrapada en la red.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Voy a lanzarme a la cabeza, al cuello, al rostro, a los ojos, pero será difícil verlo. Estamos en algún lugar muy oscuro y la luz interior del coche está apagada. Él la ha apagado para meterme y sacarme del vehículo sin que nadie lo viera, y pienso que no ha apagado el motor, y debe de haber dejado su puerta abierta porque el coche emite un pitido de advertencia. El motor está retumbando con fuerza, y suena diferente, como si tuviera el pie en el acelerador, pero no es así tampoco, y no está dentro del coche. No entiendo lo que estoy oyendo, y me aferró al asa de acero con fuerza, como jamás antes he asido un bistorí.

Como si fuera algo con lo que apuñalar y dar tajos.

—Esto es propiedad privada —dice, y me doy cuenta de que no me habla a mí.

Me siento en el suelo y tengo listo el bistorí, y advierto la presencia de una gran cantidad de camiones, camiones blancos de diferentes tamaños con la leyenda «Crystal Carbon-Two» y un logotipo pintado, y en la distancia se ven las luces de la pista de aterrizaje y la torre de control de tráfico aéreo de Logan.

Nos hallamos en un muelle, justo enfrente desde el aeropuerto, en una península del Parque Marino Industrial donde el buque *Comfort*, un buque hospital naval de Estados Unidos está en dique seco, pintado de blanco y con una orgullosa cruz roja contra el cielo oscuro. Y luego le veo a él iluminado por los faros, cegado por el resplandor, frunciendo el ceño, enfurecido. Sostiene una botella pequeña y un trapo que es tan grande como un pañal, y se aleja del vehículo y echa a correr y arroja la botella contra el pavimento, y el trapo flota en el aire como si fuera un fantasma mientras él corre.

Abro la puerta de atrás y salgo con paso inseguro, con los pies descalzos y entumecidos, y en un abrir y cerrar de ojos la pista donde hemos aparcado se convierte en una confusión de luces de emergencia estroboscópica, coches de la

policía, sirenas, y él corre hacia un viejo depósito de ladrillo cerca del agua y Marino y Lucy se le echan encima.

Cae, cae de cabeza, como si estuviera buceando en el asfalto, o tal vez Lucy le ha puesto la zancadilla, no lo puedo decir con seguridad. Pero Marino se le ha lanzado encima, lo golpea y le grita, y luego una joven se me aparece como por arte de magia. Por un instante, me pregunto si estoy soñando otra vez.

Ella aparece entre luces brillantes y centelleantes y oscuridad, sale de detrás de mi todoterreno, donde ahora veo que hay un Maserati negro aparcado, con el motor encendido, que ruge ronco. Me pregunta si estoy bien, y yo le digo que estoy bien, y no la conozco y sí que la conozco.

—Tal vez lo mate. Vale, Marino. Ya basta. Y no es que yo le culpe. —Ella está mirando en la dirección del almacén, y yo la miro a ella—. ¿Estás segura de que estás bien? Vamos a montarte en ese coche y voy a encontrar algo para tus pies.

Lleva el pelo muy corto, más rubio que castaño, y sigue siendo muy guapa aunque ahora es un poco mayor, tiene treinta y tantos, la edad de Lucy. Cuando la vi por última vez apenas tenía veinte años. Me echa un brazo alrededor de los hombros y me lleva hasta el Crown Vic de Sil Machado mientras este sale de él a toda prisa. Monto en el asiento trasero y dejo la puerta abierta y me froto los pies.

—Supongo que alguien me va a explicar qué ha pasado —le comento a Janet.

La última vez que la vi debe de haber sido hace quince años, cuando ella y Lucy compartían piso en Washington, DC; Lucy estaba en la ATF y Janet en el FBI. Siempre me gustó. Se las veía bien juntas, y desde entonces nada ha sido tan bueno para Lucy.

—Veo que no llevas arma ni pareces estar a punto de arrestar a nadie —añado—. Oye, lo siento si estoy un poco ida. Ojalá me arrancaran la cabeza. Tal vez entonces dejaría de dolerme.

—Ya no estoy en el FBI, ni siquiera soy policía —me explica Janet—. Soy abogada, una de esas personas horribles, solo que peor, porque me especializo en derecho ambiental, así que todos me odian.

—Eso sí, no adoptes un cerdo. Lucy me ha estado amenazando con hacerlo. Y seré yo quien tenga que cuidarlo cuando ella esté fuera de la ciudad, lo que sucede a menudo.

—Supongo que no sabes dónde metió ese tipo tus zapatos.

—Debe de haber una caja de calzas cubrebotas por algún lado. —Apunto al todoterreno donde me ha traído como rehén, y se me ocurre que todos los vehículos del CFC están equipados con localizadores por satélite—. De las que tienen suelas de PVC, así que te las puedes poner sin nada —le digo—. ¿Me habéis seguido hasta aquí? Pero ¿por qué?

—Le enviaste un mensaje a Lucy de que la llamarías en cuanto montaras en el

coche —dice ella—. Y no lo hiciste.

—¿Y eso fue suficiente para que iniciara el seguimiento?

—Lo hace con más frecuencia de lo que piensas. Te sigue a ti, a mí, a casi todo el mundo. Y podía ver que estabas en Fayth House y que luego te dirigías hacia Boston en vez de ir a tu casa. Además, le habías dejado algunos mensajes bastante urgentes a Benton.

Me explica que de todos modos estaban muy cerca de Fayth House, porque llevaban a Marino de regreso a su casa de Cambridge, y estaban hablando sobre la importancia del detalle de la salida de Mildred Lott en medio de la noche.

—Ella creyó oír a Jasmine en el patio trasero —dice Janet—. Estaba gritando el nombre de su perra.

Soy consciente de que Lucy ha estado trabajando con investigadores británicos y alemanes en un equipo basado en tecnología de lectura de labios, y Janet dice que el software es ahora lo bastante bueno como para usarse cuando las personas se giran hasta ciento sesenta grados hacia un lado u otro. En otras palabras, uno apenas puede ver la boca en movimiento, pero el equipo sí.

—Le daba la espalda a la cámara, miraba hacia donde había escuchado lo que sea que escuchó —dice Janet—. La cámara de seguridad la atrapó solamente de lado, y desde esa perspectiva da la impresión, o al menos un poco, de que estaba diciendo el nombre de su marido.

Estoy buscando a Benton, preguntándome si él está aquí. Tiene que haber alertado a los agentes, a la policía, y si es así, sé lo que eso significa. Se dio cuenta de que mis sospechas eran fundadas. Douglas Burke vino aquí para enfrentarse a Channing Lott, pues la sede de su compañía de transportes se cierne en la distancia, más allá del dique seco del buque hospital: es un enorme edificio blanco de antes de la guerra con cientos de ventanas, la mayoría de ellas a oscuras a estas horas de la noche.

—Ya podía ver a alguien como un fiscal pensándolo o deseando pensarlo —dice Janet—. Pero ella no dijo «Channing» sino «Jasmine». Estaba llamando a su perra y se la veía muy contenta, emocionada y excitada aunque frenética, y ahora sabemos por qué.

Mis pies ya no están dormidos, pero ahora tengo picores.

—No exactamente —le respondo—. ¿Por qué pensó que su perra estaba ahí fuera?

—O bien él se había llevado a la perra con él, o bien, y esto es más probable, llevaba una grabación —me responde ella—. Lo más seguro es que unos días antes robara al pobre animal y grabara sus ladridos.

Sigo frotándome los pies y Janet se acerca al todoterreno y abre el portón trasero.

—Prueba con uno de esos maletines naranjas —le digo, y la policía está por todas partes, y han esposado a Al Galbraith y lo montan en el asiento de un sedán del FBI.

Miro a mi alrededor, veo a los policías y a los agentes de Boston y a Machado, y luego veo a Benton con unos agentes uniformados que están rompiendo la cerradura de la puerta del almacén. No veo a Douglas Burke por ninguna parte. Le dan tres fuertes golpes con un ariete y la puerta cede y se abre, y hay luces en el interior de un espacio cavernoso donde puedo ver hileras de máquinas de acero brillante sobre ruedas, rollos de mangueras y cientos de barriles de madera apilados contra una pared.

Benton y los demás se acercan a una puerta de metal cerrada, y puedo distinguir el tinte rojizo del suelo y escucho algo que suena como un chorro de vapor. Recuerdo los comentarios acusatorios de Burke acerca de Crystal Carbon-Two, una forma ecológica y respetuosa con el medio ambiente de hacer la limpieza industrial. Ella habló de un chorro de dióxido de carbono sólido: granos de hielo seco propulsados por aire comprimido a velocidades supersónicas, y el dióxido de carbono es uno de los asfixiantes más simples y comunes de todos cuantos se conocen.

Es incoloro, es inodoro y una vez y media más pesado que el aire, por lo que fluye hacia abajo y se instala desplazando el oxígeno. En un espacio confinado y a una concentración del diez por ciento, una persona pierde la consciencia en menos de un minuto y se asfixia, y Al Galbraith tenía razón.

Nada se verá en la autopsia, no habrá un maldito rastro ni ninguna indicación, a menos que la persona sea quemada. A menos de  $-73^{\circ}\text{C}$  el hielo seco causa congelación, es tan frío que también puede quemar, y pienso en las extrañas áreas duras y marrones en los brazos y los pies de Peggy Stanton y en sus uñas rotas y sus medias rasgadas.

Él la encerró en la cámara que había convertido en una máquina, y ella sabía que si no lograba apagarla iba a morir. Ella se acercó a la niebla blanca que manaba de la manguera, se puso cerca, le dio una patada y se quemó. Me la imagino yendo de un lado a otro, golpeando la puerta, arañando las medias de nailon que no le pertenecían, tal vez envolviéndose las manos en trozos de medias para protegerse la piel cuando lo intentó otra vez, mientras subía la concentración de  $\text{CO}_2$ .

Janet regresa con unas calzas cubrebotas y me las pongo, frustrada por no tener el móvil a mano. Salgo del coche y troto torpemente, los pies todavía no me responden del todo. Me dirijo hacia el almacén donde están aparcados los camiones, y el estruendo del chorro de aire comprimido proviene de detrás de la puerta de metal cerrada, pero la puerta debe de estar bloqueada porque de nuevo la policía echa mano del ariete.

Como una fina capa de tierra o de suciedad, las fibras de madera rojiza se han posado en los estantes de metal atestados de accesorios. Veo mangueras, boquillas y guantes aislantes, y esa fina capa de residuo rojo cubre las superficies de acero inoxidable de las máquinas de chorro y las decenas de neveras aislantes y de

contenedores en los que seguramente se guardan y envían los granos de hielo seco.

—Vas a tener que tomar serias precauciones, las personas pierden la consciencia increíblemente rápido, ni siquiera lo ven venir —le digo a Benton, y le pongo una mano en el brazo—. Hay que asegurarse de que se ha ventilado todo el CCK.

—Lo sé —dice, y lo veo en sus ojos.

Teme que Burke Douglas esté en esa cámara.

—Vino aquí —dice Benton.

—Él debió de venir aquí y luego se fue a Fayth House para ver a su madre, para dejarle flores por su cumpleaños. Su madre está en la residencia, y entonces él me ha visto aparcando el coche.

—¡Todo el mundo atrás!

Un policía se prepara y blande el ariete.

—Una secretaria le dijo a Doug que Channing Lott se había ido y la puso en contacto con su jefe de operaciones. Que la trajo a este lugar. Eso sucedió alrededor de las cinco y media —me cuenta Benton.

El ariete de hierro golpea la puerta.

—No mucho tiempo después de que yo me la encontrara —le respondo—. Cuando me siguió y te dejé esos mensajes.

—¿Por qué llevas un bisturí en la mano? —me pregunta Benton, y me doy cuenta de que él no lo sabe.

Él no tiene ni idea de lo que me ha pasado.

—Me dieron un paseo hasta aquí sin que yo lo pidiera —le respondo, mientras el ariete cae de nuevo y golpea la puerta, astillando la madera.

La cerradura se desprende de la estructura de madera y la puerta de metal se abre, y el estruendo es aún mucho mayor. El vapor de dióxido de carbono congelado condensa la humedad del aire, y quedamos envueltos en una nube blanca y fría.

## Dos noches más tarde

Lucy ha estado escondiendo más de un engaño en su casita del campo, y le recuerdo a Marino que un perro es un problema si no se cuida constantemente.

—Yo ya he visto mi cuota de animales de compañía abandonados —digo, mientras sofrío el ajo picado en aceite de oliva—. Tener un perro es como tener un hijo. —Ojalá hubiera empezado la salsa antes.

Pero antes no ha habido tiempo de hacer nada civilizado. Los dos últimos días han sido un calvario que no incluía cocinar ni dormir ni comer comida decente. Me pregunto qué habría sucedido si Lucy no hubiera insistido en instalar rastreadores GPS en todos los vehículos del CFC, si ella no hubiera seguido mi todoterreno. Una parte de mí está obsesionada con lo que pudo haber sido.

—Los perros precisan mucha atención —le digo a Marino, mientras revuelvo la albahaca y el orégano en la salsa—. Ésa es la razón por la que Bryce y Ethan siempre han tenido gatos.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? Todos sabemos por qué demonios la extraña pareja tiene gatos. A los gays les encantan los mininos.

—Eso es un estereotipo horrible, por no decir ridículo. —Una pizca de azúcar moreno estaría bien, y algunos granos de pimienta roja.

—¿Sabes? El mismo tipo que hacía de Félix Unger también hacía de Quincy. ¿Te has parado a pensar en eso y cuánto tiempo hace de eso?

—Jack Klugman hacía de Quincy. No Tony Randall —le respondo—. Un perro supone mucho trabajo, Marino.

—No sé. Es muy raro, doctora. Dónde se va el tiempo. Recuerdo haber visto ese programa antes de saber lo suficiente como para darme cuenta de lo estúpido que era, como aquel episodio en que el cáncer mutaba y comenzaba a matar a todo el mundo. O el del tipo al que le volvían a coser un brazo y luego el otro brazo se volvía malo. Dios mío, por lo menos hace treinta años de eso, y yo todavía boxeaba, acababa de empezar con el Departamento de Policía de Nueva York, nunca había conocido a un verdadero Quincy, y aquí estoy trabajando contigo. La gente piensa que lo de hacerse viejo le sucede a todo el mundo menos a ellos. A continuación, uno cumple los cincuenta y dice: «¡¡¿Qué cojones...?!!».

Quito el paño húmedo de un cuenco de cerámica y compruebo la masa, y Marino está sentado en el suelo. Sus grandes piernas extendidas, la espalda apoyada en la pared, en mi cocina, con un alto y flaco cachorro de pastor alemán, uno que Lucy ha rescatado de una granja de cerdos que ella y Janet cerraron el otro día, acurrucado en



su regazo, todo patas y enormes ojos marrones y orejas planas, de tal vez cuatro meses de edad. Mi galgo, Sock, está en su alfombrilla junto a ellos.

—Cambridge estaba a favor de aprobar un centro de adiestramiento canino K-9, pero luego no se pusieron de acuerdo con el presupuesto. —Marino le da un sorbo a su cerveza, y parece distinto con el cachorro.

Marino está tranquilo. Incluso su voz es diferente.

—El problema es pagar las horas extras al cuidador del perro, pero en mi caso yo podría hacerlo gratis y no habría problemas con el sindicato ni nada por el estilo, porque no trabajo para ellos. ¿Quieres que te adiestremos para convertirte en un perro busca-cadáveres? —le pregunta a su cachorro.

—¡Qué ambición!

Divido la masa en tres bolas.

—Y entonces podrías venir a trabajar conmigo. Eso te gustaría, ¿no es así? Venir a mi gran edificio elegante todos los días —le dice al cachorro en un tono de voz que no puede ser descrito sino como atontado, y el cachorro le lame la mano—. Eso estaría bien, ¿verdad, doctora? Lo voy a entrenar, lo llevaré a escenas de crímenes, le enseñaré a alertar sobre toda clase de cosas. Eso sería genial, ¿no te parece?

No me importa. Que duerma en una cama hinchable AeroBed, que meta un perro en la oficina, nada de eso parece importante ahora. Lo he pensado muchas veces y no puedo responder a la pregunta fundamental. ¿Le habría dado un tajo lo bastante certero para salvarme? No es que no lo hubiera intentado, porque no tengo ninguna duda de que iba a ir a por su cara, pero una hoja de bisturí es muy corta y estrecha, y puede desprenderse del mango.

Tuve una pequeña oportunidad que al final no fue necesaria, pero no puedo dejar de pensar en ello, porque es solo un recordatorio más de que las herramientas de mi profesión no salvan a nadie. A pesar de que no dejo de darle vueltas sé también que no es del todo cierto, y necesito quitarme de encima este maldito estado de ánimo.

—Me estoy volviendo loco tratando de ponerle nombre —comenta Marino—. Tal vez Quincy. ¿Qué tal si te llamo Quincy? —le dice al cachorro, y lo odia cuando estoy tan negativa.

Ciertamente, se puede argumentar que si ayudo a detener a un asesino estoy salvando una vida o tal vez más de una vida. Que aquello a lo que me dedico mañana, tarde y noche evita más violencia, y que Al Galbraith hubiera seguido asesinando. Benton dice que eso era solo el principio, que su anciana madre, María Galbraith, quien lleva años en la residencia Fayth House, sufrió un derrame cerebral hace unos diez meses y ya no recuperó las funciones cognitivas. Y eso parece haber sido el desencadenante, siempre teniendo en cuenta que no es posible explicar del todo lo que no se puede explicar.

Galbraith es el hijo pequeño de una familia filantrópica de Pennsylvania que

posee granjas y caballos y bodegas. Se graduó por Yale, jamás se ha casado y odia a su madre con todas sus fuerzas. Ella era una mujer erudita, miembro de la Sociedad de Historiadores de la Guerra Civil y bibliotecaria de las Girl Scouts, y él no podía matarla suficientes veces.

—¿Qué vino ponemos?

Lucy entra con varias botellas. Janet ya se ha servido una copa, y yo me limpio las manos en el delantal y reviso las etiquetas.

—No. —Vuelvo a la masa que estoy trabajando, la enharino, la presiono suavemente y la extiendo en un círculo—. Los Pinot de Oregon. —Extiendo la masa usando los nudillos para no hacer agujeros—. Esa caja tan buena que me regalaste por mi cumpleaños, el Domaine Drouhin que está en el sótano.

Janet dice que ella se encarga, y aparto los nudillos y giro la masa, estirándola para la primera pizza, con champiñones, salsa de queso extra, extra de cebolla, doble tocino ahumado y jalapeños en vinagre. La pizza de Marino. Y le pido a Lucy que me traiga el Parmigiano-Reggiano recién rallado y la mozzarella de leche entera de la segunda nevera, y le sugiero a Marino que saque a los dos perros al patio trasero.

—¿Lo ves? —le digo a Lucy, una vez que ha salido—. Tengo que decírselo yo. Eso me preocupa. Debería ocurrírsele a él, que ya es hora de sacar a pasear a su cachorro.

—Va a salir bien, tía Kay. Ama a ese perro.

—Con amar no basta. Hay que saber cuidarlo. —Empiezo a extender la masa de la siguiente pizza.

—Tal vez sea eso lo que va a acabar aprendiendo. Cómo cuidar de algo y cómo cuidarse a sí mismo. Tal vez ya sea hora. —Lucy deja los cuencos de queso en la encimera—. Tal vez necesite una razón para molestarse en hacerlo. Tal vez una razón que haga que tenga que querer algo tanto que al final esté dispuesto a ser un poco menos egoísta.

—Me alegro de que lo veas así. —Lanzo la masa al aire y luego la poso en una bandeja engrasada y enharinada, y sé que Lucy está hablando de sí misma y de lo que está sucediendo en su vida—. Simplemente no entiendo por qué pensabas que no podías contármelo. Y, por cierto, saca las cebollas y las setas de la primera nevera, vamos a saltearlas y escurrirlas para quitarles toda el agua.

—Tenía miedo de ser gafe —dice ella—. Necesitaba ver si podía funcionar, y la mayoría de las veces no funciona si una intenta volver a alguien con quien solía estar. —Encuentra una tabla para cortar y un cuchillo—. Sé que piensas que debería contártelo absolutamente todo, pero a veces tengo que estar sola en mi vida, debo sentir las cosas por mí misma.

—Yo ciertamente no pienso que debas contármelo todo. —Pongo la tercera masa en la bandeja—. Si realmente sintiera eso, no tendría un matrimonio como el que

tengo.

No he visto a Benton desde ayer, cuando vino conmigo a mi oficina. Me hice cargo de Douglas Burke porque no creí que nadie más lo haría, y Benton no se ocupó porque estuvo en la sala de autopsias todo el rato. Sobre todo quería saber si ella se había resistido, si había hecho el menor intento por defenderse. Burke estaba armada con una pistola de nueve milímetros, y Benton no entendía lo que podía haber ocurrido, por qué no opuso resistencia.

«Todo lo que hizo fue disparar a la maldita puerta y para colmo mal», dijo en varias ocasiones.

A juzgar por las abolladuras y los agujeros en el marco de la puerta y en la misma puerta, ella estaba apuntando a la cerradura.

«¿Por qué demonios no le disparaste?». Benton se debe de haber preguntado eso una docena de veces, y he intentado explicarle algo que le parece obvio al resto del mundo.

Burke estaba tan obsesionada con Channing Lott, se sentía tan segura de estar en lo cierto que no reconoció lo que tenía delante. Ella no se dio cuenta de quién era el asesino hasta que él la llevó a esa estancia sin ventanas, que Al Galbraith había convertido en una cámara mortuoria: un área de almacenamiento vacío con cámaras frigoríficas con cerraduras de seguridad y un panel en la pared de ladrillo, fijado con una boca de manguera. El generador de hielo seco estaba al otro lado de esa misma pared, y ahí es donde Galbraith lo ponía en marcha, creando así una máquina agresiva de alta resistencia, con una tolva que podía arrojar tantos granos de hielo seco como para lanzar un chorro de CO<sub>2</sub> helado durante horas.

Galbraith había ajustado la configuración tan baja como le fue posible. El propósito de este equipo en particular no era limpiar el moho, ni el lodo, ni la grasa, ni la pintura vieja, ni el barniz, ni la corrosión. No usaba esta máquina monstruosa para limpiar el interior de barriles de vino, sino para matar a seres humanos. La hacía funcionar a una baja presión de casi cuarenta kilos por pulgada cuadrada, con un consumo de treinta kilos de hielo seco por hora, para que el nivel de dióxido de carbono aumentara lentamente a medida que descendía la temperatura ambiente, y el estruendo, el ruido del aire comprimido habría sido horrible de veras.

Douglas Burke no opuso resistencia, no tuvo oportunidad. Sospecho que él la engañó para meterla en esa habitación y luego cerró la puerta con llave. Lo mejor que podía hacer ella era intentar disparar a la cerradura, vaciando el cargador, pero no logró abrir la puerta, y probablemente tampoco tuvo mucho tiempo para intentarlo.

En realidad no me es posible saber cuánto tiempo se mantuvo con vida, pero en el instante en que llegamos ella estaba empezando a congelarse en seco. Se congeló parcialmente dentro de esa frígida cámara sin aire, donde había una silla en el centro del suelo de cemento cubierto de fibras rojizas. Allí sentó a Peggy Stanton para

abusar verbalmente de ella, o al menos eso sospecha Benton. Allí sentó a Mildred Lott, a quien no conocía socialmente y que lo trató como un «liliputiense», según confesó Galbraith al FBI.

Cuando llega Benton son casi las diez de la noche, y Sock se levanta perezosamente y trota hasta la puerta lateral, y Quincy va detrás, y me alegro de que ambos perros se hayan hecho amigos. La luna está distante y menuda sobre los tejados detrás de nuestra casa de Cambridge, y afuera, en el patio trasero, donde Benton y yo hemos decidido sentarnos, la vidriera francesa luce iluminada sobre la escalera, con sus escenas de vida silvestre brillando como joyas. El muro de piedra alrededor del magnolio está frío, y me doy cuenta de que ya es invierno.

—Ni siquiera es Halloween y ya hace frío como para nevar —le digo a Benton en la oscuridad. Me ha echado su brazo alrededor y tira de mí—. Trata de no ser tan pesimista —le digo después de que me haya contado su vida, y de lo mal que cree que va a ir el caso—. Me he estado diciendo lo mismo toda la noche. No sermonees a Marino. No sermonees a Lucy. No seas tan condenadamente dura contigo misma y no pienses que lo que haces no marcará la diferencia.

—Me gustaría que siguiera adelante y se suicidase en la cárcel. —Benton bebe un sorbo de escocés sin hielo—. Ya está. Ya lo he dicho. Ahórrale un juicio al gobierno. Pero los mierdas como él no se suicidan. Es el mismo carnaval una y otra vez. No puedo creer que Donoghue lo vaya a representar, y será probablemente de nuevo ante el juez Conry, y a ti te arrastrarán a ello otra vez.

—No me llamará esta vez —afirmo, pues no va a ser Jill Donoghue quien me cite en esta ocasión—. Este caso es de la fiscalía. Lo van a ganar.

—Dan Steward es tonto del culo.

Le recuerdo que en esta ocasión las pruebas son convincentes. Galbraith las mató a todas, dejó huellas parciales en las cajas de bolsas de basura, en una litrona de cerveza y en una bolsa de golosinas para gatos, y las fibras de madera que llevó encima desde lo que la policía ahora denomina la «casa del estruendo» se hallaron también en el cadáver de Peggy Stanton y en el interior de su coche, donde había además una huella digital de él en el espejo retrovisor, y sus huellas se encontraron también en los cheques que falsificó para pagar sus facturas.

Tratando de animarlo un poco le recuerdo a Benton que las mismas fibras de madera de roble americano estaban en el interior de un viejo barco de langosta que Galbraith tenía amarrado en un puerto deportivo. La policía encontró la ropa de Peggy Stanton y el camisón de Mildred Lott en un cajón en su casa frente al mar, en Cohasset Harbor, donde guardaba las pertenencias personales de esa madre que alguna vez fue tan imponente. Incluso un tonto de remate podría ganar un caso como

éste, le digo a Benton.

—Estoy segura de que vamos a obtener el ADN —le aseguro—. Las muestras de pintura del barco de langosta coinciden con el rastro de pintura de la caña de bambú, el mismo residuo que encontramos en el percebe que arranqué de la tortuga laúd. Y eso ubica ese barco en la zona donde se recuperó el cadáver de Peggy Stanton, donde se encontró con la tortuga, y no hay que olvidar que él tenía su teléfono móvil y los cheques. Tenía también el teléfono móvil de Emma Shubert, y en su almacén había colocado un Range Extender para ampliar el alcance de su red inalámbrica y poder iniciar sesión en la del aeropuerto Logan. Y luego está el detalle bastante evidente del cadáver de Mildred Lott.

Le comento que incluso Jill Donoghue tendría dificultades para explicar por qué el cadáver de Mildred Lott se encontró congelado, duro como una roca, en el interior de uno de los congeladores de Al Galbraith.

—Donoghue dirá que Channing Lott tuvo algo que ver con él o que tiene la culpa, y lo que es exasperante de todo esto es que en cualquier caso no puede ser juzgado de nuevo.

La voz de Benton suena sombría; tiene la barbilla apoyada en mi cabeza.

—Bueno, eso sí que sería un buen argumento. —Siento los latidos de su corazón a través de la chaqueta, y me estiro para darle un beso—. Y me alegro de que no seas el abogado en este caso. Anda, vamos a comer.

## Agradecimientos

Como siempre, estoy agradecida a todos los que generosamente comparten su experiencia con un nuevo viaje de Scarpetta. Todos sois de gran ayuda para lograr la magia de la lectura.

Gracias, doctora Marcella Fierro, por todas las referencias forenses-patológicas, y como siempre le estoy muy agradecida al doctor Nicholas Petraco, un verdadero gurú a la hora de rastrear pruebas y evidencias.

Estoy en deuda con Stephen Braga por guiarme a través de diversos dilemas legales y escenas durante un juicio, y con el detective de la policía de Cambridge Danny Marshall por dejarme patrullar con él.

Abrazos a Dan y Donna Aykroyd por invitarnos a Staci y a mí a unirnos a ellos en una excavación de dinosaurios en un lecho óseo al noroeste de Canadá, donde me encontré un diente de setenta millones de años y la idea para esta novela.

Qué maravilla que la Guardia Costera de Estados Unidos (San Diego) y la unidad de la Marina del cuerpo de Bomberos de Boston accedieran a compartir sus lanchas rápidas conmigo.

Siempre estaré en deuda contigo, Connie Merigo, directora de rescates del acuario de Nueva Inglaterra, por enseñármelo todo sobre las tortugas marinas, y permitirme acercarme lo suficiente para tocar y oler a una tortuga laúd.

Y, por último, las palabras de agradecimiento no son suficientes para mi pareja, la doctora Staci Gruber, mi musa para la tecnología y para todo lo demás.